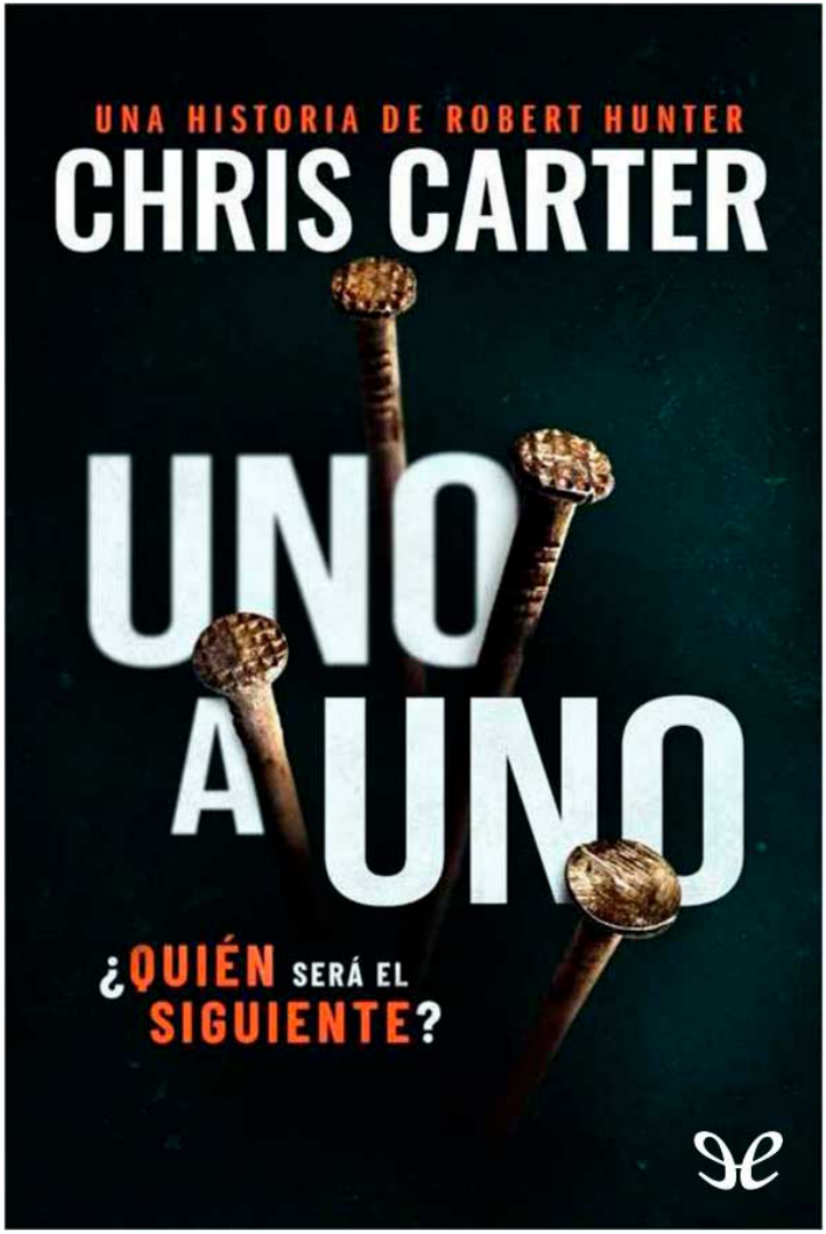
UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER

CHRIS CARTER



UNO A UNO

¿QUIÉN SERÁ EL SIGUIENTE?

El detective Robert hunter de la Sección Especial de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles recibe una llamada anónima en la que se le pide que se conecte a una dirección específica de internet, una transmisión privada. Hunter se conecta, e inmediatamente comienza un programa concebido solo para él. Pero la persona que le llamó no quiere que el detective Hunter tan solo mire; quiere que participe, y negarse a hacerlo sencillamente no es una opción. Forzado a tomar una decisión repugnante, Hunter debe permanecer sentado y mirar cómo alguien tortura y mata en vivo por internet a una víctima sin identificar. El Departamento de Policía de Los Ángeles, junto al FBI, utilizan todo lo que tienen a su disposición para rastrear electrónicamente la transmisión, pero este asesino no es ningún principiante, y ha cubierto sus huellas de principio a fin. Y antes de que Hunter y su compañero, Garcia, tengan la posibilidad de poner en marcha la investigación, Hunter recibe una nueva llamada. Una nueva dirección de internet. Una nueva víctima. Pero esta vez el asesino ha mejorado su juego y lo ha convertido en un programa de asesinatos en vivo, de telerrealidad, en el que cualquiera puede aportar su voto decisivo.

Chris Carter

Uno a uno

Robert Hunter - 5

ePub r1.0
Titivillus 11-05-2023

Chris Carter, 2022
Traducción: Aldo Giacometti

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Uno

Un solo disparo en la parte de atrás de la cabeza, estilo ejecución. Muchas personas lo consideran una manera de morir muy violenta. Pero la verdad es que… no lo es. Al menos no para la víctima.

Una bala 9 mm entra en el cráneo de alguien y sale por el otro lado en tres diezmilésimas de segundo. Destroza los huesos y atraviesa la masa cerebral tan deprisa que el sistema nervioso no tiene tiempo como para registrar ningún dolor. Si entra en el ángulo correcto, la bala debería traspasar la corteza cerebral, el cerebelo e incluso el tálamo de tal manera que el cerebro dejará de funcionar, dando como resultado una muerte instantánea. Si el ángulo del disparo no es el correcto, la víctima podría sobrevivir, pero no sin un gran daño cerebral. La herida de entrada debería ser no más grande que una uva pequeña, pero la herida de salida podría llegar a alcanzar el tamaño de una pelota de tenis, dependiendo del tipo de bala que se haya utilizado.

La víctima de sexo masculino en la fotografía que estaba mirando el detective Robert Hunter de la División de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles había muerto instantáneamente. La bala le había atravesado el cráneo de lado a lado, y le había roto el cerebelo al igual que los lóbulos temporal y frontal, ocasionándole un daño cerebral seguido de muerte en tres diezmilésimas de segundo. Menos de un segundo más tarde yacía muerto en el suelo.

El caso no era de Hunter; le pertenecía al detective Terry Radley del piso principal de detectives, pero las fotos de la investigación habían acabado en el escritorio de Hunter por equivocación. Mientras devolvía la fotografía a la carpeta del caso, sonó el teléfono que estaba en su escritorio.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —dijo, esperando a medias que fuera el detective Radley reclamando el expediente con

las fotos.

Silencio.

—¿Hola?

—¿Habla el detective *Robert* Hunter? —La voz rasposa del otro lado era una voz de varón, el tono era tranquilo.

—Sí, habla el detective Robert Hunter. ¿En qué le puedo ayudar?

Hunter oyó cómo exhalaba la persona que había llamado.

—Eso es lo que vamos a averiguar, detective.

Hunter frunció el ceño.

—Durante los próximos minutos voy a necesitar toda su atención.

Hunter se aclaró la garganta:

—Disculpe, no entendí cómo era su nom…

—Cierre la maldita boca y escuche, detective —le interrumpió la persona que había llamado. Su voz seguía siendo tranquila—. Esto no es una conversación.

Hunter se quedó en silencio. El Departamento de Policía de Los Ángeles recibía decenas de llamadas disparatadas por día, a veces centenares —borrachos, adictos colocados, miembros de pandillas intentando mostrarse como «tipos malos», psíquicos, gente queriendo informar de una conspiración gubernamental o una invasión extraterrestre, incluso gente asegurando haber visto a Elvis en el *diner* de su localidad—. Pero había algo en el tono de voz de la persona que había llamado, algo en su manera de hablar, que le decía a Hunter que tomar esa llamada por una broma sería un error. Por el momento decidió seguirle el juego.

El compañero de Hunter, el detective Carlos García, estaba sentado en su escritorio, el cual estaba ubicado frente a frente con el de Hunter, dentro de su pequeña oficina en la quinta planta del Edificio de la Administración de la Policía en el centro de Los Ángeles. García estaba leyendo algo en la pantalla de su ordenador, sin prestarle atención a la conversación de su compañero. Se había apartado del escritorio y había entrelazado los dedos de las manos cómodamente detrás de la cabeza.

Hunter chascó los dedos para hacer que García le prestara atención, señaló el auricular que tenía apoyado en la oreja e hizo un movimiento circular con el dedo índice, indicando que necesitaba

que grabaran y rastrearan la llamada.

Instantáneamente García cogió el teléfono que estaba sobre su escritorio, pulsó el código interno que le conectaba con Operaciones y tuvo todo en marcha en menos de cinco segundos. Le hizo una señal a Hunter, quien a su vez le hizo una señal para que escuchara la conversación. García intervino la línea.

—Asumo que tiene un ordenador en su escritorio, detective —dijo la persona que había llamado—. ¿Y que el ordenador está conectado a internet?

—Así es.

Una pausa incómoda.

—Vale. Quiero que ingrese en la barra de direcciones la dirección que estoy a punto de darle… ¿Está listo?

Hunter dudó.

—Créame, detective, querrá ver esto.

Hunter se inclinó hacia delante sobre el teclado y abrió el navegador de internet. García hizo lo mismo.

—Vale, estoy listo —respondió Hunter con un tono tranquilo.

La persona que había llamado le dio a Hunter una dirección de internet compuesta tan solo de números y puntos, sin letras.

Hunter y García los dos ingresaron la secuencia en la barra de direcciones y presionaron «enter». Las pantallas de sus ordenadores parpadearon un par de veces antes de cargar la página.

Los dos detectives se quedaron quietos, mientras un silencio macabro se apoderaba de la sala.

La persona que había llamado rio entre dientes:

—Supongo que ahora cuento con toda su atención.

Dos

La sede central del FBI está ubicada en el 935 de la avenida Pennsylvania en Washington DC, a unas pocas manzanas de la Casa Blanca y justo enfrente del fiscal general de los Estados Unidos. Además de la sede central, el FBI cuenta con cincuenta y seis dependencias repartidas por los cincuenta estados americanos. La mayor parte de esas oficinas también controlan una cierta cantidad de células satélites conocidas como «agencias locales».

La oficina de Los Ángeles en el *boulevard* Wilshire es una de las dependencias más grandes del FBI en todo el territorio estadounidense. Tiene a su cargo diez agencias locales. Es además una de las pocas con una División de Ciberdelito propia.

La prioridad de la División de Ciberdelito del FBI es investigar delitos de alta tecnología, incluyendo terrorismo cibernético, intrusiones digitales, explotación sexual en línea y grandes estafas virtuales. En los Estados Unidos, solo durante los últimos cinco años, el ciberdelito se ha multiplicado por diez. El gobierno de los Estados Unidos y sus redes reciben más de mil millones de ataques todos y cada uno de los días, provenientes de múltiples fuentes de todas partes del mundo.

En 2011 se presentó un informe ante el Comité de Comercio, Ciencia y Transporte del Senado de los Estados Unidos en el que se estimaba que el ciberdelito interno estaba generando ingresos ilícitos de aproximadamente 800 millones de dólares al año, convirtiéndolo en el negocio ilegal más lucrativo de los Estados Unidos, por encima del tráfico de drogas.

Miles de los «rastreadores de internet» del FBI, también conocidos como «bots» o «arañas», investigan la red continuamente, en busca de cualquier actividad sospechosa concerniente a todo tipo de delito de alta tecnología, dentro y fuera de los Estados Unidos. Es un trabajo colosal, y el FBI sabe que lo que los rastreadores

encuentran es tan solo una gota de agua en un océano de ciberdelito. Por cada amenaza que encuentran, miles pasan desapercibidas. Y esa era la razón por la cual esa mañana de otoño de fines de septiembre, ningún rastreador de internet del FBI se topó con la página que el detective Hunter y su compañero estaban mirando en el Edificio de la Administración de la Policía.

Tres

Los ojos de Hunter y García estaban pegados a las pantallas de sus ordenadores, intentando asimilar las imágenes surrealistas. Lo que se veía era un receptáculo muy grande, cuadrado y transparente. Parecía estar hecho de vidrio, pero podría haber sido Perspex o cualquier otro material similar. Hunter estimó que cada lado debía tener aproximadamente un metro y medio de ancho y al menos un metro ochenta de alto. La parte de arriba del contenedor estaba abierta —no tenía tapa—, y en conjunto parecía una construcción casera. Las cuatro paredes estaban unidas por una estructura de metal y una abundante cantidad de sellador blanco. Parecía el recinto reforzado de una ducha. Dentro del recinto había dos tuberías de metal de alrededor de tres pulgadas de diámetro, una a la izquierda y otra a la derecha, que llegaban hasta el suelo y salían por la parte de arriba. Las tuberías tenían agujeros, ninguno más ancho que el diámetro de un lápiz normal. Pero había dos cosas que le preocupaban a Hunter. Una era el hecho de que las imágenes parecían estar siendo transmitidas en vivo. Y la segunda era lo que estaba en el centro del contenedor, exactamente entre las dos tuberías de metal.

Sentado allí, atado a una silla de metal pesado, había un individuo blanco de sexo masculino que parecía tener entre veinticinco y treinta años de edad. Tenía el cabello corto y de color castaño claro. Lo único que llevaba puesto era un par de bóxers a rayas. Era un hombre regordete, con un rostro redondo, mejillas rechonchas y brazos fornidos. Estaba sudando abundantemente, y aunque no parecía herido no había duda acerca de la expresión en su rostro: miedo puro. Tenía los ojos muy abiertos, y absorbía veloces bocanadas de aire a través de la mordaza de tela que tenía en la boca. Por el rápido movimiento «hacia arriba y hacia abajo» que hacía con el abdomen Hunter sabía que el hombre estaba casi

hiperventilando. Temblaba y miraba a su alrededor como un ratón asustado y confundido.

La imagen tenía un tinte verde, lo cual indicaba que la cámara estaba utilizando el modo de visión nocturna y lentes. Quienquiera que fuese ese hombre, estaba sentado en una sala a oscuras.

—¿Es real esto?, —le susurró García a Hunter, tapando el micrófono.

Hunter se encogió de hombros sin quitar los ojos de la pantalla.

Como esperando esa señal, la persona que había llamado rompió el silencio:

—Si se está preguntando si es en vivo, detective, permítame mostrarle.

La cámara hizo un paneo a la derecha en dirección a un anodino muro de ladrillos en el que se veía un reloj de pared redondo y normal. Marcaba las 2:57 p.m. Hunter y García miraron cada uno su reloj: 2:57 p.m. Luego la cámara hizo un paneo hacia abajo y se enfocó en el periódico que había sido colocado al pie de la pared, antes de hacer *zoom* y acercar la imagen para que se vieran la portada y la fecha. Era un ejemplar del *LA Times* de esa misma mañana.

—¿Satisfecho? —La persona que había llamado rio entre dientes.

La cámara se dirigió otra vez hacia el hombre que estaba dentro de la caja. Le había empezado a chorrear la nariz y le caían lágrimas por las mejillas.

—El contenedor que está mirando está hecho de vidrio reforzado, lo suficientemente fuerte como para resistir una bala —explicó con voz escalofriante la persona que había llamado—. La cerradura de la puerta cuenta con un mecanismo muy seguro, de sellado hermético. Solo se puede abrir desde afuera. En pocas palabras, el hombre que ve en la pantalla está atrapado dentro. No hay manera de salir de allí.

El aterrado hombre que se veía en la pantalla miró directo a cámara. Rápidamente Hunter presionó la tecla de «imprimir pantalla» de su ordenador, guardando así en el portapapeles una instantánea de su escritorio. Ahora tenía lo que esperaba que fuera una imagen identificable del rostro del hombre.

—Ahora bien, el motivo por el que le estoy llamando, detective, es que necesito su ayuda.

En la pantalla, el hombre comenzó a respirar más agitadamente. Un sudor producto del miedo le cubría el cuerpo entero. Estaba al borde de un ataque de pánico.

—Vale, tomémonoslo con calma —contestó Hunter, asegurándose de mantener una voz tranquila pero que transmitiera autoridad—. Dígame cómo lo puedo ayudar.

Silencio.

Hunter sabía que la persona que había llamado seguía en línea:

—Haré todo lo que pueda por ayudarlo. Solo dígame qué es lo que tengo que hacer.

—Bueno… —respondió la persona que había llamado—. Puede decidir cómo va a morir este hombre.

Cuatro

Hunter y García intercambiaron miradas incómodas. Inmediatamente García desconectó la llamada y pulsó el código interno para conectarse otra vez con Operaciones.

—Dime por favor que tenéis la ubicación de este asqueroso —dijo García cuando le atendieron.

—Aún no, detective —contestó la mujer—. Necesitamos alrededor de un minuto más. Que siga hablando.

—No quiere hablar más.

—Ya casi estamos, pero necesitamos un poco más de tiempo.

—¡Mierda! —Negó con la cabeza mirando a Hunter y le indicó que necesitaban que la persona que había llamado siguiera hablando—. Avísame apenas tengas algo. —Cortó y se conectó otra vez a la llamada de Hunter.

—¿Fuego o agua, detective?, —dijo la persona que había llamado.

Hunter frunció el ceño:

—¿Qué?

—¿Fuego o agua?, —repitió la persona que había llamado con un tono como entretenido—. Las tuberías que están dentro del recinto de vidrio que ve en su pantalla pueden escupir fuego o llenar de agua el recinto.

A Hunter se le agitó el corazón.

—Por lo que escoja, detective Hunter. ¿Le gustaría verle morir a causa del fuego o a causa del agua? ¿Le ahogamos o le quemamos vivo? —No sonaba como una broma.

García se movió en su silla.

—Espere un momento —dijo Hunter, intentando mantener regular su tono de voz—. No tiene por qué hacer esto.

—Sé que no tengo por qué hacerlo, pero quiero hacerlo. Debería ser divertido, ¿no lo cree? —La indiferencia que había en la voz de

la persona que había llamado era hipnotizante.

—Vamos, vamos —dijo García con los dientes apretados, mirando las pequeñas luces de las distintas líneas del teléfono. Seguían sin recibir noticias de Operaciones.

—Escoja, detective —ordenó la persona que había llamado—. Quiero que *usted* decida cómo él va a morir.

Hunter se quedó callado.

—Le sugiero que escoja una, detective, porque le prometo que la alternativa es mucho peor.

—Sabe que no puedo tomar esa decisión…

—ESCOJA —gritó la persona que había llamado.

—Vale. —La voz de Hunter se mantuvo tranquila—. Escojo que no sea ninguna de las dos.

—Eso no es una opción.

—Silo es. Conversémoslo un minuto.

La persona que había llamado rio con rabia:

—No. El momento de hablar ya terminó. Ahora es el momento de decidir, detective. Si no escoge usted… lo haré yo. De cualquiera de las dos maneras, él muere.

Una luz roja comenzó a parpadear en el teléfono de García. Rápidamente cambió las llamadas:

—Dime que tienen algo.

—Lo tenemos, detective. —La voz de la mujer estaba teñida de entusiasmo—. Está en… —Hizo una pausa—. ¿Qué demonios?

—¿Qué?, —presionó García—. ¿Dónde está?

—¿Qué demonios está sucediendo?, —dijo la mujer, pero García sabía que no le estaba hablando a él. Oyó algunos susurros indescifrables más que llegaban del otro lado de la línea. Algo no andaba bien.

—Que alguien me diga algo. —La voz de García subió media octava.

—No son buenas noticias, detective —contestó finalmente la mujer—. Pensamos que le habíamos localizado en Norwalk, pero de repente la señal saltó a Temple City, luego a El Monte, ahora muestra que la llamada proviene de Long Beach. Está desviando la señal cada cinco segundos. Aunque le tengamos en el teléfono durante una hora, no seríamos capaces de localizarle. —Hizo una pausa—. La señal acaba de moverse a Hollywood. Lo lamento,

detective. Este tipo sabe lo que hace.

—¡Mierda! —García ingresó otra vez a la llamada de Hunter y negó con la cabeza—. Está haciendo saltar la señal —susurró—. No podemos conseguir su ubicación.

Hunter cerró los ojos y los apretó con fuerza:

—¿Por qué lo está haciendo?, —le preguntó a la persona que había llamado.

—Porque quiero —respondió la persona que había llamado—. Tiene tres segundos para tomar su decisión, detective Hunter. ¿Fuego o agua? Lance una moneda si lo necesita. Pregúntele a su compañero. Sé que está escuchando.

García no dijo nada.

—Espere —dijo Hunter—. ¿Cómo puedo decidir si ni siquiera sé quién es, o por qué es que usted le encerró en ese tanque? Vamos, hable conmigo. Cuénteme de qué se trata todo esto.

La persona que había llamado rio de nuevo:

—Eso es algo que tendrá que averiguar usted mismo, detective. Dos segundos.

—No lo haga. Nos podemos ayudar.

La mirada de García se había apartado de la pantalla y ahora estaba fija en la mirada de Hunter.

—Un segundo, detective.

—Vamos, hable conmigo —dijo otra vez Hunter—. Lo podemos resolver. Podemos llegar a una solución mejor sea lo que esto sea.

García contuvo la respiración.

—La solución es o agua o fuego, detective. De todos modos, se acabó el tiempo. ¿Cuál elige?

—Mire, tiene que haber otra manera de que podamos…

TOC, TOC, TOC.

El sonido estalló tan fuerte por los teléfonos de Hunter y García que ambos hicieron un movimiento brusco hacia atrás con la cabeza, como si les hubieran dado una bofetada. Sonó como si la persona que había llamado hubiera golpeado el auricular contra una superficie de madera tres veces para que le prestaran atención.

Hunter no dijo nada.

—Como quiera. Si no quiere escoger, lo haré yo. Y yo escojo fue…

—Agua —dijo Hunter con voz firme—. Escojo agua.

La persona que había llamado hizo una pausa y rio entre dientes de manera entretenida:

—¿Sabe qué, detective? Sabía que elegiría agua.

Hunter permaneció callado.

—Era obvio, en realidad. Cuando consideró las opciones que tenía, morir ahogado le pareció menos terrible, más humano, menos doloroso y más rápido que ser quemado vivo, ¿no? ¿Pero alguna vez vio a alguien ahogarse, detective?

Silencio.

—¿Ha visto alguna vez la mirada desesperada en los ojos de una persona mientras aguanta la respiración tanto como puede, sabiendo que la muerte le está envolviendo y que se acerca a toda prisa?

Hunter se pasó una mano por su cabello corto.

—¿Ha visto alguna vez el modo en que un hombre que se está ahogando mira frenéticamente a su alrededor, confundido, en busca de un milagro que sencillamente no está allí? ¿Un milagro que nunca llegará?

Más silencio.

—¿Ha visto cómo convulsiona el cuerpo, como si estuviera siendo electrocutado, en el momento en que la persona finalmente abandona la esperanza y respira su primera bocanada de agua? ¿El modo en que los ojos prácticamente se le salen del cráneo a medida que el agua le entra en los pulmones y lentamente comienza a sofocarse? —La persona que había llamado exhaló pesadamente de manera deliberada—. ¿Sabía que es imposible mantener los ojos cerrados cuando uno se está ahogando? Es una reacción motriz automática cuando a una persona le falta el oxígeno.

La mirada de García regresó a la pantalla.

La persona que había llamado se rio una vez más. Esta vez con una risita relajada:

—Siga mirando, detective. Este espectáculo está a punto de ponerse mucho mejor aún.

La línea quedó muda.

Cinco

De repente y a una velocidad increíble, de los agujeros de las dos tuberías que estaban dentro del recipiente de vidrio empezó a salir agua. Al hombre que estaba atado a la silla le tomó por sorpresa, y el miedo hizo que su cuerpo se empezara a sacudir con violencia. Completamente desesperado abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que estaba sucediendo. A pesar de la mordaza que tenía en la boca, comenzó a gritar, frenéticamente, pero del otro lado de la pantalla Hunter y García no podían oír nada.

—Oh Dios mío —dijo García, llevándose a la boca el puño derecho cerrado—. No está mintiendo. Lo va a hacer. Va a ahogar al tipo, maldita sea.

El tipo pataleaba y se sacudía ferozmente dentro del recinto, pero sus amarres no cedían ni un centímetro. No se podía liberar hiciera lo que hiciera. La silla estaba sólidamente atornillada al suelo.

—Esto es una locura —dijo García.

Hunter se quedó quieto, sin pestañear, mirando fijo la pantalla del ordenador. Sabía que no había nada que pudieran hacer desde la oficina, salvo quizá recabar evidencia.

—¿Hay algún modo de que podamos grabar esto?, —preguntó.

García se encogió de hombros:

—No sé. No creo.

Hunter cogió otra vez el teléfono y se comunicó con el conmutador del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Conécteme con el jefe de la Unidad de Delitos Informáticos, *ahora*. Es urgente.

Dos segundos después oyó un tono. Cuatro segundos después de eso una voz de barítono contestó el teléfono:

—Dennis Baxter, Unidad de Delitos Informáticos del

Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Dennis, habla el detective Hunter del Especial de Homicidios.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar?

—Dime, ¿hay alguna manera en que pueda grabar una transmisión en vivo de una cámara web que estoy mirando ahora mismo en mi ordenador?

Baxter se rio:

—Wow, ¿tan buena está?

—¿Hay una manera o no, Dennis?

El tono de Hunter eliminó cualquier rastro de broma de la voz de Baxter.

—No a no ser que tengas instalado en tu ordenador algún programa para grabar la pantalla —contestó.

—¿Tendré uno?

—¿En un ordenador de oficina del Departamento de Policía de Los Ángeles? En principio no. Puedes cursar un pedido y la División de Informática te lo instalará en uno o dos días.

—No me sirve. Necesito hacer una captura de lo que está en mi pantalla ahora mismo.

Una pausa de una milésima de segundo.

—Bueno, puedo hacer eso desde aquí —dijo Baxter—. Si estás viendo algo en vivo desde internet, solo tienes que darme la dirección. Me puedo conectar a la misma página y hacer yo la captura. ¿Qué te parece?

—Con eso alcanzaría. Intentémoslo. —Hunter le dictó a Baxter la secuencia de números que la persona que había llamado le había dado hacía algunos minutos.

—¿Una dirección IP?, —preguntó Baxter.

—Así es. ¿No se pueden rastrear?, —preguntó Hunter.

—Sí. De hecho ese es su principal objetivo. Funcionan casi como un número de matrícula para cada una de las computadoras que están conectadas a la red. Con eso, casi que puedo decirte la ubicación exacta del ordenador que está emitiendo.

Hunter frunció el ceño. ¿La persona que había llamado podía haber cometido un error tan tonto?

—¿Quieres que inicie un rastreo?, —preguntó Baxter.

—Sí.

—Vale. Me comunicaré otra vez contigo apenas tenga algo. —

Cortó la llamada.

El agua ya llegaba hasta la cintura del hombre. A esa velocidad, Hunter calculó que el hombre quedaría completamente sumergido en un minuto y medio más, quizá dos.

—¿Los de Operaciones dijeron que no había manera de rastrear la llamada? —Hunter le preguntó a García.

—Así es. Estaba haciendo saltar la señal de un lado a otro de la ciudad.

El agua llegó al abdomen del hombre. Aún intentaba liberarse, pero estaba perdiendo energía de manera constante. Ahora estaba temblando aún más. Una combinación de un miedo incontrolable y la temperatura del agua, supuso Hunter.

No había nada que pudieran decir Hunter o García, por lo que ambos permanecieron inquietantemente callados, observando en la pantalla de sus ordenadores cómo la muerte subía centímetro a centímetro alrededor del hombre.

El teléfono del escritorio de Hunter sonó otra vez.

—Detective, ¿esto es real?, —preguntó Dennis Baxter.

—Ahora mismo, no tengo ningún motivo para creer que no. ¿Estás haciendo la captura?

—Sí, lo estoy grabando.

—¿Alguna suerte con el rastreo?

—Aún no. Puede llevar algunos minutos.

—Llámame si consigues algo.

—Por supuesto.

El agua llegó al pecho del hombre, y la cámara lentamente hizo *zoom* en su rostro. Estaba sollozando. Ya no había esperanza en sus ojos. Se estaba rindiendo.

—No creo que pueda mirar esto —dijo García, saliendo de atrás de su escritorio y echándose a andar por la sala.

El agua llegó a los hombros del hombre. En un minuto estaría tapándole la nariz, y cuando quisiera tomar aire después de eso le llegaría la muerte. Cerró los ojos y esperó. Ya no intentaba liberarse.

El agua le llegó a la parte baja de la barbilla, y después, sin ninguna advertencia, se detuvo. De las tuberías no salió ni una gota más.

—¿Qué demonios? —Hunter y García se miraron durante un

segundo y después miraron otra vez la pantalla. Ambos rostros llenos de sorpresa.

—Era un maldito engaño —dijo García, acercándose a Hunter. Con una sonrisa nerviosa en el rostro—. Un chiflado que nos estaba provocando.

Hunter no estaba tan seguro.

En ese preciso instante sonó otra vez el teléfono del escritorio de Hunter.

Seis

El sonido del teléfono cortó el silencio de la sala como un trueno rasgando una noche oscura.

—Es usted muy astuto, detective Hunter —dijo la persona que había llamado.

Hunter le hizo otra vez una señal a García, y en pocos segundos estaban grabando nuevamente la llamada.

—Casi logra engañarme —continuó la persona que había llamado—. Su preocupación por la víctima me resultó bastante conmovedora. En cuanto se dio cuenta de que no había manera de que la pudiera salvar, escogió lo que parecía ser la muerte menos sádica, menos dolorosa y más rápida de las dos opciones que le di. Pero esa era solo la mitad de la historia, ¿no es así?

García parecía confundido.

Hunter no dijo nada.

—Descubrí cuál era la razón oculta detrás de su elección, detective.

No hubo respuesta.

—Se dio cuenta de que yo estaba a punto de escoger el fuego y rápidamente me interrumpió y eligió agua. —Una risa segura de sí misma—. El agua le habría dado esperanza, ¿no es así?

—¿Esperanza? —García movió los labios formando esa palabra, frunciendo el ceño en dirección a Hunter.

—La esperanza de que cuando encontraran el cuerpo, si es que lo encontraban, quizá su… —la persona que había llamado puso una voz burlona— *laboratorio forense superavanzado de alta tecnología* podía llegar a descubrir algo. Quizás en su piel, o en el cabello, o un rastro de algo debajo de sus uñas o dentro de la boca. Quién sabe qué pistas microscópicas puedo haber llegado a dejar, ¿no es cierto, detective? Pero el fuego lo habría destruido todo.

Habría carbonizado todo el cuerpo y con eso todo lo demás. No hubiese quedado ninguna pista, microscópica o no.

García no había pensado en eso.

—Pero si se ahoga, el cuerpo queda intacto —prosiguió la persona que había llamado—. La muerte llega por asfixia… la piel, el cabello, las uñas… no se destruye nada de todo eso. Queda todo allí listo para ser analizado. —La persona que había llamado hizo una pausa para tomar aire—. Podría haber un millón de cosas que encontrar. Incluso el agua en sus pulmones podría facilitaros alguna clase de pista. Fue por eso que eligió el agua, ¿no es así, detective? Si no lo puede salvar, lleve a cabo la siguiente mejor opción. —La persona que había llamado rio animadamente—. Siempre pensando como un detective. Oh, no es usted una persona para nada divertida.

Hunter negó apenas con la cabeza para sí mismo:

—Tenía razón antes. Mi preocupación era el sufrimiento de la víctima.

—Por supuesto que sí. Pero… por si llego a estar en lo cierto, ¿adivine qué? Estaba preparado.

El hombre en la pantalla había abierto otra vez los ojos. Seguía temblando. A pesar de la oscuridad, miraba a su alrededor, esperando… escuchando.

Nada. Ningún sonido. El agua se había detenido.

Detrás de la mordaza su boca formó una sonrisa tímida. Una pequeña luz de esperanza le regresó a los ojos, como si todo hubiera sido no más que un mal sueño… una broma enfermiza. Tragó con fuerza, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, como agradeciéndole a Dios. Las lágrimas se abrieron camino por entre sus párpados cerrados y le bañaron el rostro.

—Siga mirando, detective. —En la voz de la persona que había llamado había como un timbre de orgullo—. Porque está a punto de presenciar un espectáculo digno del Cirque du Soleil. —Cortó la llamada.

En la pantalla el nivel del agua comenzó a disminuir.

—Está vaciando el contenedor —dijo García.

Hunter asintió.

El agua drenaba deprisa. En cuestión de segundos el nivel había descendido hasta el pecho del hombre.

Luego se detuvo.

—¿Qué demonios está sucediendo?, —preguntó García, alzando las palmas de las manos.

Hunter negó con la cabeza. Seguía del todo atento a la pantalla. La cámara alejó un poco el *zoom*, y de repente la parte sumergida de las tuberías cobró nuevamente vida. Como en un *jacuzzi*, los chorros que salían debajo de la superficie revolvían el agua a medida que dejaban salir más líquido dentro del recipiente. Pero esta vez había algo distinto. En el momento en que el líquido translúcido salía de las tuberías y se mezclaba con el agua se producía un efecto raro, como si el nuevo líquido fuera más denso que el que ya estaba en el receptáculo.

Hunter se inclinó hacia delante, acercando el rostro al monitor.

—Eso no es agua —dijo.

—¿Qué?, —preguntó García, de pie a sus espaldas—. ¿A qué te refieres?

—Tiene otra densidad —contestó Hunter, señalando la pantalla —. Sea lo que sea que está bombeando en ese tanque, esta vez no es agua.

—¿Qué demonios es, pues?

En ese momento algo comenzó a titilar en el rincón superior a mano derecha de la imagen. Cuatro letras entre paréntesis. La primera, la tercera y la cuarta estaban en mayúsculas.

(NaOH).

—¿Es una fórmula química? —García señaló las letras.

—Sí. —Hunter exhaló.

—¿La fórmula de qué? —García regresó a su ordenador a toda prisa y abrió una pestaña nueva en el buscador.

—No hace falta que lo busques, Carlos —dijo Hunter sombríamente—. Es la fórmula química del hidróxido de sodio… sosa cáustica.

Siete

García sintió un nudo en la garganta. Hacía años, cuando aún era no más que un policía uniformado de Los Ángeles, había respondido a un incidente de violencia doméstica en el cual un novio celoso le había arrojado al rostro a la novia media pinta de soda cáustica. El novio había huido de la escena pero le arrestaron cinco días más tarde. García aún recordaba estar ayudando a los paramédicos a atar a la novia a la camilla. Su rostro era un revoltijo de carne viva y piel quemada. Los labios parecían habérsele fundido con los dientes. La oreja izquierda y la nariz se le habían desintegrado completamente, y la solución le había quemado agujeros en uno de sus globos oculares.

García miró a Hunter por encima de su ordenador:

—No puede ser. ¿Estás seguro?

Hunter asintió:

—Estoy seguro.

—Hijo de perra.

El teléfono que estaba en el escritorio de Hunter sonó otra vez. Era Dennis Baxter de la Unidad de Delitos Informáticos.

—Detective —dijo con voz ansiosa—. NaOH es soda cáustica. Hidróxido de sodio.

—Sí, lo sé.

—Mierda, hombre. Eso es altamente corrosivo. Muchas veces peor que el ácido. Si alguien echa hidróxido de sodio en esa cantidad de agua, por el momento, la solución quedará diluida y no será tan fuerte, pero en poco tiempo… —Se quedó callado.

—Convertirá todo eso en un baño alcalino. —Hunter concluyó la frase que no había podido terminar Baxter.

—Así es. ¿Y sabes qué es lo que eso va a *hacer*?

—Sí, lo sé.

—Joder, detective. ¿Qué está sucediendo?

—No estoy seguro. ¿Pudiste localizar la transmisión?

—Sí. Llega de Taiwán.

—¿Qué?

—Exactamente. Quien sea que esté haciendo esto… es bueno. O es una dirección IP intervenida o robó una de un grupo de servidores taiwanés. Conclusión… no le podemos rastrear.

Hunter colgó el teléfono:

—Tampoco le podemos localizar mediante la transmisión de internet —le dijo a García.

—Mierda. Esto es un desastre, hombre.

El hombre en la pantalla comenzó a temblar otra vez. Pero esta vez Hunter supo que no era ni a causa del frío ni del miedo. Era por el dolor atroz que sentía. La solución era cada vez más fuerte y estaba empezando a corroerle la piel. Abrió mucho la boca para dejar salir un grito agonizante que ni Hunter ni García pudieron oír. Secretamente, a ambos detectives les alivió la falta de sonido.

A medida que se agregaba cada vez más soda cáustica en la mezcla, el agua empezó a cobrar un débil y leve color lechoso.

El hombre cerró los ojos y empezó a sacudir violentamente la cabeza de un lado al otro, como teniendo una convulsión. El baño alcalino estaba empezando a rasparle la piel como una lijadora eléctrica. En unos pocos segundos se le empezaron a salir del cuerpo los primeros pedazos de piel.

Hunter se restregó el rostro con ambas manos. Nunca se había sentido tan impotente.

A medida que empezaba a flotar más y más piel en el tanque, el agua comenzó a cambiar otra vez de color. Ahora se estaba poniendo rosada. Le sangraba todo el cuerpo.

La cámara hizo *zoom* en otra cosa que flotaba dentro del recipiente.

—¿Qué es eso?, —preguntó García, haciendo una mueca.

Hunter se pellizcó el labio inferior:

—Es la uña de un dedo de la mano. Se le está disolviendo el cuerpo.

La cámara hizo *zoom* en otra, y en otra. La solución ya le había disuelto las cutículas y la mayor parte de los lechos ungueales de los dedos de las manos y de los pies.

El agua se llenaba de sangre cada vez más. Ya no era más

transparente. El rostro del hombre, de todos modos, continuaba por encima de la línea del agua.

La víctima había perdido el control de su cuerpo, que ahora se sacudía incesantemente, movido solo por el dolor. Tenía los ojos en blanco. La boca estaba contorsionada en una mueca incomprensible. Rechinaba implacablemente los dientes, y ahora sangraba por las encías, por la nariz y por las orejas.

El agua estaba empezando a hervir.

El hombre hizo una última convulsión. El pecho se le sacudió hacia delante de manera tan violenta que pareció que tuviese algo dentro, tratando de explotarle desde el interior del cuerpo. La barbilla le cayó sobre el pecho, hundiéndole el rostro debajo de la mezcla de agua sanguinolenta e hidróxido de sodio.

No hubo ningún otro movimiento.

La cámara se alejó con el *zoom*, mostrando todo el receptáculo de vidrio.

Hunter y García no sabían qué decir. Tampoco podían apartar la vista.

Pocos segundos después un mensaje parpadeó en sus pantallas.

ESPERO QUE HAYÁIS DISFRUTADO DEL ESPECTÁCULO.

Ocho

La capitana de la División de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles no era fácil de intimidar y, luego de muchos años dentro de la fuerza, eran muy pocas las cosas que la impresionaban, pero esa mañana estaba sentada en un silencio absoluto dentro de su oficina en el quinto piso del Edificio de la Administración de la Policía, con cara de incredulidad. La oficina era lo suficientemente espaciosa. La pared sur estaba ocupada por estanterías abarrotadas de libros de tapa dura. La pared norte con portarretratos, distinciones y premios. La pared este era una ventana panorámica del suelo al techo, que miraba a la calle South Main. Justo enfrente de su escritorio había dos sillones de cuero de aspecto confortable, pero ninguna de las otras tres personas que estaban en la oficina los estaban usando.

Hunter, García y Dennis Baxter estaban los tres de pie detrás del escritorio de la capitana Blake, con la vista en el monitor de su ordenador, mirando la grabación que Baxter había obtenido de internet hacía unos pocos minutos. La Oficina de Operaciones también le había enviado a Hunter una copia de la grabación de la conversación telefónica que había mantenido con la misteriosa persona que había llamado.

La capitana Blake escuchó la grabación y miró todo el registro de vídeo sin emitir ni una sola palabra. Cuando terminó alzó la vista en dirección a Hunter y García, con el rostro más pálido de lo que lo tenía hacía unos pocos momentos.

—¿Esto fue real?

Su mirada se movió hacia Baxter, que era un hombre corpulento, nada de músculos. Tenía más de cuarenta años, cabello claro rizado, un rostro rechoncho aún más cargado por la papada, y un bigotito que parecía más bien pelusa de melocotón.

—O sea —dijo la capitana—. Sé que hoy en día la tecnología de

imágenes generadas por ordenador puede hacer que cualquier cosa parezca real. ¿Estamos seguros de que todo esto no son más que trucos de cámara y digitales?

Baxter se encogió de hombros.

—Bueno, tú eres el jefe de la Unidad de Delitos Informáticos. —La voz de la capitana se endureció—. Dime algo.

Baxter ladeó la cabeza:

—Grabé todo hace apenas unos instantes luego de recibir la llamada del detective Hunter. No he tenido realmente tiempo de analizarlo, pero de un primer vistazo y por instinto… es real.

La capitana se pasó una mano por el cabello largo y negro azabache antes de mirar otra vez a Hunter y a García.

—Demasiado complejo y atrevido como para no ser más que un engaño —dijo Hunter—. Operaciones no pudo rastrear la llamada. La persona que llamó la estuvo haciendo pasar de un lugar a otro de la ciudad cada cinco segundos. —Hizo un gesto en dirección a Baxter—. Dennis dijo que la transmisión de internet llegaba de Taiwán.

—¿Qué? —La capitana Blake miró otra vez a Baxter.

—Es verdad. Lo que teníamos era una dirección IP, que es un número único de identificación que se le da a cada ordenador que opera en internet. Con eso, podemos ubicar fácilmente al host del ordenador. El IP estaba asignado a un servidor en Taiwán.

—¿Cómo puede ser?

—Sencillo. Internet hace del mundo un mercado global. Por ejemplo, si quieres establecer un sitio web, no hay ninguna ley que diga que su host tiene que estar en Estados Unidos. Puedes buscar en internet el servicio que más te convenga, y puedes hacer que tu sitio web trabaje con un servidor que esté en absolutamente cualquier parte: Rusia, Vietnam, Taiwán, Afganistán… no hay ninguna diferencia. Cualquiera puede acceder igual.

La capitana Blake pensó al respecto por un segundo:

—No hay relaciones diplomáticas —dijo—. No solo los Estados Unidos no tienen ninguna jurisdicción, sino que además un contacto diplomático, como llamar a la compañía que ofrece el servidor y pedirles su ayuda, tampoco serviría.

—Así es. También podría haber intervenido la dirección IP —agregó Baxter—. Es como robar los números de matrícula de un

coche y ponerlos en el tuyo para que no te atrapen.

—¿Se puede hacer eso?, —preguntó la capitana Blake.

—Si es lo suficientemente bueno, claro.

—¿Por lo que no tenemos nada?

Baxter negó con la cabeza:

—Aunque debo admitir que en la Unidad de Crímenes Informáticos estamos limitados en cuanto a lo que podemos hacer. —Se acomodó los anteojos de marco de metal hacia arriba del tabique de su nariz redonda—. Nuestras investigaciones por lo general están restringidas a delitos cometidos utilizando información almacenada en ordenadores, o sabotaje a información almacenada en ordenadores. En otras palabras, hackeo de bases de datos e información, desde ordenadores de individuos particulares a escuelas, bancos y corporaciones. Este tipo de situación no es con lo que nosotros realmente lidiamos.

—Fantástico —dijo la capitana, sin impresionarse.

—La División de Ciberdelito del FBI, por otro lado —dijo Baxter, continuando—, es una unidad mucho más poderosa. Ellos lidian con todo tipo de ciberdelito. Incluso tienen en su oficina el poder y los equipos como para eliminar cualquier transmisión de internet que se realice dentro del territorio de los Estados Unidos.

La capitana Blake hizo una mueca:

—¿Por lo que estás diciendo que deberíamos involucrar al FBI?

No era ningún secreto que el FBI y cualquier fuerza policial en cualquier estado americano no tenían la mejor de las relaciones, más allá de lo que pudieran decir los políticos y los jefes de departamento.

—No realmente —contestó Baxter—. Solo estaba afirmando un hecho. Ahora el FBI no puede hacer nada. La transmisión terminó. El sitio está muerto. Permíteme que te muestre. —Señaló el ordenador que estaba en el escritorio—. ¿Puedo?

—Por favor. —La capitana Blake apartó la silla hacia atrás poco menos de un metro.

Baxter se inclinó sobre el teclado de la capitana, ingresó la dirección IP en la barra de direcciones del navegador y presionó la tecla «enter». Tardó unos pocos segundos en cargarse la página: ERROR 404 - PÁGINA NO ENCONTRADA.

—El sito ya no está allí —dijo Baxter—. Ya puse en marcha un

pequeño programa que verifica la dirección cada diez segundos. Si surge algo otra vez, lo sabremos. —Arqueó las cejas—. Pero si es así, quizá debería al menos considerar cooperar con la División de Ciberdelito del FBI de Los Ángeles.

La capitana Blake le frunció el ceño y luego miró a Hunter, que permaneció en silencio.

—La jefa de esa unidad es una buena amiga mía, Michelle Kelly. No es la típica agente del FBI. Créeme, en todo lo que tenga que ver con el ciberespacio, ella tiene la última palabra. El FBI está mucho mejor equipado que el Departamento de Policía de Los Ángeles para localizar a esta clase de ciberdelincuentes. En la Unidad de Delitos Informáticos, trabajamos con ellos todo el tiempo. No son agentes de campo pretenciosos con trajes negros, gafas oscuras y auriculares. Son geeks de los ordenadores. —Baxter sonrió—. Como yo.

—Yo diría que avancemos en esa dirección solo de ser necesario —contestó Hunter, mirando a Baxter—. Como tú dijiste, ahora no pueden hacer nada, y nosotros no tenemos nada que indique que este es un caso federal, por lo que por el momento no le encuentro sentido a sumar al FBI. En esta primera fase solo complicará las cosas.

—Estoy de acuerdo —dijo la capitana Blake—. Si más adelante resulta necesario que cooperemos con ellos, lo haremos, pero por ahora, nada de FBI. —Se dirigió nuevamente a Baxter—. ¿Esta transmisión la podría haber visto alguien más, como el público en general?

—En teoría, sí —confirmó Baxter—. No era una transmisión segura, con eso me refiero a que no se precisaba una contraseña para ingresar a la página. Si alguna otra persona además de nosotros se cruzó con esa transmisión de casualidad, entonces sí, la podrían haber mirado, igual que nosotros. Pero debo agregar que eso es muy poco probable.

La capitana Blake asintió y se giró para dirigirse a Hunter:

—Vale, por lo que debemos asumir que todo esto es real. Mi primera pregunta es: ¿por qué tú? La llamada fue directo a tu escritorio. Al teléfono, te llamó por tu nombre.

—Me he estado haciendo la misma pregunta, y por el momento la respuesta es que no estoy seguro —contestó Hunter—. Hay

básicamente dos maneras de que una llamada externa acabe en el escritorio de un detective. O la persona que llama marca el número de la División de Robos y Homicidios y agrega la extensión específica del escritorio cuando se la solicitan, o llama al conmutador de la División de Robos y Homicidios y pide que le comuniquen con un detective en particular.

—¿Y?

—La llamada no llegó por medio del conmutador. Ya lo verifiqué. La persona marcó mi extensión directamente.

—Por lo que mi pregunta sigue en pie —presionó la capitana—. ¿Por qué tú? ¿Y cómo consiguió tu número de extensión?

—Puede haber conseguido en algún lado una de mis tarjetas de presentación —dijo Hunter.

—O puede haber llamado al conmutador de la División de Robos y Homicidios en cualquier momento antes de la llamada en cuestión y sencillamente puede haber preguntado el número de extensión —dijo García—. Y no me sorprendería que hubiese ingresado ilegalmente a nuestro sistema y obtenido de allí una lista con los nombres de los detectives. Estaba haciendo ir de un lado para el otro su señal como un profesional, y tenía un cortafuegos lo suficientemente bueno como para impedir que la Unidad de Delitos Informáticos del Departamento de Policía de Los Ángeles le localizara. Yo digo que sabe muy bien cómo manejarse en el ciberespacio.

—Yo diría lo mismo —dijo Baxter.

—¿Queréis decir que podría haber escogido el nombre de Robert de casualidad a partir de una lista de los detectives de la División de Robos y Homicidios?, —preguntó la capitana Blake.

Baxter se encogió de hombros:

—Es posible.

—Sería una extraña coincidencia, ¿no creéis?, —agregó la capitana—. Dado que un caso ultraviolento como este habría ido a parar directo a manos de Robert de todos modos.

Dentro de la División de Robos y Homicidios, Hunter formaba parte de una rama especial. La Sección Especial de Homicidios fue creada para tratar únicamente con casos de asesinos seriales y homicidios notorios que requieren mucho tiempo de investigación y pericia. Pero Hunter tenía una tarea más especializada aún. Debido

a su formación en psicología del comportamiento criminal, se le asignaban los casos en los que el responsable había utilizado una abrumadora brutalidad y sadismo. A esos casos el departamento los etiquetaba como UV, *ultraviolentos*.

—Quizá no fue una coincidencia —intervino otra vez Baxter—. Quizá *quería* que Robert estuviera en el caso, y esta fue su manera de asegurarse de que se lo asignaran.

La capitana Blake abrió un poco más los ojos, esperando que Baxter continuara. Baxter continuó.

—El nombre de Robert apareció en los periódicos y en la televisión muchísimas veces. Trabajó en la mayoría de los casos notorios del departamento durante los últimos… no sé cuántos años, y por lo general atrapa a la persona que busca.

La capitana Blake no lo podía negar. El nombre de Hunter había estado en los periódicos otra vez hacía apenas unos meses, cuando él y García cerraron la investigación de un asesino serial al que habían apodado El Escultor.

—Quizá la persona que llamó escogió a Robert debido a su reputación —dijo Baxter—. Quizá leyó su nombre en el *LA Times* o vio su rostro en el noticiero de la noche. —Señaló la pantalla del ordenador de la capitana—. Usted vio las imágenes, usted escuchó la grabación de la llamada, ¿no? Este tipo es engreído y desafiante. Es osado. Permaneció todo ese tiempo en línea porque sabía que no seríamos capaces de rastrear la llamada. Sabía que tampoco seríamos capaces de localizar su transmisión de internet. —Baxter hizo una pausa y se rascó la nariz—. Forzó a Robert a que eligiera la manera en que iba a morir la víctima, por el amor de Dios, y después le dio un giro más a la situación. Es como si estuviera jugando un juego. Y no lo quiere jugar contra cualquier detective. Quiere un desafío. Quiere a la persona de la que hablan los periódicos.

La capitana lo pensó durante un segundo:

—Grandioso —dijo—. Eso es justo lo que necesitamos, un psicópata más jugando al *atrápame si puedes*.

—No —respondió Hunter—. Está jugando al *atrápame antes de que mate de nuevo*.

Nueve

La oficina de Hunter y García era una caja de hormigón de 22 metros cuadrados al fondo del piso en el cual se encontraba la División de Robos y Homicidios. No tenía mucho más que dos escritorios, dos archivos viejos y un tablero magnético grande blanco que también hacía las veces de tablero de las fotografías para las investigaciones, pero no obstante daba claustrofobia.

De regreso en sus escritorios, ambos detectives vieron las imágenes de internet y escucharon la grabación telefónica una y otra vez. Baxter les había instalado a Hunter y a García un programa que les permitía avanzar las imágenes cuadro por cuadro. Y eso era exactamente lo que habían estado haciendo durante las últimas cuatro horas y media, analizando cada centímetro de cada cuadro, en busca de cualquier cosa que les pudiese dar cualquier clase de pista, por más pequeña que fuera.

El trabajo de la cámara se concentraba principalmente en el receptáculo de vidrio y en el hombre que estaba adentro. Cada cierta cantidad de tiempo la cámara hacía *zoom* en el rostro de la víctima, o en algo que flotaba en el agua sanguinolenta. Había roto ese patrón tan solo una vez, cuando se había movido hacia la derecha para mostrar el reloj de pared y el ejemplar de ese mismo día del *LA Times*.

La pared era de ladrillos rojos y cemento. Podría haber estado en cualquier parte —en un sótano, en un cobertizo de un patio trasero, en una habitación dentro de una casa o incluso en un pequeño garaje en algún lugar muy apartado de la ciudad—.

El reloj que estaba colgado en la pared era un reloj redondo a pila de unos treinta centímetros de diámetro y con marco negro. Tenía una esfera de «lectura fácil» con números arábigos, manecillas negras de horas y minutos y una aguja roja para los segundos. No

tenía al frente la marca del fabricante. Hunter le envió una foto del reloj a su equipo de investigaciones, pero sabía que las chances de relacionarlo con alguna tienda específica y de allí identificar al comprador eran prácticamente nulas.

El suelo no tenía ninguna característica particular y era de hormigón. Una vez más, podría haber estado en cualquier lugar.

El impreso de la captura de pantalla que Hunter había hecho salió perfecto. El hombre sentado dentro del receptáculo de vidrio miraba directo a cámara. Hunter ya había enviado la imagen por correo electrónico a la Unidad de Personas Perdidas. El agente que había hablado con él le dijo que debido a la mordaza que la víctima tenía en la boca, el programa de reconocimiento facial solo sería capaz de analizar una cantidad limitada de puntos de comparación facial. Si al hombre de hecho le habían reportado como perdido, igual podría llegar a ser suficiente como para que se estableciera la coincidencia, pero tenían que esperar. Hunter le dijo al agente que buscara solo en ingresos que no tuvieran más de una semana. Tenía el presentimiento de que la persona que había llamado no había secuestrado y escondido a la víctima por más de uno o dos días antes de arrojarle al tanque de vidrio. Las víctimas de cualquier parte que están en cautiverio por más de cuarenta y ocho horas siempre mostraban señales de esa situación —el rostro y los ojos exhaustos y agotados por falta de sueño, u ojos atontados a causa de alguna droga—. La higiene personal también se veía seriamente afectada, y siempre se veían las marcas inevitables de la mala alimentación. La víctima dentro del tanque no exhibía ninguna de esas señales.

—No hay nada aquí —dijo García, reclinándose en el respaldo de la silla y restregándose sus ojos exhaustos—. En esa sala no había nada más allá del tanque de agua, la víctima, el reloj, el periódico y la cámara que llevó a cabo la transmisión de toda la escena. Este tipo no es ningún tonto, Robert. Sabía que grabaríamos la transmisión y que luego la examinaríamos a fondo.

Hunter exhaló antes de restregarse él también sus ojos cansados:

—Lo sé.

—Yo, por mi parte, ya no puedo mirar más esto. —García se puso de pie y fue hasta la pequeña ventana que estaba en la pared oeste—. La mirada desesperada y suplicante en los ojos de la

víctima. —Negó con la cabeza—. Cada vez que miro esos ojos siento su miedo trepándome por la piel como un ciempiés de fuego. Y no hay nada que pueda hacer más que mirarlo morir otra vez, y otra vez, y otra vez. Me está jodiendo la mente.

Hunter también estaba asqueado de las imágenes. Lo que realmente le daba vuelta el estómago era mirar cómo el rostro del hombre se había encendido de esperanza al darse cuenta de que el agua se había detenido. Y luego, tan solo un minuto después, la manera en que los ojos se le encendieron con un pavor terrible, a medida que el líquido que le envolvía el cuerpo empezó a quemar y a carcomerle la piel y la carne. Hunter podía ver el momento exacto en el que el hombre dejaba de resistirse, al entender finalmente que nunca saldría de allí con vida. El asesino sencillamente estaba jugando con él.

—¿Descubriste alguna cosa de su tono de voz o algo?, —preguntó García.

—No. Se mantuvo tranquilo a lo largo de toda la conversación, salvo en el momento en que me gritó que tomara una decisión. Más allá de eso no hubo estallidos de enojo, ni sobreexcitación, nada. Siempre tuvo bajo control sus emociones y la conversación. —Hunter se reclinó en la silla—. Pero hay una cosa que me preocupa.

—¿Qué?

—Cuando le dije que no tenía por qué hacerlo.

García asintió:

—Dijo que sabía que no tenía por qué hacerlo, pero que quería hacerlo. Dijo que sería divertido.

—Así es, y eso podría estar indicando que la víctima no era nadie en particular. Probablemente una elección tomada completamente al azar.

—Por lo que este tipo es otro maldito psicópata, matando gente para divertirse.

—Aún no lo sabemos —contestó Hunter—. El problema es que cuando yo le dije que no podía tomar una decisión porque no sabía el motivo por el cual la víctima estaba prisionera, él me dijo que eso es algo que yo iba a tener que averiguar por mí mismo.

—¿Y?

—Y eso estaría indicando que la víctima no era una elección tomada totalmente al azar. Que hubo una razón específica por la

cual la había elegido, pero que no nos lo iba a decir.

—Por lo que literalmente nos está provocando.

—Aún no lo sabemos —dijo Hunter otra vez antes de apartarse de su escritorio, mirando su reloj y exhalando hasta vaciarse de aire —. Pero yo también ya tengo demasiado de todo esto. —Apagó el ordenador. Le volvió la misma sensación de impotencia que le había invadido cuando estaba mirando la transmisión en vivo, quemándole un agujero dentro del pecho. No había nada más que pudieran sacar de ese vídeo o de los registros de audio. En ese momento, lo único que podían esperar era algún tipo de avance por parte de la Unidad de Personas Perdidas.

Diez

Hunter estaba sentado en la oscuridad, mirando hacia fuera por la ventana de la sala de estar de su apartamento de un solo ambiente en Huntington Park. Vivía solo —no tenía esposa, ni hijos, ni novias —. Nunca había estado casado, y las relaciones que tenía no eran nunca de largo plazo. En el pasado lo había intentado, pero ser detective en la Sección Especial de Homicidios en una de las ciudades más violentas de Estados Unidos tenía su manera de cobrarse una cuota en cualquier relación, por más casual que fuera.

Hunter bebió un poco más de su café negro fuerte y miró su reloj —4:51 de la mañana—. Había logrado dormir tan solo cuatro horas, pero para él eso era prácticamente haber dormido de maravilla.

La batalla de Hunter contra el insomnio había comenzado a una muy temprana edad, disparada por la muerte de su madre cuando tenía tan solo siete años. Las pesadillas eran tan devastadoras que como mecanismo de defensa su cerebro hacía todo lo que podía para mantenerlo despierto durante la noche. En vez de quedarse dormido, Hunter leía vorazmente. Los libros se convirtieron en su refugio, su castillo. Un lugar seguro al que las horrorosas pesadillas no podían entrar.

Hunter siempre había sido distinto. Incluso de niño podía resolver enigmas y dar con la solución de problemas más deprisa que la mayor parte de los adultos. Era como si su cerebro fuera capaz de adelantar prácticamente cualquier cosa. En la escuela, sus maestros no tenían ninguna duda de que no era como la mayoría de sus alumnos. A los doce años, luego de haberse sometido a una serie de exámenes y *tests* a instancias del doctor Tilby, el psicólogo de la escuela de Hunter, le aceptaron en la Escuela Mirman para Niños Superdotados como alumno de octavo grado, dos años por delante de lo habitual a los catorce años.

El currículo especial de Mirman no aminoró la marcha de Hunter. Antes de cumplir los quince años, había superado sin dificultades todo el programa, concentrando cuatro años de secundaria en dos. Con recomendaciones de todos sus profesores, y una mención especial por parte del director de Mirman, fue aceptado como alumno en «circunstancias especiales» en la Universidad de Stanford. Hunter decidió estudiar psicología. Para ese entonces su insomnio y sus pesadillas estaban relativamente bajo control.

En la universidad, sus notas fueron igual de impresionantes, y Hunter obtuvo su doctorado en Análisis del Comportamiento Criminal y Biopsicología justo antes de su vigésimo tercer cumpleaños. El jefe del Departamento de Psicología de la Universidad de Stanford, el doctor Timothy Healy, le dejó en claro que si Hunter en algún momento se mostraba aunque sea mínimamente interesado en un puesto de enseñanza, siempre habría un lugar para él en su cuerpo de profesores. Hunter declinó la oferta respetuosamente, pero dijo que no lo olvidaría. El doctor Healy también fue el que le hizo llegar la tesis de doctorado de Hunter titulada *Un estudio psicológico avanzado en comportamiento criminal* al jefe del Centro Nacional para el Análisis del Crimen Violento del FBI. Hasta el día de la fecha, la tesis de Hunter seguía siendo de lectura obligatoria en el Centro Nacional y en su Unidad de Análisis Comportamental.

Dos semanas después de recibir su título de doctorado, a Hunter se le sacudió el mundo por segunda vez. Su padre, que en ese entonces trabajaba como guardia de seguridad en una sucursal del Bank of America en el centro de Los Ángeles, murió tiroteado durante un robo que terminó siendo un tiroteo digno del Lejano Oeste. Las pesadillas y el insomnio de Hunter regresaron con una venganza, y desde entonces nunca se habían vuelto a ir.

Hunter termino su café y apoyó la taza en la repisa de la ventana.

No importaba cuán fuerte cerrara los ojos o cuánto los apretara con los puños, no podía apartar de sí las imágenes que le habían estado consumiendo desde el día anterior a la tarde. Era como si hubiera memorizado cada segundo de la filmación, y como si alguien hubiera accionado en su cabeza el botón de *bucle infinito*.

Le llegaban preguntas constantes de cada rincón de su mente, y hasta el momento no había llegado ni a una sola respuesta. Algunas preguntas le preocupaban más que otras.

—¿Por qué la tortura?, —se susurró entonces a sí mismo.

Sabía muy bien que se precisaba cierta clase de individuo para ser capaz de torturar a otro ser humano antes de matarlo o de matarla. Podía llegar a sonar sencillo pero, llegado el momento, muy pocos eran capaces de llevarlo a cabo. Se necesitaba un nivel de distancia de las emociones humanas normales que pocos podían alcanzar. A los que lo consiguen los psicólogos y los psiquiatras los llaman *psicópatas*.

Los psicópatas no muestran ningún tipo de empatía, o remordimiento, o amor, o cualquier otra emoción asociada con el hecho de preocuparse por otra persona. A veces su falta de sentimientos puede ser tan severa que no mostrarán ninguno ni siquiera hacia su propia persona.

El segundo hecho que le removía a Hunter la cabeza como una excavadora era el *juego de elección*. ¿Por qué el asesino se había tomado la tremenda molestia de crear una cámara de tortura capaz de producir dos muertes horrendas, provocadas por el agua o por el fuego? ¿Y por qué le llamó por teléfono, o por qué llamaría a alguno de ellos por teléfono, el que fuera, y les pediría que tomaran ellos la decisión?

No era infrecuente para un asesino, incluso para un psicópata, cuestionarse a último minuto su decisión de matar a alguien, pero ese no pareció haber sido un problema para este asesino. No tenía duda de que la víctima iba a morir; sencillamente no lograba decidirse acerca de cuál de las dos muertes era la peor, si quemado o ahogado. De alguna manera dos opuestos. Dos de las maneras más temidas en las que una persona puede morir. Pero mientras más pensaba Hunter en eso, más tonto se sentía. Estaba convencido de que le habían engañado.

Sabía que no había manera de que la persona que había llamado tuviera esa cantidad de hidróxido de sodio allí sin ninguna clase de motivo. Había sido todo parte del juego. Él mismo lo había dicho. Esperaba que Hunter escogiera agua en vez de fuego, exactamente por todos los motivos que había mencionado al teléfono —era una manera más amable, menos sádica y más rápida de terminar con el

sufrimiento de la víctima—. Pero el agua también habría preservado el estado del cuerpo, y en el caso de que lo hallaran más o menos pronto, un equipo de la policía científica tendría muchas más posibilidades de encontrar una pista, si es que había algo que encontrar. El fuego, por el otro lado, simplemente lo habría destruido todo.

Hunter apretó los dientes enojado e intentó en vano rechazar la culpa que le estaba reduciendo el cerebro. En su mente no había duda de que la persona que le había llamado le había engañado. Y Hunter se odiaba por no haberse anticipado.

La melodía de llamada del teléfono móvil de Hunter le sacó de sus pensamientos. Pestañeó un par de veces como despertándose de un mal sueño y miró alrededor de la sala a oscuras. El móvil estaba sobre la vieja y rayada mesa del comedor que hacía también las veces de escritorio. Repiqueteó contra la tabla una vez más antes de que Hunter lo cogiera. En la pantalla de identificación de llamadas apareció el número de García. Pensativamente Hunter miró su reloj antes de contestar —5:04 a.m.—. Fuera lo que fuera, Hunter sabía que no serían buenas noticias.

—Carlos, ¿qué sucede?

—Encontramos el cuerpo.

Once

A las cinco y cuarenta y tres de la mañana el callejón trasero en Mission Hills, en el Valle de San Fernando, habría seguido estando completamente a oscuras si no hubiese sido por las luces azules parpadeantes de los tres coches de policía y la potente luz del equipo de la policía científica, montada en un pedestal.

Hunter aparcó su viejo Buick LeSabre junto al único poste de luz a la entrada del callejón. Se apeó del coche y estiró su complexión de un metro ochenta contra el viento matinal. El Honda Civic azul metalizado de García estaba aparcado del otro lado de la calle. Hunter se tomó un momento para mirar a su alrededor antes de ingresar al callejón. La vieja bombilla del poste de luz era amarilla y débil. De noche, si uno no lo hubiese estado buscando, habría sido muy sencillo no ver el callejón. Estaba ubicado detrás de una calle tranquila, de tiendas pequeñas, lejos de las avenidas principales.

Hunter alzó la cremallera de su chaqueta de cuero y avanzó lentamente por el callejón. Le mostró su placa al joven agente que estaba de pie junto a la cinta amarilla de la escena del crimen antes de pasar por debajo de la misma. Vio algunas lámparas arriba de algunas de las puertas traseras de las tiendas, pero ninguna estaba encendida. Había aquí y allá unas pocas bolsas de plástico y de papel tiradas en el suelo, unas latas vacías de cerveza y de gaseosa, pero más allá de eso la calle trasera estaba más limpia que la mayoría de las otras del centro de Los Ángeles. En la segunda mitad del callejón había una fila de grandes contenedores de basura, cuatro en total. García, dos agentes de la policía científica y tres agentes uniformados estaban reunidos apenas pasando el tercer contenedor. Al final del callejón, sobre un escalón de cemento, había un hombre negro sentado, zarrapastroso, mugriento, de edad indeterminada, y cuyo cabello duro parecía estallarle de la cabeza en todas direcciones. Parecía estar diciéndose algo en voz baja a sí

mismo. Había otro agente de policía de pie a un metro a la derecha de él, cubriéndose la nariz con una mano, como protegiéndose de un olor muy penetrante. No había cámaras de vigilancia en ningún lado.

—Robert —dijo García al ver que su compañero se acercaba.

—¿A qué hora llegaste aquí?, —dijo Hunter, notando que tenía el borde de los ojos del color de las frutillas.

—Hace menos de diez minutos, pero igual cuando recibí la llamada estaba despierto.

Hunter alzó las cejas.

—No dormí ni un segundo —explicó García y se señaló la cabeza —. Es como si tuviera un cine aquí adentro. ¿Y adivina qué película han estado pasando toda la noche?

Hunter no dijo nada. Ya estaba mirando por encima del hombro de García en dirección al escándalo que había alrededor del tercer contenedor.

—Es la víctima que buscábamos —dijo García—. No hay ninguna duda.

Hunter se acercó. Los tres agentes le hicieron una señal de «buen día» con un gesto de la cabeza, pero nadie dijo ni una palabra.

Mike Brindle, el agente de la policía científica a cargo, estaba arrodillado junto al contenedor, recogiendo del suelo algo con unas pinzas diminutas. Se detuvo y se puso de pie al ver a Hunter.

—Robert —dijo asintiendo. Habían trabajado juntos en más casos de lo que podían recordar.

Hunter le devolvió el gesto, pero tenía la atención puesta en el cuerpo desnudo de sexo masculino que estaba en el suelo. Estaba boca arriba, entre el tercer y el cuarto contenedor. Tenía las piernas estiradas. El brazo derecho junto al cuerpo, doblado a la altura del codo. El izquierdo estaba apoyado de manera casual sobre el abdomen.

Hunter sintió que se le cerraba un poco la garganta al mirar el rostro del hombre.

No tenía rostro: ni nariz, ni labios, ni ojos. Incluso los dientes parecían haberse descompuesto y corroído. Los globos oculares seguían en las cuencas, pero parecían bolsas de silicona pinchadas y llenas a medias. De hecho, toda la piel del cuerpo parecía como si se la hubieran lijado. Pero la carne que quedaba expuesta no tenía

color rojo crudo. Tenía un tono más bien gris rosado. Aunque era estremecedor, a Hunter no le sorprendió tanto. El baño alcalino, de algún modo, le había cocido la carne.

Hunter se acercó un poco.

Al cuerpo no le quedaban uñas ni en las manos ni en los pies.

A pesar del desfiguramiento total, Hunter prácticamente no tenía dudas de que era el mismo hombre que habían visto el día anterior en la pantalla de sus ordenadores. Cuando el hombre finalmente murió, la cabeza sin vida le cayó hacia delante, dejándole el rostro hundido en la mezcla alcalina, pero no toda la cabeza. Su cabello corto castaño estaba casi intacto.

—Murió hace ya varias horas —dijo Brindle—. El cuerpo está en pleno *rigor mortis*.

—Ayer a las tres y veintiséis de la tarde —dijo Hunter.

Brindle le miró y frunció el ceño.

—Murió ayer a las tres y veintiséis de la tarde —repitió Hunter.

—¿Le conoces?

—No exactamente. —Hunter alzó la vista. Los tres agentes de policía que estaban cerca habían regresado a la cinta de seguridad. Hunter le resumió a Brindle lo que había sucedido el día anterior.

—Por Dios —dijo Brindle cuando Hunter terminó—. Eso explicaría la desfiguración grotesca del cuerpo, y el extraño cambio de color en la carne. —Negó con la cabeza, todavía conmocionado por lo que Hunter le acababa de contar—. ¿Por lo que no solo te obligó a mirar, sino que además te forzó a que eligieras la manera en que iba a morir?

Hunter asintió en silencio.

—¿Y tienes todo grabado de manera digital?

—Sí.

Con los ojos pesados, Brindle bajó otra vez la vista en dirección al cuerpo torturado:

—Ya no entiendo a esta ciudad, o a la gente que vive aquí, Robert.

—Creo que ninguno de nosotros la entiende —contestó Hunter.

—¿Cómo alguien le podría encontrar sentido a algo así?

Hunter se agachó para examinar mejor el cadáver. Con la fuerte luz de la policía científica, se podían ver todos y cada uno de los detalles. El olor ya estaba cruzando la línea al territorio de la carne

podrida. Hunter se tapó la nariz con la mano izquierda. Notó unas pequeñas marcas en los pies del hombre, en las piernas y en los brazos:

—¿Estos qué son?

—Mordeduras de rata —dijo Brindle—. Tuvimos que espantar algunas cuando llegamos. Hay bastante comida en estos contenedores. Este callejón trasero lo utilizan una panadería, una carnicería y una pequeña cafetería.

Hunter asintió.

—Vamos a revisar la mayor parte de la basura dentro de los cuatro contenedores en caso de que el asesino haya decidido descartar algo por aquí —dijo Brindle—. Pero luego de la historia que me contaste, no da la impresión de que pudiera llegar a ser muy descuidado.

Hunter asintió otra vez. Llevó la vista en dirección al hombre negro que estaba al final del callejón. Estaba vestido con ropa rasgada y manchada, y llevaba puesto un abrigo viejo, largo y descolorido, que parecía haber sobrevivido a un ataque de una manada de lobos hambrientos.

—Se llama Keon Lewis —le dijo Brindle—. Es el que encontró el cuerpo.

Hunter se puso de pie, listo para ir a hacerle algunas preguntas.

—Buena suerte —dijo Brindle—. Sabes cuánto les gusta a los vagabundos hablar con la policía.

Doce

Keon Lewis seguía sentado en el escalón de cemento al final del callejón. Medía más de un metro noventa y era extremadamente delgado. Su barba negra y desprolija parecía estar irritándole el rostro sin parar. Se la rascaba vigorosamente cada pocos segundos. Tenía las uñas mugrientas y rotas llenas de tierra. Tenía las manos con ampollas y cicatrices. Una tenía un corte que parecía estar infectado, la piel blanda e hinchada alrededor de una cascarita rojo oscuro. Sus ojos regresaban a la escena de tanto en tanto, pero rápidamente desviaba la vista de allí y miraba el suelo o se miraba las manos.

Hunter se aproximó a Keon y al agente que estaba de pie a su lado. Keon alzó la vista, pero otra vez rápidamente apartó la mirada. Restregó las manos como un cocinero condimentando una comida.

Tenía los labios secos y partidos, y no paraba de pestañear, como si llevara puestas lentillas viejas y secas. Todas las señales físicas apuntaban a una adicción al cristal. Podría haber tenido treinta años, o cuarenta, o cincuenta, o veinte. Hunter dudaba de que el mismo Keon lo supiera.

—¿Keon?, —dijo Hunter—. Soy el detective Robert Hunter de la División de Homicidios.

Keon le contestó asintiendo de manera tensa pero manteniendo la vista baja.

El agente se apartó, concediéndoles a Hunter y a Keon cierta privacidad.

—Escucha —dijo Hunter con voz tranquila y no condescendiente —. No hay necesidad de que estés nervioso. Nadie está aquí para meterte en problemas, te lo prometo. Lamentablemente tuviste la mala suerte de encontrar el cuerpo de una víctima de homicidio. Mi trabajo es hacerte algunas preguntas, eso es todo. Después de eso, te

puedes ir.

Keon se rascó otra vez la barba.

Hunter vio que su rostro en algún momento había sido amable y atractivo, pero el abuso de drogas, el alcohol y una vida vivida muy por debajo de la línea de pobreza lo habían transformado en algo muy distinto.

—¿Te molesta si me siento?

Keon se movió hacia el extremo del escalón. Su ropa hedía a sudor rancio y basura.

Hunter se sentó y exhaló:

—Este asunto es un desastre, ¿no?

—Mieeerda, tío, esto está bien jodido. —La voz le raspaba como si tuviera la garganta irritada—. ¿Qué carajos le pasó, tío? ¿Alguien le despellejó?

—Realmente no quieras saber qué fue lo que pasó —dijo Hunter.

Keon se pellizcó la piel suelta que tenía en el dorso de la mano, retorciéndola dolorosamente, como intentándola arrancar antes de quedarse callado por un momento:

—Tío, ¿tienes un tabaco? Estoy temblando como una perra.

—Te conseguiré uno. —Hunter le hizo una seña al agente para que se acercara y le dijo algo al oído. El agente asintió y se alejó hacia el otro extremo del callejón.

—Esta calle es muy tranquila —dijo Hunter—. ¿Vienes mucho aquí?

—A veces. Si ando cerca —contestó Keon, asintiendo rápidamente con la cabeza un par de veces—. Por eso vengo aquí, ¿entiendes? Porque es tranquilo. No te tienes que pelear con nadie para conseguir un lugar para echarte un rato, y a veces se consigue buena comida en los contenedores, ¿me sigues? Las tiendas de comida tiran cosas que no lo creerías, tío. —Keon sonrió con una sonrisa llena de dientes podridos—. Tienes que espantar a las ratas, pero bueno, es gratis.

Hunter asintió de manera comprensiva:

—¿Me repites qué fue lo que sucedió cuando llegaste aquí?

—Oh tío, ya les dije todo a los policías.

—Entiendo, y sé que es un dolor de muela. Pero hay que hacerlo, Keon.

El agente de policía regresó con un paquete de cigarrillos y una

caja de fósforos y se los alcanzó a Keon. Keon rápidamente sacó uno, lo encendió y le dio una calada tan larga que el agente pensó que se lo iba a fumar todo de una sola vez.

Hunter esperó a que exhalara:

—Te puedes quedar con el paquete.

Keon se lo guardó en el bolsillo derecho del abrigo sin perder tiempo.

—Entonces, dime cómo fue que encontraste el cuerpo.

Keon se encogió de hombros:

—Está bien.

—¿Sabes qué hora era cuando llegaste aquí?

Se encogió otra vez de hombros. Keon se arremangó el brazo izquierdo y le enseñó a Hunter la muñeca:

—Mi Rolex está en la relojería.

La comisura de la boca de Hunter se alzó un poco:

—¿Podrías hacer una estimación? ¿Las tiendas ya estaban todas cerradas?

—Oh sí, todas. Era tarde, tío. Bastante después de medianoche. Vine andando desde Panorama City, y me llevó un tiempo porque no estoy bien de un pie, ¿me entiendes? —Keon se señaló el pie izquierdo. Llevaba puesta una zapatilla vieja Nike de cuero sucia. Del lado izquierdo tenía un agujero grande por el que Hunter vio que se le asomaban dos dedos. La zapatilla del pie derecho era una Converse All Stars negra—. Los policías nunca vienen para aquí, ¿me entiendes?, —continuó Keon—. Por lo que aquí nunca te molestan o te patean mientras estás durmiendo para decirte que te vayas a otra parte. Aquí se puede dormir unas cuantas horas de corrido, sin que nadie te moleste, ¿me sigues?

Hunter asintió:

—¿Y entonces qué fue lo que sucedió?

Keon dio otra calada, sacó el humo por la nariz y lo observó nerviosamente danzar frente a su rostro durante un rato:

—En realidad no lo vi hasta que estuve muy cerca. El callejón estaba oscuro, ¿me sigues? Me acerqué al primer contenedor y miré adentro. Por lo general es el que tiene la mejor comida porque la panadería tira todo allí. Me conseguí un lindo pedazo de pan de maíz. —Al decir eso, el estómago de Keon emitió un ruido atronador. Lo ignoró y le dio otra calada al cigarrillo—. Pero antes

de que le pudiera dar un mordisco, vi el par de piernas sobresaliendo de detrás de uno de los contenedores. Pensé que era otro colega que se había venido a echar un rato, ¿me entiendes? Aquí hay espacio suficiente como para más de uno, ¿me sigues?

Hunter observaba atentamente las expresiones y los movimientos de Keon. Cuando había comenzado a contar la historia le habían empezado a temblar otra vez las manos. La voz se le había puesto un poco más rasposa. Los ojos tenían dificultades para enfocarse en algo durante un tiempo prolongado —un síntoma de la drogodependencia— pero los nervios que exhibían se debían a un miedo bien genuino.

—Pensé que quizás era Toby o Tyrek —continuó Keon—. Ellos también vienen a dormir acá de vez en cuando. Pero cuando me acerqué… —Keon se rascó la barba como si le estuviera quemando el rostro—. Mierda, tío, ¿qué le pasó? —Sus ojos asustados se encontraron con los de Hunter—. No tiene cara. No tiene piel. —Terminó el cigarrillo con una calada enorme y lo apagó con la suela del zapato—. Vi muchas cosas jodidas en mi vida, hermano. También vi un par de cadáveres, pero eso… —Hizo un gesto abrupto con la cabeza en dirección a los contenedores— eso es cosa del diablo, tío.

—¿Estaba tapado?, —preguntó Hunter—. ¿Con periódicos, o un pedazo de tela, o algo?

—No, hombre. Estaba allí tirado como un gran pedazo de carne viscosa, ¿sabes a lo que me refiero? Me dio un susto tremendo, tío. Hasta las ratas estaban un poco asustadas.

—¿Viste a alguna persona más?

—Bueno, cuando doblé la esquina, una camioneta estaba saliendo del callejón en reversa.

—¿Una camioneta?

—Sí, como una pickup, ¿sabes cuáles digo? Pero no tenía la caja abierta. Tenía una tapa rígida sobre la parte de atrás.

—¿Viste qué clase de camioneta era?

—No, tío. No estaba tan cerca. Como dije, estaba doblando la esquina cuando vi que la camioneta salía en reversa y se iba.

—¿Y el color?

Keon pensó por un segundo:

—Era una camioneta oscura. Quizá negra o azul. Difícil de

distinguir a la distancia. La iluminación acá no es muy buena, ¿me entiendes? Pero tenía una abolladura grande en el parachoques trasero. Me acuerdo de eso.

—¿Una abolladura? ¿Estás seguro?

—Ajá. La vi cuando la camioneta salía marcha atrás, del lado del conductor.

—¿Una abolladura cómo de grande?

—Lo suficientemente grande como para que yo la pudiera ver así de lejos.

Hunter tomó unas notas:

—¿No viste al conductor?

—No, hombre. Ventanillas oscuras.

—¿Me podrías decir si la camioneta era vieja o nueva?

Keon negó con la cabeza:

—No sabría decir, pero no creo que fuera una camioneta vieja.

Hunter asintió:

—Vale, sigamos adelante. ¿Qué fue lo que hiciste cuando viste al cuerpo en el suelo? ¿Lo tocaste?

—¿Si lo toqué? —Keon abrió mucho los ojos—. ¿Estás colocado, tío? ¿Me convidas? Keon no es tonto, hombre. No sabía qué era lo que no andaba bien con el muerto. Podía ser una enfermedad o algo. Alguna mierda rara como «SIDA de piel» o una enfermedad nueva creada por el gobierno, ¿me entiendes? Como un experimento o algo. O eso o el diablo anda dando vueltas por la calle, despellejando cabrones, borrándoles las caras y tirándolos en callejones. —Keon agarró otro cigarrillo—. No, tío, yo no toqué ningún cadáver. Tiré todo y me largué a toda prisa, fui a un teléfono público y marqué el 911.

—¿Llamaste al 911 apenas viste el cuerpo?

—Así es, hombre.

El estómago de Keon hizo ruido otra vez. Encendió el cigarrillo, le dio otra larga calada e hizo una pausa. Parecía algo dubitativo. Hunter lo notó.

—¿Algo más, Keon?

—Bueno, pensé que quizás… ya sabes… había alguna clase de recompensa, o algo. Estuve bien, ¿no? ¿Llamándolos para que vinieran? Acordándome de la camioneta y todo.

Y eso explicaba por qué Keon estaba cooperando tan

libremente.

—Sí, Keon, estuviste bien, pero no hay recompensa. Lo lamento.

—Oh, vamos, tío. ¿Nada?

Hunter negó apenas con la cabeza.

—Mieeerda, tío. No es justo. ¿No podrías ayudar aunque sea con algo a un colega? Me vendría bien un poquito de ayuda, ¿me entiendes?

El estómago emitió otra vez un ruido fuerte y prolongado.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste una comida decente, Keon?

—¿Te refieres a una comida completa?

Hunter asintió.

Keon se mordió los labios por un momento:

—Hace un tiempo, tío.

—Vale, mira. No te voy a dar dinero, pero si tienes hambre… —Hunter hizo un gesto con la cabeza en dirección al estómago de Keon—, y puedo oír que es así, yo invito el desayuno. ¿Qué dices?

Keon se rascó los dos flancos de la barba mordiéndose otra vez los labios:

—Vamos, hombre. Veinte dólares nada más, tío. Veinte dólares no son nada para ti.

—Nada de dinero, Keon, lo lamento.

—Diez, pues. Le puedes dar diez dólares a un colega, ¿no?

—Desayuno, Keon. Eso es lo mejor que puedo hacer.

Keon bajó la vista y se miró las manos, pensando:

—¿Puedo pedir panqueques calientes?

Hunter sonrió:

—Sí, puedes pedir panqueques calientes.

Keon asintió:

—Sí, un desayuno está bien, hombre.

Trece

A pesar de haber hallado el cuerpo, Hunter y García no estaban más cerca de encontrar la identidad de la víctima. Toda la piel se le había disuelto en la solución alcalina, y eso significaba que no tenía huellas dactilares, ni tatuajes ni marcas de nacimiento identificatorias, si es que las había tenido, y absolutamente ningún rasgo facial. Los análisis de ADN llevarían unos días, pero también en ese caso solo tendrían una coincidencia si el ADN de la víctima estaba registrado en el CODIS, el Sistema de índice Combinado de ADN del FBI, y para que eso fuera así la víctima tendría que haber sido previamente condenada por un delito grave, como abuso sexual u homicidio —bastante improbable—. También seguían esperando noticias por parte de la Unidad de Personas Perdidas.

Para las primeras horas de la tarde Mike Brindle y su equipo ya habían recolectado una pequeña bolsa de cabellos, fibras y restos que podían llegar a ser de interés, pero en un callejón con cuatro contenedores grandes de basura, todos llenos con una gran cantidad de desechos de varios días de distintos establecimientos, nadie tenía demasiadas expectativas.

Hunter le hablo a Brindle la camioneta que Keon Lewis había visto saliendo en reversa del callejón. Brindle dijo que ya habían dado con dos juegos de huellas de neumáticos. El primero, que era el más prominente de los dos, era de lo que parecían ser neumáticos grandes y reforzados. Las mejores marcas estaban justo al lado del primer contenedor. La opinión de Brindle era que las huellas las habían dejado uno o más de los camiones de basura municipales el día de recolección. Hunter imaginó que tenía razón, pero el laboratorio lo tendría que confirmar.

El equipo de Brindle había tenido suerte más o menos a mitad del callejón, donde encontraron unas segundas marcas de neumáticos, apenas visibles, cortesía de un pequeño bache con la

cantidad de agua sucia suficiente como para humedecer una sección del neumático. La huella parcial no parecía provenir de un vehículo grande y pesado como un camión de la basura. El problema era que para cuando la encontraron, la mayor parte de la impresión ya se había evaporado bajo el sol matinal de Los Ángeles, pero con la ayuda de un polvo especial y una hoja grande de gelatina, consiguieron obtener algunos rastros de la huella. Esperaban que le alcanzaran al laboratorio como para obtener algo.

Hunter se puso en contacto con Operaciones Centrales. La llamada al 911 de Keon había entrado apenas antes de la una de la mañana. Hunter consideró una franja de dos horas a cada lado de esa marca y contactó con la División de Tránsito de la Oficina del Valle, para pedirles cualquier tipo de filmación que pudieran tener de cámaras viales alrededor de esa zona, de las 11:00 p.m, a las 3:00 a.m. Aún estaban esperándolas.

—Vale —dijo García, apretando el botón de «imprimir» en su ordenador. Hunter estaba en su escritorio, examinando las fotografías del callejón. Las dejó y alzó la vista para mirar a su compañero.

—El hidróxido de sodio, o soda cáustica, se puede comprar en cuatro formatos —explicó García—. En palets, en perlas, en copos o líquido. Dado que uno de sus usos principales es como agente de limpieza, se puede encontrar y comprar fácilmente en tiendas y en internet en una variedad de grados y tamaños de paquetes. Muchos vendedores se lo venderán prácticamente a cualquiera, sin necesidad de pedir un documento. —García se puso de pie y fue hasta la impresora en el rincón de la sala—. De hecho, también puedes conseguir botellas de soda cáustica en los supermercados. Además es parte de la composición de muchos productos de limpieza, incluyendo destapacañerías y limpiadores de pisos y de hornos. —Le alcanzó el impreso a Hunter—. Es algo demasiado fácil de conseguir. Por este camino no vamos a ninguna parte.

Cuando Hunter estaba cogiendo la hoja, sonó el teléfono.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —contestó y escuchó durante unos segundos—. Vamos en camino. —Colgó el teléfono y le hizo un gesto con la cabeza a García—. Vamos.

—¿Adónde?
—A la morgue. La doctora Hove terminó la autopsia.

Catorce

Tardaron menos de veinte minutos en llegar en coche al Departamento Forense del Condado de Los Ángeles en North Mission Road. Hunter y García subieron la escalinata fastuosa que llevaba a la entrada principal del arquitectónicamente impresionante edificio y se acercaron al mostrador de entrada. La recepcionista, una mujer negra grande, con cara amable y de alrededor de cincuenta años, les sonrió de la misma manera empática con la que les sonreía a todos los que cruzaban las puertas del viejo hospital convertido en morgue.

—Buenas tardes, detectives —dijo con una voz que parecía haber sido entrenada en una biblioteca.

—¿Cómo estás, Sandra? —Hunter también le sonrió.

—Estoy bien, gracias. —Ella no le devolvió la pregunta. Sandra había aprendido hacía mucho tiempo que no tenía que preguntarles cómo estaban *ellos* a los que entraran a la morgue—. La doctora Hove os está esperando en la sala para autopsias número uno. —Con un sutil gesto de la cabeza les señaló las puertas batientes que estaban a la derecha de la recepción.

Hunter y García las atravesaron y avanzaron por el largo pasillo blanco extremadamente limpio. Al final del mismo doblaron a la izquierda por un corredor más corto, en el que vieron yendo hacia ellos a un camillero que transportaba un cadáver en una camilla cubierto con una sábana blanca. Una de las dos luces fluorescentes del techo no funcionaba bien, y parpadeaba a intervalos irregulares. La escena le recordó a Hunter a una película de terror clase B.

Hunter se pellizcó la nariz como si estuviera a punto de estornudar. El olor del lugar siempre le afectaba. Era como el de un hospital, pero con un impacto distinto. Algo que parecía prendérsele en la parte de atrás de la garganta y que lentamente le hacía arder la parte interior de las fosas nasales como si fuera ácido. Pero en ese

momento el penetrante olor de los desinfectantes y los productos de limpieza le estaba revolviendo el estómago más de lo habitual. Era como si pudiera olerles el hidróxido de sodio. García también parecía que lo estaba sintiendo, a juzgar por la expresión de su rostro.

Otro giro a la izquierda y llegaron a la sala número uno.

Hunter apretó el botón del intercomunicador que estaba en la pared y oyó el sonido crepitante que emitió el altavoz:

—¿Doctora Hove?, —dijo.

La sólida puerta zumbó y se abrió con un siseo semejante al de un cierre a presión. Hunter empujó y abrió y él y García entraron a la gran sala con temperatura invernal. Las paredes estaban recubiertas con azulejos blancos. El suelo era de vinilo brillante. De una encimera larga con fregaderos muy grandes que se extendía por la pared este sobresalían tres mesas de autopsia, de acero inoxidable. En el techo, por encima de cada mesa, había una isla circular de luces quirúrgicas. Dos de las paredes estaban ocupadas por criptas metálicas que tenían aspecto de archivos grandes con manijas prominentes. La jefa de Medicina Forense del Departamento Forense de Los Ángeles estaba de pie al otro lado de la sala.

La doctora Carolyn Hove era alta y delgada con penetrantes ojos verdes y cabello largo castaño que por lo general llevaba en una coleta, pero que en ese momento lo tenía recogido en un simple moño. La mascarilla quirúrgica le colgaba del cuello, dejando ver unos labios carnosos con apenas un toque de lápiz labial rosa, pómulos prominentes y una nariz pequeña y delicada. Tenía las manos dentro de los bolsillos del mandil blanco de laboratorio.

—Robert, Carlos. —Saludó a ambos detectives con un movimiento de cabeza. Su voz era aterciopelada pero firme, del tipo de las que están siempre a cargo.

Los dos detectives le devolvieron el gesto en silencio.

—Mike me contó todo —dijo la doctora Hove—. ¿Así que el asesino llamó a la oficina y os hizo mirar? —Se acercó a la mesa de autopsia que tenía más cerca. Las otras dos estaban misericordiosamente vacías.

Hunter y García la siguieron.

—Primero nos hizo elegir la manera en que moriría la víctima —

contestó García.

—¿Se os ocurre por qué lo puede haber hecho?

—Estamos trabajando en eso.

—Mike también me dijo que el asesino creó una especie de… ¿cámara de tortura?

—Algo así —respondió Hunter.

—Puedes mirar la grabación si quieres, doc —dijo García—. Quizás veas algo que nosotros no hayamos visto.

Asintió de manera dubitativa:

—Claro, si me la enviáis, la miraré.

Hubo un momento de silencio antes de que dirigieran su atención al cadáver que estaba sobre la mesa de acero. La víctima sin piel y sin rostro yacía allí como una criatura andrógina. No más que un cúmulo deforme de carne. La clásica incisión en forma de Y, decorada con puntos gruesos y negros, ahora le sumaba una capa grotesca al cuerpo.

La doctora Hove se puso un par de guantes de látex nuevos, encendió las luces de la isla de arriba de esa mesa y bajó la vista en dirección a la víctima:

—Todos estos años como médica forense y aún no lo entiendo. ¿Cómo le puede hacer esto una persona a otro ser humano?

—Algunas personas son capaces de cosas peores, doc —contestó García.

—En lo que al dolor respecta, no hay nada peor, Carlos. —El tono de voz de ella hizo que a García le subiera un escalofrío por la columna vertebral—. El hidróxido de sodio es una sustancia base fuerte —explicó ella—. Está ubicada en el otro extremo de la escala de pH en relación con ácidos fuertes como el sulfúrico o el clorhídrico. No hay nadie que no conozca el daño que los ácidos fuertes pueden ocasionar si entran en contacto con la piel humana, ¿no? Pero lo que pocas personas saben es que las bases fuertes, como el hidróxido de sodio, son más de cuarenta veces más dolorosas y destructivas para el cuerpo humano que los ácidos fuertes.

García abrió mucho los ojos:

—¿Cuarenta?

La doctora Hove asintió:

—El ácido sulfúrico parece agua tibia si se lo compara con el

hidróxido de sodio. Lo que hizo este asesino fue crear un baño alcalino con la víctima dentro. —Su vista regresó al cuerpo que estaba sobre la mesa—. Para él, fue como si le estuvieran quemando en vida, pero su cerebro siguió funcionando durante más tiempo… mucho más tiempo, por lo que experimentó todos y cada uno de los dolores ocasionados por las quemaduras que su cuerpo sufrió. La solución le comió las dos primeras capas de piel extremadamente deprisa.

—Y entonces comenzó el verdadero dolor —dijo Hunter en voz baja.

—Así es —convino la doctora Hove.

García parecía no entender del todo.

—La principal razón por la cual se utiliza hidróxido de sodio en tantos productos de limpieza industriales —explicó la doctora— es por su increíble capacidad de disolver aceites, grasas y proteínas. La tercera capa de la piel humana, la subcutánea, está compuesta mayormente de grasa. Cuando eso ya no está, se llega al tejido muscular, que está compuesto mayormente por proteínas. ¿Se entiende un poco mejor ahora?

García se estremeció.

—Si a eso se le suma que la alcalosis en la solución habría continuado sobreexcitando los nervios, ocasionando que se inflamaran de manera terrible, el resultado es que todos y cada uno de los nervios del cuerpo le gritaban en agonía. El dolor hace que todos los músculos más importantes tengan espasmos, se contraigan y acalambren. Si no hubiese estado atado en posición sentada, probablemente se habría quebrado la médula espinal por las contorsiones. Y su cerebro seguía funcionando, registrando todo mientras su cuerpo literalmente se disolvía, capa a capa.

—Está bien, sí, ya entiendo, doc, gracias —dijo García, con el rostro prácticamente verde.

—Por suerte para él —dijo la doctora—. Su corazón se rindió más o menos pronto.

—No lo suficientemente pronto —dijo Hunter—. Estuvo en ese baño alcalino durante once minutos antes de morir.

La doctora Hove asintió, ladeando la cabeza:

—Así y todo, su corazón se rindió antes de lo previsto. ¿Ya le han identificado?

—Todavía estamos trabajando en eso —dijo Hunter.

—Entonces esto podría ayudar. —Cogió un documento de la encimera que estaba a sus espaldas y se lo entregó a Hunter—. El motivo por el cual su corazón dejó de funcionar antes de lo que lo habría hecho un corazón más saludable era que sufría de estenosis mitral, que es un angostamiento de la válvula mitral del corazón. Esto hace que el corazón tenga que hacer un esfuerzo mayor para bombear sangre de la aurícula izquierda al ventrículo izquierdo. Debido al dolor inmenso al que se vio expuesto, el corazón se le aceleró para proveerle más sangre a su cuerpo. A causa de su enfermedad, su corazón se vio fatalmente saturado más pronto de lo habitual.

—¿Cuánto más pronto?, —preguntó García.

—Yo diría que entre un cuarenta y un cincuenta por ciento.

—¿Podría haber aguantado el doble de tiempo del que estuvo allí?

La doctora asintió:

—Una persona saludable como tú probablemente sí.

García se sacudió la estremecedora sensación que le cosquilleó por el cuello.

—Lo más probable es que una persona con su enfermedad viera a un cardiólogo cada pocos meses solo por precaución —dijo la doctora Hove.

—Gracias, doc —dijo Hunter—. Empezaremos a verificar ya mismo.

—Lamentablemente el cadáver es un agujero negro forense —concluyó la doctora—. Si había algo que encontrar, el hidróxido de sodio lo carcomió. Ni siquiera las bacterias habrían sobrevivido. —Tosió para aclararse la garganta—. Si estáis pensando en mirar esto desde la perspectiva de las drogas, os puedo decir que no consumía drogas, o si lo hacía era de manera puramente recreativa y no había tocado nada durante la última semana.

Hunter sabía que ese sería el caso, pero sintió un mínimo destello de duda en el comportamiento de la doctora:

—¿Hay algo más, doc?

—Hay algo que me tiene confundida —dijo—. Más allá de que la víctima tuvo un paro cardíaco antes de lo que lo habría tenido una persona con un corazón más saludable, la solución de hidróxido de

sodio debería haber continuado carcomiendo los tejidos y disolviendo el cuerpo hasta que no quedara nada. No fue lo que sucedió. Se detuvo en el mismo momento en el que llegó al tejido muscular.

—En el momento en el que murió —dijo Hunter.

—Eso diría, sí. Lo cual sugiere que el asesino vació el tanque de tortura y que sacó a la víctima de allí apenas murió.

—Probablemente eso fue lo que hizo —convino Hunter.

—¿Pero por qué? ¿Y por qué tirar el cuerpo en un callejón? Si el asesino hubiera dejado a la víctima en el tanque habría disuelto el cadáver. El problema de la evidencia habría quedado resuelto. ¿Por qué darle a la policía algo en lo que trabajar?

—Porque el asesino se quiere asegurar de que le tomemos en serio —contestó Hunter—. Sin un cadáver, no tenemos pruebas de que lo que vimos en internet no eran más que trucos digitales.

—O alguien haciendo una representación —agregó García—. El agua que estaba dentro del tanque quedó enturbiada por la sangre muy deprisa, doc. Lo único que podíamos ver era el rostro de la víctima, nada más. Asumimos que estaba experimentando un dolor terrible, que su cuerpo se estaba disolviendo, pero podría haber sido alguien actuando, montándole un gran engaño al Departamento de Policía de Los Ángeles.

—La intención también era que se encontrara rápido el cuerpo —dijo Hunter—. Por eso el lugar en el que se lo encontró: un callejón trasero utilizado por varias tiendas. Hoy era el día de recolección, por la mañana temprano. Estoy seguro de que el asesino lo sabía.

—Por lo que les entregó el cuerpo para demostrar que no era una escenificación —dijo la doctora Hove.

—Esa es la idea —confirmó Hunter—. Porque ahora sabemos que es de verdad.

Quince

Christina Stevenson abrió la puerta de su casa de una sola planta en Santa Monica y encendió las luces. El brillo que inundó la sala de estar la hizo parpadear, y rápidamente utilizó el atenuador de luz para bajarle la intensidad. A mitad de la tarde había comenzado a dolerle la cabeza, y luego de varias horas largas frente a la pantalla del ordenador el dolor de cabeza acababa de alcanzar la fase de tortura.

Dejó su bolso en el suelo junto a la puerta y se restregó durante un momento sus cansados ojos azules. Sentía como si se le estuviera derritiendo el cerebro dentro del cráneo. Las pastillas para el dolor de cabeza no le habían hecho efecto. Lo que precisaba era una largar ducha, un gran vaso de vino y mucho descanso.

«*De hecho*», lo pensó mejor, «*sería mucho más apropiado beber champaña*». Después de todo, todo el esfuerzo que le había dedicado a su trabajo en las últimas semanas finalmente había dado su rédito.

A la luz ahora tenue de su sala de estar, su mirada se encontró con el retrato de su madre sobre la brillante consola negra junto a la ventana, y ella le sonrió con tristeza.

Christina no había conocido nunca a su padre, y nunca había querido. Había sido concebida en el baño de hombres de un club nocturno de West Hollywood. Su madre estaba borracha. El tipo con el que tuvo sexo estaba colocado de drogas. Se habían conocido esa noche. Él era apuesto y encantador. Ella estaba sola. Una vez que salieron de ese baño, ella nunca le vio de nuevo.

Cuando Christina fue lo suficientemente mayor como para comprenderlo, su madre le contó toda la historia. También le dijo que ni siquiera podía recordar el nombre. Pero su madre no era una mala persona. En contra de la recomendación de todas sus amigas,

decidió no abortar. Tuvo a su bebé, y la crio sola, de la mejor manera que pudo. Ahorró cada centavo que le sobraba, y cuando Christina egresó del instituto su madre había guardado dinero suficiente en su cuenta de ahorros como para que su hija pudiera ir a la universidad. Cuando, cuatro años más tarde, Christina recibió su diploma, en esa ceremonia de graduación no había nadie más orgullosa que su madre.

Esa misma noche, su madre murió de un aneurisma cerebral mientras dormía.

Eso había sucedido hacía ya siete años. Christina la seguía extrañando como loca.

Christina entró en el área de su cocina integrada y miró el refrigerador. Tenía una botella de Dom Ruinart 1998 que había estado guardando para una ocasión especial. Bueno, sin duda esa era una ocasión especial. Hizo un mohín con los labios, reflexionando.

«¿La debería abrir o no?».

Parecía una pena no tener nadie con quien compartirla.

Christina no estaba casada, y a pesar de que había tenido muchos romances y aventuras, en ese momento no estaba viendo a nadie. Lo pensó durante un rato más y decidió que allí mismo no había nadie con quien le habría gustado compartir esa botella de champaña, de todos modos. La cogió, retiró el alambre de seguridad y abrió la botella haciendo saltar el corcho.

A Christina le habían dicho muchísimas veces que los buenos vinos necesitaban respirar. No tenía idea de si lo mismo aplicaba a la champaña, pero igual no le importaba. Se sirvió una copa y bebió un largo trago… el paraíso. Se le estaba empezando a ir el dolor de cabeza.

Sacándose los zapatos con los pies sobre la marcha, Christina atravesó la sala de estar y avanzó por el pasillo que llevaba más adentro de la casa, y a su dormitorio al final del mismo. Su habitación era grande y mucho más aniñada de lo que le hubiera gustado que la gente supiera. En el techo unas molduras rosa claro combinaban con las paredes pintadas de un color melocotón pálido. Unas cortinas largas de flores cubrían las puertas correderas de vidrio que llevaban al patio trasero y a la piscina. En el rincón de la habitación había un tocador rosa, completo con espejo y luces como

de camarín. Su cama *king-size*, apoyada contra la pared norte, estaba tapada de cojines y muñecos de peluche.

Christina dejó la copa y la botella de champaña en la mesita de noche, conectó su reproductor de MP3 al equipo de música portátil que estaba sobre el tocador y comenzó a bailar al ritmo de *Lady* Gaga mientras se desvestía. Se quitó la camisa, y después los pantalones vaqueros. Regresó a la champaña y se sirvió otra copa, bebiéndose la mitad antes de detenerse frente a las puertas espejadas del armario. La champaña estaba comenzando a hacer el efecto deseado, y comenzó a bailar de nuevo mientras se quitaba el sostén y las medias violetas. Desnuda, se pasó las manos por los senos, hizo una pose sensual y se tiró un beso en el espejo antes de soltar una risa alegre.

Abrió el cierre de su reloj Tag Heuer de diamantes, un regalo de un amante de otros tiempos, y cuando se lo estaba quitando de la muñeca cayó al suelo, dio contra su pie y se escabulló debajo de la cama.

—Maldición, eso dolió —dijo, inclinándose hacia delante para masajearse el pie derecho. Sin mirar, rápidamente metió una mano debajo de la cama. No encontró nada—. Mierda.

Christina se apoyó con las manos y las rodillas y llevó el rostro a pocos centímetros del suelo.

—Ahí estás.

El reloj se había escurrido hacia la pared contra el cabezal. Para alcanzarlo, tenía que deslizar medio cuerpo debajo de la cama. Al hacerlo, sin ningún motivo en particular, su mirada se paseó por el suelo hasta mirar del otro lado, y hacia las puertas correderas de vidrio y la parte más baja de sus largas cortinas con flores. Y ahí fue cuando los vio.

Un par negro de zapatos de hombre con los tacos apretados contra la pared de vidrio.

La impresión y el miedo hicieron que su mirada fuera subiendo lentamente las cortinas, y notó que en ese preciso lugar los pliegues no eran como debían ser. Para Christina, los segundos que siguieron a eso pasaron en cámara lenta. Su mirada subió un poco más antes de detenerse completamente.

Desde adentro de la habitación, a través del lugar en el que se separaban las cortinas, alguien la estaba mirando directo a los ojos.

Dieciséis

Luego de lograr cuatro horas y media de sueño, fantástico para sus estándares, Hunter llegó a su oficina a las 8:10 a.m. García ya estaba en su escritorio leyendo todos los correos electrónicos que habían llegado durante la noche —nada interesante—.

Hunter se había quitado la chaqueta y ya había encendido el ordenador cuando sonó el teléfono que estaba en su escritorio.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios.

—Robert, habla Mike Brindle. Tengo el resultado de esa huella de neumático parcial que encontramos en el callejón.

—¿Algo que nos pueda servir?

—Bueno, tenemos una coincidencia.

—Te escucho.

—La huella es de un neumático Goodyear Wrangler ATS. Específicamente, un P265/70R17.

—¿Y eso quiere decir…?

—Que lo que tenemos aquí es un neumático común de una camioneta pickup —explicó Brindle—. El ATS lo utilizan muchos fabricantes de camionetas como neumático original para sus vehículos nuevos. El modelo en cuestión lo ha utilizado Ford para sus camionetas
F-150
y
F-250
durante los últimos cuatro años, y Chevrolet para la Silverado durante los últimos tres.

—¡Mierda!

—Exacto, le pedí a alguien que verificara. Incluso con la recesión, Ford vendió alrededor de 120 000 camionetas
F-150

y
F-250
en el territorio de Estados Unidos solo durante el último año. Chevrolet vendió alrededor de 140 000 Silverado. Cuántas de todas esas son de color oscuro, o fueron compradas en California, es algo que tendréis que averiguar tú y tu equipo.

—Nos pondremos a investigarlo —dijo Hunter—. Supongo que esos neumáticos igual no son muy difíciles de conseguir.

—Ese es el problema número dos —le dijo Brindle—. Están disponible en las tiendas, lo cual quiere decir que cualquiera que tenga un modelo de camioneta más viejo o de otra marca puede ir a una tienda y equipar su camioneta con esos mismos neumáticos. Pero son una opción cara, por lo que es más probable que se inclinen hacia un fabricante más económico si van a comprar neumáticos nuevos para una camioneta vieja.

Hunter asintió en silencio.

—Ahora bien, como recordarás, el callejón trasero era de asfalto —prosiguió Brindle—. Que hace que encontrar cosas como marcas de pisadas sea mucho más difícil, pero con la ayuda de una iluminación especial nos las apañamos para encontrar unas cuantas. Les pertenecen al menos a ocho personas distintas.

«*Nada sorprendente*», pensó Hunter, dado que el callejón lo utilizaban varias tiendas diferentes.

—Pero un par de esas huellas eran muy interesantes.

—¿En qué sentido?, —preguntó Hunter.

—Las encontramos justo en el espacio que había entre el tercer contenedor y el cuarto, donde se encontró el cuerpo. Las huellas eran de un calzado talla 44. Keon Lewis, la única otra persona que sabemos que caminó por el lugar, es talla 46. La huella del zapato izquierdo parece ser más prominente que la del zapato derecho. Eso podría indicar que la persona caminaba con una ligera anormalidad, como una cojera, cargando más peso en su pierna izquierda.

—O que estaba cargando algo pesado —dijo Hunter.

—Eso es lo que estaba pensando.

—Probablemente en su hombro izquierdo. No en los brazos.

—Precisamente —convino Brindle—. Saca el cuerpo del coche, se lo carga en el hombro y lo lleva hasta el espacio entre los dos

contenedores. —Brindle exhaló—. Ahora bien, la víctima era una persona bastante voluminosa.

—Noventa y ocho kilos —dijo Hunter.

—Bueno, cargar noventa y ocho kilos en los hombros no es para cualquiera, Robert —dijo Brindle—. La persona que estáis buscando es grande y fuerte.

Hunter no dijo nada.

—En el callejón además fue muy cuidadoso —continuó Brindle —. A pesar de que encontramos huellas de pisadas, no obtuvimos nada de la suela. Ninguna impresión de ningún tipo.

—Se cubrió el zapato —concluyó Hunter.

—Sí. Probablemente con una bolsa de plástico. También tengo los resultados de toxicología.

—Wow, eso sí que fue rápido.

—Solo lo mejor, mi amigo.

—¿Estaba drogada la víctima?

—Anestesiada —dijo Brindle—. Se encontraron rastros de un anestésico intravenoso, fenoperidina. Es un opioide fuerte, e investigando un poco encontrarías varias farmacias ilegales que te lo venderían por internet.

«*Los maravillas de la era moderna*», pensó Hunter:

—¿Dijiste rastros?, —indagó Hunter.

—Sí, prácticamente nimios. Si tuviera que hacer una suposición, diría que el asesino solo lo utilizó para dominar a la víctima por un breve período de tiempo. Probablemente durante el momento del secuestro. Una vez que el asesino tuvo a la víctima en un lugar seguro, no se readministró la droga.

Escribió algo en un anotador.

—También tenemos los resultados de los análisis de voz que se hicieron de la conversación telefónica que tuviste con el asesino —dijo Brindle, prosiguiendo—. Parece ser que filtró y refiltró la voz muchas veces, alterando apenas el tono cada una de las veces. A veces más alto, a veces más bajo. Esa es la razón por la que, incluso con la variación electrónica, la voz igual suena tan normal, tan humana, pero no obstante irreconocible si llegaras a tener una conversación con él sin saber en la calle.

Hunter no dijo nada en señal de respuesta. Por el rabillo del ojo vio que el rostro de García se encendía al leer algo en la pantalla de

su ordenador.

—Como sea, te estoy enviando por correo electrónico todos los resultados que tenemos hasta el momento —dijo Brindle—. Si surge algo más de las fibras y los cabellos, te lo haré saber.

—Gracias, Mike. —Hunter cortó la llamada.

García apretó el botón de «imprimir».

—¿Qué hay, Carlos?

García recogió el impreso y se lo mostró a Hunter. Era un retrato blanco y negro de un hombre blanco de entre veinticinco y treinta años. Tenía el cabello marrón claro corto y desprolijo. Tenía el rostro redondo con mejillas regordetas, una frente prominente y cejas delgadas. Tenía los ojos oscuros y con forma de almendra. En el retrato tenía una mirada un poco atontada.

Hunter abrió grandes los ojos. Habría reconocido ese rostro en cualquier lugar. Lo había mirado durante horas y horas seguidas. Lo observó morir una y otra vez. En su mente no había duda. Estaba mirando una fotografía de la víctima que estaban investigando.

Diecisiete

Hunter finalmente pestañeó.

—¿Dónde lo conseguiste?

García le había dado el impreso a Hunter y ya estaba de vuelta frente a su ordenador, leyendo el correo electrónico que acababa de recibir.

—Personas Perdidas. Lo acaban de enviar.

Hunter devolvió la vista a la fotografía.

—Le reportaron como perdido el miércoles —dijo García—. Al programa de reconocimiento facial de Personas Perdidas le llevó hasta esta mañana relacionar esa imagen con la foto que les enviamos.

—¿Quién era?

—Se llamaba Kevin Lee Parker, veintiocho años, de Stanton, en el condado de Orange. Actualmente residía en Jefferson Park con su esposa, Anita Lee Parker. Ella fue quien le reportó como perdido. Era encargado en una tienda de videojuegos en Hyde Park.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo perdido?

García se movió hacia abajo en el archivo adjunto que había llegado con el correo electrónico:

—Desde el lunes. Esa fue la última vez que su esposa le vio. El lunes por la mañana, cuando se fue a trabajar. No regresó a su casa esa noche.

—Pero le reportó perdido recién el miércoles —dijo Hunter—. Hace dos días.

García asintió:

—Eso es lo que dice aquí.

—¿Sabemos si el lunes asistió al trabajo?

Bajó un poco más en la pantalla:

—Según su esposa, sí. Llamó a la tienda el martes por la mañana y le dijeron que el día anterior había ido a trabajar.

—¿Pero el martes no?

—No.

—¿Tiene un teléfono móvil?

—Sí. La señora Lee Parker ha estado llamando al teléfono desde el lunes por la noche. No hubo respuesta.

Hunter miró su reloj:

—Vale, hagamos que el equipo de investigación realice una búsqueda de todo lo relacionado con el señor Lee Parker. Las cosas de siempre: todo el contexto que puedan averiguar.

—Ya están en eso —dijo García.

—Genial —dijo Hunter, cogiendo su chaqueta—. Vayamos a hablar con la señora Lee Parker.

Dieciocho

Jefferson Park, con sus hogares de una sola planta y sus edificios bajos de apartamentos, era un pequeño distrito en el sudoeste de Los Ángeles. Había comenzado siendo una de las zonas más prósperas de la ciudad a principios del siglo XX. A medida que la ciudad crecía y se creaban vecindarios más nuevos y más modernos, la prosperidad comenzó a abandonar la zona. Un siglo más tarde y Jefferson Park se había convertido en uno de los muchos vecindarios de clase media baja de una ciudad que parecía no dejar de crecer nunca.

A esa hora de la mañana el tráfico en la autovía Harbor era una procesión como de caracoles, parachoques contra parachoques, y lo que debería haber sido un viaje de entre diez y quince minutos en coche se demoró casi cuarenta y cinco minutos.

La calle en la que vivía Kevin Lee Parker parecía una postal suburbana. Casas de una sola planta ubicadas al fondo y alineadas a ambos lados de la carretera en las que árboles altos proyectaban sombras en las aceras. La casa de él era blanca con ventanas azules, una puerta azul y techo a dos aguas color terracota. La cerca blanca de las del estilo de postes de madera en punta que rodeaba la propiedad parecía haber recibido recientemente una nueva capa de pintura. Al césped del frente, de todos modos, le habría venido bien un corte. Dos críos montaban sus bicicletas hacia uno y otro lado de la calle, haciendo sonar incesantemente los timbres de sus manubrios. Cuando se apeó del coche, Hunter notó que un vecino de la casa contigua los observaba por encima de su seto impecable.

El breve sendero que llevaba del portón de madera a la puerta del frente de la casa de Kevin Lee Parker era viejo y estaba hecho de bloques color cemento. Muchos estaban partidos. A algunos les faltaban una o dos esquinas.

Se acercaron al porche y García llamó a la puerta tres veces —

nada por un largo rato—. Estaba a punto de llamar otra vez cuando finalmente una mujer regordeta de poco más de veinte años abrió la puerta. Su cabello despeinado era oscuro y corto, su rostro redondo y carnoso. Tenía un bebé apoyado en la cadera. Se la veía exhausta, y sus ojos tenían el tinte rojo irritado de alguien que ha estado llorando, o que ha dormido muy poco, o ambas cosas. Ella sencillamente miró a los dos detectives sin decir ni una sola palabra.

—¿Señora Lee Parker?, —preguntó Hunter.

Ella asintió.

—Mi nombre es Robert Hunter. Trabajo en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Hablamos hace un rato por teléfono.

Anita Lee Parker asintió otra vez.

—Él es mi compañero, el detective Carlos García.

Los dos le mostraron sus credenciales.

La bebé les sonrió y movió la mano derecha, como queriendo saludar a los dos detectives. Mirando a la bebé diminuta, Hunter le devolvió la sonrisa, pero dentro suyo se le partió el corazón.

—¿Encontrasteis a Kevin?, —preguntó Anita con voz ansiosa. Tenía un fuerte acento de Puerto Rico.

—¿Podríamos quizás hablar adentro, señora Lee Parker?, —sugirió Hunter.

Por un instante pareció confundida, como si no le hubiera entendido. Luego dio un paso a la izquierda y los invitó a pasar.

La puerta del frente los hizo entrar directo a una sala de estar pequeña. En un rincón, un ventilador portátil removía el aire, que se sentía pesado con el olor de cosas de bebé. Había un sofá de tres cuerpos y dos sillones tapados con mantas multicolores que parecían colchas hechas con retazos que parecían provenir directo del Sur Profundo. Una imagen grande de Jesús decoraba una de las paredes, y en distintas partes de la sala había retratos familiares. Anita estaba tan nerviosa que no les dijo que tomaran asiento.

—¿Encontrasteis a Kevin?, —preguntó otra vez, con un hilo de voz—. ¿Dónde está? ¿Por qué no me llama?

Anita ya parecía estar al borde de un colapso. Hunter ya había estado antes en esa situación demasiadas veces como para saber que precisaba extraer cualquier información que pudiera antes de que se pusiera histérica.

El bebé que tenía en sus brazos estaba comenzando a sentir la ansiedad de la madre. Había pasado de sonreír a fruncir el ceño, al borde del llanto.

—Anita —dijo Hunter de manera cálida, señalando el sofá—. ¿Por qué no tomamos asiento?

Otra vez, le miró como confundida:

—No me quiero sentar. ¿Dónde está Kevin?

La bebé comenzó a dar patadas y a agitar los brazos. Hunter le sonrió de nuevo:

—¿Cómo se llama?

Anita bajó la vista hacia su hija con mirada tierna y comenzó a mecerla:

—Lilia.

Otra sonrisa:

—Qué lindo nombre. Y qué linda bebé, pero como usted, se está sintiendo molesta ella también, ¿lo ve? Los bebés pueden sentir estas cosas mejor que cualquiera, en especial de sus madres. Si toma asiento, eso ayudará a que Lilia se sienta más cómoda. Y usted también.

Anita dudó.

—Por favor. —Hunter señaló otra vez el sofá—. Inténtelo. Ya verá.

Anita le puso a Lilia el chupete en la boca:

—*No llores, mi amor. Todo va a estar bien*, —dijo en español. La bebé aceptó el chupete y Anita finalmente tomó asiento. Hunter y García se sentaron en los sillones.

Lilia se acomodó en una posición confortable en brazos de su madre y cerró los ojos.

Hunter aprovechó esa oportunidad para disparar una pregunta antes de que Anita pudiera disparar las suyas de nuevo:

—Usted dijo que la última vez que vio a Kevin fue el lunes, ¿correcto?

Anita asintió:

—Por la mañana. Tomó el desayuno y se fue a trabajar, como todas las mañanas.

—¿Y esa noche no regresó a casa?

—No. Eso no era tan raro antes, pero desde que nació Lilia él ya no jugaba hasta tarde.

—¿Jugaba hasta tarde?, —preguntó García.

Anita rio nerviosamente por lo bajo:

—Kevin es un *niño* grande. Trabaja en una tienda de juegos porque le encantan los juegos. Está siempre jugando juegos como un niño. Antes de que naciera Lilia, muchas noches se quedaba en la tienda después del horario de trabajo, jugando juegos en internet hasta la mañana con amigos. Pero siempre me llamaba para decirme que estaría jugando. Pero ahora que tenemos a Lilia, ya no juega hasta tarde. Es un buen padre.

García asintió comprensivamente.

—¿El lunes por la noche no la llamó?, —preguntó Hunter.

—No.

—¿Usted le llamó?

—Sí, pero no atendió. El mensaje dijo que el teléfono no estaba disponible.

—¿Eso a qué hora fue, se acuerda? ¿A qué hora llamó a su marido?

Anita no tuvo necesidad de pensarlo:

—No tarde. Alrededor de ocho y media. Kevin nunca llega tarde a casa. Por lo general a las ocho en punto ya está de regreso.

Hunter anotó esa información.

—¿Habló con alguno de sus compañeros de trabajo de la tienda? ¿El lunes fue a trabajar?

—Sí. Llamé a la tienda el lunes por la noche. Después de que intenté llamar a Kevin. Nadie atendió. No había nadie allí. Llamé a la *policía* a las once, pero no les importó. Vino un policía alrededor de la una de la mañana, pero solo dijo que iba a tener que esperar. Quizá Kevin regresaría a la mañana. Se hizo de mañana y Kevin no estaba en casa. Llamé otra vez a la tienda. Hablé con Emilio. Emilio es un buen amigo. Un viejo amigo. Dijo que Kevin trabajó el lunes, pero que no se quedó después del trabajo a jugar juegos de internet. Dijo que cerraron la tienda a las siete y Kevin se fue. Llamé de nuevo a la policía, pero tampoco les importó. Dicen que Kevin no es un crío. Que tenían que esperar uno o dos días antes de poder hacer algo.

Hunter y García sabían que eso era cierto. En Estados Unidos, todos los adultos tienen el derecho a perderse si es lo que él o ella quieren. Quizá no quieren ver a su esposa o a su marido por uno o

dos días. Quizá sencillamente precisan un descanso de todo. Era su prerrogativa. El protocolo de Personas Perdidas de California dictaminaba que tenían que esperar entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas antes de abrir un expediente de persona perdida para cualquier adulto mayor de dieciocho años.

Hunter tomó unas notas más:

—¿Kevin va en coche al trabajo?

—No, coge el autobús.

—¿Tuvieron, como familia, algún problema financiero?, —preguntó García.

—¿Financiero?

—Problemas de dinero —aclaró García.

Anita negó vigorosamente con la cabeza:

—No. Pagamos todo en fecha. No le debemos dinero a nadie.

—¿Y Kevin?, —prosiguió García—. ¿Hace apuestas? —Notó la mirada confusa de ella y aclaró de nuevo antes de que pudiera preguntar—. Si juega por dinero. ¿Apuesta… en carreras de caballos, o en póker por internet o alguna otra cosa?

Con la mueca que hizo, Anita dio a entender que fue como si García hubiera difamado a toda su familia:

—No. Kevin es un buen hombre. Un buen padre. Es un buen marido. Vamos a la iglesia todos los domingos. —Señaló el retrato de Jesús en la pared—. A Kevin le gustan los videojuegos, bum, bum, bum, matar monstruos. —Usó el pulgar y el índice para crear un arma imaginaria—. Matar soldados en la guerra, ¿sabe? Pero no es un *chico* de apuestas. Él no apuesta. Solo le gusta jugar. Ahorramos todo el dinero que podemos… para Lilia. —Bajó la vista en dirección a su hija, que seguía chupando felizmente el chupete —. Tiene problemas en el corazón. El doctor dice que tiene que cuidarse. Y él tiene miedo de no ver crecer a Lilia, por eso ahorra para su futuro. —Los ojos de Anita se empezaron a llenar de lágrimas—. Algo no está bien. Lo sé. Kevin siempre llama. No hubo ningún accidente de autobús. Verifiqué. Este vecindario es muy peligroso. Esta ciudad es muy peligrosa. La gente piensa que Los Ángeles es todo Hollywood y la gran vida, ¿sabéis? No es así. —Una lágrima le cayó por el rostro—. Estoy asustada. Kevin y Lilia son todo lo que tengo. Mi familia está en Puerto Rico. Tenéis que encontrarme a Kevin. Lo tenéis que hacer.

A Hunter se le partió el corazón por segunda vez, y sintió que algo se le cerraba en el pecho porque sabía que no había nada que pudiera hacer. Había llegado el momento de decirle a Anita la verdad.

Diecinueve

Hunter y García se quedaron sentados en silencio en el coche de García durante un largo rato. Tener que transmitirle la noticia a alguien tan vulnerable como Anita de que a su marido se lo llevó un psicópata, que su cuerpo quedó prácticamente disuelto en un baño alcalino, y que la bebé Lilia no vería nunca más a su padre, era algo que hacía estremecer hasta al policía más experimentado.

Al principio Anita sencillamente los miró, como si no hubiera registrado ni una sola palabra de las que le habían dicho. Después comenzó a reírse. Fuerte, risas histéricas, como si hubiese oído el chiste más divertido del mundo. Le corrían lágrimas por el rostro, pero la risa continuaba. Después les dijo que se tenían que ir porque su marido llegaría en cualquier momento. Tenía cosas que hacer antes de que él regresara. Quería prepararle su comida favorita, y luego él se sentaría a jugar con su hija como lo hacía cada noche. Anita temblaba como si tuviera fiebre cuando los despidió y cerró la puerta.

Hunter se fue sin decir ni una palabra más. A lo largo de su carrera había visto las reacciones de aflicción más diversas: una madre que creía sinceramente que a su hijo le habían abducido extraterrestres antes de aceptar el hecho de que le habían apuñalado treinta y tres veces sencillamente por estar andando por un vecindario llevando los colores incorrectos; un doctor nuevo, recién egresado de la facultad de medicina, que perdió todos los recuerdos de su joven esposa en lugar de recordar la noche que cuatro hombres habían entrado en su casa a la fuerza, quienes le ataron y le hicieron mirar mientras la trataban a ella sin ningún tipo de misericordia. Cuando la realidad se vuelve demasiado sin sentido como para tener sentido, la mente humana a veces creará su propia realidad.

Hunter pediría inmediatamente que un psicólogo público se

pusiera en contacto con Anita. Iba a precisar toda la ayuda que pudiera conseguir.

Alguien de la oficina de la policía científica también visitaría a Anita al día siguiente o pronto. Iban a precisar una muestra de saliva, o una muestra de cabello de la bebé. Hunter y García estaban seguros de que la víctima era Kevin Lee Parker, pero el protocolo requería una identificación afirmativa. Con la grotesca desfiguración del cuerpo. Anita jamás sería capaz de identificarle en el Departamento Forense. La identificación afirmativa se tendría que realizar mediante un análisis de ADN.

—¡Mierda!, —dijo García, apoyando la cabeza en el volante—. Estamos buscando a otro asesino al que no le interesa a quién demonios mata.

Hunter sencillamente le miró.

—Has visto la casa de la víctima. No hay ningún lujo allí. Conociste a su esposa y a su hija… personas completamente normales. Vale, tenemos que esperar todo lo que el equipo de investigación pueda averiguar acerca de Kevin Lee Parker, ¿pero hay algo de lo que sepamos o hayamos visto hasta el momento que te parezca que esté fuera de lo normal?

Hunter no dijo nada.

—Me sorprendería aunque solo fuera una multa por estar mal estacionado. Era tan solo un joven hombre de familia tratando de salir adelante, tratando de construir alguna clase de futuro para su esposa y su hija antes de que su corazón defectuoso no respondiera más. —García negó con la cabeza—. No creo que Kevin Lee Parker se convirtiera en víctima a causa del dinero, o una deuda, o drogas, o venganza, o lo que fuera. Le escogió un maníaco sádico sencillamente al azar de entre el público en general. Podría haber sido cualquiera, Robert. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Tú sabes que no podemos estar seguros de eso a esta altura, Carlos.

—Bueno, esa es la sensación que yo tengo, Robert. Esto no tiene que ver con la víctima. Tiene que ver con el asesino alardeando en un viaje en el que se cree con el poder de Dios. ¿Por qué construyó esa cámara de tortura? ¿Por qué nos llamó y nos hizo ver la transmisión de la ejecución en vivo por internet, como si fuera un

maldito programa de asesinatos? Tú mismo lo dijiste, la disposición detrás de todo esto es demasiado audaz, demasiado compleja… una llamada telefónica que se mueve por todo Los Ángeles, no por el mundo o ni siquiera Estados Unidos, solo Los Ángeles, ¿pero una transmisión de internet que parece haberse originado en Taiwán?

Hunter no tenía respuesta.

—Lo único que quiere este tipo es matar. Punto. A quién mata no hace ninguna diferencia para él.

Hunter siguió sin decir nada.

—Tu evaluación fue correcta —continuó García—. Si no detenemos pronto a este tipo, Kevin Lee Parker no será la única víctima que encontremos. Va a escoger a alguien al azar por las calles, lo va a meter en esa cámara de tortura y va a comenzar de nuevo la pesadilla. Quizá Baxter tiene razón. Quizás este psicópata está jugando un juego. Alardeando cuán enfermo y creativo puede ser simultáneamente. Tú eres el psicólogo, ¿qué piensas? Yo debo decir que cuando estaba hablando contigo al teléfono, nunca había escuchado una persona que sonara tan fría y sin emociones.

García había captado la misma apatía exacta en la voz de la persona que había llamado que la que había captado Hunter. No había enojo, ni tono de venganza, ni satisfacción, ni diversión, nada. La persona que había llamado había lidiado con el hecho de terminar con una vida de la misma manera en la que otra persona podría lidiar con abrir un grifo y llenar un vaso con agua. Hunter y García los dos sabían que esa era la peor clase de asesino con el que cualquier detective se podía enfrentar. El asesino al que parecía que nada le importaba. Para el cual matar era no más que un juego.

Veinte

Hunter y García fueron directo con el coche a la tienda Next-Gen Games en Hyde Park en la que había trabajado Kevin Lee Parker. Según Anita, el mejor amigo de Kevin también era empleado en la misma tienda: Emilio Mendoza.

La tienda de videojuegos ocupaba un local doble de una esquina en un pequeño paseo de compras en el *boulevard* Crenshaw. A esa hora de la mañana no había muchos clientes, tan solo un puñado de muchachitos rebuscando entre las bateas.

—Discúlpame —dijo Hunter, captando la atención de un empleado que estaba reorganizando un par de exhibidores en la parte delantera de la tienda—. ¿Me podrías decir si Emilio está trabajando hoy?

La mirada del hombre zigzagueó lentamente entre los dos detectives por un breve momento.

—Yo soy Emilio —dijo, colocando un último juego en el estante y ofreciéndoles una sonrisa hortera—. ¿En qué os puedo ayudar? — Su acento puertorriqueño era sutil, encantador.

Emilio parecía tener poco más de treinta años, y un cuerpo pesado con una silueta un tanto extraña —redonda y bulbosa en la zona de los hombros y el abdomen, un poco como el globo de un cumpleaños infantil al que lo han apretado para darle una forma específica—. Tenía el cabello corto y oscuro y un bigote delgado y perfectamente arreglado.

—Somos del Departamento de Policía de Los Ángeles —dijo Hunter, mostrando sus credenciales. García hizo lo mismo—. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar con un poco más de privacidad?

Emilio pasó su peso de un pie al otro como sintiéndose

incómodo. Su mirada perpleja comenzó a rebotar entre ambos detectives otra vez.

—Es por el tema de Kevin Lee Parker —aclaró Hunter, pero Emilio pareció aún más confundido.

—¿Está bien Kev?

Hunter recorrió la tienda con la vista antes de mirar otra vez a Emilio:

—¿Quizá deberíamos hablar en el aparcamiento?, —sugirió, ladeando la cabeza.

—Sí, seguro. —Emilio asintió y se volvió para dirigirse al empleado alto y delgaducho que se encontraba detrás del mostrador —. Frank, me tengo que tomar una pausa de diez minutos. ¿Podrá ser?

Los ojos de Frank se posaron un momento en los dos hombres que estaban con Emilio:

—Sí, no hay problema. —Asintió—. ¿Está todo bien?

—Sí, estamos bien. Regresaré en diez minutos.

Emilio siguió a Hunter y a García hacia el aparcamiento:

—Kevin no está bien, ¿no?, —preguntó cuando llegaron al coche de García. Hunter detectó que en su voz había un miedo genuino.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Kevin?, —preguntó García.

—El lunes —respondió Emilio—. Trabajó el lunes. Esta semana le tocaba trabajar todos los días, pero el martes por la mañana no vino, ni ninguno de los días que le siguieron a ese. Anita, su esposa, me llamó el martes por la mañana. Kev no volvió a su casa el lunes por la noche. Me dijo que había llamado a la policía, pero no le prestaron mucha atención.

—¿A qué hora se fue del trabajo el lunes? ¿Sabes?, —preguntó Hunter.

—Sí, a la misma hora de siempre —dijo Emilio—. Cerró la tienda alrededor de las 7:00 p.m., al igual que todos los días. Por lo general vamos caminando juntos hasta la parada de autobús en la esquina del *boulevard* Hyde Park y la avenida 10, pero el lunes por la noche yo decidí ir a comer a
Chico's,
que está aquí a la vuelta. —Emilio señaló hacia el este—. Le pregunté a Kev si quería venir, pero dijo que solo quería regresar a

su casa a jugar con su hija.

—¿Sabes si llegó a la parada de autobús?

—No. —A la respuesta de Emilio le siguió un gesto de negación con la cabeza.

—El lunes, ¿a Kevin se le veía o sonaba distinto de algún modo?, —preguntó García—. ¿Nervioso, ansioso, agitado, preocupado, asustado… algo?

Emilio hizo una mueca como si esa fuera la pregunta más extraña del mundo.

—No. Kev estaba… —Se encogió de hombros—. Kev. Siempre sonriendo. Siempre contento. No tenía nada distinto.

—¿Era apostador de alguna manera?

Emilio abrió mucho los ojos y rio entre dientes de forma nerviosa:

—¿Kevin, apostador? De ningún modo. Le gustaban los videojuegos y jugar en línea, más específicamente *Call of Duty - Modern Warfare - Black Ops 2* y *Ghost Recon*, pero eso era todo. Ningún juego de casino. Kev no tiraría el dinero de esa manera.

—¿Hace cuánto tiempo que se conocen?, —preguntó Hunter.

Emilio negó con la cabeza de manera un tanto insegura:

—Hace mucho tiempo. Más de quince años. Nos conocimos en la escuela primaria en Gardena. Kev fue quien me consiguió este trabajo hace dos años, luego de que lo ascendieran a encargado de la tienda. Yo estaba un poco en apuros, ¿sabéis? Me habían despedido hacía unos años y no podía conseguir trabajo en ninguna parte. Kev es un amigo de verdad… mi mejor amigo.

—¿Por lo que no crees que haya estado metido en algún tipo de problema?, —preguntó García.

—No lo creo. Si Kevin está en alguna clase de problema… lo que sea, en serio, me lo habría dicho, estoy seguro. Si no, de cualquier manera me habría dado cuenta. No es muy bueno ocultando cosas. Es un tipo muy normal, a veces bastante tímido. Ama a su familia, y ama su trabajo. Realmente no hay mucho más en su vida. Algo debe haber sucedido. Y me refiero a algo malo, ¿sabéis a qué me refiero? Os lo digo, no se iría así como así. No tiene ningún motivo para hacerlo. No es bebedor ni nada, y sé que no se anda acostando con cualquiera. —Emilio hizo una pausa y miró a ambos detectives, ahora visiblemente conmovido—. Le pasó algo a Kevin, ¿no? Por

eso estáis aquí. Vosotros no sois de Personas Perdidas.

—No, me temo que no —contestó García.

Veintiuno

Habían pasado veintiocho minutos de las cinco de la tarde cuando Hunter terminó de repasar los vídeos de las cámaras de tránsito que le había enviado la División de Tránsito de la Oficina del Valle. La cámara de registro de tránsito permanente más cercana al callejón en Mission Hills, donde se había hallado el cadáver de la víctima, estaba a casi un kilómetro y medio de distancia, en la intersección de dos autovías importantes —la San Diego y la Ronald Reagan—, el sueño de fuga de cualquier hombre. El problema era que el asesino no tenía por qué coger ninguna de esas autovías en esa salida. No tenía por qué coger una autovía para nada. Podría haber ido fácilmente de una punta de Los Ángeles a la otra utilizando calles internas, donde la mayor parte de las cámaras de tránsito se activaban solo si uno excedía el límite de velocidad o pasaba un semáforo en rojo. Podría haber dejado el cadáver en ese callejón trasero y conducido hasta allí por toda la ciudad sin que le cogiera ni una sola cámara.

Sin embargo, Hunter repasó cuatro horas de registros de tránsito, identificando treinta y siete camionetas pickup que cogían una de las dos autovías en el cruce. Veintiuna eran de color oscuro, pero ninguna parecía tener el parachoques trasero abollado. Hunter les comunicó el número de matrícula de los treinta y siete vehículos a su equipo, por si Keon se había equivocado. No quería dejar nada librado al azar.

—Te dije que no encontraríamos nada fuera de lo habitual —dijo García, entrando a la oficina. Llevaba un expediente en la mano —. Kevin Lee Parker era un fulano cualquiera. Un tío sencillo, con una vida sencilla. Nunca le arrestaron. Siempre pagó sus impuestos al día. No es propietario de su casa, alquila. Contactamos con el dueño. Solo una vez, hace alrededor de dos años, Kevin no pudo pagar el alquiler a tiempo. Fue justo después de su casamiento y

estaba un poco corto de dinero. Así y todo, solo se demoró un par de semanas. El propietario de la casa dijo que era un tío muy respetable.

Hunter asintió y se reclinó en la silla.

—Kevin se crio en Westlake, adonde asistió a la escuela. Sus calificaciones eran normales. No era el mejor estudiante, pero tampoco el peor. Nunca fue a la universidad. Tuvo una serie de trabajos raros por todas partes… camarero, reponedor de supermercado, dependiente de un depósito… —García hizo un gesto con la mano indicando que la lista seguía y seguía—. Comenzó a trabajar para la tienda

Next-Gen

Games en Hyde Park hace cinco años, y llegó al puesto de encargado de tienda tres años más tarde. Se casó con Anita más o menos en esa época. Para ese entonces ya salían hacía cinco años. Su hija, Lilia, nació hace seis meses.

García se tuvo que aclarar la garganta cuando le regresó el recuerdo de la bebé sonriente en brazos de la madre.

—También da la sensación de que era una persona muy cuidadosa. —Prosiguió—. Como ya sabíamos, tenía una enfermedad del corazón: estenosis mitral. Era lo suficientemente consciente como para no abusar de esa condición. No hacía ejercicios extenuantes, nunca fumó, aparentemente tampoco consumía drogas. Tenía un plan de asistencia médica, pero no parece ser uno muy bueno. Igual tenía que pagar un poco de dinero cada vez que veía a un médico. Y esa es la razón por la cual en los últimos cinco años fue a ver a un cardiólogo solo dos veces: el doctor Mel Gooding. Su consulta está en South Robertson. Podemos pasar por allí mañana por la mañana.

Hunter asintió.

—Como nos dijo Emilio hoy más temprano, Kevin no tenía un círculo demasiado amplio de amigos. Su vida estaba centrada alrededor de su familia y de su trabajo. Eso era todo. Emilio era su mejor amigo. —García pasó una página del informe antes de seguir —. Deberíamos tener un resumen de sus últimas transacciones bancarias mañana por la mañana. Todavía nada de su teléfono móvil o de su proveedor de internet, pero con suerte tendremos algo dentro de uno o dos días.

—¿Alguna novedad del autobús?, —preguntó Hunter.

García asintió:

—Kevin solía coger un autobús de la ruta 207 de regreso a casa. Hace el recorrido de Athens a Hollywood. Hubo seis conductores conduciendo esa ruta para LA Metro el lunes por la tarde. Tengo todos sus nombres aquí. Cuatro trabajan esta noche. Los otros dos estarán trabajando mañana por la mañana. —Miró su reloj rápidamente y le alcanzó el informe a Hunter—. Tú decides. Pero podemos estar en la terminal en más o menos una hora y hablar con los cuatro conductores que trabajan esta noche para ver si alguno de ellos recuerda haber visto a Kevin subirse a su autobús el lunes por la tarde.

Hunter ya se había puesto en pie:

—Vamos.

Antes de llegar a la puerta de la oficina, le sonó el móvil en el bolsillo. Verificó la pantalla de identificación de llamadas: número desconocido.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —contestó.

—Hola, detective Hunter —dijo la persona que le llamó, con la misma voz rasposa y tranquila que hacía dos días.

La manera en que Hunter miró a García suprimió cualquier necesidad de palabras.

—No puede ser —dijo García, apresurándose en regresar a su escritorio. En pocos segundos estaba al habla con Operaciones—. Necesito que intenten rastrear una llamada que están haciendo al móvil del detective Robert Hunter, ahora mismo. —Les dio el número.

—¿Cómo consiguió este número?, —preguntó Hunter y apretó la tecla de altavoz en el teléfono para que García también pudiera oír.

La persona que había llamado se rio:

—Información, información, detective Hunter. Está todo disponible. Uno solo tiene que saber cómo acceder. ¿Pero adivine qué? —Tenía en la voz un atisbo de diversión.

—¿Me llamó para darme su nombre y su domicilio?, —dijo Hunter.

La persona que había llamado esta vez se rio más animadamente:

—No precisamente, pero tengo algo para usted.

Hunter esperó.
—Su sitio web favorito está otra vez en línea.

Veintidós

Los ojos de Hunter buscaron de inmediato el teléfono que estaba sobre su escritorio. Sabía que Dennis Baxter de la Unidad de Delitos Informáticos del Departamento de Policía de Los Ángeles seguía rastreando esa maldita dirección de IP. Si el sitio estaba otra vez en línea, lo debería haber captado. No había ninguna luz parpadeando en el teléfono de su escritorio. Ninguna llamada.

Hunter fue deliberadamente hacia su ordenador y abrió su navegador de internet. Aún recordaba la dirección IR La introdujo en la barra de direcciones y presionó «enter».

ERROR 404 - PÁGINA NO ENCONTRADA.

Hunter frunció el ceño.

—Esta vez decidí hacer las cosas de una manera un poco distinta, detective —dijo la persona que había llamado—. La primera vez usted no resultó ser divertido, negándose a elegir hasta que yo *escogí fuego*. E incluso en ese momento usted intentó engañarme. Eso no me gustó mucho. Por lo que he estado pensando. Ahora usted no va a elegir más. Decidí expandirme. —Una pausa breve, tensa—. ¿Ha visto alguna vez esos programas de telerrealidad en los que el público vota cuál es el artista que más le gusta?

Hunter sintió una oleada de adrenalina que le recorría el cuerpo.

—¿Detective?, —insistió la persona que había llamado.

—No, no he visto ninguno de esos programas.

—¿Pero está al tanto de que esos programas existen, no es así? Vamos, detective, pensé que era un hombre informado.

Hunter no dijo nada.

—Bueno, decidí que sería muy divertido si convertía esto en un programa de internet.

Hunter miró a García, que acababa de ingresar la dirección IP en su barra de direcciones y también había obtenido la página de error.

—¿Está en la oficina?, —preguntó la persona que había llamado.

—Sí.

—Vale. Quiero que corrobore este sitio web. ¿Está preparado?

Silencio.

—www.escogeunamuerte.com. —Rio entre dientes—. ¿No es un gran nombre?

Hunter y García los dos ingresaron rápidamente la dirección en sus barras de direcciones y presionaron la tecla «enter».

La pantalla parpadeó una vez. Estaba completamente oscura. Hunter verificó otra vez la dirección web para ver si la había ingresado mal. No.

García miró por encima de la pantalla de su ordenador, alzó ambas manos con las palmas hacia arriba en un gesto de frustración y negó con la cabeza. Su pantalla también estaba negra.

—¿Ya lo tiene?, —preguntó la persona que había llamado.

—Lo único que tengo es una pantalla a oscuras —contestó Hunter.

—Paciencia, detective Hunter. Tiene la página correcta.

De repente, en el rincón de la pantalla de arriba a la izquierda, aparecieron tres letras pequeñas blancas: SSV.

—¿Qué carajos?, —suspiró García.

Hunter miró las letras entrecerrando los ojos, mientras su cerebro buscaba un significado. Miró a García y negó con la cabeza:

—Me parece que esta vez no es una fórmula química —susurró.

Después, en el rincón de arriba a la derecha, aparecieron tres números pequeños: 678.

—¿Lo ve ahora?, —preguntó la persona que había llamado.

—Lo veo —dijo Hunter tranquilamente—. ¿Qué significa?

La persona que había llamado rio entre dientes:

—Eso lo va a tener que averiguar usted, detective. Pero es algo secundario. La atracción principal es esta.

De pronto, se disipó la oscuridad de la pantalla. Surgió el familiar tinte verde de imágenes transmitidas con lentes de visión nocturna.

Hunter y García estaban esperando ver la misma estructura de

vidrio reforzado que habían visto días atrás. Estaban esperando ver a una nueva víctima atada a una silla de metal y sin ropa. Estaban esperando que la persona que había llamado jugara el mismo juego sádico que había jugado la primera vez, una alternativa entre ahogar o quemar viva a la víctima.

No fue eso lo que vieron.

Lo que vieron les heló la sangre aún más.

Veintitrés

Michelle Kelly, la jefa de la División de Ciberdelito del FBI en Los Ángeles, estaba sentada frente a la pantalla de su ordenador, tipiando frenéticamente en el teclado. De pie detrás de ella, leyendo cada palabra que ella escribía, estaba Harry Mills, un agente de la División de Ciberdelito y un genio de la ingeniería informática. Se había incorporado a la División de Ciberdelito hacía tres años, luego de obtener su doctorado con honores en Ingeniería Electrónica y Ciencias de la Computación en el Massachusetts Institute of Technology en Cambridge.

Michelle y Harry estaban inmiscuidos en una operación encubierta desde hacía siete meses. Habían estado rastreando a un pedófilo serial, que había estado acosando a niños de entre diez y trece años de edad desde hacía años vía salas de chat en internet. El tipo era una verdadera escoria. Sabía cómo identificar a los niños solitarios. Los que sentían que no encajaban. Los marginados. Los vulnerables. Era muy paciente. Chateaba con ellos durante meses, ganándose su confianza. Al principio les decía que tenía trece años de edad, pero a medida que se fortalecía su relación virtual, daba a saber que tenía poco más de veinte años y que era estudiante universitario. La verdad era que estaba ya cerca de los cuarenta años.

Era siempre encantador, comprensivo, alentador y muy halagador, y para cualquier chica adolescente que sentía que nadie la comprendía, incluyendo a sus padres, eso era un derribador de muros muy poderoso. Siempre funcionaba. Y pronto estaban enamoradas de alguien a quien no conocían. Después de eso, para ellas era prácticamente imposible decir que no a un encuentro.

Hasta donde sabía el FBI, había seducido y tenido sexo hasta el momento con seis chicas. Dos tenían tan solo diez años de edad.

Pero este depredador no era ningún tonto. Era además muy

bueno con los ordenadores. Estaba siempre en movimiento. Utilizaba un portátil, y solo chateaba desde lugares con
Wi-Fi
gratis, como cafeterías, bares y *lobbies* de hoteles. Nunca compraba una clave de conexión a internet, intervenía las de otros usuarios o hackeaba el sistema. La mayor parte de los lugares con
Wi-Fi
gratis no son muy conocidos por su infranqueable seguridad de internet.

También se mantenía pasándose de una sala de chat a otra, y a veces incluso creaba las suyas propias. Utilizaba diferentes alias, y nunca chateaba más de diez o quince minutos seguidos.

Hacía cuatro meses, casi de casualidad, Michelle le encontró chateando en una sala de chat con sede en Guatemala. La División de Ciberdelito del FBI había llevado a cabo cientos de operaciones como esa. Todos sabían que la manera más sencilla de atraer a esos psicópatas era hacerles creer que estaban chateando con una víctima potencial. Michelle se prendió de esa oportunidad, y en un abrir y cerrar de ojos se convirtió en «Lucy», una niña de trece años de Culver City. Él lo creyó, y desde entonces habían estado chateando prácticamente cada día. Él había estado utilizando el alias «Bobby».

«Bobby» era de hecho muy encantador y alentador. Para Michelle fue muy fácil ver cómo cualquier chica adolescente con baja autoestima quedaría completamente embelesada con «Bobby».

«Lucy» y «Bobby» habían estado hablando de encontrarse desde hacía ya varias semanas, y el día anterior por la mañana «Lucy» finalmente había dicho que sí. Le dijo que podía faltar a la escuela el lunes. Ya lo había hecho antes. Se podían encontrar en algún lugar no demasiado alejado, y pasar el día juntos, pero tenían que tener cuidado. Si sus padres la descubrían, ella iba a tener muchos problemas. «Bobby» le prometió que nunca se enterarían.

En ese momento, hacía ya siete minutos que estaban chateando, haciendo los arreglos finales acerca de dónde y cuándo se encontrarían el lunes.

«*Nos podríamos encontrar en Venice Beach*», escribió Michelle. «¿Sabes dónde es?».

«*Sí, por supuesto que sé [carita sonriente]*», respondió «Bobby».

Venice Beach estaba a un breve trayecto en autobús desde Culver City. Era un espacio despejado y abierto en el que el FBI podía instalar sin problemas cámaras de larga distancia con lentes poderosos, y llenar toda el área con agentes de encubierto y perros.

«*[Carita sonriente] Me puedo encontrar allí contigo a las 10*», escribió Michelle. «¿Sabes dónde está el sk8 park?».

«*Sí. Junto al sk8 park suena genial. No veo el momento*».

«*[Carita sonriente con la lengua afuera] Pero tengo que estar de vuelta en casa antes de las 3, o si no me meteré en un GRAN lío*».

«*No te preocupes, Lucy*», contestó «Bobby». «*Nadie se enterará. Será nuestro secretito [carita con una cremallera en los labios]*».

«*Vale. LOL. Chau, Bobby. Te veo el lunes*».

«*[Cuatro caritas sonrientes] Te veo el lunes, Lucy xxx*».

Se desconectaron.

—Urghhhhh —dijo Michelle, haciendo rodar la silla hacia atrás lejos de su escritorio y sacudiendo los brazos en el aire como si tuviera una convulsión. Siempre hacía eso cada vez que se desconectaba de un chat con «Bobby»—. Qué maldito asqueroso.

Harry sonrió:

—¿Estás bien, de todos modos?

Ella asintió:

—Estoy bien. Me alegra que esto esté llegando al final.

—Puedes decirlo de nuevo.

—Quiero estar allí el lunes. Quiero mirarle directo a los ojos cuando le estén esposando a este pedazo de mierda —dijo Michelle.

—Tú y yo los dos.

—Quiero verle el rostro cuando se entere de que yo soy «Lucy».

—Hum, jefa, ¿podrías venir y echarle un vistazo a esto? —Otro agente de la División de Ciberdelito, que había estado monitoreando algunos de sus rastreadores web, la llamó desde su escritorio.

—¿Qué es, Jamie?, —contestó Michelle.

—No estoy seguro, pero estoy convencido de que vas a querer verlo.

Veinticuatro

La mujer parecía tener poco más de treinta años, tenía el cabello largo, lacio y teñido de rubio, y se le veía húmedo, probablemente por el sudor. Su rostro de forma oval está acentuado por unos labios carnosos y ojos de un azul intenso que sin duda habían estado llorando. Tenía un lunar negro pequeño justo por debajo del labio inferior, en la comisura derecha de la boca. Tenía un tamaño promedio y no llevaba nada puesto salvo un par de medias color violeta y un sostén haciendo juego.

García sintió que el corazón le comenzaba a latir más deprisa.

La mujer parecía completamente paralizada. Tenía los ojos tan abiertos como podía, y se movían de manera constante, como buscando algo. No paraba de mover la cabeza de un lado al otro, claramente intentando comprender dónde estaba, o qué era lo que le estaba sucediendo. Le temblaban los labios y daba la sensación de que estaba teniendo dificultades para respirar. Parecía estar recostada, pero sus movimientos eran limitados, no porque estuviera atada, sino porque estaba encerrada dentro de un receptáculo de tamaño reducido. Alguna especie de caja transparente hecha de vidrio, o Perspex, o algún material semejante. Pero era mucho más pequeño que el que el asesino había utilizado para la primera víctima. La mujer tenía tan solo unos quince centímetros de espacio de cada lado, y quizás unos ocho centímetros por encima de la cabeza.

—¿Está en un ataúd de vidrio? —García miró a Hunter, que como respuesta le dirigió un casi imperceptible encogimiento de hombros.

Hunter abrió rápidamente la aplicación para grabar la pantalla que había pedido que le instalara la División de Informática y comenzó a grabar la transmisión.

Si el ataúd de vidrio estaba apoyado plano contra el suelo, la

cámara que transmitía las imágenes parecía estar directamente sobre el mismo, posicionada apenas en diagonal. Pero ellos solo podían ver hasta la cintura de la mujer. Las piernas no entraban en la toma.

El pánico le brotó de adentro a la mujer y empezó a golpear frenéticamente con los puños y en apariencia también a dar patadas contra las paredes de vidrio, pero eran demasiado gruesas como para que sus débiles esfuerzos le pudieran servir de algo. Gritaba tan fuerte como podía. Las venas del cuello parecían a punto de explotarle, pero ni Hunter ni García escuchaban ningún sonido.

—¿Qué es esto?, —preguntó Hunter, señalando su pantalla.

Solo entonces García notó el extremo de lo que parecía un tubo largo y oscuro, de unos trece centímetros de diámetro, fijado a uno de los lados de la caja de vidrio.

García entrecerró los ojos para mirar su pantalla:

—No sé —dijo finalmente—. ¿Ventilación, quizá?

—Vale —dijo la persona que había llamado, con la voz retumbándole por el altavoz y llenando la sala con más tensión aún —. ¿Qué le parece si empezamos con este pequeño programa, detective? Pero esta vez las reglas cambiaron. Mantenga los ojos en la pantalla.

De repente apareció la palabra CULPABLE en letras mayúsculas, centrada en la parte baja de la imagen. Un segundo después, más o menos a la mitad del borde derecho de la pantalla, apareció la palabra ENTERRADA, seguida del número cero y de un botón verde. Justo por debajo de eso, apareció la palabra COMIDA, también seguida del número cero y otro botón verde. En lo alto de la pantalla, las letras SSV y la secuencia de números 678 titilaron dos veces como una advertencia antes de desaparecer.

—¿Qué carajos está sucediendo?, —preguntó García.

Hunter casi dejó de respirar:

—Es una votación.

—¿Qué?

La persona que había llamado rio. Los podía oír hablando entre sí:

—Wow, qué veloz que es usted, detective Hunter. Tiene su reputación bien merecida. Es una votación. Porque esta vez estamos transmitiendo en vivo por internet.

García se pasó ansiosamente la mano por su largo cabello.

—Lo pensé un poco —continuó la persona que había llamado—. Y decidí que sería mucho más divertido si permitíamos que participaran otras personas, ¿no lo cree? Por lo que hoy, cualquiera que esté mirando puede votar. Lo único que tienen que hacer es darle clic a un botón. —Hizo una pausa para generar suspenso—. Y así escomo va a funcionar, detective: el primero de los dos métodos de muerte en alcanzar los mil votos gana. Suena divertido, ¿no?

—¿Por qué lo está haciendo?, —preguntó Hunter.

—Le acabo de decir. Porque suena divertido, ¿no le parece? Pero le diré qué, detective Hunter: para hacerlo todavía más divertido, le daré a ella una chance de salir con vida. Hagamos de esto una carrera contrarreloj, ¿qué dice? Si no consigo mil votos para uno de los dos métodos en… digamos… diez minutos… le doy mi palabra de que la liberaré, ilesa. ¿Cómo suena eso?

Hunter exhaló.

—Yo creo que suena a un trato bastante justo, ¿usted no?

—Por favor no lo haga —suplicó Hunter, pero la persona que había llamado sencillamente le ignoró.

—¿Le gustaría ser el primero en votar, detective Hunter? —La persona que había llamado rio, sin esperar una respuesta—. Me parecía que no. Pero todavía ella puede tener esperanzas. El sitio acaba de activarse en línea. Quizá nadie lo vea, o incluso en el caso de que la gente lo vea, quizá nadie vote. ¿Quién sabe? Pero al menos estamos a punto de vivir diez minutos muy emocionantes.

En el rincón izquierdo en la parte baja de la pantalla apareció un reloj digital azul y empezó la cuenta regresiva: 10:00, 9:59, 9:58…

De repente el cero debajo de la palabra ENTERRADA cambió a 1, y después muy rápidamente a 2.

La persona que había llamado rio en voz muy alta:

—Ups, ese no fui yo. Lo prometo. No estoy haciendo trampa. Supongo que la carrera acaba de comenzar.

La línea quedó en silencio.

Veinticinco

Hunter cogió inmediatamente el teléfono que estaba sobre su escritorio y llamó a Dennis Baxter de la Unidad de Delitos Informáticos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Atendió luego del segundo tono.

—Dennis, habla Robert Hunter del Especial de Homicidios. El sitio web esta otra vez en línea.

—¿Qué?

Hunter oyó un apresurado arrastrarse de pies seguido de clics en un teclado.

—No, no está en línea —respondió Baxter.

—No está utilizando la misma dirección IP. Esta vez tiene un dominio web.

—No es cierto.

—www.escogeunamuerte.com.

Más clics en el teclado. Hunter oyó que Baxter exhalaba de manera pesada.

—Hijo de perra. —Baxter hizo una pausa—. ¿Qué demonios es todo eso que aparece en la pantalla?

Tan rápido como pudo, Hunter le explicó lo que sabía.

—¿Por lo que si consigue mil votos en diez minutos ella será ENTERRADA viva o COMIDA viva?

—Eso es lo que entendí —respondió Hunter.

—¿Comida por qué clase de organismo?

El número junto a la palabra ENTERRADA alcanzó el 22. COMIDA estaba en 19.

—No pienses en eso ahora —respondió Hunter—. Toca los botones que tengas que tocar. Haz lo que tengas que hacer. Rastrea la transmisión o encuentra un modo de interrumpirla como para que la gente no pueda votar. Llama a tus colegas de la División de Ciberdelito del FBI, no me importa qué es lo que hagas, pero

consígueme algo.

—Haré todo lo que pueda.

El reloj de la cuenta regresiva de la parte baja a la izquierda de la pantalla decía 8:42, 8:41, 8:40…

ENTERRADA: 47.
COMIDA: 49.

—Esto está sencillamente jodido —dijo García, pasándose ambas manos por el cabello.

La mujer que estaba en la caja sollozaba con tanta fuerza que parecía estar quedándose sin aire. Había dejado de golpear las paredes con los puños y los pies, y había comenzado a arañarlas como un animal desesperado. El vidrio se empezó a teñir de manchas de sangre.

Un momento después se rindió y se llevó al rostro las manos ensangrentadas y temblorosas. Empezó a mover los labios, y aunque Hunter podía leer los labios, cualquiera que estuviese mirando podía comprender sin dificultad lo que la mujer estaba diciendo:

—AYUDA. AYUDA.

—Vamos —dijo Hunter apretando los dientes—. Resiste. —Sus dos manos se habían cerrado en unos puños bien firmes.

RELOJ: 7:05, 7:04, 7:03…
ENTERRADA: 189.
COMIDA: 201.

—¿Cómo está sucediendo esto?, —preguntó García, agitando sus manos en el aire—. ¿Cómo es que la gente está llegando tan deprisa a este sitio web?

Hunter sencillamente negó con la cabeza. Tenía los ojos pegados a la pantalla, con expresión seria.

Sin llamar, la capitana Blake abrió la puerta de la oficina de Hunter y García y entró:

—¿Recibisteis…? —Se interrumpió a mitad de la frase al ver el modo en que los dos estaban mirando las pantallas de sus ordenadores—. ¿Qué está sucediendo? —Se movió en dirección al escritorio de Hunter.

Nadie contestó.

Su mirada se dirigió a la pantalla del ordenador y la respiración se le atoró en la garganta:

—Oh Dios mío. ¿Regresó?

García asintió y explicó rápidamente lo que estaba sucediendo.

—La Unidad de Delitos Informáticos está haciendo lo que puede —dijo Hunter—. Le dije a Baxter que se pusiera en contacto con la División de Ciberdelito del FBI para ver si pueden ayudar. —No alzó la vista para ver cómo la capitana le miraba con el ceño fruncido. No tuvo necesidad. Lo pudo sentir—. Ahora mismo, aceptaré cualquier tipo de ayuda para detener esto. —Señaló la pantalla de su ordenador.

RELOJ: 5:37, 5:36, 5:35…
ENTERRADA: 326.
COMIDA: 398.

La mujer que estaba dentro del ataúd de vidrio desistió de todos sus esfuerzos. Lo único que podía hacer en ese momento era llorar. De repente empezó a mover otra vez los labios, y por una milésima de segundo todos contuvieron la respiración. La capitana Blake estuvo a punto de pedirle a Hunter que tradujera lo que la mujer estaba diciendo, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Todos cayeron en la cuenta de que la mujer estaba rezando.

Veintiséis

Sonó el teléfono que estaba sobre el escritorio de Hunter, tomando a todos por sorpresa como una descarga eléctrica. La luz que parpadeaba al frente del teléfono indicaba una llamada interna.

Hunter inmediatamente cogió el auricular de su soporte. Era Dennis Baxter.

—Robert, no vas a creer esto, pero la División de Ciberdelito del FBI ya encontró el sitio web. Estaban intentando entender qué era cuando los llamé.

—¿Pueden ayudar?

—Estoy al teléfono con Michelle Kelly. Ella es la jefa del departamento. ¿Podemos hacer una llamada en conferencia?

—Claro. —Hunter presionó los botones necesarios—. Adelante. —También había puesto la llamada en los altavoces.

—Haré las presentaciones formales después —dijo Baxter—. Por el momento, detective del Especial de Homicidios Robert Hunter te presento a la agente especial y jefa de la División de Ciberdelito del FBI, Michelle Kelly.

—Señorita Kelly —dijo Hunter con voz apresurada—. Cuento con que Dennis le ha explicado con lo que nos estamos enfrentando en esta situación. ¿Hay alguna manera en la que nos podríais ayudar?

—Lo estamos intentando, pero hasta el momento solo hemos conseguido darnos contra la pared. —Su voz era femenina pero fuerte. Alguien que definitivamente estaba acostumbrada a liderar —. Quien sea que esté haciendo esto lo tiene bien controlado.

—Señorita Kelly, habla la capitana de la División de Robos y Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles, Barbara Blake. ¿A qué se refiere con *tenerlo bien controlado*?

—Bueno, uno de los trucos de nuestro arsenal es que podemos apagar cualquier transmisión vía web dentro del territorio de los

Estados Unidos.

—Y entonces apagad esta cosa.

Una risita nerviosa:

—Lo intentamos. Sencillamente vuelve a aparecer.

—¿Qué? ¿Cómo?

—No sé cuánto entiende de tecnología web, y no quiero empezar a hablarle en términos técnicos, pero la dirección IP del sitio cambia constantemente.

—¿Cómo hacer rebotar una llamada?

—Así es. Cada nueva dirección de IP es un servidor vulnerable que hace correr una imagen en espejo del servidor verdadero. Es como mirar el reflejo de alguien dentro de una sala llena de espejos. Lo que se ve son cientos de imágenes idénticas, pero uno nunca puede saber exactamente de dónde viene la imagen verdadera. ¿Me sigue?

—Sí.

—Vale. El servidor también utiliza un TTL, un tiempo de vida, extremadamente bajo, que es lo que determina cuánto tiempo pasará hasta que el ordenador de uno actualice la información relacionada con el DNS, el sistema de nombres de dominio.

—¿Disculpe…?

—Solo significa que el ordenador está pidiéndole constantemente al servidor la dirección del sitio web, y cada vez que lo hace, el servidor dirige al ordenador a un espejo distinto. Por lo que incluso si logramos cerrar uno, no sucedería nada, porque el servidor sencillamente le mostraría al ordenador la misma página a través de un espejo distinto. Es técnicamente complicado, pero eso significa que quien sea que está detrás de esto es un muy buen *codificador*, un programador con un conocimiento fantástico del ciberespacio.

RELOJ: 3:21, 3:20, 3:19…
ENTERRADA: 644.
COMIDA: 710.

—El nombre de registro y los servidores del dominio están todos en Taiwán —agregó Michelle—. Lo cual le añade un nivel más de complejidad a la ecuación. Como probablemente sabe, desde que la isla fue reclamada por la República Popular China continental, los

Estados Unidos no reconocen a Taiwán como un país independiente, lo cual quiere decir que no tenemos relaciones diplomáticas con los taiwaneses.

—¿Cómo es que hay tantas personas encontrando tan rápido esta página web?, —preguntó García—. *escogeunamuerte.com* no es exactamente el tipo de dirección que alguien ingresa de casualidad.

—Ya lo hemos verificado —dijo Michelle—. Utilizó redes sociales. Intervino cuentas de otras personas y puso mensajes en algunas páginas muy populares de Twitter y de Facebook. Esas páginas las visitan varios cientos de miles de personas por día. La gente ve el mensaje y la curiosidad se despierta. Consecuentemente, van y miran. Ahora la razón por la que están votando podría llegar a ser porque no creen que sea cierto. Podrían llegar a estar pensando que es una página de una farsa, o alguna clase nueva de juego de «clicar y explorar». —Michelle hizo una pausa para tomar aire—. También está el hecho de que hay un montón de gente sádica dando vueltas. Muchos comerían alegremente pochoclos y beberían una cerveza mirando cómo torturan a muerte a ciudadanos americanos. Y si se les permite participar, mejor aún.

—¿Hay algo que haga que la gente no pueda votar más de una vez?, —preguntó García.

—Sí —contestó Michelle—. Una vez que le das clic a uno de los dos botones, ambos se desactivan. Nadie puede votar dos veces.

—¿Cómo lo sabéis? —Esta vez fue la capitana Blake.

—Porque lo intentamos.

—¿*Votasteis* por un método de muerte?

—Lamentablemente, sí —explicó Michelle, pero no se estaba disculpando—. Nos topamos con la página antes de recibir la llamada de Dennis. No sabíamos a qué nos estábamos enfrentando. Estábamos intentando entender qué era.

La mujer que se veía en la pantalla se quitó las manos del rostro. La sangre y las lágrimas le habían creado unos raros dibujos en las mejillas, pero el miedo la había conmocionado hasta dejarla en un estado casi de sosiego. Sus ojos ya no se movían en busca de nada; en vez de eso ahora estaban recubiertos de una inmensa tristeza. Hunter había visto antes esa mirada, y sintió como si un enorme agujero negro le succionara el estómago. Al igual que la primera

víctima, como con la ayuda de un sexto sentido, se había dado cuenta de que nadie iría a rescatarla, de que nunca saldría con vida de esa caja.

Una sensación de impotencia total les dio de lleno a todos al mismo tiempo, porque todos tenían los ojos puestos en sus pantallas.

RELOJ: 1:58, 1:57, 1:56…
ENTERRADA: 923.
COMIDA: 999.

Veintisiete

Tardó tan solo una milésima de segundo, pero se sintió como una eternidad. ENTERRADA cambió primero, tres números en rápida sucesión: 924, 925, 926.

Dentro de la oficina de Hunter todos contuvieron el aliento.

Y entonces sucedió.

COMIDA: 1000.

Apenas cambió el número comenzó a titilar en la pantalla, anunciándoles a todos que tenían un ganador.

Nadie se movió. Nadie parpadeó.

Al teléfono, Michelle Kelly y Dennis Baxter también se habían quedado en silencio.

En la pantalla la mujer seguía llorando. Aún le temblaban y le sangraban las manos.

Pasaron los segundos.

Todos esperaban.

De repente, del tubo negro que estaba unido al ataúd de vidrio y que Hunter había notado antes, salió disparado algo pequeño y oscuro que voló cruzando por encima el cuerpo de la mujer.

—¿Qué demonios fue eso?, —preguntó la capitana Blake, con la mirada haciendo *ping-pong* entre Hunter y García—. ¿Lo habéis visto?

—Yo lo vi —respondió García—. Pero no tengo idea de qué era.

Hunter estaba concentrado en la pantalla.

Luego sucedió otra vez. Algo salió disparado del tubo oscuro a una velocidad tremenda.

La mujer se retorció como si alguien la hubiera despertado de un trance. Miró hacia abajo en el ataúd en dirección a sus pies. Era evidente que no podía ver nada, pero fuera lo que fuera eso que

ahora estaba dentro del receptáculo de vidrio con ella le había hecho regresar el pánico, y luego lo multiplicó por diez. Se retorció de nuevo, ahora con mucha más desesperación. Se pasó las manos por el cuerpo, casi palmeándoselo, como intentando quitarse frenéticamente algo de encima.

Tres, cuatro, cinco más ingresaron en el ataúd de vidrio por el tubo.

—¿Son alguna clase de insecto volador?, —preguntó la capitana.

—No estoy seguro —dijo Hunter—. Quizá.

—¿Los insectos se pueden comer vivo a alguien?

—Algunos podrían hacerlo, sí —contestó Hunter—. Algunas especies de hormigas y termitas se pueden alimentar de la carne, pero se necesitarían varios miles allí dentro, y ninguna se mueve tan deprisa ni es tan grande.

El rostro de la mujer se contorsionó en una mirada de dolor agónico. Apretó bien fuerte los ojos y la boca se abrió para dejar salir un grito que nadie pudo oír, solo imaginar.

—Oh Dios mío —dijo la capitana Blake. Sus dos manos se movieron en dirección a su boca—. Sean lo que sean esas cosas, se la *están* comiendo viva. Esto no puede estar sucediendo.

La mujer perdió el control a medida que se apoderaba de ella el terror. Estaba pateando con las piernas desesperadamente y, a pesar del espacio reducido, hacía lo que podía para sacudir sus manos por el cuerpo y el rostro.

De una sola vez, al menos cincuenta insectos voladores fueron arrojados al ataúd por el tubo.

—Oh Jesús, —dijo Michelle por el teléfono, y todos la oyeron.

La cámara hizo *zoom* en uno de los insectos voladores, y todos se quedaron helados.

Tenía alrededor de cinco centímetros de largo, con un cuerpo azul casi negro y alas negro azabache. Las patas dentadas y delgadas eran tan largas como el cuerpo. De la cabeza le salía un par de antenas negras.

—¡Oh maldición!, —dijo García, sintiendo cómo un temblor frío le bajaba por la espalda. Dio un extraño paso hacia atrás, como si hubiera visto algo que nadie más había visto. De golpe tuvo aspecto de estar a punto de descomponerse.

Veintiocho

Por un instante la mirada de Hunter y de la capitana Blake abandonó la pantalla y se posó en García.

—Carlos, ¿qué sucede?, —preguntó la capitana.

García respiró hondo y tragó saliva con fuerza antes de enfocar otra vez la mirada y señalar la pantalla:

—Ese insecto —dijo, sonando aún nervioso—. Es una avispa cazatarántulas.

—¿Es qué?

—Una avispa cazatarántulas —dijo Hunter. Él también reconoció la especie—. Una avispa arañera.

—¿Esa cosa enorme es una maldita avispa? —La capitana espetó las palabras.

García asintió:

—Se las llama avispas cazatarántulas porque matan tarántulas para alimentarse y para poner sus huevos.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Me estás diciendo que esas son avispas carnívoras?

—No —dijo García—. Ninguna avispa se alimenta de carne humana.

El rostro de la capitana Blake se llenó de confusión.

—Pero su picadura —aclaró García— es una de las picaduras de insectos más dolorosas del mundo. Es casi como si alguien te pinchara con una aguja de siete centímetros y trescientos voltios. Creedme, su picadura es tan dolorosa que se siente como si te estuvieran arrancando pedazos del cuerpo.

Hunter no tuvo necesidad de preguntar; su expresión facial habló por sí misma.

García explicó:

—En Brasil hay una especie común de avispa cazatarántulas que se llama marimbondo. Están por todas partes. Cuando era pequeño

me picaron cuatro al mismo tiempo, y terminé en el hospital. Casi muero. El dolor dura tan solo unos pocos minutos pero es completamente enfermante. Te puede hacer delirar. No sé mucho de estas avispas, pero sé que no son agresivas por naturaleza, solo si se las provoca. —Señaló la pantalla—. El pánico que está sintiendo, cómo está sacudiendo las manos: eso sería una provocación más que suficiente. Sus mejores chances las tendría quedándose quieta.

Hunter y todos los demás sabían que eso era imposible. No lo podían oír, pero todos sabían que el zumbido de *una* avispa de cinco centímetros volando dentro de una caja cerrada sería más que suficiente para llenar de terror a la mayor parte de la gente. Para ese momento, la mujer ya tenía allí con ella cerca de cien.

—Sé también que las avispas cazatarántulas no se pueden comer vivo a nadie —agregó García—. Pero el veneno de una sola picadura alcanza para paralizar a una tarántula. Si a una persona la ataca un nido completo… —Señaló otra vez la pantalla y negó con la cabeza—. Vosotros me diréis.

En la pantalla la mujer se había dejado de mover, paralizada por el intenso dolor de las picaduras. Unos bultos grandes y rojos le cubrían ahora la mayor parte del torso. Dentro del ataúd de vidrio debía de haber más de ciento cincuenta avispas cazatarántulas zumbando alrededor de ella, y seguían llegando más dentro del receptáculo.

También le habían picado el rostro decenas de veces. Ambos ojos se le habían hinchado de manera tan severa que estaban casi cerrados. Los labios se le habían inflamado a casi el doble de su tamaño habitual, y sus mejillas estaban totalmente desfiguradas, pero no estaba muerta. Seguía respirando. Con la boca semiabierta, tomaba aire de manera entrecortada y abrupta en medio de temblores corporales.

—¿Durante cuánto tiempo puede seguir esta situación?, —preguntó la capitana, echándose a andar nerviosamente frente al ordenador de Hunter.

Nadie contestó.

La cámara hizo *zoom* en el rostro de la mujer en el momento en el que tres avispas cazatarántulas le aterrizaban en los labios, le picaban de nuevo y lentamente avanzaban hacia la lengua antes de desaparecer dentro de su boca.

La capitana Blake sencillamente ya no podía mirar más. Desvió la mirada en el momento en que algo le empezó a dar vueltas en el estómago. Intentó no descomponerse allí mismo.

Unos segundos más tarde a la mujer le salió una avispa cazatarántulas por la fosa nasal izquierda.

Nadie dijo nada.

La mujer finalmente dejó de respirar.

Momentos después la página web no estaba más en línea.

Veintinueve

El silencio perturbador que se apoderó de la sala provenía de una mezcla de tristeza, impotencia y enojo puro. A pesar de que la página web ya no estaba en línea, los ojos de Hunter, García y la capitana Blake seguían fijos en la pantalla del ordenador de Hunter.

Michelle Kelly y Dennis Baxter seguían al teléfono. Michelle habló primero:

—Detective Hunter, hemos estado monitoreando el tráfico del sitio desde el inicio. A los pocos minutos de estar en línea, recibió más de quince mil visitas.

—¿Más de quince mil personas vieron morir a esta pobre mujer?, —preguntó la capitana Blake con un tono de incredulidad.

—Eso parece —respondió Michelle.

—Señorita Kelly —prosiguió Hunter—. ¿Nos podemos encontrar? De ser necesario haré un pedido oficial para un trabajo conjunto entre el Departamento de Policía de Los Ángeles y el FBI, pero me gustaría empezar con esto lo antes posible.

—Absolutamente. Incluso sin un pedido oficial, quiero participar. Esto va mucho más allá de las políticas departamentales. Mi equipo y yo haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudar. Hoy estaré en la oficina hasta tarde, si quiere pasar.

—Lo haré, gracias, y gracias hoy por su ayuda.

Cortaron la comunicación.

—¿Más de quince mil personas?, —repitió la capitana Blake, aún medio conmocionada—. Esto ya está en todas partes, Robert. No hay manera de que lo podamos contener. Mejor que nos preparemos para la madre de todos los follones.

Sonó el móvil de Hunter. La pantalla de identificación de llamadas mostraba número desconocido.

—Estos podrían llegar a ser ya los periodistas chupasangre —dijo la capitana.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —dijo por el micrófono.

—Le dije que sería divertido —dijo con voz serena la persona que estaba llamando.

Hunter tuvo que respirar hondo antes de presionar el botón del altavoz.

—Y con casi dos minutos de sobra. —La persona que había llamado rio entre dientes—. ¡Jo! Eso sí que fue algo especial, ¿no? Vale, vale, la mujer no fue de hecho *comida* viva, pero, créame, esas picaduras son tan dolorosas que se siente como si a uno le estuvieran arrancando partes del cuerpo con dientes filosos.

La capitana Blake miró a García:

—¿Es el maldito enfermo?, —susurró.

García asintió.

A la capitana se le dilataron las fosas nasales. Estaba lista para soltar un torrente de improperios.

Hunter lo vio antes de que sucediera y alzó la mano, indicándole que se mantuviera tranquila.

—¿Sabe cuánta gente vio eso en línea, detective? —La persona que había llamado sonaba entretenida—. Más de quince mil personas. ¿No está enferma la sociedad? —Hizo una pausa y resopló —. Por supuesto que usted sabe que la sociedad está enferma. Su trabajo es perseguir psicópatas, ¿no es así, detective Hunter? Psicópatas como yo.

Hunter no dijo nada.

—El problema es… —continuó la persona que había llamado— ¿en qué momento se le considera a alguien psicópata, detective Hunter? ¿Qué hay con todas las personas que miraron? ¿Qué hay con todas las personas que votaron? ¿Son psicópatas? Gente normal, corriente, detective: trabajadores sociales, maestros, estudiantes, taxistas, camareras, médicos, enfermeras, incluso agentes de policía. Todos querían verla morir. —Repensó sus palabras—. No… peor aún. No solo querían verla morir. Querían *ayudar* a matarla. Querían apretar el botón. Querían elegir cómo moriría. —Hizo una pausa, permitiendo que resonara la gravedad de sus palabras—. ¿Eso los convierte en cómplices de asesinato, o cae todo bajo la categoría de «curiosidad humana macabra»? Usted lo debería saber, detective Hunter. Usted es tanto policía como psicólogo del

comportamiento criminal, ¿no es así?

Hunter no respondió.

—¿Sigue allí, detective?

—Sabe que le voy a atrapar, ¿no? —La convicción en las palabras de Hunter era absoluta.

La persona que había llamado se rio:

—¿Sí? —Sí. Le encontraré. Y pagará por esto.

—Me gusta su actitud, detective.

—No es una actitud. Es un hecho. Tiene los días contados.

La persona que había llamado dudó una fracción de segundo:

—Supongo que eso lo veremos. Pero dado que se siente tan seguro de sus capacidades, detective, haré un trato con usted.

Hunter no dijo nada.

—Yo no tenía duda de que diez minutos era tiempo más que suficiente para que yo consiguiera al menos mil votos a favor de uno de los dos métodos. No tenía duda, porque la sociedad es muy predecible. Usted sabe eso, ¿no es así?

Silencio.

—Pero también sabía que el resultado sería COMIDA.

Una larga pausa.

—Por lo que este es el trato, detective Hunter —prosiguió la persona que había llamado—. Si usted me dice cómo es que yo sabía que escogerían COMIDA antes que ENTERRADA, le permitiré encontrar el cuerpo lo suficientemente rápido. Si no lo hace. Su cuerpo desaparece. Dado que tiene tanta confianza en sus capacidades, veamos cuán bueno es.

La mirada de Hunter se fijó en la capitana Blake.

—Dile algo —le apremió ella—. Necesitamos ese cuerpo.

—Vamos, detective —le apremió la persona que había llamado —. Es psicología básica. Lo debería resolver sin problema.

Pasaron varios segundos antes de que Hunter hablara.

—Porque COMIDA apelaba a la «curiosidad humana», ENTERRADA no. —Su voz fue tranquila y compuesta.

La capitana frunció el ceño.

—Me gusta —dijo la persona que había llamado—. Por favor explíquese.

Hunter se rascó la frente. Sabía que, por el momento, le tenía que seguir el juego.

—Todo el mundo sabe qué es lo que puede esperar de ENTERRADA. COMIDA es lo desconocido. ¿Qué era lo que usted iba a utilizar? ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Qué era lo que posiblemente podía comerse vivo a un ser humano? La curiosidad humana natural inclinaría la balanza hacia lo desconocido.

A una pausa le siguió una risa en voz alta y después unos aplausos:

—Muy bien, detective. Como dije, la sociedad en conjunto es bastante predecible, ¿no es así? Era un acuerdo cerrado desde el principio.

Hunter no dijo nada.

—Se lo debe estar comiendo por dentro, ¿no, detective?

—¿Qué cosa?

—El hecho de saber que la mayor parte de la gente que vio el programa en línea lo disfrutó. Probablemente incluso celebraron cada picadura. Les encantó verla morir.

No hubo respuesta.

—¿Y sabe qué? Apuesto a que se mueren de ansiedad por el ver el próximo programa.

La capitana Blake tembló de furia.

—Bueno, debo despedirme de vosotros. Tengo cosas que hacer.

La línea quedó en silencio.

Treinta

El próximo programa.

Esas palabras parecieron quedar resonando interminablemente dentro de la oficina de Hunter. Todos sabían exactamente lo que significaban, y los llenó a todos de pavor.

Lo primero que hizo Hunter fue pedirle a su equipo de investigaciones que armara una lista de posibles significados de SSV, las tres letras que habían aparecido en el rincón superior del lado izquierdo de la pantalla al principio de la transmisión. También les pidió que preparan un informe sobre avispas cazatarántulas. ¿Había de esas avispas en California? ¿Se podían criar de forma casera en un jardín, o precisaban un medioambiente y condiciones especiales etcétera?

García contactó de nuevo a la Unidad de Personas Perdidas y les envió por correo electrónico una captura del rostro de la mujer. Necesitaban identificarla tan pronto como fuera posible.

Operaciones se comunicó con Hunter no bien cortó la llamada con el asesino. Esta vez no había hecho rebotar la llamada por todas partes de Los Ángeles. Había utilizado un teléfono móvil descartable. Sin GPS. Pero la llamada no duró lo suficiente como para que la pudieran triangular de manera precisa. La llamada se había realizado desde algún lugar en Studio City.

La transmisión y la conversación telefónica con el asesino habían dejado a todos conmovidos, pero Hunter sabía que tenía que mantenerse enfocado. Él y García salieron del Edificio de la Administración de la Policía y fueron en coche hasta la terminal de autobús en Athens, en Los Ángeles Sur. Precisaban determinar si Kevin Lee Parker, la primera víctima, había abordado algún autobús de la ruta 207 ese lunes por la tarde. Con esa información, podrían

establecer si la víctima había sido secuestrada en el tramo entre la parada de autobús y su casa en Jefferson Park o durante la breve caminata entre la tienda
Next-Gen
Games y la parada de autobús en Hyde Park.

Cuatro de los seis conductores que habían realizado la ruta 207 el lunes por la tarde estaban trabajando esa noche. Hunter y García obtuvieron la información que buscaban con el tercer conductor que entrevistaron. Luego de mostrarle una fotografía de Kevin Lee Parker, el hombre alto y muy delgado asintió y les dijo a ambos detectives que se acordaba de Kevin porque viajaba en la línea de manera regular —siempre cogía el autobús en la parada del *boulevard* Hyde Park y la avenida 10, y por lo general alrededor de las 7:00 p.m.—. El conductor dijo que Kevin era un hombre amable, siempre decía «hola» al subirse al autobús. No podía asegurar al ciento por ciento si Kevin estaba solo o no, pero creía que sí. El conductor tampoco podía recordar si Kevin se había apeado en la parada de Crenshaw y el *boulevard* West Jefferson, que era su parada habitual.

Luego de retirarse de la terminal de autobús, Hunter y García se dirigieron en el coche hacia la intersección de Crenshaw y el *boulevard* West Jefferson. La casa de Kevin Lee Parker estaba a diez minutos andando desde la parada de autobús de allí. Aparcaron el coche e hicieron el recorrido a pie, dos veces. Si Kevin había permanecido en el *boulevard* West Jefferson, y luego había girado a la derecha en la avenida South Victoria, todo el trayecto desde la parada de autobús hasta su casa lo habría realizado por calles bien iluminadas y concurridas, pero le habría demandado tres minutos extra. La ruta más rápida habría sido cortar por el aparcamiento de la Iglesia de West Angeles, apenas pasando la estación de servicio Chevron en la esquina de Crenshaw y West Jefferson, y continuando luego por los callejones traseros, por detrás de la avenida South Victoria.

La Iglesia de West Angeles no tenía cámaras de vigilancia en el exterior, y el aparcamiento estaba ubicado en la parte de atrás del edificio, bien escondido de cualquier calle. De acuerdo con la agenda que estaba colgada en el frente de la iglesia, los lunes por la tarde no había servicio. El aparcamiento habría estado vacío y

escondido entre las sombras de tres postes de luz que mucho no iluminaban. Llevarse a Kevin desde allí, o de cualquiera de los callejones traseros camino a su casa, habría sido un juego de niños: no habría habido ningún testigo.

Treinta y uno

La sede central del FBI en Los Ángeles sobre el *boulevard* Wilshire era una estructura de hormigón y vidrio de diecisiete pisos que parecía más una prisión que un edificio federal de las fuerzas de seguridad. Con ventanas oscuras, pequeñas y unidireccionales embutidas entre columnas de cemento largas y delgadas, lo único que le faltaba eran barras de metal gruesas y torres de guardia alrededor del perímetro. En pocas palabras, tenía el mismo aspecto que cualquier otro edificio del FBI del país: anodino y enigmático.

Eran ya cerca de las ocho de la noche cuando García estacionó su coche en el aparcamiento justo detrás del edificio del FBI. El playón estaba lejos de estar vacío. García escogió un lugar junto a un Cadillac negro brillante con vidrios tintados y ruedas cromadas.

—Wow —dijo apagando el motor—. Me sorprende que la matrícula no sea «SOY-FBI».

Antes de llegar a las puertas de la entrada principal, ambos detectives tuvieron que subir unas escalinatas de hormigón, cruzar un jardín verde a cielo abierto y recorrer un pasillo con cámaras de seguridad. Empujaron y abrieron las pesadas puertas de vidrio e ingresaron a un *lobby* de recepción bien iluminado y agradablemente fresco de aire acondicionado.

Dos recepcionistas atractivas y vestidas de manera conservadora, que estaban sentadas detrás de un mostrador de recepción de granito negro, les sonrieron cuando ingresaron al edificio. Solo una se puso en pie.

Hunter y García se identificaron, alcanzándole sus credenciales. La recepcionista rápidamente tipió algo en su ordenador y esperó la respuesta de la aplicación. Que llegó en menos de cinco segundos, confirmando sus nombres y rangos en el Departamento de Policía de Los Ángeles. También desplegó una fotografía de identificación

de cada uno de los detectives. Satisfecha, la recepcionista les devolvió sus identificaciones junto a unas tarjetas blancas y azules de visita.

—Un agente los escoltará dentro —dijo ella.

Un minuto después se les aproximó un hombre alto vestido con traje oscuro:

—Detectives del Departamento de Policía de Los Ángeles Hunter y García. —Los saludó con una inclinación de cabeza. No les dio la mano—. Por favor, seguidme.

Los escoltaron a través de dos filas de puertas de seguridad distintas, por un pasillo largo, luego por un tercer par de puertas de seguridad y subieron a un ascensor, que bajó un piso a la División de Ciberdelito del FBI. El ascensor se abrió a un corredor de piso de madera brillante, en el que en las paredes había muchos retratos en marcos dorados. Ni Hunter ni García reconocieron a ninguna de las personas que aparecían en las fotos.

La puerta doble de vidrio al final del corredor se abrió antes de que ellos llegaran allí.

—Yo me encargaré a partir de aquí, gracias —dijo la mujer.

El escolta le asintió, luego les hizo un gesto con la cabeza otra vez a Hunter y a García, antes de dar media vuelta y dirigirse otra vez en dirección al ascensor.

Ambos detectives reconocieron la voz de Michelle Kelly de la llamada en conferencia de la que habían participado más temprano, pero ella no tenía para nada el aspecto que ninguno de ellos dos se había imaginado.

Michelle Kelly parecía tener alrededor de veintiocho años de edad. Medía un metro setenta y tres, y tenía el cabello largo y teñido de negro azabache. Llevaba el flequillo desmechado, y le caía sobre la frente en un estilo *skate-punk*. Sus profundos ojos verdes estaban fuertemente enmarcados por un delineador negro y sombra para ojos verde pálido. Sus labios carnosos estaban delicadamente acentuados por un lápiz labial rojo. Llevaba un delgado arete de argolla plateado en la fosa nasal izquierda, y otro más en el costado derecho del labio inferior. Tenía puestos unos Doc Martens por encima de unos pantalones vaqueros negros ajustados. Su camiseta era negra y roja, con un dibujo de una calavera con alas. La inscripción decía Avenged Sevenfold.

—Detective Hunter —dijo, ofreciéndole la mano. Tenía los dos brazos completamente cubiertos de tatuajes, todo hasta las muñecas, que a su vez estaban llenas de brazaletes. Tenía las uñas de las manos pintadas con esmalte negro. Se la veía completamente cómoda y enteramente segura de sí misma.

El primer pensamiento que se le cruzó a Hunter por la mente fue que Michelle Kelly no se había convertido en agente del FBI por decisión propia. Hunter había estado en la Academia del FBI en Quantico, Virginia, más de una vez. Había tratado con agentes y con sus jefes de sección. Había leído sus manuales. El FBI se seguía manejando con un acercamiento clásico, al estilo de la vieja escuela. Los códigos de vestimenta, los peinados y las reglas de conducta estaban estrictamente impuestos, en especial estando dentro de un edificio oficial. Los *piercings* faciales y los tatuajes claramente visibles sencillamente no estaban permitidos. Por supuesto, se hacían excepciones con agentes encubiertos que tenían que infiltrarse en pandillas, sectas, organizaciones criminales, etcétera, pero a una persona normal que aplicase a un puesto en la academia con sus brazos cubiertos en tinta la habrían rechazado antes de cruzar las puertas. La conclusión de Hunter era que Michelle Kelly probablemente tenía una deuda con el gobierno federal. Quizás en su vida anterior había sido una *hacker* maestra. Alguien con aptitudes cibernéticas que el FBI no tenía y no podía ignorar. Finalmente habían terminado dando con ella, y se le propuso un trato: una gran cantidad de años en la cárcel o un puesto en la División de Ciberdelito. Ella aceptó el trabajo.

Hunter le estrechó la mano:

—Señorita Kelly, gracias por recibirnos. —Ella tenía manos suaves pero un apretón muy firme—. Él es mi compañero, el detective Carlos García.

Se estrecharon las manos.

—Por favor, llamadme Michelle —dijo ella, invitándolos a pasar a una sala grande en la que la temperatura estaba varios grados por debajo de un fresco agradable.

A diferencia de la Unidad de Delitos Informáticos del Departamento de Policía de Los Ángeles, que se asemejaba a una muy moderna sala de redacción de un periódico, la División de Ciberdelito del FBI parecía competir en una liga propia. Las

primeras impresiones eran que el interior de la sala se asemejaba al puente de la nave espacial *Enterprise*. Había luces que se encendían y se apagaban en cualquier dirección que miraran. La pared que daba al este estaba ocupada por seis monitores de dimensiones gigantescas, en cada uno se veían mapas, imágenes o líneas de datos que ni Hunter ni García comprendieron. Distribuidos por la sala había dieciséis escritorios muy espaciosos, cubiertos con monitores y equipamientos de ordenadores de la más alta tecnología. No había ninguna separación. Ninguna oficina.

Ninguna jerarquía visible. Dentro de esa sala, todos eran iguales.

Michelle los condujo hasta el escritorio más cercano a la pared norte:

—Dennis Baxter me dio muy pocos detalles. Dijo que iba a ser mejor si me contabais todo directamente vosotros. —Arrastró dos sillas desde el escritorio más próximo y las colocó frente del suyo propio.

Se les aproximó un hombre de alrededor de veinticinco años. Tenía cabello ondulado y del color del óxido, labios delgados, cejas prolongadas y unos ojos grandes y redondos casi negros. Parecía un búho pensativo, la imagen exacta de lo que la mayoría de la gente imagina cuando piensa en un geek, aunque sin los anteojos gruesos.

—Él es Harry Mills —dijo Michelle, haciendo las presentaciones necesarias—. Forma parte de nuestra unidad, además de ser un genio de los ordenadores, con los diplomas correspondientes para demostrarlo.

Más apretones de manos.

Harry tomó asiento y Hunter los puso al corriente de todo lo sucedido hasta el momento. Michelle y Harry escucharon sin interrumpir.

—¿Y conseguisteis grabar la mayor parte de la transmisión del primer asesinato?, —preguntó Michelle cuando Hunter terminó.

Sacó un *pen drive* de su bolsillo y se lo alcanzó:

—Está todo aquí.

Ella rápidamente lo conectó a un puerto USB en el ordenador que estaba en el escritorio, y durante los siguientes diecisiete minutos nadie dijo una sola palabra.

Treinta y dos

Cuando la grabación finalizó, Michelle presionó la tecla «esc» de su teclado. Hunter notó que sus manos ya no estaban tan firmes como antes.

Harry dejó salir una exhalación que pareció haber estado atorada en su garganta por los diecisiete minutos previos.

—¡Dios!, —dijo—. Hasta última hora de esta tarde no había visto morir a nadie. He visto fotos de cadáveres… estuve en una autopsia, pero nunca había visto a nadie morir, ni que decir siendo torturado y asesinado. Ahora he visto a dos personas.

Hunter comentó los detalles de su primera conversación telefónica con el asesino, y cómo se llegó al baño alcalino.

—¿Y tú crees que te engañó?, —preguntó Michelle.

Hunter asintió:

—Él sabía de antemano que yo elegiría agua. Era todo parte del espectáculo.

Michelle finalmente parpadeó:

—¿Os puedo ofrecer un poco de café o algo? Yo sin duda necesito un trago. Mi garganta parece el desierto de Nevada.

—Café sería genial, gracias —dijo Hunter.

—Sí, para mí también —agregó García.

—Yo lo traigo —dijo Harry, poniéndose en pie.

—¿Dijiste que para esta transmisión utilizó una dirección IP, no una dirección de internet como la de hoy?, —preguntó Michelle.

—Correcto —dijo Hunter—. Según Dennis, probablemente era una dirección IP intervenida.

Michelle asintió:

—No me sorprendería para nada, pero es extraño.

—¿Qué es extraño?, —preguntó Hunter.

Harry regresó con cuatro cafés, una pequeña jarra de leche, un recipiente con cubos de azúcar blanca y morena y sobres de

edulcorante.

—El hecho de que el primer asesinato fue prácticamente una transmisión *solo para vosotros* —explicó Michelle—, pero el segundo estuvo suelto en la World Wide Web.

Hunter ladeó la cabeza:

—Bueno, según la persona que llamó, el motivo por el cual hizo que la segunda transmisión fuera un asunto más público fue porque yo no había sido divertido la primera vez. No jugué su juego como él quería que lo jugara.

—Pero tú no crees en eso —dijo Harry, alcanzándoles a los detectives sendas tazas de café.

Hunter negó con la cabeza:

—Estaba demasiado bien preparado.

—Lo estaba —convino Michelle—. Y es por eso exactamente que es extraño que no haya hecho una transmisión pública la primera vez. Ya tenía todo en su lugar. Lo hemos corroborado. El dominio www.escogeunamuerte.com fue registrado hace veintinueve días con un servidor en Taiwán. No creo que lo haya hecho solo por si acaso. Sabía que haría de esto algo público, y eso nos trae un segundo problema enorme.

—¿Cuál?, —preguntó García.

—La transmisión de hoy estuvo en vivo durante exactamente veintiún minutos y dieciocho segundos. Recibió más de quince mil visitas mientras estuvo en línea. Pero ahora vivimos en la era de las redes sociales. Todos comparten todo.

—La grabación fue clonada —dijo Hunter, anticipando el punto de Michelle.

—Lo fue —admitió Michelle—. Dos minutos después de que finalizara la transmisión, se subieron recortes de la misma a varios sitios de vídeo y redes sociales como YouTube, Dailymotion y Facebook.

Hunter y García no dijeron nada.

—Lamentablemente eso fue inevitable —agregó Harry—. En el momento que algo así de raro llega a la World Wide Web, tiene el potencial de hacerse viral. Afortunadamente para nosotros, ese potencial no se materializó. El vídeo se esparció un poco por internet, pero nada cercano a hacerse viral. Porque pudimos ponernos a trabajar tan pronto como terminó la transmisión,

pudimos también limitar su difusión.

—Nosotros monitoreamos miles de redes sociales y de vídeo en todo el mundo —explicó Michelle—. Tan pronto como uno de esos recortes aparece en una de esas redes, le solicitamos al administrador del sitio que lo retire. Hasta el momento, todos están cooperando.

—El asesino sabía muy bien que esto sucedería —dijo García—. O sea, recortes, o incluso la transmisión original completa, difundiéndose por internet. Estoy seguro de que contaba con eso. Se está divirtiendo torturando y matando a sus víctimas. Y mientras más gente lo mire, mejor.

Nadie dijo nada.

Michelle clicó unos cuantos iconos en su ordenador y la imagen de la mujer extendida en el ataúd de vidrio ocupó el monitor grande que estaba a su derecha. La primera víctima, sentada dentro del tanque grande, estaba en el monitor de la izquierda.

—Grabamos automáticamente cualquier transmisión de internet que consideremos sospechosa —dijo ella—. Obviamente comenzamos a grabar esto tan pronto como lo vimos. Creo que logramos registrarlo desde el comienzo. —Presionó el botón de «*play*».

Hunter asintió, mirando las imágenes:

—Sí, ese es el comienzo.

—Considerando los dispositivos que creó —dijo Harry, señalando el tanque de vidrio y el ataúd transparente en las pantallas de Michelle—, este tipo se las apaña bien haciendo trabajos manuales, y además tiene una buena noción de ingeniería.

—No tengo duda —convino García.

—¿Tuvieron algún tipo de éxito rastreando la llamada?, —preguntó Harry.

García negó con la cabeza y explicó que la primera vez la persona que había llamado había hecho rebotar la llamada al Departamento de Policía de Los Ángeles por toda la ciudad.

—¿Pero no la segunda vez?

—No. Esta vez utilizó un teléfono descartable. Sin GPS. La llamada provenía de Studio City, pero no duró lo suficiente como para ser adecuadamente triangulada.

Harry pareció pensativo durante un rato.

—¿Ya la han identificado?, —preguntó Michelle, señalando a la víctima de sexo femenino.

—Estamos en ello —respondió García.

—¿Y qué hay con la primera víctima?

García asintió e hizo un repaso breve de Kevin Lee Parker.

La atención de Michelle regresó a las imágenes que se sucedían en el monitor de la derecha —la mujer dentro del ataúd de vidrio—:

—Estos estuvieron en la pantalla por tan solo sesenta segundos. —Señaló las letras y los números en los rincones de arriba a la izquierda y a la derecha de la imagen: SSV y 678—. ¿Sabéis qué significan?

—Aún no.

—¿Pistas de quién podría llegar a ser la víctima?, —sugirió Harry.

García se encogió de hombros:

—¿Por lo que no es un acrónimo técnico? ¿Algo relacionado con los ordenadores?

—Nada que yo pueda ver que tenga relevancia en este contexto —contestó Michelle, mirando a Harry.

Él convino con un gesto:

—De las cosas que se me vienen a la mente: Storage Server, Systems Software Verification, Static Signature Verification, Smart Security Vector… Ninguna tiene sentido aquí. —Hizo una pausa y miró el monitor que estaba a la izquierda de Michelle, Kevin Lee Parker amarrado y amordazado dentro del tanque de vidrio—. ¿Durante la primera transmisión sucedió lo mismo? Veo que no comenzasteis la grabación desde el inicio. ¿Apareció la misma combinación de letras u otra distinta?

—No, nada —contestó Hunter—. Las únicas letras que aparecieron fueron las que conforman la fórmula química del hidróxido de sodio.

—Por lo que «SSV 678» tiene que ser algo directamente relacionado con la mujer —concluyó Harry.

—Posiblemente —dijo Hunter—. Sabremos más cuando la identifiquemos.

—¿Podéis dejarnos esto?, —preguntó Michelle, refiriéndose a la grabación de la primera víctima—. Me gustaría analizarlo mejor. Compararlo con la transmisión de hoy.

—No hay problema.

Michelle miró las imágenes de ambos monitores durante unos segundos más antes de ponerlas en pausa. La expresión de su rostro era una combinación de enojo, frustración y disgusto. Comenzó a separar los labios como si estuviese a punto de decir algo, pero dudó, sopesando sus palabras por un instante.

—Sea quien sea este tío —dijo finalmente— es un programador muy talentoso con un gran conocimiento del ciberespacio. Cubrió todos los ángulos: tiempo de vida, servidores explotados, *hideware*, el registro de la página en Taiwán, hacer rebotar sus llamadas telefónicas, etcétera. Cuando la transmisión finalizó, la página web desapareció, como si nunca hubiese estado allí. Ningún rastro. Se está escondiendo de manera experta bajo varias capas electrónicas de protección. Para poder atraparle, tenemos que sacarlas una a una. No hay manera de eludirlas. El problema es que cada capa también opera como una alarma contra intrusos… una advertencia para él. Tan pronto como consigamos retirar una, él lo sabrá, dándole tiempo más que suficiente para reaccionar, para crear más capas en caso de ser necesario.

Hunter respiró hondo. Estaba claro que la investigación tendría que concentrarse en programadores de ordenadores con un gran conocimiento del ciberespacio, pero en Los Ángeles estaban por todas partes: organizaciones públicas y privadas, escuelas, universidades, sus propios garajes… Prácticamente hacia cualquier lado que uno mirara, uno estaba destinado a encontrarse con alguien que tuviera muchos conocimientos de internet. Necesitaban algo más que los guiara.

Michelle miró a Hunter a los ojos:

—La razón por la cual este asesino está tan seguro de sí mismo es que sabe que en lo que concierne al ciberespacio es imposible de localizar. Es un fantasma cibernético. Mientras se quede allí, no podemos llegar a él.

Treinta y tres

Temprano a la mañana siguiente la capitana Blake estaba de pie frente al tablero de las fotos ubicado contra la pared sur dentro de la oficina de Hunter en el momento en el que él llegó. García estaba de pie detrás de ella.

Ya habían colgado en el tablero nuevas fotos de la segunda víctima dentro del ataúd de vidrio. Algunas mostraban su cara aterrada en varias fases de desesperación. Otras mostraban capturas de avispas cazatarántulas en el momento en el que entraban al ataúd, y después en el momento en el que cubrían todo el cuerpo de la víctima, picándole prácticamente cada centímetro del mismo.

García ya le había informado a la capitana Blake lo que había sucedido en la reunión con Michelle Kelly y Harry Mills en la División de Ciberdelito del FBI la noche anterior.

—Aún no tenemos noticias de Personas Perdidas —anunció García mientras Hunter se quitaba la chaqueta y encendía su ordenador—. Esta vez el asesino no amordazó a la víctima, por lo que su programa de reconocimiento facial no debería tener inconvenientes para hacer coincidir los puntos clave, pero hablé por teléfono con ellos hace unos instantes. Por el momento no ha habido coincidencias.

Hunter asintió.

—El equipo de investigación entregó anoche el informe sobre avispas cazatarántulas —dijo García, regresando a su escritorio.

Hunter y la capitana Blake se dieron la vuelta para mirarle.

García cogió la carpeta azul que estaba junto a su teclado y la abrió:

—Como sospechábamos, el asesino sabía perfectamente lo que estaba haciendo, y cómo proporcionar un dolor increíble. A diferencia de las abejas, que solo pueden picar a la víctima una vez, las avispas pueden picar múltiples veces, proporcionando la misma

cantidad de veneno y ferocidad en cada picadura. Y como dije, su picadura es feroz. En el índice Schmidt de Dolores por Picadura la avispa cazatarántulas se encuentra en el lugar más alto.

—¿El qué?, —le interrumpió la capitana.

—Es una escala de dolor, capitana —aclaró Hunter—. Califica el dolor causado por picaduras de diferentes insectos grandes.

—Correcto —dijo García, asintiendo—. La escala proporciona un rango de cero a cuatro, siendo cuatro lo más doloroso. Solo dos insectos califican en cuatro: la avispa cazatarántulas y la hormiga bala.

—¿Cuán comunes son?, —preguntó la capitana Blake.

—En Estados Unidos, bastante. —García pasó una página del informe e hizo una mueca—. De hecho, la avispa cazatarántulas es el insecto oficial del estado de Nuevo México.

La capitana le miró con cara de incredulidad:

—¿Los estados americanos tienen insectos oficiales?

—Aparentemente.

—¿Y cuál es el insecto oficial de California?

García se encogió de hombros.

—La mariposa cara de perro —dijo Hunter, y con la mano le hizo un gesto a García para que continuara.

García continuó:

—En California solo se puede hallar una pequeña cantidad de especies, principalmente en la zona del desierto de Mojave y en partes del sur de California. Entre esas especies, según el entomólogo con el que hablamos, se encuentra una de las más interesantes: la *Pepsis menechma*. —Señaló el tablero de las fotos —. La que utilizó el asesino.

—¿Qué es lo que las vuelve tan interesantes?, —preguntó Hunter.

García cerró la carpeta y la devolvió a su escritorio:

—En general, las avispas cazatarántulas son avispas *solitarias* —explicó—. No viven en nidos, ni en colmenas, ni en ninguna clase de comunidad. Tampoco se mueven en grupo. —Movió los hombros ligeramente hacia arriba y hacia abajo, expresando así la sorpresa que le generaba la situación—. A excepción de unas pocas especies.

—La que utilizó el asesino es una de esas especies —concluyó la capitana. Ni siquiera hizo el intento de utilizar el nombre científico

que García había leído hacía tan solo un momento.

—Exacto —confirmó García—. Esa especie en particular es muy similar a la especie brasileña que me mandó al hospital cuando yo era niño. Viven en grandes colmenas, cazan y atacan en grupos y tienen una de las picaduras más poderosas, dolorosas y venenosas de todas las avispas cazatarántulas. Además son criaturas diurnas, lo que quiere decir que no les gusta demasiado la oscuridad. Si se las fuerza a moverse en la oscuridad, se enojan mucho. Y allí es cuando las cosas se ponen feas deprisa.

La mirada de todos regresó al tablero de las fotos. En el centro del mismo había una foto grande con una imagen ampliada de una de las avispas cazatarántulas en pleno vuelo.

—Por lo que no hay manera de que sepamos dónde las consiguió.

—Según el entomólogo —explicó García—, si hallamos el cuerpo antes de que se descomponga, podríamos llegar a ser capaces de rastrear el lugar de origen mediante un análisis químico del veneno que dejaron en el torrente sanguíneo. Si eso puede ser de mucha o poca ayuda, nadie sabe.

Treinta y cuatro

García les dio a todos un momento para que se asentaran sus palabras, antes de coger dos copias de un impreso nuevo que tenía sobre su escritorio.

—En lo que respecta a los medios de comunicación, hemos tenido algo de suerte —dijo, alcanzándoles los impresos a Hunter y a la capitana Blake—. Los medios más importantes no levantaron nada, pero en internet ha habido algunos intercambios acerca del tema. Como ya sabéis, la transmisión fue clonada y subida a varias redes sociales y de vídeo.

El impreso era de una página de internet de temas de actualidad. En el rincón inferior izquierdo había una pequeña foto de una mujer que yacía dentro de un ataúd de vidrio. Tenía el cuerpo tapado de avispas cazatarántulas. El pie de foto decía: «¿Embuste o realidad?».

—Es una nota pequeña —continuó García—. Solo habla del proceso de votación que aparecía en la pantalla y resume lo que sucedió a continuación. —Sonrió apenas—. En este caso en particular, Hollywood vino al rescate.

—¿De qué manera?, —preguntó la capitana.

—Hasta el momento la mayor parte de la gente considera que la transmisión fue parte de un truco publicitario para una nueva película de terror de estilo telerrealidad. Ya se ha hecho antes. La treta es comenzar un revuelo intentando hacerle creer al público que es un documental real y no una producción de Hollywood.

La capitana le devolvió el impreso a García:

—Eso nos viene bien. Que crean la mentira de Hollywood. —Se dio la vuelta y miró de nuevo el tablero de las fotos—. Pero tienen un punto. Esto *parece* el guion gráfico de una película de terror. Picada por avispas gigantes hasta la muerte, casi disuelto en solución de soda cáustica. ¿Qué demonios?

—Las muertes más temidas —dijo Hunter.

—¿Qué?

—Las alternativas que nos dio el asesino —continuó Hunter—. Con la primera víctima: morir quemado o morir ahogado. Con la segunda: enterrado vivo o comido vivo. ¿Por qué particularmente estos métodos? —Se acercó hacia su ordenador, accionó el buscador y buscó una página de internet—. Bueno, esos métodos en particular se encuentran entre las diez peores maneras de morir según lo votado por el público.

García y la capitana Blake se reacomodaron detrás del escritorio de Hunter. La lista que aparecía en la pantalla comenzaba en el número diez y hacía una cuenta regresiva hasta el uno. Los métodos mencionados y utilizados por el asesino estaban todos allí. Morir ahogado estaba en el puesto número seis. Morir quemado estaba en el puesto número dos. Comido vivo (por insectos o animales) se encontraba en el puesto número cinco, y enterrado vivo estaba en la posición número tres. En el primer puesto y como la muerte más temida y dolorosa se encontraba ser arrojado en un baño alcalino.

La capitana Blake sintió cómo la temperatura corporal le bajaba unos grados.

—Encontré varias listas —explicó Hunter—. La mayoría son una variación de esa. Distintas posiciones en la lista pero mayormente los mismos métodos.

—¿Tú crees que es eso lo que está haciendo?, —preguntó la capitana—. ¿Completando una lista de muertes que encontró en internet?

—No estoy seguro de qué es lo que está haciendo, capitana. Pero podría haber llegado fácilmente a esa lista por su cuenta.

La capitana Blake miró enojada a Hunter.

—Si no te hubiese mostrado esta lista y te hubiese pedido que escribieras las diez peores maneras de morir que se te ocurrieran, estoy seguro de que ahí habrían aparecido al menos seis o siete de esas.

La capitana Blake lo pensó un instante.

—Enterrado vivo, quemado vivo, comido vivo, ahogado… todas esas muertes son temidas universalmente —agregó Hunter.

—Vale, por lo que quizá creó su propia lista de muertes jodidas —convino la capitana—. Mi pregunta sigue en pie. ¿Crees que es eso lo que está haciendo? ¿Recorrer punto por punto una lista

demente solo para divertirse?

—Es posible —admitió Hunter luego de una pausa incómoda.

—Hijo de perra. ¿Y qué hay con esto? —La capitana Blake señaló uno de los impresos que estaban en el tablero, relacionado con la palabra centrada en la parte baja de la pantalla durante la transmisión—. CULPABLE. Obviamente nos estaba diciendo que en su mente enferma consideraba a esa mujer culpable de algo.

—Puede ser —dijo García—. Pero el problema es que si este tipo es realmente un psicópata, entonces ella podría haber sido culpable de prácticamente cualquier cosa, capitana. Ni siquiera tenía por qué conocerle. Podría haberle pisado el pie en un vagón de metro atestado, o haberle rechazado en un bar, o quizá simplemente a él no le gustaba el peinado de ella, o cómo le miraba. Para un psicópata, cualquier razón es una razón.

García estaba en lo cierto. Los psicópatas tenían una visión muy distorsionada de la realidad. Sus emociones por lo general estaban tan desconectadas que la cosa más sencilla los podría afectar de las maneras más impredecibles, y casi cualquier cosa podía desencadenarles una reacción extremadamente violenta. Por lo general se consideraban superiores a cualquiera que estuviese a su alrededor. Más inteligentes. Más atractivos. Más talentosos. Más todo. No se las apañaban bien con los rechazos, por más pequeños que fueran, por considerarlos como una agresión contra su superioridad. Se ofendían muy fácilmente, y a menudo se indignaban por la vulgaridad de la vida de los demás. En general, los psicópatas eran impulsivos, tenían poco autocontrol, y sus delitos tendían a ser asuntos llevados a cabo sin pensar, pero algunos eran capaces de planes más elaborados. Algunos incluso eran capaces de mantener controlado el monstruo que llevaban dentro hasta que llegaba el momento de liberarlo.

—O podría estar sencillamente jugando con la candidez de la gente —dijo finalmente Hunter.

La capitana Blake le miró como diciendo «y eso qué demonios se supone que significa».

—Manipulación de la opinión o, en términos más simples, rumores —dijo Hunter, clavando su dedo índice sobre la palabra CULPABLE que se leía en uno de los impresos del tablero—. Es lo único que necesitan algunas personas para tomar una decisión

acerca de algún tema, o de alguna otra persona. Es una treta psicológica. Una manera de inclinar la opinión de alguien para un lado o para el otro. Es el arma más poderosa de la prensa y de los medios de comunicación. La utilizan a diario.

—¿Manipulación de la opinión?, —preguntó la capitana.

—Así es. Nos sucede a todos, lo entendamos o no. Es por eso que es una treta tan poderosa. Si uno ve la foto de alguien en un periódico, o en televisión, con la palabra culpable en letras grandes debajo de la imagen, inconscientemente el cerebro de uno comienza a inclinarse hacia una opinión preconcebida y forzada acerca de la persona. «Si está escrito, entonces debe ser cierto». Uno no necesita leer el artículo. Uno no necesita saber cómo se llama la persona. Uno no necesita ni siquiera saber qué es lo que se supone que él o ella haya hecho. Es el poder de los rumores. Y ese poder es fuerte.

—Y la sociedad de hoy en día se alimenta votando por los resultados de la vida de otros —dijo García.

La capitana Blake se dio la vuelta para mirarle.

Él crujió sus dedos y explicó:

—Solo encienda la televisión, capitana, y la van a inundar programas de telerrealidad de gente en casas, en la selva, en una isla, en un barco, en el escenario, lo que quiera. Se le pide al público que vote acerca de todo, desde qué y si comerán o no, hasta dónde dormirán, con quién se pondrán en pareja, tareas sencillas, si deberían quedarse o irse, la lista es infinita. Este asesino solo le subió la intensidad al asunto.

—Pero lo hizo de una manera muy inteligente —prosiguió Hunter—. Nunca le pidió al público que votara si ella moría o no. Eso ya estaba decidido. Psicológicamente eso ya alcanza para despejar la conciencia de la mayor parte de las personas.

La capitana Blake lo pensó un instante.

—Como queriendo decir… ¿por qué la gente se tendría que sentir culpable?, —dijo, mirando un impreso de la mujer dentro del ataúd de vidrio—. No es culpa de ellos que ella esté dentro del ataúd. No fueron ellos los que la pusieron allí. Ella moriría de todos modos. Sencillamente le siguieron el juego y escogieron el cómo.

Hunter convino:

—El problema es que la razón por la cual los programas de telerrealidad son tan exitosos, y por la cual hay tantos, es que están

diseñados para darle a la gente la falsa impresión de poder. El poder de controlar lo que sucede en una situación dada. El poder de decidir el destino de otras personas, por así decir. Y ese poder es una de las sensaciones más adictivas que existen. Por eso siguen regresando en busca de más.

Treinta y cinco

Quedarse sentados, a la espera de que el programa de reconocimiento facial de Personas Perdidas diera con un resultado, no era algo para lo que estuvieran preparados ni Hunter ni García.

Más temprano esa misma mañana Hunter se había comunicado con el psicólogo público que había sido asignado para ayudar a Anita Lee Parker, la viuda de la primera víctima, a sobrellevar su duelo. Según el doctor Greene, Anita estaba lidiando con la situación de la peor de las maneras posibles. Seguía negando todo. Su cabeza se negaba a entender lo que le había sucedido a su marido. Había pasado los dos últimos días sentada en la sala de estar, esperando que Kevin regresara. Se estaba empezando a instalar una depresión profunda. Lo más triste era que como consecuencia, Lilia, su hija bebé, estaba empezando a ser desatendida. El doctor Greene le había dado a Anita una receta de antidepresivos, pero si no comenzaba a mejorar pronto tendrían que intervenir organizaciones de salud mental y de asistencia a menores.

El propósito principal de Hunter era mostrarle a Anita una foto de la segunda víctima. Verificar si reconocía de algo a la mujer. Quizá Kevin la conocía. Quizás era una amiga de la familia. Si podían establecer que las dos víctimas se conocían entre sí, al nivel que fuera, al menos llevaría la investigación a un terreno más firme. La aleatoriedad con la que creían que el asesino escogía sus víctimas ya no se vería tan aleatoria. Pero en ese momento Anita Lee Parker no sería capaz de contestar a ninguna de sus preguntas. Su inconsciente estaba bloqueando todo lo que la forzara a aceptar la tragedia de la muerte de su marido. Probablemente ni siquiera reconocería ni a Hunter ni a García. No sería sorprendente si todo el recuerdo de cuando se conocieron, hacía tan solo dos días, se hubiese borrado por completo.

Con Anita aún en *shock*, su mejor opción era el mejor amigo y colega laboral de Kevin, Emilio.

El sábado era el día en el que la tienda
Next-Gen
estaba más concurrida, y a las 12:28 del mediodía estaba llena de gente mirando productos y probando los últimos lanzamientos. Emilio estaba ayudando a un cliente a decidirse entre dos títulos en el momento en que Hunter y García entraron a la tienda. Cuando Emilio los vio, su comportamiento cambió por completo.

—¿Podemos tener una charla rápida, Emilio?, —dijo García, acercándosele apenas terminó con el cliente.

Emilio asintió de manera nerviosa. Los condujo por una puerta detrás del mostrador del cajero y los llevó a la sala de descanso del personal en la parte trasera de la tienda.

A Emilio se le veía cansado y nervioso. No había modo de esconder las ojeras oscuras bajo sus ojos.

Nadie tomó asiento. Emilio se quedó de pie junto a una vieja mesa de formica en el centro de la sala, y Hunter y García junto a la puerta.

—¿Todo bien?, —preguntó García, haciendo referencia a la visible turbación de Emilio, algo que no había sucedido la primera vez que se habían encontrado.

Dos asentimientos rápidos:

—Sí, claro. —No miraba a los ojos a ninguno de los dos detectives.

—¿Recordaste algo de Kevin que deberíamos saber?

—No. Nada. Os dije todo.

—Bueno, algo sucedió —dijo García—. Porque sinceramente, tu cara de *poker* no es para nada buena.

Emilio finalmente miró a García a los ojos.

—Sea lo que sea, lo sabremos de una u otra manera, por lo que será lo mismo que nos lo digas y nos ahorremos todos algo de tiempo.

Emilio respiró hondo y bajó la vista al suelo.

Hunter y García esperaron.

—Me ofrecieron aquí en la tienda el puesto de encargado. El puesto que ocupaba Kevin.

—¿Y…? —García seguía esperando algo más.

—Eso —dijo Emilio, pasándose nerviosamente la mano por el bigote.

—¿Y qué problema hay?

Una risita incómoda:

—Ya sé cómo son las cosas. Si acepto el trabajo vosotros comenzaréis a pensar que yo tuve algo que ver con lo que le sucedió a Kevin. Es un móvil, ¿no es así? Yo quedándome con su puesto. Pero creedme, yo no tenía idea de que me pedirían que fuera el encargado. Ni siquiera soy el empleado más antiguo. Le deberían decir a Tom. Él sería un buen encargado. —La voz casi se le quebró —. Kevin era mi mejor amigo. Era como mi hermano…

García le sonrió a Emilio de manera empática y alzó la mano, para que no dijera nada más:

—Emilio, permíteme que te detenga allí. Has estado mirando demasiado *CSI*, o *Acción criminal*, o lo que sea que mires.

Emilio miró a ambos detectives.

Hunter asintió:

—Tiene razón. Lamentablemente para nosotros, las cosas no son así de sencillas. Que tú te quedes con el puesto de encargado no hará que tu nombre se coloque en lo más alto de la lista de sospechosos, Emilio.

—¿De veras? —Fue como si de repente a Emilio le hubiesen quitado un gran peso de los hombros.

—De veras —le tranquilizó García—. El motivo por el cual estamos aquí es que nos gustaría que le echaras un vistazo a algo.

Le mostraron un impreso de la mujer dentro del ataúd de vidrio. La captura había sido tomada al inicio de la transmisión; la palabra CULPABLE no había aparecido aún en la parte baja de la imagen, ni tampoco los botones de votación. Pero las letras SSV y la secuencia de números 678 estaban claramente visibles en los rincones superiores izquierdo y derecho de la imagen.

Emilio la miró durante un largo rato rascándose la barbilla:

—No estoy seguro… —dijo finalmente—. Pero algo en la cara de ella me resulta familiar.

Ambos detectives mantuvieron su entusiasmo a raya.

—¿Crees que la has visto antes? ¿Con Kevin, quizá?

Miró el impreso durante unos cuantos segundos más antes de negar con la cabeza:

—No, no creo que haya sido con Kevin. Kevin no tenía realmente muchos amigos.

Estaba siempre en su casa con Anita, aquí en el trabajo o jugando juegos en línea cuando cerrábamos la tienda. No salía a bares o a clubes nocturnos ni nada de eso. No conocía a mucha gente.

—Quizás era una cliente —presionó García—. Quizá la viste en la tienda.

Emilio lo pensó durante un rato:

—Es posible. ¿Les puedo mostrar la foto a los demás muchachos de aquí de la tienda? Si es una cliente, quizás alguno de ellos la recuerde mejor.

—Por favor —dijo García—. Pero déjame preguntarte una cosa más. Estas letras y estos números que están aquí arriba. —Los señaló en el impreso—. ¿Significan algo para ti? ¿SSV y 678?

Emilio lo pensó un momento:

—El único SSV que se me ocurre es el SSV *Normandy*.

—¿El qué?

—El SSV *Normandy*. Es una nave espacial que aparece en un juego que se llama *Mass Effect 2*.

—¿Una nave espacial?

—Así es. El juego ya tiene algunos años. Lo lanzaron en… 2010, creo. Yo lo terminé. Es bastante bueno.

—¿Kevin lo jugaba? En línea, con otros, quiero decir.

Emilio negó con la cabeza:

—El *Mass Effect 2* no tiene opción multijugadores. Es un juego para una sola persona. Juegas contra el ordenador.

García asintió:

—¿Qué hay con los números? ¿Un puntaje de juego, quizás?

—No para el *Mass Effect 2* —dijo Emilio—. El juego no tiene puntaje. Simplemente acabas con un nivel y pasas al siguiente hasta que los completas todos.

García miró a Hunter y los dos negaron con la cabeza al mismo tiempo. Ninguno de ellos creía que SSV o 678 tuvieran algo que ver con un videojuego.

Regresaron al salón principal de la tienda, y Emilio les mostró el impreso a los otros tres empleados que estaban trabajando. Hunter y García los vio mirar la imagen de la mujer uno a uno, fruncir el

ceño, hacer mohín, rascarse la nariz y luego lentamente negar con la cabeza. Si había sido una cliente en esa tienda, nadie parecía acordarse de ella.

—Igual sigo creyendo que algo en su rostro me resulta familiar —dijo Emilio, todavía mirando el impreso.

Hunter y García le dieron unos minutos más.

Nada.

Ambos detectives sabían que forzar las cosas no tenía sentido.

—Está bien, Emilio —dijo García, alcanzándole una de sus tarjetas—. ¿Por qué no te quedas con esa foto? Hazla a un lado y luego mírala de nuevo algunas veces a lo largo del día. La memoria trabaja mejor así. Si te acuerdas de algo, por más pequeño que sea, me llamas, a cualquier hora. Todos mis números están en la tarjeta.

Treinta y seis

A pesar de que habían pasado tan solo siete días desde que había comenzado la investigación, Hunter y García venían trabajando quince días seguidos sin tomarse ningún descanso. La capitana Blake les ordenó que se tomaran el domingo libre.

Eso hicieron.

García acabó de beber lo que le quedaba de café, y por encima de su pequeña mesa de desayuno le sonrió débilmente a su esposa, Anna. Estaban juntos desde el último año del instituto, y García estaba seguro de que ella era alguna especie de ángel, porque sabía que ningún ser humano podía comprenderle y tolerarle como ella lo hacía.

Anna había estado a su lado desde el inicio. Desde mucho antes de que él decidiera ser policía. Ella había visto lo duro que él había trabajado para lograrlo y lo dedicado que era. Pero lo más importante de todo, ella comprendía el compromiso y los sacrificios que formaban parte del trabajo, y los había aceptado, sin quejas y sin recriminaciones airadas. También comprendía que García nunca compartiría nada acerca de su trabajo o acerca de las investigaciones en curso. Ella tampoco preguntaría al respecto. Sabía que él sencillamente no quería llevar al hogar ninguna de las locuras de su vida profesional, y le admiraba por eso. Pero a pesar de toda su fuerza, Anna temía que las cosas que García veía en base diaria le estuviesen cambiando por dentro. Podía sentir que así era.

—¿Qué te gustaría hacer en tu día libre?, —le preguntó, devolviéndole la sonrisa. Anna tenía una belleza inusual pero cautivadora. Un rostro delicado en forma de corazón perfectamente complementado por ojos de un llamativo color avellana, cabello negro corto y una sonrisa que podía derretir a un hombre. Su piel era suave como la crema, y tenía la silueta firme de una bailarina profesional.

—Lo que tú quieras —contestó García—. ¿Tienes algo planeado?

—Estaba pensando en ir a correr luego del desayuno.

—¿Al parque?

—Ajá.

—Suena genial. ¿Puedo ir contigo?

Anna le hizo una mueca a García. Él sabía exactamente lo que eso significaba.

En el instituto, García había sido un gran atleta, especialmente en pruebas de larga distancia. Desde que había terminado el instituto y se había convertido en policía, su estado físico había de hecho mejorado. Había participado en las maratones de Boston y Nueva York tres veces en cada una, siempre completándolas en menos de dos horas y cuarenta minutos.

—Correré a tu ritmo, lo prometo —dijo—. Si me adelanto aunque solo sea una vez, tienes mi permiso para hacerme una zancadilla desde atrás y patearme en el suelo.

El Montobello City Park estaba a tan solo unas manzanas de su apartamento. Corría una suave brisa del oeste, y no había una sola nube que estropeara el azul del cielo. El parque estaba lleno de gente corriendo, montando en bicicleta o en patines, paseando a sus perros o simplemente echados al sol.

A pesar de que nunca había sido una atleta, Anna se las apañaba muy bien. Su ritmo de carrera era fuerte y estable. García mantenía su palabra, siempre al costado y apenas un paso por detrás de su esposa. Habían completado dos de las tres vueltas que pretendían dar al parque cuando García oyó el ruido como de un repiqueteo a sus espaldas. Rápidamente se dio la vuelta y vio a un hombre, que parecía tener alrededor de cincuenta y cinco años, tumbado en el suelo. Su bicicleta estaba tirada desprolijamente en medio de la senda para correr, más o menos un metro delante de él. No se movía.

—Anna, espera —dijo García en voz alta.

Anna se detuvo y se dio la vuelta. Sus ojos se dirigieron directo al hombre que yacía en el suelo:

—Oh Dios mío. ¿Qué sucedió?

—No estoy seguro. —García ya se estaba moviendo deprisa hacia donde estaba el hombre.

Otro ciclista, más joven, se había detenido a unos dos metros de

donde había caído el hombre.

—¿Qué sucedió?, —preguntó García, arrodillándose junto al hombre.

—No sé —contestó el ciclista—. Estaba andando delante de mí, cuando de golpe comenzó a vacilar para un lado y para el otro y entonces, bum, se cayó de la bicicleta y dio con el rostro contra el suelo.

Se estaba comenzando a reunir más gente alrededor.

—¿Le conoces?, —preguntó García.

El ciclista negó con la cabeza:

—No tengo idea de quién es, pero debe ser alguien de la zona. Ya le he visto algunas veces montando en bicicleta por el parque.

García rápidamente le dio la vuelta al hombre para que quedara boca arriba. El pecho no se le movía. Había dejado de respirar, una señal de que había entrado en un paro cardíaco.

—Está teniendo un ataque al corazón —dijo, mirando a Anna.

—Oh Dios mío. —Anna se llevó una mano temblorosa a la boca —. ¿Cómo puedo ayudar?

—Llama una ambulancia, ahora.

—Dejé el teléfono en casa.

Rápidamente García cogió su móvil del bolsillo y se lo alcanzó a Anna.

Alrededor de la escena se había formado una multitud de gente curiosa. Estaban todos simplemente allí de pie, mirando, con los ojos bien abiertos. Nadie más ofrecía ayuda.

En los últimos siete días García había visto morir a dos personas sin tener la posibilidad de alzar ni siquiera un dedo para ayudarlas. Ese día no había modo de que se quedara quieto como toda esa gente. No había modo de que no hiciera todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a ese hombre.

García inmediatamente comenzó a bombear el pecho del hombre con ambas manos, intentando que bombeara sangre de manera artificial del corazón al cuerpo.

—¿Qué sucedió?, —dijo acercándose al grupo de gente un hombre vestido con ropa de deporte y con sudor cayéndole por el rostro.

—Ataque al corazón, creo —contestó una mujer.

—Dejadme pasar —gritó el hombre—. Soy médico.

Se despejó el paso enseguida.

El hombre se arrodilló junto a García:

—¿Hace cuánto tiempo que tuvo el paro cardíaco?

—Menos de un minuto. —García alzó la vista, en busca del ciclista más joven, para que confirmara la información. No estaba.

—La ambulancia debería estar aquí en cinco minutos o menos —anunció Anna, con la voz algo trémula.

—Vale, voy a precisar su ayuda —dijo el médico, dirigiéndose a García—. Tenemos que continuar con la reanimación cardiopulmonar hasta que llegue la ambulancia.

García asintió.

—Usted prosiga con la presión en el pecho mientras yo le hago respiración boca a boca. Trate de lograr alrededor de cien compresiones por minuto. Yo llevaré la cuenta. Presione diez veces ahora antes de que yo comience.

García comenzó a presionar de manera firme y rítmica, y con cada compresión su memoria escupía una nueva imagen al azar de las víctimas de internet en el momento en el que morían frente a sus ojos.

—… Y diez —dijo el médico, sacando a García de su trance de terror. Con dos dedos cerró las fosas nasales del hombre para evitar que se escapara el aire, respiró hondo y colocó su boca en la boca del hombre, antes de empezar a exhalar aire dentro por alrededor de dos segundos. Tenía los ojos fijos en el pecho del hombre, que se alzó levemente, señalando que estaba llegando aire suficiente. Repitió el procedimiento dos veces.

El hombre seguía sin respirar por su cuenta.

—Esta vez necesito treinta compresiones —dijo el doctor.

Se oyeron sirenas a la distancia.

—Están a dos minutos y medio de distancia —dijo García, bombeando otra vez el pecho del hombre.

El doctor le miró con curiosidad.

—Soy policía, lo sé.

Cuando García llegó a treinta compresiones, el doctor aplicó dos respiraciones artificiales más.

Seguía sin haber respiración autosuficiente por parte del hombre.

Repitieron el procedimiento dos veces más antes de oír una

fuerte conmoción en el momento en que la ambulancia subió al césped y rodeó unos árboles para llegar donde estaban ellos.

—Nos encargaremos desde aquí —dijo un paramédico, arrodillándose junto a la cabeza del hombre.

García soltó el pecho del hombre. Le temblaban las manos, y a pesar de que era una persona naturalmente tranquila estaba visiblemente afectado.

—Lo hizo muy bien —dijo el médico—. Hicimos todo lo que pudimos, y todo lo posible dadas las circunstancias. Nadie podría haber hecho nada mejor.

García mantenía la mirada en el hombre mientras los paramédicos se hacían cargo de la situación, colocándole una máscara resucitadora en el rostro.

—Necesitamos aplicarle una descarga eléctrica —dijo uno de los paramédicos—. Le estamos perdiendo.

Los ojos de Anna se llenaron de lágrimas:

—Oh Dios.

García la abrazó, mientras los paramédicos sacaban un desfibrilador portátil.

—Listo —dijo en voz alta un paramédico, antes de aplicar una descarga eléctrica controlada de doscientos julios en el pecho del hombre.

Nada.

El paramédico aumentó la energía a trescientos julios y aplicó una nueva descarga.

Tampoco pasó nada.

Trescientos sesenta julios.

El hombre seguía sin moverse.

Los dos paramédicos se miraron entre sí. No podían hacer nada más. Los esfuerzos de todos habían sido inútiles.

Anna hundió el rostro en el pecho de García y comenzó a llorar, mientras García combatía la culpa enorme que le invadió.

Treinta y siete

—¿Todo bien?, —le preguntó Hunter a García apenas llegó a la oficina a la mañana siguiente, comprendiendo inmediatamente que había algo que tenía molesto a su compañero.

García le contó lo que había sucedido en el parque el día anterior.

—Lamento que Anna haya tenido que ver eso —dijo Hunter.

—Es como si últimamente la muerte me hubiera estado persiguiendo —contestó García—. Y no hay nada que pueda hacer para ayudar a estas personas.

—Por lo que me contaste, ayer hiciste todo lo que pudiste, Carlos. Y tú sabes que estamos haciendo todo lo que podemos en esta investigación. —Hunter se apoyó en el borde de su escritorio—. Eso es exactamente lo que quiere el asesino. Si permitimos que la frustración nos venza, ese es el momento en el que comenzamos a cometer errores y a no ver cosas.

García respiró hondo y asintió:

—Sí, ya sé. Solo sigo un poco conmovido por lo que sucedió ayer. Pensé que podía salvarle, en serio. Y me hubiese gustado que Anna no hubiese tenido que verle morir. —Se puso de pie y miró a su alrededor como buscando algo—. Voy a ir a las máquinas de abajo —dijo, verificando qué cantidad de dinero en monedas tenía en el bolsillo—. Necesito alguna bebida energizante. ¿Quieres una?

Hunter negó con la cabeza:

—Estoy bien.

García asintió, devolvió las monedas al bolsillo y salió de la oficina.

Veinte minutos más tarde Hunter y García recibieron dos informes. El primero era un listado de todas las llamadas que había hecho y

recibido el teléfono móvil de Kevin Lee Parker en las dos semanas anteriores. No había allí nada fuera de lo normal. Todas las llamadas hechas o recibidas habían sido de o a su esposa, o de o a Emilio. Como Emilio había dicho, no parecía que Kevin tuviera una vida social muy activa.

El segundo informe era de posibles significados de SSV, las tres letras que habían aparecido en el rincón izquierdo superior de la pantalla durante la segunda transmisión. Estaba dividido en cinco categorías: Informática (veintiséis entradas), Militar y Gobierno (veintidós entradas), Ciencia y Medicina (treinta y dos entradas), Organizaciones, Escuelas y Otros (veinticuatro entradas), Negocios y Finanzas (dieciocho entradas).

Pasaron un largo rato repasando todo.

—¿Hay alguna cosa de todo esto que signifique algo para ti?, —preguntó finalmente García.

Hunter negó lentamente con la cabeza mientras leía toda la lista de abreviaciones por enésima vez. No había ni una que pareciera tener algún tipo de relevancia en el caso.

—*¿Symphony Silicon Valley, Society for the Suppresion of Vice*? —García frunció el ceño mientras leía las dos primeras entradas de la categoría Organizaciones, Escuelas y Otros. Dio vuelta a la página y miró las entradas de Militar y Gobierno—. *¿Soldier Survivability, Space Shuttle Vehicle*? Esto es una locura.

Una aclaración al final del informe decía que no se habían encontrado significados para SSV678 o 678SSV. Lo habían probado todo, incluso ingresar los números como coordenadas espaciales en un mapa. 6,78 había dado como resultado un lugar al sudoeste de Sri Lanka, en el mar de Laquedivas. 67,8 también había caído en el agua, varias millas al oeste de Noruega en el mar de Noruega.

Hunter dejó el informe y se restregó los ojos. Hasta el momento, nada tenía sentido. Tal como había dicho Michelle Kelly, todo terminaba en un callejón sin salida. Personas Perdidas tampoco había dado aún con una identificación de la mujer.

Hunter recorrió con la mirada el tablero de las fotos y se detuvo en el impreso de una captura realizada en los primeros momentos de la transmisión. El destino de la mujer aún no había sido decidido. Estaba allí tendida en el ataúd de vidrio, petrificada, confundida y rezando por un milagro. En su rostro aún había

esperanza. En el impreso, ENTERRADA estaba en 325 y COMIDA en 388.

García había finalmente abandonado el informe de acrónimos y lo había dejado en su escritorio cuando sonó su teléfono.

—Detective García, Especial de Homicidios —contestó.

—Detective, habla Emilio Mendoza. —Una breve pausa—. La mujer de la foto queme dio… Sé dónde la vi antes. La estoy mirando ahora mismo.

Treinta y ocho

Michelle Kelly y Harry Mills habían repasado cien veces cada uno de los pasos del plan de su operación encubierta para atrapar a «Bobby», el pedófilo de internet. Así y todo, sabían que había un millón de chances de que algo saliera mal. Solo rezaban para que no fuera así.

Michelle además tenía muchas ganas de terminar esa investigación del FBI. Los dos asesinatos de internet estaban comenzando a obsesionarla a cada momento. La arrogancia del asesino le resultaba muy fastidiosa. Quería concentrar todos sus esfuerzos en el caso del Departamento de Policía de Los Ángeles.

«Lucy», la joven alumna que Michelle había pretendido ser en internet, estaba sentada en un banco en Venice Beach mirando hacia el *skate park* cuando «Bobby» se le aproximó por detrás.

—¿Lucy?, —preguntó de manera tentativa, pero ya conocía la respuesta. La había estado observando a la distancia durante los últimos veinte minutos.

Lucy se dio la vuelta y miró a Bobby por un momento. La confusión le tiñó el rostro.

—Soy yo, Bobby.

En realidad, Lucy era Sophie Brook, una actriz profesional de veintiún años de edad que vivía en el este de Los Ángeles, con quien el FBI ya había trabajado en tres ocasiones previas. Era una actriz excelente, pero su verdadero don, en lo que concernía al FBI, era que tenía el aspecto, el cuerpo, la voz y la piel de una adolescente. Vestida con la ropa correcta, pasaba sin ningún problema por una colegiala de trece años. Y esa había sido exactamente la foto que Michelle Kelly le había enviado a Bobby por internet. Una Sophie dulce y de aspecto inocente disfrazada de Lucy, la colegiala de la

sala de chat, y Bobby se lo creyó.

Esa mañana, de todos modos, no se tenían que preocupar por hacer que Sophie pareciera de trece años, porque cualquier chica de trece años de edad intentando impresionar a un «chico» más grande intentaría lucir más madura. La habían vestido con una falda de mezclilla, zapatillas planas del estilo de las de bailarina, un top blanco a la moda y una chaqueta de mezclilla recortada. Llevaba el cabello rubio suelto, cayéndole por debajo de los hombros, y se había puesto un poco de maquillaje, en sintonía con una chica más joven intentando parecer mayor.

Sophie había sido entrenada para el trabajo durante semanas, incluyendo un curso intensivo de defensa personal con un instructor del FBI. En el bolsillo derecho de la chaqueta además llevaba un aerosol de gas pimienta, por si acaso.

El FBI había localizado a Bobby en el instante mismo en el que se había echado a andar por la calle East Market en dirección al *skate park*. Llevaba puesta una chaqueta azul con capucha, con la capucha levantada, pantalones vaqueros azules, tenis Nike blancas y una mochila roja. Curioso: ella vestida como una persona más grande, él como alguien más joven.

Cada movimiento que hacía Bobby estaba siendo filmado por una cámara montada en un punto estratégico en lo alto de una de las rampas de *skate*. Cada palabra que decía estaba siendo grabada por el micrófono que Lucy llevaba bajo el top. En la playa un agente de encubierto y su perro simulaban jugar con una pelota, mientras vigilaban a Bobby a una distancia segura.

La sorpresa en el rostro de Lucy era pura simulación. Michelle le había hecho repasar el guion docenas de veces.

«Recuerda, tú crees que él tiene veintiún años. Cuando le veas por primera vez, muéstrate sorprendida. Oféndete por el hecho de que te haya mentido. Enójate por el hecho de que haya abusado de tu confianza».

—Wow —dijo Bobby con una gran sonrisa, quitándose la capucha—. En persona eres aún más linda. Mírate, te ves increíble.

—Qué escoria —dijo Harry desde su puesto de observación en lo alto de la calle East Market.

Los ojos de Lucy se humedecieron:

—¿Es una broma?

—No, soy yo, Bobby.

Bobby tenía alrededor de treinta y cinco años, cabello rubio corto, mandíbula cuadrada, labios masculinos, una nariz marcada y unos seductores ojos azul claro. No era un hombre exactamente poco apuesto. Probablemente no tenía problemas para captar la atención femenina. El problema era que prefería a las chicas jovencitas.

Bobby se sentó.

Lucy se alejó unos cuantos centímetros.

—El pájaro está en el nido —dijo Harry hablando por el micrófono—. Podemos ir a por él.

—Aún no —contestó Michelle. Estaba a unos pocos metros de Lucy y Bobby, haciendo de cuenta que escuchaba música en su iPod mientras miraba a los chicos de los *skates* haciendo sus cosas—. Déjalos hablar un minuto.

—No tienes veintiún años —dijo Lucy con voz trémula.

—Oh, por favor, no estés molesta —dijo Bobby, poniéndole su mejor cara de perrito triste—. Déjame explicarte, Lucy. Igual soy yo, el Bobby que tú conoces. El Bobby con el que has estado chateando durante cuatro meses. El Bobby del que dijiste que te estabas enamorando. Es solo que… no sabía cómo decírtelo en la sala de chat.

Una lágrima rodó por la mejilla de Lucy.

—Coño, es buena —susurró Harry para sí mismo.

—Olvídate del tema de la edad —dijo Bobby con voz tierna—. No debería ser importante. ¿Te acuerdas de cómo conectamos? ¿Cómo chateamos? ¿Cómo nos conocimos y nos entendimos tan bien? Nada ha cambiado. Por dentro soy la misma persona. Vamos, Lucy, ¿no crees que cuando dos personas conectan de manera tan fuerte como conectamos nosotros, cuando encuentran su alma gemela, no importa nada más? Sé que eres lo suficientemente madura como para saber eso.

No hubo respuesta.

—Yo creo que eres una persona increíble y hermosa —continuó Bobby—. Estoy enamorado de ti, Lucy. No comprendo por qué la edad tiene que cambiar eso.

—¿Estás escuchando todas estas chorradas?, —dijo Harry hablando por el micrófono.

—Sí, palabra por palabra —contestó Michelle—. Es un enfermo desagradable.

Lucy no decía nada. Sencillamente se quedaba allí sentada, con aspecto de estar dolida.

—¿Podríamos ir a dar un paseo y hablar un poco más?, —dijo Bobby—. He estado esperando tanto el momento de verte.

—Vale, ya está —dijo Michelle, mirando su reloj—. Voy a terminar con esta mierda ahora mismo.

De las seis chicas con las que el FBI sabía que Bobby había tenido sexo, solo una había aceptado cooperar. Tenía doce años. Pero una era todo lo que necesitaban. Lo único que tenía que hacer era identificarlo en una línea de personas, y con eso le atrapaban. Michelle además sabía que una vez que tuvieran a Bobby bajo custodia, y que una de las víctimas hubiera cooperado, las demás también se acercarían y señalarían con el dedo.

Michelle se sacó los auriculares de las orejas, se acercó hasta donde Lucy y Bobby estaban sentados y simplemente se quedó de pie frente a Bobby por un momento, evaluándole.

Bobby la miró y frunció el ceño:

—¿Te puedo ayudar en algo?

Michelle sonrió:

—¿Te puedo ayudar yo a ti? No. ¿Te puedes ayudar *a ti mismo*? No. ¿Eres una escoria enferma que se merece pudrirse en la cárcel? Definitivamente sí. —Sacó sus credenciales—. FBI, pedazo de mierda. Tenemos que hablar contigo acerca de tu actividad en línea en las salas de chat.

Por un segundo todos se quedaron quietos, después, de repente, Bobby revivió. Se puso en pie de un salto y con la parte alta de su cabeza golpeó a Michelle en la barbilla. El brutal impacto le sacudió a ella la cabeza hacia atrás como si le hubiesen disparado. Su mandíbula golpeó contra el cráneo con tanta fuerza que se le empañó instantáneamente la visión. Voló sangre por el aire del corte en el labio. Se tambaleó hacia atrás, con el cuerpo medio flojo, las piernas demasiado inseguras como para mantenerla en pie. Dio contra el suelo como una marioneta con los hilos cortados.

Bobby saltó por encima del banco y comenzó a correr en dirección a Ocean Front Walk.

Treinta y nueve

—¿Qué?, —dijo García al teléfono. Las palabras de Emilio le habían cogido completamente por sorpresa—. Espera un segundo, Emilio. Déjame que te ponga en altavoz. —García presionó un botón y devolvió el receptor al teléfono—. Adelante, repite lo que dijiste.

Hunter miró a García.

—La mujer de la foto que me disteis el sábado cuando vinisteis a la tienda. Ahora sé dónde la vi antes. De hecho la estoy mirando ahora mismo.

Fue el turno de Hunter de mostrarse desconcertado:

—¿Qué? Emilio, habla el detective Hunter. ¿A qué te refieres con que *la estás mirando ahora mismo*? ¿Dónde estás?

—Estoy en mi casa. Y me refiero a que ahora mismo estoy mirando otra foto de ella.

—¿Otra foto?, —preguntó García.

—Así es. Una foto en el periódico de ayer.

García frunció el ceño:

—¿La prensa dio con el vídeo?, —le preguntó a Hunter.

—No que yo sepa. La capitana Blake se hubiese puesto hecha una fiera si la prensa estuviese hablando de esto.

—¿La viste en el periódico de ayer? —García devolvió la atención al teléfono—. ¿En cuál?

—En el *LA Times* —contestó Emilio.

Instintivamente la mirada de Hunter y la mirada de García se movieron a toda prisa en dirección a la única ventana que tenían en la oficina. La sede central del *LA Times* estaba literalmente del otro lado de la calle del Edificio de la Administración de la Policía. Era la primera construcción que veían cuando miraban por la ventana.

—Pero no es parte de las noticias —dijo Emilio—. El artículo no es acerca de ella.

Un momento de miradas confusas.

—Ella es la periodista.

—¿Qué?

—Por eso me resultaba tan familiar. A mi novia le encanta leer el suplemento de espectáculos del *LA Times* los domingos, sobre todo la parte de chismes de famosos. Le gustan ese tipo de cosas, ¿sabéis? A veces también yo lo hojeo. Como sea, esa mujer tiene una columna en el suplemento de espectáculos. Siempre hay una pequeña foto de ella en lo alto del artículo que escribió esa semana. Y por eso me resultaba tan familiar. Había visto antes su foto muchas veces.

García estaba anotando algo en una libreta.

—No miré el diario ayer. Estaba trabajando —explicó Emilio—. Hoy tengo el día libre. Estaba echándole un vistazo al periódico de ayer antes de tirarlo, y allí estaba ella.

—¿Cómo se llama?, —preguntó Hunter.

—Christina, Christina Stevenson.

Hunter tipió el nombre en un buscador de internet. En pocos segundos tenía la foto de ella en la pantalla. Emilio estaba en lo cierto. No había duda de que Christina Stevenson era su segunda víctima, a menos que tuviera una gemela idéntica o un clon trabajando para el *LA Times*.

—Buen trabajo, Emilio —dijo García—. Nos mantendremos en contacto. —Cortó la llamada.

Hunter estaba leyendo la información en una de las páginas que tenía en la pantalla.

—¿Qué encontraste?, —preguntó García.

—No mucho. Christina Stevenson, veintinueve años de edad. Trabajaba en el *LA Times* desde hacía seis años. Los últimos dos los pasó en la sección de espectáculos, lo que muchos conocen como *el pozo del chisme*. Esa es toda la información personal que tengo aquí.

—¿Era una periodista de chismes?, —preguntó García.

—Eso parece.

—Maldición, nadie hace más enemigos que ellos, ni siquiera nosotros.

García estaba en lo cierto. En una ciudad como Los Ángeles, en la que para muchos estar bajo el ojo público era tan importante

como respirar, los periodistas de chismes podían crear o terminar la carrera de una persona. Podían destruir la relación de una persona, romper sus hogares familiares, exponer secretos sucios, hacer prácticamente casi lo que quisieran. Y lo peor de todo es que ni siquiera tenía que ser verdad. En Los Ángeles el rumor más pequeño podía cambiar completamente la vida de alguien, para mejor o para peor. Los periodistas de chismes eran conocidos por tener amigos falsos y enemigos verdaderos.

Hunter dudó un segundo, considerando unas cuantas cosas.

García sabía exactamente qué era lo que se estaba debatiendo en la mente de Hunter. Si comenzaban a hacer preguntas en la sede central del *LA Times*, ya no había modo de esconder esta historia. Una historia que, hasta el momento, no había levantado ni ningún periódico ni ningún canal de noticias. Era como llevarle carne cruda a una manada de lobos hambrientos, incluso en el caso de que la carne cruda fuera la de uno de ellos mismos. No habría ninguna información disponible, porque a los periodistas les encanta conseguir información, pero detestan darla.

—¿Entonces qué quieres hacer?, —preguntó García—. ¿Empezar a hacer preguntas en el *Times*?

—Tendremos que hacerlo. Si la víctima trabajaba allí como periodista, no hay manera de escaparle, pero no ahora mismo. — Hunter cogió el teléfono de su escritorio y llamó al equipo de investigaciones. Les pidió que averiguaran todo lo que pudieran acerca de Christina Stevenson, pero más importante aún precisaba su domicilio lo antes posible. Podían comenzar por allí.

Un minuto más tarde sonó su teléfono.

—¿Ya tenemos una dirección?, —dijo Hunter al teléfono.

—Um… ¿Detective Robert Hunter?, —preguntó una voz de varón.

Hunter hizo una pausa:

—Sí. Habla el detective Robert Hunter. ¿Quién habla?

—Habla el detective Martin Sánchez del Departamento de Policía de Santa Monica.

—¿En qué le puedo ayudar, detective Sánchez?

—Bueno, más temprano esta mañana uno de nuestros coches patrulla, respondiendo a una llamada al 911, encontró un cadáver de sexo femenino en un aparcamiento privado cerca de Marine Park

en Santa Monica. —Sánchez hizo una pausa para aclararse la garganta—. Alguien dejó una nota con el cadáver. La nota está dirigida a usted.

Cuarenta

La visión de Michelle tardó varios segundos en dejar de estar como empañada, e incluso entonces parecía tener manchas brillantes de luz explotando por todas partes. Le dolía toda la cabeza como si la estuvieran estrujando gradualmente en una prensa de banco. Podía sentir cómo le latía tan ferozmente por la presión sanguínea el labio inferior que pensó que le iba a estallar como un globo.

—¿Estás bien?, —le preguntó Sophie. Estaba arrodillada junto a Michelle, sosteniéndole la cabeza con las manos. Todo había sucedido tan deprisa que no había tenido tiempo de reaccionar.

Michelle la miró con ojos aletargados. Sin reconocimiento. Su cerebro seguía sin registrar mucho.

—Michelle, ¿estás bien? —La voz de Harry le llegó por los auriculares que le colgaban del cuello. Harry ya estaba corriendo por la calle East Market en dirección al *skate park*. Podía suceder cualquier cosa.

—¿Michelle?, —repitió Sophie.

De repente, como cuando a uno le despiertan arrojándole un cubo de agua fría en el rostro, su cerebro se reactivó. Sus ojos se enfocaron en el rostro de Sophie, y todo regresó a ella en un instante. Se llevó rápidamente la mano al labio e hizo una mueca de dolor cuando lo tocó con la punta de los dedos. Alejó la mano y la miró.

Sangre.

Inmediatamente a la confusión la remplazó el enojo.

—Oh no, no lo hizo —se dijo a sí misma, colocándose otra vez lo auriculares en las orejas.

—El pájaro está tratando de volar —oyó que decía Harry.

—Pues no escapará —respondió Michelle.

—Michelle, ¿te encuentras bien?, —preguntó Harry, sonando un poco aliviado y agitado al mismo tiempo.

—Viviré —respondió ella con voz de enojada.

—Ese fue un cabezazo muy fuerte.

—Deja de preocuparte por mí, demonios —espetó en el micrófono—. Que alguien atrape a Bobby ya mismo.

—Estamos en eso.

En el momento mismo en que Bobby le había dado el cabezazo a Michelle y había comenzado a correr, el agente encubierto que estaba en la playa se había arrodillado junto a su pastor alemán y le había señalado a Bobby, corriendo a la distancia:

—Atrápalo, muchacho. Atrápalo.

El perro había salido disparado como un cohete.

Bobby era veloz, pero no lo suficientemente veloz. El perro le alcanzó en un par de segundos.

La orden de *atrapar* instruía al perro para que solamente utilizara el peso de su cuerpo para voltear a un sujeto al suelo. Un pastor alemán adulto completamente desarrollado con impulso de carrera producía un impacto de fuerza equivalente a ser golpeado por una motocicleta a 40 kilómetros por hora.

Bobby salió catapultado hacia delante y cayó al suelo, golpeando fuerte contra la plataforma de madera.

Quince minutos más tarde Bobby estaba sentado en el asiento trasero de una SUV sin identificar, con los vidrios tintados, aparcada en un callejón a la vuelta de Venice Beach. Tenía las manos esposadas en la espalda. Con un agente del FBI sentado a su izquierda. Michelle Kelly y Harry Mills estaban sentados justo frente a él.

Bobby mantenía la cabeza gacha. La mirada en las rodillas.

—Hijo de perra traicionero —dijo Michelle, tocándose otra vez su labio inflamado.

Bobby no alzó la vista.

—Pero está todo bien —siguió Michelle—. ¿Porque adivina qué? Te hemos atrapado. Y no irás a ninguna parte por un largo rato.

Bobby no dijo nada.

Michelle cogió la mochila de Bobby, la abrió y tiró todo lo que tenía dentro en el suelo entre ellos. No había mucho: varios chocolates distintos, paquetes de goma de mascar, tres botellas de gaseosa, una caja de regalo pequeña y cuadrada con una cinta roja, un mapa de la zona y una llave en un llavero. No había cartera. No

había licencia de conducir. No había ninguna identificación de ningún tipo. Bobby ya había sido registrado. No llevaba nada encima.

—¿Qué es lo que tenemos aquí?, —dijo Michelle, revolviendo entre las cosas.

Bobby le miró las manos:

—¿No precisas una orden para hacer eso? Es propiedad pri… ugh.

El codo del agente le conectó a Bobby un golpe en las costillas.

—Si fuera tú —dijo el agente—, me limitaría a responder las preguntas. Caso contrario esto se puede poner muy feo muy deprisa… Para ti.

Michelle cogió los chocolates, junto a los paquetes de goma de mascar y las botellas de gaseosa, y se los pasó a Harry:

—Enviemos esto al laboratorio ahora mismo —dijo, antes de mirar otra vez a Bobby—. Sería capaz de apostar tu libertad a que algo de todo eso contiene drogas.

No hubo respuesta. La mirada de Bobby regresó a sus rodillas.

Michelle sonrió:

—¿Y esto qué es? —Cogió la caja de regalo. La tarjeta decía *Para Lucy, con amor*. Deshizo la cinta y la abrió.

Harry quedó boquiabierto:

—Estás bromeando.

Michelle miró el regalo que había dentro con los ojos llenos de furia:

—¿Ropa interior roja de encaje?, —dijo finalmente—. Pensabas que Lucy tenía trece años de edad, ¿y le compraste bragas de encaje? —Miró a Harry—. Que alguien me dé un arma y le disparo a este mierda en el rostro, ahora mismo.

Bobby se acomodó nerviosamente en el asiento.

—Sabes, no importa realmente que no quieras hablar ahora, o decirnos tu verdadero nombre, o lo que fuere. Porque tenemos esto. —Michelle alzó la llave y el llavero que estaban dentro de la mochila de Bobby. El llavero solo decía 703—. Sabemos que alquilaste una habitación mierdosa de hotel en algún lugar no muy lejos de aquí. Puede llevarnos algunas horas, pero encontraremos el hotel, y lo que sea que hayas dejado allí. Apuesto a que encontraremos una cartera y una identificación. —Hizo una pausa

—. De hecho, apuesto a que encontraremos un portátil o un *smartphone*. —Michelle se inclinó hacia delante, su rostro a muy pocos centímetros del de Bobby. Podía oler su colonia barata. Su aliento mentolado. Le sonrió—. Ni siquiera te puedes empezar a imaginar las cosas que podemos extraer de un portátil o del disco duro de un *smartphone*. Ves, Bobby, todos esos meses en las salas de chat, y no tenías idea de que estabas chateando *conmigo*. Yo soy tu Lucy. —Michelle permitió que el peso de esas palabras se desplomara por un momento encima de Bobby—. Esto es un jaque mate, colega. Juegues como lo juegues, el juego se terminó.

Cuarenta y uno

La dirección que les facilitaron reveló un edificio de oficinas pequeño, cuadrado, de dos plantas, en la calle Dewey, justo detrás de Marine Park en Santa Monica. A Hunter y a García les llevó cuarenta y siete minutos realizar el trayecto desde el Edificio de la Administración de la Policía. La parte externa del edificio estaba plagada de carteles que decían *Se Vende, Se Alquila*.

Hunter se preguntó quién en su sano juicio querría comprar o alquilar un espacio de oficina en un edificio que parecía haber sido tan terriblemente descuidado en los pocos años anteriores: ladrillos gastados y descoloridos, ventanas mal ajustadas y marcas negras de filtraciones que caían del techo como un glaseado derretido en una torta.

El aparcamiento estaba escondido detrás de la propiedad, apartado de la calle principal. De una telaraña de rajaduras en el suelo crecían hierbas por todas partes. De los ochos espacios para coches, solo uno estaba ocupado —un Ford Fusion rojo—. Contra una pared había varias cajas de madera, a unos pocos metros del coche. La entrada al aparcamiento había sido cerrada por el Departamento de Policía de Santa Monica con cinta amarilla de seguridad. Por fuera del perímetro se había reunido una multitud, y aunque no se podía ver nada desde donde estaban, nadie parecía dispuesto a moverse ni un centímetro. Algunos de hecho estaban bebiendo café de vasos térmicos mientras esperaban.

Hunter y García aparcaron frente al edificio, junto a los tres coches de policía y la furgoneta de la policía científica, antes de abrirse paso por entre medio de la multitud.

Cuando llegaron a la cinta de seguridad y mientras Hunter intercambiaba rápidamente unas palabras con los dos agentes que vigilaban la entrada al playón, un hombre alto, delgado y solo vestido con un buzo negro con capucha y pantalones vaqueros

azules le llamó la atención a García. Estaba de pie detrás de la multitud, con las manos embutidas en los bolsillos. Pero a diferencia del lenguaje corporal tenso e inquieto del resto de las personas, a él se le veía en calma y relajado. Alzó la vista y su mirada se encontró con la de García por un breve instante, antes de marcharse a toda prisa.

—El detective Sánchez está allí —dijo el mayor de los dos agentes, señalando a un hombre bajo y redondo, que estaba conversando con uno de los agentes de la policía científica.

El hombre medía alrededor de un metro sesenta y ocho, y tenía las manos tomadas detrás de la espalda como un director de funeraria supervisando un funeral. Había también algo fúnebre en el aspecto del hombre —un traje negro con dos centímetros de puños blancos de camisa bien nítidos sobresaliendo por el extremo de cada manga, zapatos negros lustrados y corbata negra—. Tenía el cabello marrón oscuro, peinado hacia atrás y enlucido con gel capilar, al estilo Drácula. Su bigote tupido caía a los costados del labio superior como una herradura de caballo.

—¿Detective Hunter?, —dijo Sánchez, al ver a los dos recién llegados.

Hunter le estrechó la mano y presentó a García.

—Él es Thomas Webb —dijo Sánchez, señalando con la cabeza al agente de la policía científica con quien había estado conversando. Webb era unos centímetros más alto que Sánchez, y varios kilos más liviano. El equipo de la policía científica ya estaba empacando, listos para partir.

Sánchez no parecía un hombre dispuesto a perder su tiempo hablando de cosas sin importancia. Terminadas las presentaciones, inmediatamente cogió su libreta del bolsillo interno de la americana:

—Vale, dejadme que os diga lo que tenemos hasta aquí —se dirigió a Hunter y a García—. A las 8:52 a.m, el operador recibió una llamada de un señor Andrews. —Señaló el Ford Fusion rojo—. El dueño de ese coche. Es contador, y tiene una oficina en el segundo piso de este edificio. El lugar está casi completamente vacío, como podréis deducir de la cantidad de carteles de inmobiliarias que hay en el frente. Una compañía de seguros solía ocupar todo el primer piso, pero quebró hace seis meses. El único

otro negocio que funciona en el edificio es la empresa de un gerente de presupuestos autónomo, también en el segundo piso. Aún no nos hemos puesto en contacto con él.

Sánchez hizo una pausa, quizás a la espera de alguna suerte de comentario por parte de Hunter o García. No recibió ninguno:

—Como sea, se envió a esta dirección un coche de policía. Cuando llegaron aquí, hallaron el cadáver de una mujer blanca en el suelo allí, justo al lado de esos cajones de madera. —Señaló la ubicación—. Podía haber tenido entre veinte y cuarenta años, no había manera de saberlo.

—Al cuerpo se lo llevaron a la morgue estatal hace alrededor de una hora —agregó el agente de la policía científica, mirando su reloj—. Lamentablemente, en lo que respecta a estudiar la escena con el cadáver *in situ*, se las tendrán que apañar con fotos. —Miró a su alrededor un instante—. Pero esto no es una escena de crimen. Es una zona de descarte. Si este es realmente un caso de homicidio, queda más que claro que no fue asesinada aquí.

Sánchez observó a Hunter y a García por un momento antes de seguir:

—Como sea, el señor Andrews aparcó su coche en el lugar habitual, y al apearse notó el cuerpo en el suelo. Desde donde él se encontraba, su primer pensamiento fue que probablemente era una persona sin hogar, pero según sus declaraciones nunca vio antes a una persona sin hogar durmiendo aquí. Se acercó un poco para verificar, y ahí fue cuando se asustó. Llamó pidiendo ayuda inmediatamente. Jura que no tocó nada.

—¿Dónde está?, —preguntó Hunter.

—Arriba en su oficina. Está con un agente de policía. Lo podéis entrevistar de nuevo si queréis.

—El cuerpo estaba todo gravemente deformado por cientos de bultos de distintos tamaños —explicó el agente de la policía científica—. Eran inflamaciones e hinchazones, probablemente ocasionadas por picaduras de avispa, más específicamente avispas cazatarántulas.

Hunter y García no dijeron nada.

—Encontramos tres avispas dentro de su boca —continuó el agente, sacando un contenedor de plástico pequeño y tubular en el que había tres avispas cazatarántulas muertas—. Una estaba

atascada en la garganta.

—¿Llevaba ropa puesta?, —preguntó García.

—Poca. Solo ropa interior. De color púrpura, de encaje.

—¿Se encontró alguna pertenencia?

—Nada. Ya hemos registrado el contenedor de basura. Está vacío. Como dijo el detective Sánchez, en el edificio prácticamente no hay nadie.

—Si fuisteis capaces de identificar las picaduras por todo el cuerpo —dijo Hunter—, asumo que el cadáver no estaba hinchado.

Hunter sabía que en las primeras etapas después de la muerte, en especial en los primeros tres días, si se mantiene el cadáver en condiciones ambientales relativamente normales, el metabolismo celular disminuye a medida que los sistemas internos comienzan a dejar de funcionar. La falta de oxígeno en los tejidos desencadena un crecimiento explosivo de bacterias, que se alimentan de las proteínas, los carbohidratos y las grasas del cuerpo, produciendo los gases que hacen que el cadáver despida mal olor. Esa reacción química también hace que el cuerpo comience a inflarse y a hincharse de manera considerable, mientras secreta fluidos por la boca, la nariz, los ojos, las orejas y las cavidades inferiores del cuerpo. Habían transcurrido exactamente tres días desde que había visto morir a esa mujer dentro del ataúd de vidrio.

El agente de la policía científica negó con la cabeza:

—No. El cuerpo no estaba hinchado, de ninguna manera. De hecho el cadáver estaba recién ingresando en *rigor mortis*. Diría que murió en el día de ayer o en algún momento de la noche —concluyó el agente.

—¿Enviaron el cadáver a la morgue de North Mission Road?, —preguntó Hunter.

—Exacto.

—Ahora bien, lo que está *realmente* jodido es que —dijo Sánchez, sacando del bolsillo una bolsa de plástico para evidencias —, además de las avispas, le encontraron esto metido en la boca. — Le alcanzó la bolsa a Hunter. Dentro había un papel adhesivo para notas cuadrado y amarillo. Escritas en tinta negra, con lo que parecía un rotulador, se podían leer las palabras *Disfrute, detective Hunter. Yo sé que yo disfruté.*

Cuarenta y dos

Hunter y García leyeron la nota, y sin decir ni una sola palabra se la devolvieron al agente de la policía científica. Él la llevaría al laboratorio para que le realizaran análisis forenses.

—¿Asumo que este caso será transferido a la Sección Especial de Homicidios?, —preguntó el agente, mientras hacía rebotar su mirada entre Hunter, García y Sánchez.

Antes de que Hunter y García pudieran contestar, Sánchez alzó ambas manos, con las palmas hacia delante:

—Es todo vuestro. Quienquiera que haya hecho esto se dirigió a ti por tu nombre, por lo que, por favor, adelante.

—Apenas tengamos algún resultado de algo —dijo el agente, dirigiéndose a Hunter y a García—, seréis los primeros en saber. — Se dio la vuelta y se marchó con el resto de su equipo.

—¿Qué demonios está sucediendo?, —preguntó Sánchez, una vez que Webb estuvo lo suficientemente apartado como para no poder oír—. Os he estado observando desde que llegasteis aquí. Chequeando vuestras reacciones mientras Webb explicaba todo lo que había averiguado su equipo hasta el momento, mientras os mostraba las avispas que encontraron en la boca de la mujer, mientras leíais esa nota y todo… Nada. No os enojasteis. No os sorprendisteis. No os disgustasteis. Ni siquiera pestañeasteis. Está bien, no tuvisteis que ver de cerca el estado del cuerpo de esa pobre mujer, pero incluso si hubieseis tenido que verlo creo que no os habríais sorprendido. —Seguía estudiando el rostro de ambos detectives—. Sé que sois del Especial de Homicidios, y que se supone que habéis visto cosas de las más retorcidas, pero en mi modo de ver las cosas, no importa cuánta experiencia uno tenga, o lo entrenado que uno esté, en un caso como este algo tiene que ceder.

Ni Hunter ni García respondieron.

—No me digáis que ya habéis visto antes cosas así. Parece como si esa mujer hubiese muerto por cientos de picaduras de avispas bien cojonudas. Las más grandes que yo haya jamás visto. Eso solo ya es una locura. Pero de esa nota, lo único que se puede deducir es que fue asesinada. No seré del Especial de Homicidios, pero he estado en muchísimas escenas del crimen, y he visto muchísimos cadáveres. Veintidós años de eso. Dios sabe que he visto cosas que harían vomitar a cualquiera. Pero os lo diré ahora mismo, jamás he visto nada como esto. Cuando los de la policía científica sacaron la primera avispa de la boca de la mujer, la glucosa en sangre me bajó hasta el suelo. Soy alérgico a esas cosas. Cuando sacaron la nota, se me encogieron los cojones. —Hizo una pausa y con la palma de la mano se secó la transpiración de la frente y de la nuca—. ¿Qué clase de psicópata mata a alguien con avispas?

Otra vez silencio por parte de Hunter y García.

—Pero incluso después de que os dijeran que cientos de picaduras de avispas le habían deformado el cuerpo… incluso cuando leísteis esa nota, ninguno de vosotros mostró ninguna reacción. Así que o sois los dos cabrones más fríos que he conocido en mi vida, o lo estabais esperando. Por lo que permitidme que os vuelva a preguntar. ¿Qué demonios está ocurriendo? ¿Ya ha sucedido antes?

Pasó un momento tenso.

—No exactamente así —contestó finalmente Hunter—. Pero sí, ha sucedido antes, y sí, lo estábamos esperando.

Sánchez claramente estaba debatiendo algo en su cabeza. No estaba seguro de querer saber más detalles. Las circunstancias determinaban que el caso no terminaría en su escritorio, y ciertamente estaba contento de que así fuera. Se pasó el dedo pulgar y el índice por el bigote mientras miraba el lugar en el que había sido hallado el cuerpo.

—¿Sabéis qué?, —dijo—. No veo la hora de pasar a retiro. No veo la hora de irme de esta maldita ciudad. La semana pasada arrestamos a un padre, que arrojó a su propia hija bebé por la ventana de su apartamento de un décimo piso solo porque lloraba demasiado. Cuando segundos más tarde su novia cayó en la cuenta de lo que había sucedido y comenzó a enloquecer, también la arrojó a ella. Cuando tiramos la puerta abajo, estaba sentado en la sala de

estar, mirando un partido de béisbol y comiendo copos de maíz. La hija murió. La novia es un vegetal en una cama de hospital. Su cerebro ya no está. No tiene seguro, por lo que ya están hablando de apagar las máquinas. Al tipo le da exactamente lo mismo. —Sánchez se acomodó los puños blancos por debajo de la americana, y luego la corbata—. Esta ciudad no tiene conciencia. No tiene piedad. No me sorprendería si al final descubrís que quienquiera que haya hecho esto lo hizo solo para divertirse.

Cuarenta y tres

Encinas de California le daban sombra a la calle en el momento en que Hunter giró en Loma Vista Drive desde la calle 8 Oeste en Long Beach. La casa que estaban buscando se encontraba casi al fondo de la calle. Retirada hacia atrás, el frente amarillo pálido combinaba agradablemente con la puerta y las ventanas blancas. Una cerca baja de hierro forjado rodeaba la casa. Detrás de la cerca, un jardín con el césped prolijamente cortado. La estrecha entrada para coches a la izquierda llevaba a un garaje para un solo automóvil en la parte trasera de la casa. Las puertas de la entrada para coches estaban abiertas. Junto a la entrada del garaje había un Toyota Matrix azul metalizado. La matrícula coincidía con la que tenían del coche perteneciente a Christina Stevenson.

De acuerdo con lo informado por el equipo de investigación, Christina se había retirado de la sede central del *LA Times* el jueves por la tarde. Se había tomado libres el viernes y el sábado, pero esperaban verla el domingo. Nunca se presentó, pero eso no era llamativo. Los periodistas tenían una tendencia a desaparecer durante días, dependiendo de la noticia con la que estuvieran trabajando.

Hunter aparcó en la calle, justo en frente de la casa. Era lunes a la tarde y la calle estaba tranquila. No había niños jugando. No había nadie ocupándose de sus jardines o de sus céspedes. No había nadie sentado en ninguno de los porches, disfrutando del día.

Entraron a la propiedad por las puertas de la entrada para coches. Hunter llamó a la puerta, y luego probó si estaba abierta, pero estaba cerrada con llave. Las dos ventanas del frente también estaban cerradas, con las cortinas corridas que no dejaban ver dentro.

García había seguido andando por la entrada para coches en dirección al Toyota azul. Se puso un par de guantes y primero

chequeó las puertas del coche, antes de ir en dirección al garaje: todo estaba cerrado con llave.

—Todo en el frente está cerrado —dijo Hunter, reuniéndose con García—. Las cortinas no dejan ver dentro.

—Lo mismo en esta parte de la casa —contestó García—. El coche y el garaje también están cerrados. Pero obviamente regresó a su casa el jueves por la tarde después de irse del periódico.

Los dos le dieron la vuelta a la casa para llegar a la parte trasera. La cerca a la derecha del garaje no era solo decorativa como la del frente. Esta era de madera sólida y tenía unos dos metros y medio de altura, con una puerta de aspecto muy resistente. Hunter probó abrir la puerta. Se abrió.

—Esa no es una buena señal —dijo García.

Cruzaron andando el amplio patio de la casa, cuya característica principal era una piscina rectangular. A un lado de la piscina había cuatro tumbonas. Bajo un pequeño cobertizo en el extremo norte del patio había una parrilla. La casa estaba a su derecha, con todo su frente trasero hecho completamente de vidrio. Había dos puertas correderas para entrar a la casa. Una llevaba a la sala de estar, la otra al dormitorio. La que estaba más cerca de ellos, la que llevaba al dormitorio, estaba abierta de par en par. Empezaron a dirigirse hacia allí, y en ese mismo momento una fuerte ráfaga de viento sopló hacia el este, en dirección a la casa. La cortina floreada que estaba del otro lado de la puerta abierta flameó lo suficiente como para que pudieran ver dentro de la habitación. Eso alcanzó como para que ambos detectives se detuvieran y se miraran entre sí.

—Llamaré a la policía científica —dijo García, cogiendo su teléfono.

Cuarenta y cuatro

La casa de Christina Stevenson era espaciosa, más grande que la mayoría de las casas en esa parte de la ciudad, pero por el momento Mike Brindle y su equipo de la policía científica estaban concentrando todos sus esfuerzos en procesar el dormitorio.

La habitación era grande y cómoda, y rebalsaba de detalles aniñados —desde el tocador rosa hasta los muñecos de peluche—, pero parecía haber sido arrasada por un huracán. Los muñecos, las almohadas y varios almohadones de colores estaban todos desparramados por el suelo. Las mantas de la cama estaban parcialmente removidas, como si alguien se hubiera agarrado de ahí con ambas manos mientras era arrastrado a la fuerza lejos de la cama. La cama misma estaba movida fuera de su posición, y eso había hecho que se cayera la mesilla de noche que estaba al lado. El velador se había caído al suelo y se había roto en mil pedazos diminutos. Había una botella de *champagne* Dom Ruinart 1998 tumbada, junto a la mesilla de noche. La mayor parte del líquido burbujeante se había derramado en el suelo. Un poco se había introducido entre las tablas del piso de madera; el resto se había casi evaporado, quedaba tan solo un pequeño charco junto al cuello de la botella. A pocos centímetros de la botella había una copa de *champagne* rota.

El tocador rosa tenía el aspecto de que alguien lo hubiera pateado en un ataque de furia. Había frascos de perfume y botellas de distintos productos tirados, y la mayor parte de los mismos estaban ahora en el suelo, junto a la base de un altavoz para MP3, una secadora de cabello y varios artículos de maquillaje. El espejo del tocador estaba partido. Aunque aún no habían encontrado sangre en ningún lado, la habitación entera les gritaba a todos una sola palabra: *pelea*.

Pero para un equipo de la policía científica, una escena marcada por una pelea era casi como sacarse la especial. Una pelea significaba que la víctima se había resistido, había de alguna manera contraatacado. Incluso en el caso de que el atacante estuviera preparado para eso, con ríos de adrenalina corriendo por las venas de la víctima nadie podía predecir cuánto tiempo duraría o cuán intensa sería esa pelea. Una pelea siempre daría como resultado que se dejaran más evidencias —más fibras de ropa perdidas, quizás un folículo capilar, o una pestaña—. Un golpe contra la esquina filosa de una mesilla de noche o un tocador podía ocasionar un microcorte, invisible a simple vista, pero que así y todo podía dejar rastros de sangre y piel, y en consecuencia ADN. Aunque podría sonar irónico, hablando en términos forenses una pelea era algo muy bueno.

Un agente de la policía científica con un mono blanco Tyrek con capucha estaba aplicando polvo para huellas dactilares en la puerta de vidrio que Hunter y García habían encontrado abierta de par en par. Otro agente estaba recorriendo lentamente el lugar, etiquetando y fotografiando todo lo que había en la habitación. Mike Brindle se estaba ocupando de la cama y de la zona inmediatamente contigua.

Hunter y García también se habían puesto monos con capucha, y en ese momento estaban registrando la sala de estar. El lugar estaba agradablemente decorado. Los muebles eran elegantes y tenían aspecto de ser caros. En el extremo sur de la sala había una cocina integrada muy bien equipada. A la derecha de la puerta principal, había tres portarretratos junto a un bol de fruta falsa sobre un aparador negro estiloso.

La sala de estar y la cocina estaban en perfecto estado: nada parecía estar fuera de lugar. La pelea había transcurrido solo dentro del dormitorio.

Habían encontrado la bolsa de Christina en el suelo junto al aparador. Su cartera estaba allí, al igual que su licencia de conducir, sus tarjetas de crédito, las llaves del coche y el teléfono móvil, que se había quedado sin batería.

García estaba inspeccionando la cocina cuando su *smartphone* emitió una señal.

—Tenemos un expediente de la señorita Stevenson —anunció,

chequeando su aplicación de correo electrónico.

Hunter estaba examinando las tres fotos que estaban sobre el aparador. En una se la veía a Christina sentada en la playa en algún lugar. En la segunda, había una mujer de rostro agradable con vividos ojos azules y labios carnosos sonriendo. Christina definitivamente había heredado de la madre los ojos, la nariz robusta, los pómulos altos y el pequeño lunar bajo el labio inferior. La mujer de la foto tenía uno casi idéntico. En la última foto se la veía a Christina en un vestido de noche negro y gris, con un vaso de *champagne* en la mano y hablando con un grupo de gente elegantemente vestida.

—¿Qué tenemos?, —preguntó Hunter, dándose la vuelta para mirar a García.

—Vale, pasaré por alto lo que ya sabemos —dijo García—. Christina Stevenson nació aquí mismo en Los Ángeles. Se crio en Northridge, donde vivió con su madre, Andrea. No tenía ni hermanos ni hermanas. No se sabe quién fue su padre, de acuerdo con este informe, Christina nunca tuvo un padrastro legal. Su madre nunca se casó. Asistió al Instituto Granada Hills, y parece ser que fue una alumna lo suficientemente buena —buenas calificaciones, nunca se metía en problemas—. Formó parte del equipo de animadoras en los dos últimos años de la secundaria. —García se movió hacia abajo por el archivo en la aplicación del teléfono—. Su madre murió de un aneurisma cerebral hace siete años, exactamente el mismo día en el que Christina recibió su título de periodismo en la UCLA.

La mirada de Hunter regresó reflexivamente al retrato de la mujer sonriente sobre el aparador.

—Parece ser que la muerte de su madre le destruyó la vida —continuó García—. Porque aquí por un año no aparece nada. Después de eso, se las apañó para conseguir un trabajo de pasante en el *LA Times* y desde entonces ha trabajado en ese periódico.

—¿Trabajó siempre en la sección de espectáculos?, —preguntó García.

—No. Estuvo cuatro años pasando de una sección a otra: ciudad, internacional, política, economía, actualidad, policiales, incluso deportes. Solo se asentó cuando se unió a la sección de espectáculos hace dos años. Nunca se casó. No tuvo hijos. Tampoco se menciona

aquí a ningún novio. No hay registros de uso de drogas. Aún están verificando sus cuentas bancarias, pero la hipoteca de esta casa está prácticamente terminada de pagar. Ganaba en el periódico un salario muy decente. —García se deslizó un poco más hacia abajo en la pantalla—. Ayer le publicaron un artículo grande, en la edición dominical del *LA Times*. Probablemente la nota de la cual hablaba Emilio.

—¿Acerca de qué era el artículo?

García se deslizó más hacia abajo en la pantalla y puso cara de sorpresa.

—Escucha esto. Era una primicia acerca de una estrella de Hollywood que había estado tonteando con el maestro de su hijo mientras su marido, que también es una celebridad, estaba de viaje, grabando los episodios más recientes de la serie de televisión que protagoniza. El artículo fue tapa del suplemento de espectáculos, con un «aviso» considerable en la portada del periódico. —García guardó su *smartphone*—. Corrígeme si me equivoco, pero ese es el tipo de artículo que te puede agenciar una buena cantidad de enemigos nuevos. Del tipo de los que pueden arruinar matrimonios y destruir vidas.

—¿Quién era la estrella de Hollywood?, —preguntó Hunter.

Antes de que García pudiera contestar, Mike Brindle asomó la cabeza por la puerta de la sala de estar:

—Robert, Carlos, será mejor que vengáis a echarle un vistazo a esto.

Cuarenta y cinco

El clima en la División de Ciberdelito era de triunfo. Sonrisas y felicitaciones daban vueltas por la sala como un tiovivo. Incluso el director del FBI a cargo de la sede de Los Ángeles había llamado a Michelle Kelly para expresarle su consideración. Tenía dos hijas pequeñas y ni siquiera podía comenzar a imaginar lo que haría si alguna de ellas era víctima de un pedófilo de internet.

Sentada frente a su ordenador, Michelle abrió el expediente de Bobby. En la portada hizo clic derecho en el casillero vacío en la esquina superior derecha que decía «archivo de fotos» y seleccionó «agregar» en el menú. Harry Mills ya había transferido al ordenador central una serie de fotos de prontuario que habían sido tomadas luego del arresto de Bobby. Michelle seleccionó una, y le dio clic a «agregar».

Después ubicó el cursor sobre el campo que decía «Nombre» y tipió el verdadero nombre de Bobby: *Gregory Burke*.

Bobby ya no era una amenaza sin nombre, sin rostro, para chicos.

Michelle movió el cursor hacia donde decía *Estado de la Investigación*, borró la palabra «abierto» y cuando tipió «cerrado - sujeto arrestado» sintió que la recorría una enorme satisfacción. Pero sabía que ese sentimiento no duraría demasiado.

Lamentablemente había demasiados «Bobby» en las calles, acosando sitios de redes sociales, salas de chat, páginas de juegos o donde fuera que se juntaran los chicos para sociabilizar en el ciberespacio. Michelle y la División de Ciberdelito del FBI estaban haciendo lo mejor que podían, pero la simple verdad era que los sobrepasaban enormemente en cantidad, y la proporción crecía año a año para el lado equivocado. Sabía que haber mandado a Bobby a la cárcel era tan solo una pequeña victoria en una guerra que

habían estado perdiendo desde los primeros tiempos de internet, pero así y todo eran días como ese los que hacían que la lucha valiera la pena.

—¿Estás bien?, —le preguntó Harry, que se acercó a ella por detrás.

—Excelente. —Hizo clic en el botón de «guardar».

—¿Cómo está el labio?

Michelle se llevó la punta de los dedos a su labio inferior inflamado:

—Duele un poco, pero sobreviviré. Un pequeño precio a pagar por mandar a prisión a una escoria más.

—Y espero que se pudra allí.

Michelle rio entre dientes, más por alivio que por diversión:

—Con todas las cosas que tenemos para inculparle, estoy segura de que así será.

Al FBI le había tomado menos de dos horas encontrar el pequeño hotel en el que se había registrado Bobby para pasar el día. Estaba a tan solo tres manzanas de Venice Beach, donde le arrestaron. En la habitación habían encontrado documentos personales, tarjetas de crédito, dinero, accesorios sexuales, píldoras, alcohol y una botellita de tamaño medicinal con un líquido transparente. La botella ya estaba en el departamento forense del FBI, y todos estaban seguros de que el análisis daría positivo de alguna droga de la violación de preparación casera, como ácido gammahidroxibutírico. Pero el verdadero hallazgo lo encontraron en un estuche negro que estaba junto a la cama. Dentro del estuche encontraron el portátil personal de Bobby con cientos de imágenes y vídeos, y una videocámara.

Para alegría de Michelle, Bobby no había tenido la oportunidad de transferir los contenidos de la tarjeta de memoria de la cámara a su portátil: un vídeo sin editar de doce minutos filmado hacía tan solo dos días. En el vídeo se veía a Bobby con una chica que parecía tener no más de once años.

—Entonces —dijo Harry—. Vienes a celebrar, ¿no es así? Estamos todos yendo a Baja a beber unos tragos, y quizás a comer algo.

Baja era un restaurante y bar de comida mexicana que estaba a dos manzanas del edificio del FBI.

Michelle miró su reloj:

—Claro, pero por qué no vais vosotros primero y yo os veré allí en alrededor de cuarenta minutos o así. Solo quiero echarle otro vistazo a ese material demente que grabamos el viernes. Ya sabes, la mujer en el ataúd de vidrio… eso de la votación.

Harry esbozó una pequeña sonrisa. Sabía que habían aplicado todas sus armas a esa transmisión mientras estaba en vivo, pero no habían conseguido nada. Cada camino los había llevado a un callejón sin salida. No era para nada común que bloquearan de una transmisión de internet tan profesionalmente a la División de Ciberdelito del FBI, y su «fracaso» en encontrar un modo de entrar había cabreado a Michelle de una manera que Harry había visto tan solo una vez. Sencillamente Michelle no sabía aceptar una derrota.

—¿Qué esperas encontrar, Michelle?

—No lo sé. Quizá nada. —Evitó mirarle a los ojos—. Quizás el asesino es *tanto* más astuto que nosotros.

—No es una competencia, ¿sabes?

—Sí lo es, Harry. —Finalmente le miró con algo que le hacía arder los ojos—. Porque si es mejor que nosotros… si él gana y nosotros perdemos, mueren personas… de un modo muy grotesco.

Harry alzó ambas manos en un gesto de rendición, pero sabía que Michelle no estaba enojada con él:

—¿Quieres ayuda?

Michelle sonrió:

—Estaré bien. Me conoces. Ve a celebrar con todos, y estaré allí en un momento. Y no te emborraches mucho antes de que yo llegue.

—Oh, eso no te lo puedo prometer. —Comenzó a moverse en dirección a la puerta.

—Harry —dijo ella en voz alta—. Pídeme una caipirinha, ¿puede ser? Con mucha lima.

—Claro que sí.

—No tardaré.

Harry se alejó de Michelle y sonrió para sí mismo:

—Sí, apuesto a que no tardarás —masculló.

Cuarenta y seis

Después de que todos se fueron, Michelle atenuó las luces alrededor de su escritorio, se sirvió una taza grande de café y comenzó a repasar el registro que habían grabado de internet hacía tres días. No había podido olvidar esas imágenes, pero mirar otra vez a esa mujer encerrada dentro de un ataúd de vidrio, mientras un enjambre de avispas cazatarántulas le quitaban poco a poco la vida a fuerza de picaduras, hizo que se le erizaran todos los vellos de la nuca. Le empezó a latir de nuevo su labio inferior inflamado, a medida que se le aceleraba el pulso. Por un instante, justo al final de la grabación, cuando una de las avispas negras grandes salía por la fosa nasal de la mujer, Michelle tuvo que resistirse a descomponerse, una sensación, recordó, no tan distinta a la del día en la que cuatro agentes del FBI irrumpieron por la puerta de su casa temprano por la mañana para arrestarla.

Desde muy pequeña, Michelle siempre había sido genial con los ordenadores, algo que ni siquiera ella podía explicar. Era como si su cerebro estuviese cableado de manera distinta, mejorado como para hacer que incluso las líneas más complicadas de códigos de programación parecieran canciones infantiles.

Michelle Kelly había nacido en Doyle, en el norte de California. Su padre había fallecido cuando ella tenía tan solo catorce años. Fumador desde la temprana adolescencia y con un sistema inmunológico débil, había contraído neumonía mientras intentaba recuperarse de un fuerte resfriado. Su madre, una mujer tímida y sumisa, que siempre había temido estar sola, se casó de nuevo un año más tarde.

El padrastro de Michelle era un borracho violento, que muy pronto transformó a la insegura madre de Michelle y su baja autoestima en una zombi consumidora de drogas y bebedora de alcohol. A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, Michelle no

tenía la capacidad como para impedir que su madre se convirtiera en una ruina.

Tarde una noche, seis meses después de que su padrastro se hubiera mudado con ellas, él abrió cuidadosamente la puerta del dormitorio de Michelle y entró. Su madre estaba desmayada en la sala de estar, luego de haber consumido tres cuartos de una botella de vodka.

Michelle se despertó sobresaltada cuando su padrastro le arrojó encima su cuerpo pesado, sudoroso y desnudo, el corazón le latía a toda velocidad, la respiración le raspaba en la garganta, la confusión y el terror le iluminaban los ojos. Él le tapó a ella la boca con la mano, le apretó fuerte la cabeza contra la almohada y le susurró al oído:

—Shhh, no te resistas, bebé. Te va a gustar. Te lo prometo. Te enseñaré cómo se siente un hombre de verdad. Y muy pronto me estarás rogando que te dé más.

Se las había apañado para arrancarle parcialmente la ropa, y cuando se preparaba para penetrarla aflojó la mano con la que le tapaba la boca. Michelle la abrió, pero en vez de gritar, le mordió con todas sus fuerzas. Sus jóvenes dientes cortaron la carne y el hueso como si estuviera mordiendo un pedazo de mantequilla, cercenándole el dedo meñique. Se lo escupió en el rostro mientras él gritaba de dolor, con chorros de sangre cayéndole por la mano y el brazo. Antes de salir corriendo de la casa y a la noche, cogió un bate de béisbol y le dio de lleno entre sus piernas separadas tan fuerte y con tanta precisión que le hizo vomitar. Nunca regresó.

Tres días más tarde, luego de hacer cuatro viajes distintos a dedo, Michelle llegó a Los Ángeles. Vivió en las calles durante varios días, comiendo de cubos de basura, durmiendo bajo cajas de cartón y utilizando las instalaciones y la ducha de la playa de Santa Monica.

Fue en esa misma playa que conoció a Trixxy y a su novio, dos *surfers* completamente tatuados que le dijeron que podía ir a quedarse a su casa si ella quería.

—Se queda mucha gente —le explicaron.

Era cierto. Su casa estaba siempre llena de gente yendo y viniendo.

Michelle no tardó en descubrir que Trixxy y su novio no eran

solo apasionados del surf. Eran parte de una de las primeras generaciones de *hackers* de internet. En aquel entonces internet estaba todavía dando sus primeros pasos en el mundo comercial. Todo era nuevo, y la seguridad tenía muchas fallas.

A Trixxy y al novio no les llevó mucho tiempo darse cuenta de que Michelle tenía un talento innato para los ordenadores. No, «innato» no era realmente la palabra correcta. Michelle era una genia absoluta. Era capaz, en pocos minutos, de resolver y escribir el código correcto de procedimientos para superar problemas que a Trixxy y a su novio le hubieran llevado horas, si no días. Enseguida estaba hackeando todo tipo de servidores de internet y bases de datos en línea: universidades, hospitales, organizaciones públicas y privadas, instituciones financieras, agencias federales, empresas internacionales… No había nada que estuviera fuera de su alcance. Mientras más seguras se suponía que fueran, más grande el desafío, y mejor trabajaba Michelle. Accedió incluso al FBI y a la Agencia de Seguridad Nacional dos veces en una misma semana.

Como todos los *hackers* en el ciberespacio, Michelle se puso un alias: Traso, el espíritu mitológico griego que personifica la audacia. Muy adecuado, pensaba.

En el ciberespacio las posibilidades eran ilimitadas, y Michelle recién estaba comenzando a divertirse. En ese momento fue cuando supo que su madre había muerto luego de ingerir media caja de somníferos y una botella entera de *bourbon*.

Michelle lloró durante tres días enteros, una combinación de tristeza y enojo. Pronto supo que tan solo unos pocos meses antes, su padrastro había convencido a su madre de hacer un testamento, dejándole a él la casa en la que vivían, que la había comprado su verdadero padre, y todas las demás cosas de algún valor que aún le quedaban. Con eso, el enojo de Michelle cambió. Su padrastro había transformado a su madre en una yonqui borracha, y luego le había robado todo lo que tenía. Cuando Michelle lo comprobó, descubrió que ya había puesto la casa en venta. En ese momento fue cuando el monstruo enfadado que tenía dentro comenzó a gritar: VENGANZA.

En menos de una semana la vida de su padrastro había dado un giro hacia lo peor de todo. A través de internet, Michelle comenzó a destrozarle la vida. Todo el dinero que tenía en el banco le desapareció misteriosamente, aparentemente debido a un error

interno de sistema que nadie pudo rastrear. Generó a su nombre unas deudas absurdas en apuestas, le agotó las tarjetas de crédito, le suspendió la licencia de conducir, y le modificó su declaración impositiva de manera tal que sería solo una cuestión de tiempo para que Hacienda fuera a hacerle preguntas. Le dejó quebrado, desempleado, sin casa y solo.

Tres meses más tarde se tiró debajo de un tren.

A Michelle lo que hizo no le quitó nunca ni un segundo de sueño.

Fue un exnovio, luego de ser arrestado por posesión de drogas con intención de venta, quien, a cambio de un trato, le informó a la policía con respecto a Michelle. La policía, a su vez, llevó la información a la División de Ciberdelito del FBI, que hacía ya un tiempo que andaba en busca de Traso. Con la información que el exnovio les había dado, al FBI le llevó menos de una semana montar una operación de monitoreo. El arresto llegó pocos días después. Cuatro agentes irrumpieron por la puerta principal, justo en el momento en que Michelle había conseguido ingresar en la base de datos del WSCC —la red eléctrica interconectada que distribuye electricidad en toda la costa oeste de los Estados Unidos —. Acababa de reestructurar su sistema de tarifas, concediéndoles a todos, desde Montana hasta Nuevo México y a través de toda California, energía eléctrica a precios irrisorios.

Para ese entonces, el ciberdelito y el ciberterrorismo ya se habían convertido en una amenaza muy importante para América y su modo de vida. El gobierno de los Estados Unidos comprendió que alguien con el nivel de conocimiento que poseía Michelle Kelly tenía el potencial de convertirse en un recurso y en un aliado en su nueva lucha, más que en un enemigo. Con eso en mente, el FBI le ofreció un trato: continuar hackeando, pero de este lado de la ley, o una estadía en prisión muy muy larga.

Michelle aceptó el trato.

Pronto cayó en la cuenta de que no extrañaba realmente su vieja vida. No era una *hacker* porque le gustara romper la ley, o para ganar dinero. Era *hacker* porque disfrutaba del desafío y la adrenalina, y porque era brillante haciéndolo. El trato que le ofrecieron no disminuía nada de todo eso; solo lo hacía todo legal.

Para nada sorpresivamente, el FBI jugó sus cartas a la

perfección. Sabiendo que el motivo por el cual Michelle se había escapado de su casa había sido su padrastro abusador, la aclimataron a su nuevo rol asegurándose de que todos los casos con los que tuviera que lidiar durante el primer año en el FBI estuvieran relacionados con delitos sexuales por internet —más precisamente, pedofilia—. El desprecio y el enojo que sentía Michelle hacia esa clase de criminales era tan intenso, que se sumergió en el trabajo, haciendo de cada caso un asunto personal.

Era tan buena en lo que hacía que en menos de cuatro años se convirtió en la jefa de la División de Ciberdelito del FBI de Los Ángeles.

Michelle se sacudió los recuerdos de la cabeza antes de devolver su atención a la grabación de la mujer dentro del ataúd de vidrio. Vio el vídeo una vez más desde el principio, en busca de cualquier detalle que se pudiera haber pasado por alto, pero una vez más no consiguió encontrar nada.

—¿Qué demonios estás buscando, Michelle? No hay nada aquí —se dijo a sí misma, restregándose la palma de la mano contra la frente.

Hizo una pausa para ir al baño, cargó otra vez su vaso de café y regresó al escritorio. Aún no estaba lista para rendirse.

Su siguiente paso fue reducir 2,5 veces la velocidad del vídeo, y, con la ayuda de una aplicación de «color y contraste», realzar las imágenes utilizando un método de saturación de color. La sobre saturación tendía a destacar pequeños detalles, cosas que de otro modo la gente no vería.

Michelle se inclinó hacia delante, apoyó los codos en el escritorio, la barbilla en los nudillos y comenzó otra vez desde el principio.

La velocidad reducida hacía que mirar el vídeo fuera casi adormecedor. La saturación de color y contraste cansaba los ojos aún más deprisa, exigiendo demasiado a los globos oculares. Michelle se encontró haciendo breves pausas cada tres o cuatro minutos. Para relajar los ojos, los reenfocaba por un rato en algo que estuviera en el extremo opuesto de la sala, masajeándose al mismo tiempo las sienes, pero ya podía sentir cómo un dolor de cabeza ganaba impulso justo detrás de sus ojos.

—Quizá debería haber aceptado la ayuda de Harry —murmuró

para sí misma—. O mejor aún, quizá sencillamente me debería haber ido con ellos, porque ahora mismo no tengo ninguna duda de que me vendría muy bien un trago.

Bebió otro sorbo de café antes de darle *play* otra vez a la grabación, y verificó el cronómetro en el rincón inferior derecho de la pantalla. Le quedaba poco más de un minuto.

Cuando su vista regresó a la pantalla, Michelle se juró que había visto pasar algo a toda prisa.

No una avispa cazatarántulas.

—¿Qué demonios?

Puso pausa, rebobinó las imágenes apenas un par de segundos y le dio «*play*». *Zoom*.

Lo vio pasar de nuevo.

El cuerpo se le llenó de adrenalina.

Michelle rebobinó las imágenes una vez más, pero esta vez hizo *zoom* en un sector específico de la pantalla y cerró el programa de saturación de color y contraste. En vez de dejar correr la grabación, la avanzó manualmente cuadro por cuadro.

Y allí estaba.

Cuarenta y siete

Hunter y García siguieron a Brindle por un corredor breve que llevaba más adentro de la casa y de vuelta al dormitorio de Christina Stevenson.

—Hemos aplicado *tests* de UV a las sábanas, los cubrecamas y las fundas de almohadas —anunció Brindle, llevando a ambos detectives hacia la cama—. No hay rastros de semen en ninguna parte, pero hay unas pequeñísimas manchas de sangre, principalmente en esta esquina del cubrecama. El laboratorio nos dirá si la sangre le pertenece a la víctima o no. —Señaló la ubicación antes de encender de nuevo la lámpara UV—. Mirad.

Un modo rápido y sencillo de detectar manchas de sangre en superficies oscuras o rojas era utilizar una lámpara ultravioleta. Proporciona el contraste suficiente entre el fondo y la mancha como para permitir que la mancha se vea.

Apenas se encendió la lámpara UV, se hicieron muy visibles cuatro manchas de sangre sobre el cubrecama azul oscuro. Pero eran mínimas, y del todo no concluyentes. Las podría haber producido un pequeño corte de ella rasurándose las piernas en la ducha.

Brindle también lo sabía, pero aún no había terminado. Apagó la lámpara UV y les alcanzó a Hunter y a García una pequeña bolsa transparente para evidencias. Dentro de la cual había un reloj de mujer Tag Heuer de diamantes.

—Lo encontré debajo de la cama, cerca de la pared.

Ambos detectives seguían sin sorprenderse. La habitación era un desastre total. Había objetos de todas formas y tamaños tumbados y pateados por el suelo en todas direcciones. El reloj podría haber estado en un principio en el tocador, pero haber terminado debajo de la cama.

—Eso no es todo —dijo Brindle, notando el escepticismo en el

rostro de ambos detectives. Les mostró una segunda bolsa de evidencias. Dentro tenía tres elementos minúsculos—. También encontré esto debajo de la cama. Tomad, usad esto. —Les alcanzó una lupa con luz.

Hunter y García examinaron el contenido de la bolsa durante varios segundos.

—Fragmentos de uñas —dijo Hunter.

—Fragmentos de uñas rotas —especificó Brindle—. Estaban atrapados en las ranuras del suelo de madera. —Hizo una pausa, dándoles a Hunter y a García la posibilidad de digerir lo que estaba diciendo—. Parece como si la víctima hubiera estado escondiéndose debajo de la cama. El atacante la encontró, y yo diría que la sacó tirando de sus piernas. El polvillo corrido de debajo de la cama generó una marca, que coincide con algo pesado… como una persona, siendo arrastrada desde allí.

Instintivamente Hunter y García dieron un paso hacia atrás y ladearon la cabeza, como intentando mirar debajo de la cama.

—Sin nada de que agarrarse —Brindle siguió desarrollando su teoría—, parece ser que clavó las manos en el suelo, tratando de resistir y no ser arrastrada… allí fue cuando se le quebraron las uñas. Una vez que él logró sacarla de debajo de la cama, ella intentó frenéticamente coger cualquier cosa que tuviera a mano. —Brindle hizo una pausa y miró otra vez el cubrecama—. Y así es como creo que la sangre llegó allí.

Todos dirigieron otra vez la atención al cubrecama.

—Veréis —explicó Brindle—. Una uña extraída hará que el lecho ungueal sangre como un corte en un dedo, pero una uña partida y rota solo ocasionará un sangrado en el caso en que se lesionen la punta o los costados del lecho ungueal. E incluso así puede llegar a no sangrar. Si hay sangre, será en una proporción minúscula. Exactamente como lo que tenemos aquí.

Hunter y García lo pensaron durante un momento.

—También encontré esto en la parte inferior del somier de la cama. —Les mostró una última bolsa de evidencias. Dentro había cuatro mechones de cabello rubio—. Casi con seguridad se golpeó la cabeza cuando la estaban arrastrando de debajo de la cama. —Exhaló como preocupado—. Mirando el estado de la habitación, yo diría que peleó tanto como pudo, pateando y golpeando todo el

tiempo, hasta que quedó completamente sometida.

Silencio pensativo.

García habló primero:

—Todo eso tiene sentido salvo el hecho de esconderse debajo de la cama. Eso implica que ella sabía que alguien estaba viniendo a por ella. —Miró las puertas correderas de vidrio y después otra vez la cama—. ¿Por qué se escondería aquí cuando podría haberse escapado de la casa por las puertas que dan al patio?

Como si hubiera estado esperando la señal, Dylan, el agente de la policía científica que había estado aplicando polvo para huellas dactilares en las puertas correderas de vidrio, anunció:

—He encontrado unas huellas aquí.

Todos se dieron la vuelta y le miraron.

—El laboratorio lo confirmará, pero a simple vista os puedo decir que los patrones son todos los mismos. No tengo duda de que todas las huellas son de la misma persona. Dedos pequeños. Manos delicadas. Definitivamente de mujer.

En lo que tenía que ver con huellas dactilares, Dylan era de lo mejor.

—¿Qué hay con la cerradura?, —preguntó Brindle.

—La cerradura no está forzada —dijo Dylan—. Tenemos que sacarla y llevarla para efectuarle análisis, pero es una cerradura estándar de cilindro. No muy segura. Si el atacante entró a la casa por esta puerta, la podría haber abierto fácilmente. Sin esfuerzo.

Las cerraduras de cilindro se pueden abrir fácilmente utilizando una llave manipulada. Una sola llave manipulada serviría para todas las cerraduras del mismo tipo. Había muchos vídeos en internet con los que cualquiera podía aprender cómo hacer saltar una cerradura con este método.

Hunter seguía observando las tres bolsas para evidencia que Brindle le había alcanzado. Estaba de acuerdo con García. Esconderse debajo de la cama no tenía ningún sentido en esas circunstancias.

—Mike, ¿dónde encontraste exactamente este reloj?, —preguntó.

Brindle le enseñó.

Hunter se recostó en el piso y miró debajo de la cama, examinando con la vista el lugar en el que se había hallado el reloj,

recorriendo mentalmente distintas posibilidades. Seguía sin tener sentido.

García fue andando hacia el otro lado de la cama y se colocó justo frente a las cortinas floreadas, del lado opuesto al lado en el que Dylan había aplicado polvo para huellas dactilares en el vidrio y en la cerradura. Eso distrajo a Hunter, y por un segundo su atención se concentró en los zapatos negros y las calcetines negras de García que podía ver por debajo de la cama.

A Hunter se le tensó el cuerpo. Su proceso de pensamiento fue de la A a la Z en tan solo un segundo:

—No puede ser —susurró, con la mirada clavada en los zapatos de su compañero.

—¿Qué?, —preguntó García.

Hunter se puso de pie. Toda su atención ahora estaba concentrada en las cortinas detrás de García.

—Robert, ¿qué viste?, —preguntó otra vez García.

—Tus zapatos.

—¿Qué?

—Vi tus zapatos en el suelo mirando por debajo de la cama.

Confusión por todas partes.

—Vale, ¿y…?

Hunter levantó un dedo, indicando que necesitaba un momento, antes de caminar en línea recta en dirección a las cortinas y abrirlas lentamente. Se arrodilló y examinó cuidadosamente el suelo por un rato.

—¡No lo puedo creer! —Las palabras se le escaparon de la boca.

—¿Qué?, —preguntó Brindle, acercándose. García estaba justo detrás de él.

—Creo que aquí hay marcas en el polvillo —dijo Hunter señalando con el dedo índice—. Probablemente ocasionadas por una pisada.

Brindle se agachó junto a él, examinando atentamente esa zona del suelo:

—Mierda —dijo un poco después—. Creo que podrías tener razón.

—Eso es lo que creo que vio Christina —dijo Hunter, mirando a García—. Los zapatos de su asesino. No creo que se estuviera escondiendo debajo de la cama. Creo que probablemente se metió

debajo de la cama para coger el reloj, pero cuando estaba allí le vio. Vio al asesino. Él era el que estaba escondido.

La habitación quedó en silencio por un rato.

—Vale, tomemos una foto de esto —dijo finalmente Brindle, dirigiéndose a Dylan—. También necesito un poco de cinta de levantamiento de huellas dactilares. Veamos qué tipo de huella podemos obtener de esto.

Hunter se puso de pie y dejó que su mirada recorriera lentamente el muro de vidrio panorámico que tenía en frente.

—De hecho creo que será mejor que aquí apliquemos polvo para huellas dactilares por todas partes —dijo—. El asesino podría haber estado escondido y esperando durante un rato largo. —Se inclinó unos centímetros hacia delante, casi tocando el muro de vidrio con la nariz, como buscando una marca borroneada—. Quizá se apoyó contra el vidrio. Quizá dejó alg…

Hunter se quedó quieto. La palabra se le cortó en la garganta.

—¿Qué?, —preguntó García, permaneciendo quieto detrás de su compañero e intentando mirar por encima de su hombro, pero no tenía la menor idea de qué era lo que estaba mirando. Pensó que Hunter había visto algo por la ventana, afuera.

Hunter arrojó otro aliento cálido contra el vidrio, esta vez a propósito y de manera prolongada, moviendo la cabeza como para desparramar el aliento por una zona más extensa. El vidrio se empañó por unos segundos.

En ese momento García finalmente lo vio:

—Tienes que estar bromeando.

Cuarenta y ocho

El piso de oficinas de plano abierto, sin divisiones internas, dentro del edificio de la sede central del *LA Times* sobre la calle 1 Oeste sonaba como un patio de escuela a la hora del almuerzo. El lugar estaba lleno de charlas telefónicas, ruidos de teclados, conversaciones muy animadas y el ruido de pasos apresurados, con todos los periodistas desesperándose para llegar con su trabajo antes de la hora de cierre.

Pamela Hays estaba sentada en su escritorio del rincón, sin que el ruido la distrajera y ajena al caos de movimiento que tenía a su alrededor. Era la editora de la sección de espectáculos del *LA Times*, y ella también estaba a las apuradas, repasando todos los artículos que aparecerían en la edición del suplemento del día siguiente.

Pam Espectáculos, como todos le decían, hacía tan solo siete años que trabajaba para el *LA Times*, desde que se había graduado de la universidad a la edad de veinticuatro años. Su primer año en el periódico había sido duro. Recién egresada de la universidad, y sin ningún tipo de experiencia trabajando para un periódico de circulación masiva, le hicieron demostrar cuánto valía escribiendo una infinidad de artículos de segunda categoría sobre temas que estaba segura que solo leían ella y su madre. Muchos ni siquiera llegaban a la edición impresa. Pero Pamela sabía que era una buena periodista, y una experta investigadora. No les llevó demasiado tiempo a los demás darse cuenta de eso ellos también.

Bruce Kosinski, un hombre desproporcionado en más de un sentido, y en aquel entonces editor local de la sección de espectáculos, fue el primero en darle a Pamela la oportunidad de ponerse a prueba con una nota «de verdad». Lo hizo bien. Muy bien, de hecho. Su investigación había sido insuperable, y la nota salió en

la portada del periódico. Hacía dos años, Bruce Kosinski había sido nombrado editor en jefe del *LA Times*. Su trabajo anterior se lo ofrecieron a Pamela Hays, quien aceptó gustosamente.

Es cierto que Pamela sí se acostó con Bruce, pero ella sabía que no era esa la razón por la cual le habían ofrecido el puesto de editora de la sección de espectáculos. Como ella lo veía, se lo había más que ganado.

Pamela terminó de editar otro artículo de la lista, hizo rodar su silla alejándose del escritorio y estiró su cuello endurecido.

—¿Dónde demonios está Marco?, —preguntó en voz alta a nadie en particular. No recibió ninguna respuesta.

A diferencia de la mayoría de los demás editores del *LA Times*, Pamela no tenía una oficina. Tampoco le interesaba mucho tenerla, prefería sentarse entre sus periodistas y en medio del ajetreo de la sala principal.

Miró el reloj que estaba en la pared.

—Maldición, le quedan menos de veinte minutos para entregarme el artículo. Si se atrasa otra vez, lo despediré. Ya he tenido suficiente de esta porquería.

—¿Qué carajos?, —dijo Pedro, el periodista que tenía el escritorio justo frente al de Pamela, frunciendo el ceño mientras miraba la pantalla de su ordenador—. Pam, ¿Christina está haciendo algún trabajo extra como actriz?, —preguntó.

Pamela le miró como si se hubiera vuelto loco:

—¿De qué demonios estás *you talking about, kid*? —A modo de broma interna entre ellos dos, ella se había acostumbrado a hablar *spanglish* con Pedro.

—Ven, échale un vistazo a esto —le dijo Pedro. Su voz era seria.

Pamela se puso de pie y fue hasta el escritorio de Pedro.

—Estaba chequeando unas cosas en internet —dijo Pedro— y di con este artículo. —Señaló la pantalla.

Era un artículo breve titulado «¿Realidad o embuste?». El título no captó la atención de Pamela, pero la pequeña foto debajo del título sí —una mujer tendida dentro de alguna especie de compartimento de vidrio con el cuerpo cubierto por cientos de insectos de aspecto temible—. A pesar de la mala calidad de la imagen, su rostro se distinguía claramente, con el pequeño lunar negro justo por debajo del labio inferior.

Pamela sintió que la sangre casi se le helaba en las venas. Al leer el artículo, se le fue todo el color de su rostro, ya de por sí naturalmente pálido.

En su mente no había ninguna duda. La mujer de la foto era Christina Stevenson.

Y fuera lo que fuera eso, no era un embuste.

Cuarenta y nueve

Hunter se despertó a las 5:15 a.m, con un dolor de cabeza que podría haber revivido a los muertos. Se sentó en la cama, en la oscuridad de su dormitorio, mirando catatónicamente a la pared vacía que tenía en frente, como si mirándola durante mucho tiempo y lo suficientemente concentrado le fuera a responder todas las preguntas que le atenazaban el cerebro.

No sucedió.

Se obligó a dejar de pensar antes de que le colapsara el cerebro. Se preparó y fue al gimnasio abierto veinticuatro horas que estaba a tan solo tres manzanas de donde él vivía. Una sesión de ejercicios exigente siempre le ayudaba a despejarle la cabeza.

Casi dos horas más tarde, luego de una ducha caliente, se dirigía al Edificio de la Administración de la Policía.

García acababa de llegar cuando Hunter entró a la oficina. La capitana Blake apareció pocos segundos después.

—Preparaos —dijo, permitiendo que la puerta se cerrara a sus espaldas con un fuerte golpe—. Porque la tormenta que estaba demorada finalmente llegó.

—¿Tormenta? —García frunció el ceño.

—La tormenta de mierda —contestó la capitana, golpeando sobre su escritorio la edición matinal del *LA Times*—. En la mitad superior de la portada había una serie de seis fotografías pequeñas de Christina Stevenson tendida dentro del ataúd de vidrio. Estaban dispuestas en una secuencia. En las primeras tres se veía su rostro confundido y aterrado en diferentes etapas del proceso de votación —COMIDA en 211, luego en 745, y finalmente en 1000—. Las dos siguientes la mostraban compartiendo el ataúd de vidrio con las avispas cazatarántulas. Su rostro en ambas fotos se veía deformado y retorcido por el tremendo dolor.

En la última imagen se la veía con una mirada inmóvil y fría, el

cuerpo cubierto de bultos rojo crudo y avispas negras, los labios hinchados y sangrando.

Había perdido la vida a fuerza de picaduras.

El titular por encima de las fotos decía: LA RED DE LA MUERTE. ASESINO TRANSMITE EN VIVO EN LÍNEA UNA EJECUCIÓN DESPIADADA.

García empezó a leer por encima el artículo. Confirmaba que la transmisión parecía haber sido real, no un embuste. Describía lo que había sucedido, pero no con mucho detalle. Tampoco se hacía ninguna mención a que se hubiera hallado el cuerpo de Christina.

Hunter se apoyó en su escritorio. No parecía interesado en lo que el periódico pudiera decir.

—Pensé que el FBI os había dicho que este vídeo ya no estaba en la red —dijo la capitana Blake—. ¿Cómo *demonios* lo consiguieron?

—No estaba en la red para la mayor parte de la gente —contestó Hunter—. Pero en el momento en que algo llega a internet, siempre está en internet. Incluso si la mayor parte de la gente no lo puede encontrar. El *LA Times* tiene una cantidad suficiente de gente y de recursos en su nómina como para poder encontrar el vídeo.

La sala comenzaba a sentirse caldeada. La capitana Blake se dirigió hacia la única ventana que había y la abrió.

—Por el momento, este es el único periódico que difundió la historia —dijo ella irritada—. Pero nuestra oficina de prensa ya recibió una batería de llamadas, desde periódicos locales hasta nacionales e internacionales. La avalancha de basura está a punto de comenzar.

Hunter y García sabían que se estaba refiriendo a todos los imbéciles que sin duda comenzarían a llamar o a enviar cartas anónimas con todo tipo de datos e informaciones falsos, la mayor parte de los cuales deberían ser verificados por una cuestión de protocolo. Sumado a eso, siempre estaban las llamadas obligatorias de psíquicos y tarotistas con visiones, o mensajes recibidos desde el más allá que podrían ayudar a resolver el caso. Estaban todos acostumbrados a eso. Sucedía cada vez que se filtraba la noticia de un nuevo asesino de alto perfil.

—Esta mañana me llamó el alcalde —agregó la capitana Blake —. A mi casa. Apenas terminé con esa llamada, recibí otra del gobernador de California. Todos quieren saber qué demonios está sucediendo, y el teléfono de mi casa parece haberse convertido en

la línea de atención específica de este caso. —Cogió el periódico del escritorio de García y lo arrojó enérgicamente al cubo de la basura, derribándolo y desparramando el contenido.

—¿Qué les dijiste?, —preguntó Hunter, devolviendo con calma el cubo a su lugar.

La capitana Blake miró a Hunter. Su maquillaje estaba tan impecable como siempre, pero llevaba puesta una sombra de ojos más oscura que la que utilizaba habitualmente, y eso hacía que su mirada de enojo pareciera mortífera. Así y todo, Hunter la miró a los ojos.

—Lo suficiente como para asegurarles que estamos haciendo todo lo que podemos —contestó ella—. Pero no les di ninguna información que no tuvieran que saber. Nadie sabe que el asesino te contactó primero a ti, y que ya estábamos investigando este caso mucho antes de que llegara a los periódicos. Nadie sabe que el asesino ya se ha cobrado al menos una víctima antes de Christina Stevenson. Quiero mantener todo eso en secreto. En lo que respecta a todos los demás, estamos comenzando con esta investigación de los asesinatos en línea en el día de hoy.

—Nos viene bien —dijo Hunter.

—Rechacé el pedido de una conferencia de prensa en esta etapa inicial de la investigación —continuó la capitana, todavía molesta —. Pero no podremos escaparle, como bien lo sabéis. En algún momento finalmente habrá una conferencia de prensa. ¿Y adivinad qué? —No esperó una respuesta—. Vosotros dos seréis quienes estaréis frente a ese pelotón de ejecución.

Pocas cosas odiaba más Hunter que las conferencias de prensa. Exhaló y se pellizcó el tabique de la nariz. El dolor de cabeza le seguía carcomiendo el cerebro, a pesar de la extenuante ejercitación.

—¿Leísteis la edición dominical del *LA Times*?, —preguntó la capitana Blake—. ¿Leísteis el artículo de Christina Stevenson?

Ambos detectives asintieron.

—Bueno, sacó a la luz ese *affaire* de la «celebridad» —dijo la capitana—. No me interesa ni la prensa sensacionalista ni el periodismo del corazón, pero desde ayer he tenido que familiarizarme inmediatamente con esos géneros. Todos están diciendo que el marido engañado probablemente le pedirá el

divorcio. —Hizo una pausa, pero Hunter y García no reaccionaron. Prosiguió—. Pase lo que pase, la relación ahora está gravemente dañada. Las acciones de la esposa probablemente harán que se termine su carrera no tan exitosa de actriz. Aunque no me sorprendería si saca de todo esto un contrato para un libro. Lo que quiero decir es que todos hemos visto y trabajado en casos en los que se asesinó a gente por mucho menos que eso. ¿Estáis investigando a esta pareja de famosos como posibles sospechosos?

—Hicimos una verificación preliminar —dijo García—. El marido había estado rodando en Sacramento desde el principio de la semana. Obviamente no tenía idea acerca del *affaire*, o de que se publicaría ese artículo. Regresó a Los Ángeles el domingo por la tarde. La esposa y el amante ambos tienen coartadas sólidas para el viernes por la noche, la noche en que murió Christina Stevenson. Y no, no son la coartada el uno del otro, capitana. Estamos investigando otros aspectos de todo esto, pero el verdadero rompecabezas es: ¿cómo relacionamos a Kevin Lee Parker, la primera víctima, con el artículo del *affaire* de los famosos de Christina? Sabemos con seguridad que la misma persona está detrás de los dos asesinatos.

—Bueno, ese es vuestro trabajo, ¿no es así?, —replicó la capitana Blake—. Encontrar una conexión, si es que la hay.

—Y como dije, es lo que estamos investigando —contestó con firmeza García—. La posibilidad de que a la señorita Stevenson la hayan asesinado porque era periodista es muy real, y lo sabemos. Tenemos un equipo trabajando en reunir todos los artículos que escribió para el *Times* en los últimos dos años.

—Haced que trabajen más deprisa —dijo la capitana, dándose la vuelta para mirar el tablero de las fotos en la pared sur. Notó inmediatamente dos juegos nuevos de fotografías. El primero había sido tomado en el aparcamiento de la calle Dewey, en Santa Monica, donde había sido hallado el cadáver de Christina Stevenson el día anterior por la mañana. Cuando su mirada se encontró con las imágenes del cadáver, la capitana contuvo la respiración por un instante.

Sin las avispas, la deformación ocasionada por las picaduras era absolutamente estremecedora. El cuerpo de Christina era una masa irreconocible. Las avispas cazatarántulas no habían tenido piedad.

Incluso los ojos y la lengua habían sido picados en varias ocasiones.

—¡Dios! —La palabra se escapó de la boca de la capitana—. Qué bien que el periódico no le echó mano a esta foto.

El segundo juego nuevo de fotografías era del dormitorio de Christina.

La capitana Blake observó las fotos despacio, y Hunter y García vieron cómo su cuerpo quedó rígido al llegar a la última foto de la serie.

—¿Qué demonios es eso?

Cincuenta

Luego del descubrimiento de Hunter dentro del dormitorio de Christina Stevenson, el equipo de la policía científica aplicó un polvo para huellas dactilares naranja fluorescente en el muro de vidrio para realzar lo que habían encontrado. Aunque los polvos fluorescentes por lo general se aplicaban en superficies multicolor, a menudo se utilizaban para aplicarlos en áreas grandes, dado lo sencillo que resultaba fotografiar los resultados bajo una lámpara UV.

—El asesino nos dejó eso —dijo Hunter.

—¿Qué? —La capitana Blake se acercó para mirar mejor.

—Dejó eso en el muro de vidrio detrás de las cortinas —aclaró Hunter—. Creemos que se escondió allí a esperar a que la víctima llegara a la casa.

—¿Cómo lo hizo?

—Del mismo modo en que lo hacen los niños. Empañó el vidrio arrojándole el aliento, y luego escribió.

La policía científica había utilizado un vaporizador de mano para empañar apropiadamente el sector deseado del vidrio. El polvo naranja fluorescente se adhirió a las partículas de agua creadas por el vapor que rodeaba a lo que fuera que el asesino hubiese dibujado en el vidrio, haciendo que el conjunto pareciera un esténcil grande color naranja.

En el centro del mismo el asesino había escrito tres palabras: EL DIABLO ADENTRO.

—¿Qué demonios significa?, —preguntó la capitana, girando sobre sus talones para quedar de frente a ambos detectives—. ¿Adentro de qué… o de quién…? ¿Su cabeza…? ¿La de ella…? ¿El ataúd de vidrio…?

—Aún no sabemos qué significa, capitana —dijo Hunter.

—Ese es el motivo por el cual llegué temprano —se sumó García

—. La única referencia que encontré fue a una película de terror lanzada en enero de 2012. Se llama *Con el diablo adentro*.

—¿Una película de terror? —La ceja izquierda de la capitana Blake se alzó de una manera peculiar.

García asintió, mientras leía de la pantalla de su ordenador:

—Es una película de terror del tipo falso documental acerca de una mujer que participa de una serie de exorcismos, mientras trata de comprender qué fue lo que le sucedió a su madre.

Un momento de silencio estupefacto.

Se alzó la segunda ceja:

—¿Has dicho exorcismos?

García exhaló, compartiendo la frustración de la capitana:

—Así es. Según el texto publicitario de la película, su madre había asesinado a tres personas estando poseída por un demonio. La hija quiere averiguar si eso es cierto o no.

La mirada de la capitana pasó de García a Hunter y luego al tablero de las fotos y otra vez a García:

—No puedo creer que estoy a punto de hacer esta pregunta. —Negó con la cabeza—. En la película, ¿la madre de la chica cómo asesina a las tres personas?

—Aún no la he visto —contestó García—. Es lo que quería hacer antes de que vosotros llegarais. —Con un gesto de la cabeza señaló la pantalla de su ordenador.

La capitana Blake dio un paso hacia atrás y se rascó la frente con sus manos, que tenían las uñas pintadas de rosa pálido por una manicura:

—Oh, dadme un maldito respiro. ¿Alguno de vosotros dos realmente cree que algo de todo esto… —señaló el tablero de las fotos— tiene algo que ver con una película de terror sobrenatural acerca de exorcismos?

—Yo no sabía que existía una película con ese nombre hasta que Carlos la mencionó —dijo Hunter—. Pero ahora que lo sabemos, podríamos verificar. —Se encogió de hombros, ladeando a la vez la cabeza—. Asesinatos que replican crímenes que aparecen en películas o en libros, ficticios o verdaderos, no es nada nuevo, capitana. Lo sabes.

Silo sabía. Hacía tan solo dos años la División de Robos y Homicidios había tenido un caso en el que un muchacho de

veintiún años asesinó a cuatro personas en la misma cantidad de semanas. Cuando finalmente le atraparon, se reveló que estaba obsesionado con una oscura novela policial publicada pocos años antes. Se identificó tanto con el personaje del asesino que creía que él y el asesino serial de la ficción eran la misma persona. Siguió los crímenes de la novela exactamente como habían sido descritos.

—Quizás es solo una coincidencia que haya una película con esas palabras como título, capitana —continuó Hunter—. Como tú dijiste, el asesino podría estar hablando de manera figurativa, haciendo una referencia al *diablo adentro* de él… o de ella… o de alguna otra persona.

—¿Y eso qué significaría?, —le devolvió la capitana.

—Depende —dijo Hunter—. Si esas palabras son una referencia al diablo dentro de *sí mismo*, entonces podría estar hablando de algo que no puede controlar. Un deseo arrollador de matar. Un monstruo adentro. Quizás dormido la mayor parte del tiempo, pero cuando se despierta… —Hunter señaló el tablero de las fotos— ese es el resultado.

La mirada pensativa y frustrada de la capitana Blake se intensificó.

—Bajo otra luz —prosiguió Hunter—, el asesino podría estar hablando del diablo adentro de todos nosotros, refiriéndose a lo patéticas que considera que son las vidas de otras personas. —Hunter señaló una foto del tablero—. Kevin Lee Parker llevaba una vida normal y sin ambiciones. Le gustaba su trabajo en la tienda de videojuegos, y estaba muy satisfecho con su vida familiar. No quería ni necesitaba más que eso. El asesino podría haber visto su falta de ambición como un desperdicio de vida, y eso le irritaba. La vida de Christina Stevenson, por el otro lado, estaba completamente abocada a su trabajo. Un trabajo que dependía mucho del cotilleo y de los rumores. Un trabajo que se entrometía en la vida de otras personas, con muy poca consideración hacia cualquier otra cosa. Para muchos, un trabajo despreciable. Quizás el asesino piensa que está eliminando del mundo la vulgaridad, de a un asesinato por vez.

—Y también está la evidente connotación más religiosa —dijo García.

La capitana le miró.

—El asesino podría estar creyendo que sus víctimas están

poseídas por demonios o algo así, y matándolos les está salvando el alma. La tortura apunta al diablo que está adentro, no a la persona.

La capitana Blake puede haber querido reírse, pero sabía por experiencia propia que la locura de la gente no era ninguna broma, y no tenía límites. Por más absurdas que pudieran sonar, cualquiera de esas teorías podía ser cierta. Nadie, quizá ni siquiera el asesino, sabía qué era lo que sucedía dentro de su cabeza.

—O podría ser algo que no tuviera nada que ver con ninguna de esas cosas —continuó García—. Como Robert dijo antes, este asesino podría estar tan desconectado de todo que esas palabras… —llevó la atención de la capitana otra vez a la fotografía del polvo naranja fluorescente— podrían ser sencillamente algo que hizo para matar el tiempo, mientras esperaba que la víctima llegara a la casa.

—¿Hay alguna conexión entre las dos víctimas?, —preguntó la capitana Blake.

—Estamos verificando —respondió García.

El silencio que siguió fue interrumpido por el teléfono de Hunter, que empezó a sonar.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —contestó Hunter.

—Hunter, habla Michelle Kelly de la División de Ciberdelito del FBI. Analicé otra vez la grabación que teníamos de la transmisión del viernes. Y creo que hay algo que deberías ver.

Cincuenta y uno

Esta vez condujo García, pero durante el breve recorrido hasta el edificio del FBI en el *boulevard* Wilshire, ninguno de los dos detectives dijo ni una sola palabra. Habían pasado diez días desde que habían sido catapultados a esa investigación, y en esos diez días el caso había tenido tantos giros que estaba empezando a parecerse a un bol de espaguetis. Y ambos detectives podían ver que había más por venir.

En el escritorio de recepción del edificio del FBI, pasaron por los mismos registros de seguridad que la primera vez, antes de ser escoltados abajo a la División de Ciberdelito por el mismo agente del FBI vestido de traje negro.

—Tío, estamos en un ascensor bajando al subsuelo —le dijo García al agente—. Ya te puedes quitar esas gafas de sol.

El agente no se movió. No contestó.

García sonrió:

—Te estoy molestando. Sé que tienes que andar con esas gafas todo el tiempo para que nadie sepa qué estás mirando, ¿no es así?

El agente siguió sin responder.

—Ah, a la mierda —dijo García, cogiendo sus gafas de sol de su bolsillo y poniéndoselas—. Es un buen *look*. Creo que todos deberíamos usarlas, a pesar de todo.

Hunter reprimió una sonrisa.

Las puertas del ascensor se abrieron otra vez. Harry Mills los estaba esperando junto a la puerta doble de vidrio al final del corredor.

—Un placer hablar contigo —le dijo García al agente, que mantuvo un rostro desprovisto de expresión mientras se daba la vuelta y se marchaba.

Harry condujo a los dos detectives dentro de las instalaciones de

la División de Ciberdelito incómodamente frías.

Michelle estaba sentada a su escritorio con un teléfono calzado entre el hombro y la oreja derechos, mientras sus dedos danzaban frenéticamente sobre el teclado. Miró a Hunter y a García y subió y bajó las cejas a modo de un «hola» silencioso. Cinco segundos más tarde ya había terminado la llamada.

—Wow —dijo García, mirando su labio inferior todavía hinchado—. O te peleaste con la persona incorrecta o eso del botox no está funcionando contigo.

Harry sonrió.

—Eres muy gracioso —dijo Michelle.

García se encogió de hombros:

—Me las arreglo.

—De hecho me peleé con la persona correcta, que de aquí en más estará en prisión por un largo rato. Tomad asiento. —Michelle señaló las dos sillas vacías que estaban junto a su escritorio.

Hunter y García se sentaron.

Michelle llevaba puesta una camiseta negra ajustada con unas rasgaduras pequeñas y simétricas a ambos lados. En la parte de delante de la camiseta, en letras rosas, se leían las palabras «Rock Bitch». La camiseta de escote amplio también dejaba ver un muro de tatuajes muy coloridos en su pecho.

—Anoche finalmente tuve algo de tiempo para repasar las grabaciones de ambos asesinatos —explicó—. No tengo idea de qué estaba buscando o qué estaba esperando encontrar. Estaba intentando cosas. Una de las cosas que intenté fue un truco de saturación de color y contraste, y al mismo tiempo pasar las imágenes a velocidad más lenta. —Hizo una pausa y tipió algo en el teclado. Las conocidas imágenes de Christina Stevenson tendida en el ataúd de vidrio se cargaron en el monitor que estaba del lado izquierdo de su escritorio—. Y me encontré con algo que no esperaba que estuviera allí. No creo que nadie lo esperara. Ni siquiera el asesino.

Tanto Hunter como García siguieron con su atención puesta en Michelle durante un instante antes de permitir simultáneamente que su vista se moviera en dirección al monitor.

Hunter también había mirado ambas grabaciones muchas veces. Él también las había pasado a una velocidad más lenta, pero no

había dado con nada nuevo.

—Dejadme que os muestre —dijo Michelle, arrimando su silla más cerca del escritorio.

Primero adelantó la grabación a una instancia bastante tardía —minuto 16:15 de un total de 17:03— y la puso en pausa. El torso de Christina Stevenson estaba completamente cubierto de avispas cazatarántulas. Ya la habían picado cientos de veces.

—Sin el truco de saturación de color y contraste —explicó Michelle—, nunca lo habría visto. Mirad. —Hizo clic en el ratón y lo arrastró sobre una porción de la imagen, en algún lugar justo por encima de donde debería haber estado el ombligo de Christina, creando allí un cuadrado pequeño con una línea de puntos. Tipió un comando y el cuadrado conformado por la línea de puntos se agrandó con *zoom* y ocupó toda la pantalla.

Hunter y García se adelantaron hasta el borde de sus asientos.

—Como sabéis —continuó Michelle—, el asesino estaba utilizando una cámara de visión nocturna, por lo que prácticamente no había ningún tipo de iluminación. La cámara estaba estática, ubicada por encima del ataúd en forma oblicua. Calculamos que a unos treinta y ocho o cuarenta grados.

Hunter y García asintieron.

—¿Os acordáis cuando os dije que este asesino parecía tener todo cubierto?, —dijo Michelle, prosiguiendo—. Bueno, creo que hay una cosa que se olvidó de incorporar en la ecuación.

Hunter y García seguían mirando la imagen en la pantalla. Allí no había más que unas cuantas avispas enfocadas con el *zoom*.

—Esas avispas están vivas y moviéndose todo el tiempo —aclaró Michelle—. En este lugar en particular, de pura casualidad, un pequeño grupo de avispas se movieron todas al mismo tiempo, en exactamente la misma dirección, y por encima de otro grupo de avispas. La cámara estaba paneando directo hacia el rostro de la mujer. La combinación de todo ese movimiento, durante una fracción de segundo, produjo un ángulo de iluminación distinto. ¿Estáis todavía conmigo?

Ambos detectives asintieron otra vez.

—Ahora bien, los cuerpos de las avispas son negros, y cualquier fondo oscuro detrás de un vidrio puede crear un efecto de espejo si el ángulo de iluminación es el correcto.

Michelle tipió otro comando y la imagen se aclaró de manera considerable, antes de avanzar un solo segundo y poner pausa.

Silencio.

Ojos entornados.

Cabezas ladeadas.

Y entonces Hunter y García finalmente lo vieron.

Cincuenta y dos

Debido al nuevo ángulo de iluminación creado por la posición que habían adoptado las avispas cazatarántulas, en combinación con la cámara recién comenzando el paneo hacia la derecha, de repente algo se reflejó en la tapa del ataúd.

—Está allí por tan solo 0,2 segundos —dijo Harry—. Pero cuando lo separamos por cuadros, hay ocho cuadros distintos.

Hunter y García seguían mirando la pantalla con los ojos entornados y ladeando la cabeza hacia un costado y hacia el otro, intentando entender mejor qué era lo que estaban mirando. Fuera lo fuera, se reflejaba solo de manera parcial. Un objeto muy apartado del suelo, entre un metro y medio y un metro ochenta, alejado del ataúd, y colocado contra lo que parecía un muro de ladrillos sin nada en particular. Solo podían ver lo que suponían era la cuarta parte más alta del objeto, y no muy bien. Era una estructura delgada que parecía una T. Probablemente de metal. Los extremos de la barra horizontal de arriba de la T se curvaban sobre sí mismos, creando dos pequeños aros, uno en cada extremo, como dos ganchos. Del aro que estaba a la izquierda parecía haber algo colgando, pero el reflejo mostraba solo un pequeñísimo fragmento de ese objeto.

—¿Qué demonios es eso? —García habló primero—. ¿Alguna clase de percha?

Hunter lo miró durante unos segundos más, y luego negó con la cabeza:

—No. Es un portasueros.

García frunció el ceño:

—¿Qué?

—Eso es exactamente lo que nosotros creemos que es —convino Harry—. Hemos estado comparando hace ya un rato con imágenes de internet.

Michelle les alcanzó a Hunter y a García dos impresiones color de tamaño grande.

Hunter no precisaba mirarlas. Sabía que estaba en lo cierto. Había vivido con uno de esos en su casa durante varios meses cuando tenía siete años de edad, mientras el cáncer consumía a su madre. Ayudaba a su padre a cambiar el suero todos los días. Cuando las convulsiones de dolor la hacían agitar violentamente los brazos, tirando del tubo del gotero y haciendo caer al suelo todo el palo, Hunter era siempre el que lo colocaba otra vez en su lugar. Cuando tenía veintitrés años, luego de que su padre fuera herido de bala en el pecho, Hunter pasó doce semanas sentado en la habitación de un hospital junto a él mientras el padre yacía en coma antes de morir. Durante doce semanas miró los portasueros, los goteros y todas las máquinas que había dentro de la habitación de ese hospital. No, ciertamente no precisaba mirar las impresiones. Algunos recuerdos y algunas imágenes nunca se le borrarían de la mente, sin importar cuánto tiempo hubiera pasado.

—¿Un portasueros?, —preguntó García, moviendo la vista de un lado a otro entre las impresiones y la pantalla del ordenador.

Hunter asintió.

—Y como podéis ver… —habló otra vez Michelle, señalando de nuevo la pantalla y al aro de la derecha— definitivamente hay algo colgando allí. —Hizo clic en el ratón y la imagen se agrandó treinta veces, pero incluso así nadie podía estar ciento por ciento seguro de qué era lo que estaban mirando—. Esto fue lo mejor que pudimos hacer —continuó, encogiéndose de hombros—. Suponemos… que es alguna especie de suero.

Hunter y García seguían mirando la pantalla.

—Si es así —dijo Harry—, entonces estáis mirando dos escenarios posibles. Uno: ese palo y ese suero están allí para el asesino.

Ninguno de los dos detectives respondió al comentario, pero ambos sabían que eso era posible.

Lo cierto es que no sabían nada concreto acerca del asesino. Lo único que tenían eran conjeturas basadas en las acciones que el asesino había realizado hasta el momento. Incluso Mike Brindle de la policía científica creía que estaban persiguiendo a alguien grande y fuerte. Lo suficientemente fuerte como para cargar a alguien de

cien kilos en el hombro. Pero esa conjetura estaba basada en las huellas de calzado que encontraron en el callejón de Mission Hills, donde habían hallado el cadáver de la primera víctima. Las huellas que creían que había dejado el asesino. Brindle les había dicho que la huella izquierda parecía ser más prominente que la derecha. Dijo que eso podía indicar que el asesino caminaba con una ligera anormalidad, como una cojera, depositando más peso en la pierna izquierda. Asumieron que la anormalidad estaba ocasionada porque la persona estaba acarreando una pesada carga sobre el hombro izquierdo —el cuerpo de la víctima—. ¿Pero no podía ser que estuviesen asumiendo algo que no era así? ¿No podía ser que el asesino tuviera alguna clase de impedimento físico? ¿No podía ser que el asesino *sufriera* alguna clase de dolor constante y *necesitara* medicación diaria?

—El escenario dos —dijo Harry, prosiguiendo—, y el más probable, es que el portasueros sea para las víctimas. Quizás el asesino seda a las víctimas por algún motivo.

Otra vez, no hubo comentario por parte de Hunter o García, pero ninguno de los dos creía que el asesino hubiera sedado a las víctimas.

La sedación intravenosa, también conocida como «sueño crepuscular», operaba en el cerebro del mismo modo que la amnesia, provocando una pérdida de la memoria o parcial o total. La persona entraba y salía de un estado de somnolencia, totalmente relajada, y así y todo podía oír lo que sucedía a su alrededor, pero no registraba realmente nada. La sedación intravenosa por lo general no funcionaba como anestésico, por lo que la persona igual sentiría dolor, pero eso dependería completamente del tipo de suero que se utilizara.

Christina Stevenson estaba alerta y completamente aterrada mientras había estado encerrada dentro del ataúd de vidrio. No relajada. Y de ningún modo entrando y saliendo de una somnolencia. Lo mismo se podía decir de Kevin Lee Parker. No, si el portasueros estaba allí para las víctimas, Hunter estaba seguro que su propósito no era sedarlos, y ese pensamiento fue lo que le llenó de pánico. El asesino podría haber utilizado alguna clase de droga para aumentar las sensaciones. Algo no tan fácil de encontrar en un análisis toxicológico de la sangre. Algo que estimulara el sistema

nervioso y lo ultrasensibilizara. Para este asesino, la violencia tenía un propósito. Quería que sus víctimas estuvieran lo más sobrias posible. Quería que sintieran cada partícula de dolor, pero también quería que tuvieran miedo. Querían que supieran que les estaba llegando la hora de la muerte. Y que no había nada que alguien pudiera hacer para salvarlos.

Cincuenta y tres

Al salir del edificio del FBI, Hunter y García recibieron una llamada telefónica de la doctora Hove. Había finalizado con la autopsia de Christina Stevenson.

Con un tráfico que avanzaba a paso de hombre, les llevó poco más de una hora llegar al Departamento Forense en North Mission Road. La doctora Hove los estaba esperando en la sala para autopsias número uno, la misma sala que habían utilizado para Kevin Lee Parker.

La sala se sentía incluso más fría que antes. El olor denso, invasivo y dulce del desinfectante parecía más fuerte, a un nivel asfixiante. Hunter se pellizcó varias veces la nariz antes de cruzarse de brazos. En la zona de los tríceps se le puso la piel de gallina.

La doctora Hove los llevó al fondo de la sala hacia la última de las tres mesas para autopsias que surgían de la pared este.

Dado que no habían llegado a tiempo al aparcamiento en Santa Monica la mañana anterior, esa era la primera vez que los detectives veían el cadáver de Christina Stevenson en vivo y en directo. Su desfiguración era incluso más perturbadora que lo que mostraban las imágenes. Su piel, que en algún momento había sido suave como la seda, a juzgar por las fotos que habían visto en su casa, ahora se veía gomosa y porosa. Los bultos que le cubrían el cuerpo eran de todos los tamaños, pero así y todo eran todos monstruosos. El dolor inimaginable por el que había pasado seguía allí, esbozado en su rostro deformado como una máscara de terror.

—Un acercamiento distinto —dijo la doctora Hove, colocándose un par nuevo de guantes de látex—. Pero igual de sádico que el primer asesinato, si me preguntáis a mí. —Ya había visto la grabación.

Hunter y García se ubicaron a la izquierda de la mesa de examinación de acero inoxidable.

—Como las avispas no dejan enterrado el aguijón —comenzó la doctora Hove—, lo cual les permite picar muchas veces, es imposible saber cuántas veces la picaron. Mi estimación es que cerca de mil veces.

A García se le hizo un nudo en la garganta y se le formaron gotas de sudor frío en la frente. Solo cuatro picaduras le habían enviado al hospital siendo un niño. Aún podía recordar el dolor, y lo mal que se sintió. Su mente no podía siquiera imaginar cómo podrían llegar a sentirse mil picaduras.

—Como estaba tendida de espaldas durante el ataque —continuó la doctora Hove—, las avispas concentraron sus esfuerzos al frente y a los lados del cuerpo. Las zonas menos picadas son estas pequeñas secciones de los pechos. —Señaló con el dedo índice—. Y esta zona alrededor de la ingle y la cadera. Como sabéis, el motivo es que llevaba puesto sostén y bragas. El laboratorio ya los está analizando. Cualquier cosa que se encuentre, seréis los primeros en saberlo. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Más allá de esas dos zonas, como podéis ver, la picaron prácticamente en todos lados, incluyendo la parte interna de la boca, la parte posterior de la garganta, la lengua, los ojos y la parte interna de las fosas nasales. —La doctora Hove miró la gráfica que estaba en la pared oeste y que detallaba los pesos de los órganos internos de la difunta —. Saqué avispas muertas de muy adentro de su cavidad auditiva, del esófago y del estómago.

García cerró los ojos y tragó seco. Estaba comenzando a sentirse mal.

—Los análisis del estómago dieron como resultado que estaba prácticamente vacío —dijo la doctora Hove.

Hunter sabía que eso no era infrecuente en un caso de secuestro/asesinato en el que el asesinato se cometía tan solo un día o dos después del secuestro. Incluso en el caso de que el atacante hubiera intentado alimentar a la víctima, el miedo, la ansiedad y la incertidumbre que acompañaban al hecho de ser mantenido en cautiverio sin duda habrían actuado como un poderoso supresor del apetito, incluso para los individuos más estables.

—Murió de paro cardíaco, *probablemente* ocasionado por un *shock* anafiláctico.

Por lo que Hunter y García habían presenciado mediante la

transmisión, estaban seguros de que la víctima no era alérgica al veneno de las avispas. De haberlo sido, su cuerpo se habría comenzado a cerrar inmediatamente después de la primera picadura. Sin ayuda, la muerte le habría llegado rápido. Mucho más rápido de los dieciocho minutos que le llevó a ella morir.

La doctora alzó la vista y notó que García había dado un paso hacia atrás. No se le veía muy bien:

—¿Estás bien, Carlos?

Él asintió, evitando el contacto visual:

—Sí. Bien. Sigue, por favor.

—Probablemente ya sabéis esto —continuó ella—, pero para que ocurra una reacción anafiláctica, uno tiene que haber estado expuesto, en el pasado, a la sustancia que ocasiona la reacción, llamada antígeno. En este caso, el veneno de las avispas. Este proceso se llama *sensibilización*. El problema es que aunque ella no fuera ya alérgica al antígeno, en el caso de un ataque prolongado, como el que sufrió, el volumen de veneno inyectado directamente en su torrente sanguíneo podría haberle ocasionado fácilmente una de dos reacciones extremas: o forzar una sensibilización de manera excepcionalmente veloz o saltarse sin más el proceso, forzando al cuerpo a pasar directo a la anafilaxis, una reacción alérgica extrema.

García se enjugó el sudor de la frente con la manga de su mono blanco.

—Pero dije que el paro cardíaco fue ocasionado *probablemente* por un *shock* anafiláctico. —La doctora Hove abrió una carpeta roja que estaba sobre la encimera de acero inoxidable a su derecha—. Pero hay otra posibilidad. La característica principal del veneno de las avispas cazatarántulas es que paraliza a la presa. Ahora bien, seguro y por el mismo nombre recordaréis que su presa principal son las tarántulas, que pueden ser dos veces y hasta tres veces más grandes que la avispa.

—Un veneno muy fuerte —dijo Hunter.

—Para su presa natural, fatídico —convino la doctora Hove—. Pero su capacidad de paralizar no debería afectar a los seres humanos, a no ser que se inyecte en el torrente sanguíneo una gran cantidad. En ese caso, existe una posibilidad muy grande de que ese veneno pueda inducir al corazón humano a una parálisis.

Todas las miradas regresaron al cadáver sobre la mesa durante un largo rato, que pasó en silencio.

—Leí el informe de Mike Brindle —dijo la doctora Hove, captando otra vez su atención—. Y también repasé el inventario de la escena del secuestro… su propia casa, ¿no es así?

Hunter asintió.

—Las uñas rotas que encontró… coinciden. —Señaló las manos del cadáver.

Hunter y García se acercaron un poco para observarlas más de cerca. Las uñas de los dedos índice y corazón de la mano derecha estaban rotas. Lo mismo había sucedido con la uña del dedo índice de la mano derecha.

—¿Encontraste algo debajo de las otras uñas?, —preguntó Hunter.

La doctora Hove hizo una mueca:

—Debería haber habido algo, ¿no es así? El informe de Brindle describe una escena de pelea típica.

—Así es —confirmó Hunter.

—Por lo que si ella se defendió contra el agresor, hay posibilidades de que debajo de alguna uña haya quedado algo depositado: fibra de tela, piel, cabello, polvo… algo.

—¿No había nada? —Esta vez García.

—La lavaron —dijo la doctora—. Las uñas se las cepillaron con lejía. Están tan limpias como las de un recién nacido. Este asesino no está dejando nada librado al azar.

La doctora Hove les permitió que examinaran unos segundos más las manos del cuerpo antes de hablar otra vez.

—Ahora bien, he aquí un hecho inesperado —dijo—. El asesino preservó el cadáver luego de que ella murió, conservándolo en un lugar frío.

A Hunter no le sorprendió. Había tenido sus sospechas.

—Todos sabemos que murió hace cinco días, el viernes por la tarde —explicó la doctora—, pero el cadáver fue hallado recién el lunes por la mañana, son casi setenta y dos horas más tarde. La temperatura promedio en Los Ángeles la semana pasada fue de veintiocho grados centígrados. Luego de tres días, el cadáver debería haber estado hinchado y despidiendo fluidos por todas partes. Los bultos inflamados por las picaduras de las avispas

deberían haber remitido considerablemente, siendo reemplazados por ampollas grandes, ocasionadas por los gases del cuerpo. El *rigor mortis* debería haberse producido y haberse ido hace dos días. El cadáver estaba aún en las últimas etapas del mismo anoche. El atacante preservó el cuerpo.

La refrigeración demoraba la descomposición de la misma manera que retrasaba el momento en el que los embutidos se echaban a perder, y preservaba a las frutas y a las verduras de descomponerse demasiado deprisa.

Tanto Hunter como García sabían que en la mayoría de los casos, cuando el responsable preservaba el cuerpo *entero* luego del asesinato, había en juego una emoción muy fuerte. Las tres más comunes eran odio, amor y lujuria.

En el caso del amor, el responsable por lo general evitaba desfigurar a la víctima, manteniendo el cuerpo lo más cerca posible de su estado original, durante la mayor cantidad de tiempo posible. Deshacerse del cuerpo no era un acto que el perpetrador estuviera preparado para llevar a cabo tan sencillamente.

En el caso del odio, el perpetrador continuaba castigando físicamente a la víctima una y otra vez, para aliviar la ira que tenía dentro. La desfiguración era inevitable.

Y en el caso de la lujuria, por lo general la víctima era violada en repetidas oportunidades previo al asesinato. Luego de la muerte, a menudo también se cometía necrofilia.

—¿Fue violada?, —preguntó Hunter—. ¿Antes o después del asesinato?

—No. —La doctora negó con la cabeza—. Como he dicho antes, dado que llevaba puestas bragas, la zona de las ingles no quedó tan expuesta a las picaduras de avispas como el resto del cuerpo. No encontré ninguna indicación de penetración forzada. Ni abrasiones en la piel alrededor de la vagina. Ni semen dentro de ella, o en la piel. Ni tampoco residuos de lubricante en las paredes vaginales, lo cual podría indicar que el perpetrador la violó pero utilizó un profiláctico. El laboratorio nos dirá si encuentran algo de semen en su ropa interior, pero no creo que suceda. No creo que el asesino haya estado en busca de sexo. Tampoco creo que estuviera enamorado de ella. Lo cual teóricamente os deja con dos alternativas.

—Odio, o pura manía homicida —dijo Hunter.

La doctora Hove asintió.

—Quizá no tuvo la posibilidad de deshacerse del cuerpo inmediatamente después y no quería que empezara a pudrirse y a llenar de olor el lugar —sugirió García.

—El asesino probablemente utilizó un freezer horizontal mediano para preservar el cuerpo —dijo ella—. Por pliegues de la piel y marcas de concentración de sangre, os puedo decir que hay grandes probabilidades de que haya sido preservada en posición fetal.

La doctora Hove esperó unos segundos antes de cubrir el cuerpo con una sábana blanca:

—Lamentablemente no hay mucho más que os pueda decir. Su muerte no es un misterio. Todos vimos lo que le sucedió. Toxicología demorará un par de días.

Hunter y García asintieron y se dirigieron hacia la puerta como colegiales que escuchan el timbre final antes de las vacaciones de verano.

—Mantennos al tanto si surge algo nuevo de alguno de los análisis, ¿puede ser, doc? —dijo Hunter.

—Como siempre.

Ambos ya estaban a mitad del pasillo para cuando ella alzó la vista.

Cincuenta y cuatro

Dennis Baxter había conseguido resolver la sencilla contraseña de seguridad de cuatro dígitos del *smartphone* que Hunter le había dado la noche anterior —el móvil de Christina Stevenson—. Con el teléfono en marcha, no tuvo ningún problema para acceder a toda la información que había en la tarjeta SIM.

Baxter enseguida descubrió que la batería del teléfono se había agotado en algún momento del domingo por la mañana, dos días después de la transmisión del asesino. Entre el jueves por la noche, la noche en la que Christina fue secuestrada, y el domingo por la mañana, el buzón de voz del *smartphone* recibió veintiséis mensajes de voz. Había también cuarenta y dos mensajes de texto nuevos. Un repaso rápido por las aplicaciones del *smartphone* reveló varios álbumes de fotos, algunos vídeos, cuatro grabaciones de voz y dieciséis páginas de notas. Parecía que Christina no había utilizado nunca la aplicación del calendario de su móvil, pero no había ninguna duda de que utilizaba la del correo electrónico. Sumando los contenidos en su casilla de entrada, las carpetas de enviados y borrados, había literalmente cientos, quizá miles de correos.

Cuando Hunter y García estuvieron de regreso en el Edificio de la Administración de la Policía, Baxter rápidamente les dio un resumen de todo lo que había hallado, y les entregó el teléfono. Ciertamente estaba contento de que no fuera su trabajo tener que leer esa montaña de correos electrónicos.

Hunter y García comenzaron por escuchar los mensajes de voz del móvil de Christina Stevenson, revisar sus notas, leer sus mensajes de texto y buscar en todos los álbumes de fotos y vídeos que ella había guardado en la memoria del teléfono y en la tarjeta SIM. Les llevó cerca de dos horas revisar todo.

La mayoría de los mensajes de voz eran del domingo por la

mañana. Eran principalmente de otros periodistas y personas relacionadas con la prensa; todos felicitándola por el artículo. Algunos incluso sonaban celosos. Pero una persona, que había llamado tres veces desde el domingo y que le había enviado tres mensajes a Christina, sonaba más como una amiga. Se llamaba Pamela Hays. Hunter averiguó que Pamela era de hecho la editora de Christina en la sección de espectáculos del *LA Times*.

A Hunter le llevó poco más de media hora ubicar en la agenda de direcciones del *smartphone* a todas las personas que le habían dejado un mensaje a Christina, y eso significaba que todas las personas que habían llamado eran conocidos de ella. No extraños.

Ninguno de los mensajes de voz, de los mensajes de texto, de las notas escritas o de voz eran lo suficientemente interesantes como para levantar sospechas, pero lo que el teléfono de Christina les había dado era una larga lista de gente con la que podían hablar. El nombre de Kevin Lee Parker no estaba en su lista de contactos.

—Ahora que la historia ya es pública —dijo Hunter, apartándose del escritorio—, me gustaría hacer una visita al edificio del *LA Times* y tener una conversación con Pamela Hays, la editora de Christina Stevenson.

García se restregó los ojos:

—Vale, yo empezaré a revisar estos correos electrónicos. —Señaló el teléfono de Christina sobre el escritorio—. Llamaré a Dennis y veré si hay un modo de que podamos conectar el teléfono al monitor del ordenador o algo. Leer todos estos correos en una pantalla de tres pulgadas y media sencillamente no es una opción.

Hunter asintió para mostrarse de acuerdo:

—Estoy seguro de que Dennis será capaz de resolverlo. Pero podría llegar a ser buena idea pedirle que copie o descargue todos los correos electrónicos a un disco duro. Lo que tienes allí es una conexión directa a su casilla de correo del *LA Times*. Si su departamento de informática cancela su clave, o si cierra su cuenta, quedamos afuera.

—Sí, también pensé en eso. —García se puso de pie para estirar el cuerpo—. Y me seguiría gustando ver esa película, *Con el diablo adentro*, solo para sacarme las dudas, ¿sabes? La puedo mirar en mi ordenador, aquí. No la quiero ver en casa frente a Anna.

Hunter asintió otra vez:

—No me he olvidado de eso. —Miró su reloj y cogió su chaqueta —. Hazme saber si encuentras algo.

—Lo mismo tú.

Cincuenta y cinco

Hunter no llamó al *LA Times* para pedir una reunión con Pamela Hays. Prefería llegar sin anunciarse. Había tratado con muchos periodistas en el pasado como para saber que les encantaba hacer preguntas pero que odiaban responderlas.

Hunter no sabía cuán amigas eran Pamela Hays y Christina Stevenson. Quizá Hunter había malinterpretado su tono de voz preocupado en los mensajes que le había dejado a Christina. Si ese había sido el caso, Hunter sabía que si llamaba con antelación para intentar conseguir una cita, lo más probable era que Pamela Hays le hubiese puesto algún tipo de excusa, como que estaría todo el día en una reunión. Aparecer allí sin ser esperado ponía el factor sorpresa del lado de Hunter, cogiendo desprevenida a la persona a entrevistar. En la experiencia de Hunter, eso era siempre una ventaja.

La sede central del *LA Times* era un complejo extraño de cuatro edificaciones distintas agrupadas con la intención de conformar un edificio enorme. De uno de los lados parecía un juzgado, de otro un aparcamiento de varios pisos, y si uno llegaba por la calle 2 Oeste, hubiese sido natural que uno pensara que estaba ingresando a la sucursal de un banco europeo.

La puerta doble alta de vidrios tintados ubicada bien adentro de la entrada de lujoso granito marrón llevaba a un *lobby* amplio, agradablemente iluminado y con una grata temperatura regulada con aire acondicionado. El lugar estaba activo de gente. Algunas personas iban y venían. Otras estaban sentadas pacientemente en la zona de espera a la derecha. Otras más estaban esperando de manera no tan paciente. Todo el suelo tenía revestimiento de mármol, lo cual amplificaba el sonido de cada pisada, haciendo que toda el área de entrada sonara como una colmena.

Hunter se estaba dirigiendo al gran mostrador de recepción que estaba al final del *lobby* cuando una mujer delgada de un metro sesenta y cinco de altura le llamó la atención al verla cruzar el ajetreado *lobby*. Caminaba despacio, con la cabeza gacha, y un aspecto triste y apagado. La reconoció inmediatamente por una foto del sitio web del *LA Times*. Era Pamela Hays.

Hunter se puso a la par de ella justo en el momento en que ella se estaba acercando a una de las cuatro puertas de ascensores en el corredor vacío a la izquierda y más allá del mostrador de recepción.

Pamela apretó el botón, dio un paso hacia atrás y esperó. Con la cabeza todavía gacha.

—¿Señorita Hays?, —dijo Hunter.

A ella le llevó un momento alzar la vista. Movió la mirada en dirección a Hunter, pero sus ojos no hicieron foco. Llevaba puesto un traje oscuro y entallado que casi la hacía desaparecer en las paredes de granito negro y gris que tenía a su alrededor.

Hunter esperó un par de segundos, y a medida que se le intensificaba la mirada vio el momento en el que su mente ausente ingresaba otra vez a la realidad. Sus ojos eran azul acero, su cabello rubio caramelo, y lo llevaba justo a la altura de los hombros. Su mandíbula, sus pómulos y su nariz tenían algo angular que hacían que pareciera estar muy concentrada. Pamela sonrió un instante, pero eso no le suavizó el rostro.

—Señorita Hays —dijo otra vez Hunter, esta vez desplegando sus credenciales—. Soy el detective Robert Hunter de la División de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Me preguntaba si tendría unos minutos disponibles.

Pamela Hays no respondió. Las cosas todavía se estaban acomodando dentro de su cabeza.

—Señorita Hays, realmente me vendría bien su ayuda… y también a Christina Stevenson.

Cincuenta y seis

Pamela condujo a Hunter nuevamente hacia afuera a la calle 1 Oeste y dando la vuelta a la esquina llegaron al Edison Lounge, en frente del Edificio de la Administración de la Policía. Por el momento no tenía el ánimo como para sentarse en una sala de reuniones o en algún otro lugar dentro de la sede central del *LA Times*.

El Edison era un bar elegante y sofisticado ubicado en el subsuelo del famoso Edificio Higgins en el centro de Los Ángeles. A principios del siglo XX, ese mismo subsuelo había albergado la primera planta de energía eléctrica de propiedad privada de la ciudad. Como homenaje al lugar que la planta ocupaba en la historia, el Edison conservaba muchos de sus artefactos arquitectónicos y mecánicos originales.

En un sector a la izquierda de la barra principal, encontraron dos sillones de cuero de respaldo alto, acomodados junto a una mesa baja que les llegaba por las rodillas, barnizada, efecto mármol. Las luces tenues y la música suave de la década de 1930, acompañados por las características de época y la detallada decoración, creaban una atmósfera tan nostálgica, que casi conseguían hacer que uno viajara atrás en el tiempo.

Hunter esperó que Pamela tomara asiento antes de sentarse.

Ella le sonrió apenas una vez más, en reconocimiento del gesto.

—Antes de que comience a hacer preguntas —dijo Pamela—. Por favor respóndame lo siguiente: ¿han encontrado el cuerpo de Christina?

No fue difícil para Hunter leerle los pensamientos a Pamela. En ese momento no estaba siendo una periodista. No estaba haciendo preguntas porque quería información para un posible artículo. En ese momento se estaba sujetando a un fragmento minúsculo de

esperanza de que lo que había visto había sido un embuste demente, un gran malentendido.

Hunter había estado en esa posición infinitas veces. Y solo empeoraba.

Se le cerró el estómago.

—Sí.

Vio cómo se apagaba una luz en los ojos de ella. Algo que había visto antes muchas veces. No como un padre que acaba de perder a un hijo o a una hija, sino como alguien que acaba de perder no solo a un amigo cercano, sino que además también cae en la cuenta de que el peligro y el mal están más cerca de lo que alguna vez creyeron. Si le había sucedido a alguien como Christina, le podía suceder a ella. Le podía suceder a su familia. Le podía suceder a cualquiera.

Pamela respiró hondo mientras sus ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—No lejos de su casa.

Una camarera, que sin problema podría haber competido por ser *Miss* California, se les acercó.

—Hola, y bienvenidos al Edison —dijo con la misma sonrisa con la que Hunter estaba convencido que sonreía a todos los clientes—. ¿Os gustaría ver nuestra carta de cócteles?

—Um… no, está bien —dijo Pamela, negando con la cabeza—. ¿Podrías traerme un vodka martini, por favor?

—Absolutamente. —La camarera miró a Hunter, lista para recibir su comanda.

—Yo beberé un café solo, por favor.

—Enseguida. —La camarera se dio la vuelta y se retiró.

—¿Quién es capaz de hacer algo así?, —preguntó Pamela. Su voz ahora era seca, como si tuviese algo atorado en la garganta. Se tomó un momento y se tragó las lágrimas—. Encontramos algunos fragmentos de la transmisión original de internet. ¿La habéis visto?

Hunter le sostuvo la mirada por un instante antes de asentir una sola vez.

—¿Dentro de qué cosa estaba metida? ¿Era un ataúd de vidrio

de fabricación casera?

Hunter no respondió.

—Y esos botones en internet. ¿La gente estaba votando cómo iba a morir Christina?

Siguió sin haber respuesta.

—Era eso, ¿no? —Pamela pareció indignada—. La gente realmente *votó*. ¿Por qué?

Ni siquiera sabían quién era. ¿Creían que era algo gracioso? ¿Pensaban que era una especie de juego? ¿O sencillamente creían que porque estaba la palabra CULPABLE escrita en la parte baja de la pantalla ella era realmente culpable de algo?

Esta vez la intensidad en los ojos de Pamela exigía una respuesta.

—No sé lo que la gente estaba pensando cuando le daba clic a uno de esos dos botones, señorita Hays —dijo Hunter, con la voz estable—. Pero todos los motivos que acaba de mencionar son válidos. La gente podría haber creído que era alguna clase de juego, que no era real… o quizás creyeron en el titular de CULPABLE.

Las palabras de Hunter hicieron que Pamela hiciera una pausa, conteniendo la respiración. Enseguida leyó entre líneas. Titulares era lo que ella utilizaba en base diaria… lo que la prensa utilizaba para captar la atención de la gente. Ella sabía que mientras más sensacionalista fuera el titular, más atención atraería, por lo que para maximizar el impacto de lo que se decía, las palabras se elegían muy cuidadosamente. A veces lo único que se precisaba era una sola palabra. También sabía muy bien que, psicológicamente, los titulares cumplían diversas funciones. A veces estaban pensados para captar la atención de la gente, y al mismo tiempo imponerle en el inconsciente una opinión preconcebida. Y su poder era mucho más fuerte del que la gente creía. Funcionaba. Ella sabía que era así.

«El asesino utilizó una de las herramientas de Christina en su propia contra», pensó Pamela, y eso la hizo temblar.

La camarera regresó con sus bebidas. Le alcanzó a Pamela su martini, e incluso antes de que dejara en la mesa el café de Hunter Pamela ya se lo había bebido todo, vaciando el vaso en tres tragos.

La camarera la miró, haciendo todo lo posible por ocultar su sorpresa.

—¿Podría ser uno más, por favor?, —dijo Pamela, devolviéndole

el vaso a la camarera.

—Um… por supuesto. —La camarera regresó a la barra.

—¿Le podría hacer ahora unas preguntas, señorita Hays?

El trago le había calmado un poco los nervios. Su atención se volvió a concentrar en Hunter y asintió:

—Sí, y déjeme de llamar señorita Hays. Me hace sentir que estoy otra vez en la escuela católica, y odiaba ese lugar. Llámeme Pamela, o Pam. Así es como me dicen todos.

Hunter comenzó con preguntas simples, solo para establecer qué clase de relación tenían Pamela y Christina. Pronto quedó claro que Pamela no era solo la jefa de Christina, sino que con el correr de los años habían llegado a ser muy buenas amigas. Le dijo que por lo que ella sabía Christina no se estaba viendo con nadie. Su última relación, de haber podido llamarse así, había terminado hacía cuatro meses. Había durado tan solo unas semanas. Pamela le dijo a Hunter que estaba condenada al fracaso desde el inicio. El tipo era mucho más joven que Christina, un mujeriego total, y era además baterista de una banda de *rock* en ascenso llamada Screaming Toyz.

Hunter arqueó las cejas. Había visto en vivo a Screaming Toyz hacía no mucho tiempo en el House of Blues.

La camarera regresó con el nuevo martini, y Pamela esta vez le dio solo un pequeño sorbo.

Hunter le preguntó acerca de las tres letras —SSV— y acerca de la secuencia numérica —678—. Pamela lo pensó durante un largo rato, pero dijo que no significaban nada para ella, y que tampoco se le ocurría de qué manera se podrían relacionar con Christina Stevenson.

Hunter pensó en preguntarle a Pamela si había oído antes mencionar a un tal Kevin Lee Parker, pero decidió no hacerlo. Había muchas posibilidades de que no le hubiese oído nombrar, y no había manera de escapar del hecho de que igual era una periodista. Hunter estaba seguro de que después verificaría el nombre, y consecuentemente descubriría que también había sido asesinado unos días antes. Con esa información, en breve aparecería en la portada del *LA Times* un titular sensacionalista acerca de un nuevo asesino serial al que le gustaba transmitir en vivo sus asesinatos. Un titular dramático en la portada de los periódicos creaba conmoción y hacía que la gente hablara al respecto, pero la

noticia de un nuevo asesino serial suelto en Los Ángeles crearía pánico por toda la ciudad. Ya lo había visto suceder. Y por el momento para Hunter y la investigación era mejor que eso no sucediera.

—¿Mencionó algo acerca de haber recibido amenazas?, —preguntó—. ¿Cartas, correos electrónicos, llamadas telefónicas? ¿Algo que la tuviera preocupada? ¿Personas que no le tuvieran simpatía?

Pamela rio entre dientes de manera nerviosa:

—Somos periodistas del cuarto periódico con más circulación de todos los Estados Unidos, detective. Dada la naturaleza de lo que hacemos, no le caemos simpáticas a nadie, por más amigables que parezcan con nosotros. Por ejemplo, usted y todos sus amigos policías del otro lado de la calle.

Hunter no dijo nada. Pero ella tenía razón. Todavía no se conocía un policía al que le agradaran los periodistas.

—En la «escala de escorias» de la gente, nosotros estamos arriba junto a los políticos corruptos y los abogados. —Pamela hizo una pausa y bebió otro sorbo de su martini. A pesar de sus agresivas palabras, sabía bien a qué se refería Hunter.

Él esperó que pasara el momento.

Pamela regresó a la pregunta:

—El hecho es que, como periodistas, todos hemos escrito artículos que le han sentado mal a algunas personas. Todos hemos recibido amenazas por carta y por correo electrónico y llamadas telefónicas. Nos sigue sucediendo de vez en cuando, pero son todas bravuconadas, en realidad. La gente se enoja cuando exponemos la *verdad*, porque muchas veces la verdad no les conviene.

No se podía negar que a Pamela le apasionaba mucho su trabajo.

—¿La señorita Stevenson en algún momento le mencionó a usted alguna de esas cartas, o correos electrónicos, o llamadas? ¿Algo que ella creyera que fuese un poco más que una bravuconada?

Pamela comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo a mitad del gesto. Su mirada se tornó más resuelta, y si su frente llena de botox se hubiese podido arrugar, eso habría sucedido.

—¿Qué dijo?, —preguntó Hunter, intentando aprovechar el momento.

Pamela se apoyó en el respaldo de la silla. Se llevó la mano a la

barbilla, y extendió el dedo índice parcialmente por lo que quedó tocando ambos labios. Bajó la vista a su regazo.

La psicología comportamental interpretaba el gesto de llevarse un dedo a los labios de esa manera como una señal de decir: alguien que estaba a punto de decir algo, o que quería decir algo, pero que no estaba seguro de si lo debería hacer o no. En ciertas situaciones, el gesto era una clara evidencia de que la persona estaba a punto de decir una mentira.

Hunter observaba a Pamela. Su mente de periodista claramente estaba sopesando algo, preguntándose si debía compartir esa información o no. Podía llegar a haber un artículo allí.

El problema para Pamela era que ella no era una periodista de policiales. Iba a tener que pasarle la información a alguien de la sección de policiales. Y odiaba a esos canallas. Siempre mirando a todos desde arriba, en especial a los de la sección de espectáculos, o como ellos la llamaban: *el nido del cotilleo*.

Hunter percibió sus dudas e insistió una vez más:

—Pamela, incluso una pequeñísima información nos podría ayudar a apresar a quien sea que se llevó a Christina. ¿Había algo o alguien que la tuviera asustada?

La mirada de ella regresó al rostro de Hunter, y en los ojos de él vio esa clase de determinación y sinceridad que no veía tan a menudo. Sus rasgos se relajaron un poco.

—Hace unos cuatro meses, Christina escribió un artículo acerca de un tío llamado Thomas Paulsen.

—¿El millonario de la empresa de *software*?

—El mismo —respondió Pamela, un poco sorprendida de que Hunter hubiese oído hablar de él—. Lo que sucedió fue que la contactó una exempleada del señor Paulsen con una historia potencialmente grande. Christina me vino a ver, y yo le di el visto bueno para que llevara adelante la investigación. Pasó dos meses trabajando en eso, y desenterró una carga enorme de mugre relacionada con esa escoria. La historia salió impresa, y el negocio y la vida personal del señor Paulsen se vieron afectados.

—¿De qué trataba el artículo?

Pamela le dio un sorbo más a su trago:

—Le gustaba llevarse a la cama a sus secretarias, a sus pasantes o a cualquiera de su empresa que le resultara atractiva, luego las

intimidaba, utilizando cualquier medio que le pareciera apropiado, para que mantuvieran la boca cerrada. Está casado y tiene una hija. Cuando la información salió en el periódico, se reveló que lo había estado haciendo por muchos años. Se encamó supuestamente con más de treinta y cinco empleadas. —Hizo una pausa, midiendo sus palabras—. Sé que para muchos eso no sonaría demasiado devastador, pero estos son los Estados Unidos, un país lleno de falsas morales y en el que ser religioso, fiel y un verdadero hombre de familia tiene más peso del que uno podría imaginar. Y esto es Los Ángeles, una ciudad en la que el *affaire* más pequeño puede acabar con la carrera de alguien de la noche a la mañana. El artículo afectó mucho la vida del señor Paulsen.

Hunter anotó algo en su libreta:

—¿Y él amenazó a la señorita Stevenson?

Pamela puso cara de duda:

—Justo después de que saliera el artículo, ella comenzó a recibir unas llamadas telefónicas… algo acerca del dolor, que la haría sufrir y morir con una muerte lenta. Christina ya había atravesado situaciones como esa, y no era del tipo de las que se asustan fácil, pero sé que algo en esas llamadas la asustó de veras. Intentamos rastrear las llamadas, pero quien fuera que la estaba llamando era muy inteligente. Las llamadas eran redireccionadas por todas partes.

—¿Las seguía recibiendo de manera reciente?

—No estoy segura. Hacía rato que no mencionaba nada.

Hunter tomó unas notas más.

—Pero estamos hablando de artículos que ella escribió estando en la sección de espectáculos —dijo Pamela—. Antes de que yo la contratara en la sección de espectáculos, Christina estuvo en la sección de policiales durante nueve meses. Y antes de eso pasó períodos en prácticamente todas las secciones del periódico. Si lo que le sucedió está relacionado con un artículo que escribió, estáis buscando en una lista muy extensa.

—Sí, lo sabemos —dijo Hunter—. ¿Hay algún modo de que yo pueda obtener un archivo con todos los artículos que la señorita Stevenson escribió estando en la sección de espectáculos? Me gustaría comenzar por allí.

Aunque Pamela pareció sorprendida, sus cejas no se movieron:

—Estamos hablando de artículos equivalentes a dos años de trabajo.

—Sí, lo sé. Tenemos un equipo trabajando en encontrarlos todos, pero su ayuda podría realmente acelerar las cosas.

Ella le sostuvo la mirada durante un par de segundos:

—Vale. Estoy segura de que puedo reunir todo y hacérselo llegar en un archivo comprimido.

Cincuenta y siete

El conductor había comenzado el día antes del alba. Se había quedado pacientemente sentado detrás del volante, observando tranquilamente la entrada del edificio de apartamentos del otro lado de la calle desde donde estaba aparcado. A la mayor parte de la gente la tarea le resultaría tediosa, pero a él no le molestaba. De hecho disfrutaba del proceso de vigilancia. Todo ese tiempo de espera le permitía pensar. Organizar sus pensamientos. Resolver cosas. Además de que le encantaba observar a la gente. Uno podía aprender tanto con tan solo mirar desde lejos.

Por ejemplo, a las 6:45 a.m., un hombre que estaba comenzando a quedarse calvo, de contextura maciza, y que vestía un traje gris que no le sentaba bien, salió del edificio y cruzó la calle. Caminaba despacio, como vencido, con los hombros echados hacia delante y la cabeza gacha, como si sus pensamientos fueran demasiado pesados para él. Todo su comportamiento gritaba una sola cosa: tristeza. Solo atravesar el día de principio a fin era una lucha terrible. El conductor podía ver que odiaba su trabajo, hiciese lo que hiciese. El anillo grueso de oro que le estrangulaba el dedo rechoncho de la mano izquierda indicaba que estaba casado, pero también indicaba que había aumentado mucho de peso desde que ese anillo había adornado por primera vez su mano. Se podía asumir sin temor a equivocarse que su matrimonio hacía rato que había perdido el fuego que habría tenido alguna vez.

El conductor alzó la vista para mirar el edificio. En la primera planta una mujer con el cabello corto y rubio sucio, y con claramente un poco más de peso del que le habría gustado, miraba por la ventana al hombre macizo. Sus ojos le siguieron hasta que desapareció por otra calle. Cuando el hombre desapareció, se desvaneció de nuevo dentro del apartamento, pero tres minutos más tarde reapareció en la ventana. Esta vez, su mirada ansiosa estaba

concentrada en el otro extremo de la calle. Tenía el cabello cepillado y ya no tenía el poco halagador camisón que llevaba puesto, al que lo había reemplazado por algo más sensual.

Pasaron cinco minutos y no ocurrió nada más. Luego los labios de la mujer se agrandaron en una sonrisa. El conductor siguió la mirada de ella hasta llegar a otro hombre que había doblado en la esquina y que caminaba apresurado hacia el edificio de apartamentos. Era unos veinte kilos menos pesado que su marido, y unos diez años más joven. Los labios de la mujer sonrieron bien grandes.

El conductor rio por lo bajo. *Sí, las cosas que uno puede aprenderían solo con observar*.

Pero no estaba allí para descubrir el *affaire* extramatrimonial de nadie. Su tarea era mucho más importante que eso.

A las 7:15 a.m., otro hombre salió del edificio. Este era alto y tenía un cuerpo atlético. Caminaba con resolución. En sus ojos había una fuerte determinación y fuerza de voluntad. Instintivamente, el conductor se deslizó hacia abajo en el asiento, tornándose incluso más imperceptible, y al mismo tiempo observando atentamente al hombre en el momento en el que se subía a su coche y se alejaba.

El conductor sonrió. Todo marchaba de acuerdo con los planes.

Veinte minutos más tarde, su blanco finalmente salía del edificio. Se inclinó hacia delante y la observó caminar hacia su coche. Era atractiva, con un aura encantadora a su alrededor, y un cuerpo que él sabía sería la envidia de todas sus amigas.

Respiró hondo y permitió que el entusiasmo le bajara por la espina dorsal. Se llenó de adrenalina al revisar su equipo de grabación y encendió el motor.

Había pasado todo el día siguiéndola, esperando el momento indicado para dar el golpe. Sabía que su éxito dependía de elegir el momento perfecto. Cualquier cosa por debajo de perfecto y las cosas podían darse vuelta muy rápidamente.

Después de tantas horas, ese momento finalmente había llegado.

Su programa estaba a punto de estar otra vez en línea.

Cincuenta y ocho

Cuando Hunter regresó al Edificio de la Administración de la Policía, García se estaba restregando vigorosamente los ojos.

—¿Está todo bien?, —preguntó Hunter.

García alzó la vista y exhaló:

—Acabo de terminar de ver esa película, *Con el diablo adentro*.

—¿Encontraste algo?, —preguntó Hunter, sentándose detrás de su escritorio.

García se puso de pie y se masajeó el cuello:

—No creo que el mensaje que dejó el asesino en el dormitorio de la señorita Stevenson esté haciendo referencia a la película.

Hunter hizo una pausa y le miró.

—Como dije antes, el argumento gira en torno a una mujer joven cuya madre asesinó a tres personas estando supuestamente poseída por un demonio. Lo que más me interesaba era saber algo de esos asesinatos. Específicamente, el método que se había utilizado.

—¿Y…?

—No tiene ningún parecido con nuestro caso. Era un ataque frenético con un cuchillo. Las tres víctimas fueron masacradas dentro de la misma casa, durante la misma noche, y en un lapso de tiempo de pocos minutos. La película luego se concentra en la hija de la mujer yendo a distintas sesiones de exorcismo para intentar descubrir si su madre estaba realmente poseída por el demonio cuando lo hizo. No se encierra a nadie en ningún tipo de receptáculo, ni de vidrio ni de ningún otro material. No aparecen ni avispas ni ninguna otra clase de insecto. No se sumerge a nadie en un baño alcalino o ácido, no se transmite nada en vivo por internet, y no hay ninguna votación o elección entre métodos de muerte. Si realmente hay un significado detrás del mensaje que el asesino dejó en el dormitorio de la señorita Stevenson, no es la película.

Hunter llevó su atención al tablero de las fotos y a la fotografía del polvo naranja fluorescente para huellas dactilares. Se rascó la cabeza. «El diablo adentro. ¿Qué demonios significa eso?».

—¿Qué hay de los correos electrónicos de la señorita Stevenson?, —preguntó—. ¿Algún avance?

Denis Baxter, de la Unidad de Delitos Informáticos, había descargado todos los correos electrónicos de Christina Stevenson en un disco duro externo, que ahora estaba conectado al ordenador de García. Ya no tenía que leerlos en una pantalla de tres pulgadas y media, y ya no corrían el riesgo de no poder acceder más a la cuenta.

—Por el momento nada que yo pudiese llamar sospechoso —contestó García, regresando a su escritorio—. Hay muchos correos internos de intercambios rápidos entre la señorita Stevenson y otros periodistas del *LA Times*… bromas, cotilleo, discusiones sobre notas… cosas así. He filtrado todos sus correos, buscando todo lo que no le hubiese llegado de direcciones @latimes.com. Espero que eso nos dé alguna especie de separación entre sus correos electrónicos personales y los laborales. Por el momento no ha surgido nada, pero todavía me queda mucho por revisar. ¿Y tú?

Hunter le contó lo que había sucedido en su encuentro con Pamela Hays.

—Wow, espera —dijo García, alzando su mano derecha para que Hunter se detuviera cuando le habló acerca de las amenazas que había estado recibiendo Christina—. ¿Quién es este tío?

—Se llama Thomas Paulsen —le explicó Hunter—. Es un millonario de una empresa de *software*, radicado aquí en Los Ángeles.

—¿*Software*? —Un músculo se tensó en la mandíbula de García. Ya estaba ingresando el nombre de Paulsen en un buscador.

—Así es. Su empresa fue una de las primeras en crear sistemas de bases de datos empresariales de internet.

García alzó la vista y le miró:

—¿Cuándo tuviste tiempo para indagar acerca de él?

—No lo hice —contestó Hunter—. Leo mucho. Leí el artículo en la revista *Forbes* hace un tiempo.

—¿Leíste el artículo que Christina Stevenson escribió acerca de él?

—Aún no.

García le dio clic al primer link de la lista que le había proporcionado la búsqueda. Le llevó al sitio web de PaulsenSystems. Rápidamente leyó por encima la información que aparecía en la pestaña de «Acerca de nosotros». De acuerdo con lo que decía allí, Hunter había estado en lo cierto acerca de todo. La empresa de Paulsen había estado entre las primeras en desarrollar sistemas de bases de datos empresariales de internet, y era una de las líderes mundiales. Sus sistemas los utilizaban empresas de todas partes del mundo.

—¿Hablaremos con él?, —preguntó García—. Suena como alguien que sabe muy bien cómo manejarse en el ciberespacio.

—Probablemente hablemos con él, pero no ahora mismo. Primero quiero saber cuánto le afectó el artículo de Christina Stevenson. Pero incluso después de eso necesitaríamos encontrar una relación entre Paulsen y Kevin Lee Parker. Quizá tuvo problemas con la señorita Stevenson por el artículo que escribió, ¿pero la primera víctima de qué modo quedaría incluida en su plan de venganza?

García no dijo nada.

Sonó el teléfono que estaba en el escritorio de Hunter, haciéndole apartar la vista del tablero.

—Detective Hunter, Sección Especial de Homicidios.

Se oyó un clic en la línea.

—¿Hola?

—Detective Hunter —dijo finalmente la persona que había llamado. Su tono era frío y no demostraba ningún tipo de prisa, como un doctor saludando a un paciente—. Me alegra encontrarle en su escritorio.

Al oír su voz, Hunter sintió que se le formaba un hueco en el estómago, una especie de sensación de vacío, que quedó instantáneamente remplazada por una ráfaga de ansiedad. Hunter apretó la mandíbula y miró a García a los ojos.

—¿Está usted en línea?, —le preguntó la persona que había llamado, ahora con la voz llena de una diversión burlona—. Porque estoy a punto de mostrarle algo que estoy seguro de que usted y su compañero disfrutarán de ver.

Cincuenta y nueve

A pesar de que dentro de la oficina hacía una temperatura de alrededor de treinta y cinco grados centígrados, Hunter sintió cómo se le formaba un sudor frío en la nuca y cómo le caía por la espalda.

—¿Está preparado, detective Hunter?, —preguntó retóricamente la persona que había llamado—. Porque su página favorita de internet acaba de entrar otra vez en línea. No precisa que le diga de nuevo el nombre de la página, ¿no es así?

Hunter ya lo estaba ingresando en su barra de direcciones.

La página se cargó en menos de tres segundos. Pero lo que Hunter vio lo forzó a mirar de nuevo. Esta vez la imagen no estaba dominada por el tinte verde de una lente de visión nocturna. Tampoco se estaba transmitiendo desde una sala sórdida con aspecto de calabozo. Estaba transmitiendo a plena luz del día desde una calle ajetreada de la ciudad. Y esta vez la cámara tampoco estaba estática. Se movía con la gente, caminando sin apuro, como si la estuviera cargando un turista filmando sus vacaciones en Los Ángeles.

Hunter entrecerró los ojos.

Había gente por todas partes. Hombres y mujeres con una gran variedad de atuendos distintos, desde pantalones vaqueros casuales, camisetas, pantalones cortos y vestidos hasta trajes de negocios. Algunas personas parecían llevar prisa, con sus móviles adheridos a las orejas. Otras parecían estar paseando, quizá mirando escaparates. Era difícil de saber, dado que el ángulo de la cámara era recto y angosto, como una visión en túnel. Hunter podía ver gente caminando en dirección a la cámara y luego siguiendo su camino, pero la visión periférica estaba fuera de foco.

Hunter rápidamente cubrió el micrófono del auricular con la palma de la mano:

—Llama a Michelle a la División de Ciberdelito del FBI —le

susurró a García—. El sitio web está otra vez en línea.

El escritorio de García era probablemente el escritorio mejor ordenado de todo el Edificio de la Administración de la Policía. Cada cosa tenía su lugar asignado, y siempre parecía estar acomodado de manera simétrica. La tarjeta de Michelle Kelly era la primera de tres dispuestas lado a lado a la derecha de su teléfono. Marcó el número, y Michelle atendió al segundo tono.

—Michelle, habla Carlos.

Michelle captó inmediatamente el tono serio de García.

—Ey, Carlos, ¿qué sucede?

García tipió en su barra de direcciones mientras hablaba:

—El asesino está otra vez en línea. El sitio web está otra vez en línea.

—¿Qué?

—Está al teléfono con nosotros en este mismo momento.

Oyó unos clics frenéticos en el teclado del otro lado de la línea.

La página se cargó en la pantalla de García y García echó la cabeza hacia atrás, frunciendo el ceño ante las imágenes que vio de la calle antes de alzar la vista y mirar a Hunter:

—¿Qué demonios?

Hunter le contestó negando levemente con la cabeza.

—¿A qué te refieres con que el sitio web está otra vez en línea, Carlos?, —dijo Michelle al teléfono—. No tengo nada aquí.

—¿Qué?

—Estoy mirando a una página de Error 404. *Página no encontrada*.

—Revisa la dirección que ingresaste —le contestó García, releyendo instintivamente la que él tenía en su barra de direcciones —. Las imágenes se están transmitiendo en vivo en mi pantalla. Las estoy mirando ahora mismo.

—Ya he revisado. ¿Estás seguro de que es la misma dirección?

—Afirmativo.

Más clics en el teclado.

—Maldición, nos tiene bloqueados —dijo finalmente.

—¿Qué os tiene qué…? ¿Cómo os puede bloquear a vosotros y a nosotros no?

—Hay algunas maneras, pero no me voy a poner técnica contigo ahora mismo.

García miró a Hunter y negó con la cabeza:

—No lo pueden ver —susurró—. De algún modo los está bloqueando, y a nosotros no.

Hunter frunció la nariz al oír esa información, pero sabía que no tenía tiempo para que le explicaran. Pasó la llamada a altavoz.

—¿Está mirando?, —preguntó la persona que había llamado.

—Estamos mirando —respondió Hunter, con voz tranquila pero firme.

—¿Dónde demonios es eso?, —dijo García solo moviendo los labios, y señalando la pantalla de su ordenador—. ¿Rodeo Drive?

Hunter negó con la cabeza:

—No parece Rodeo Drive.

Rodeo Drive era el distrito de compras más conocido de Los Ángeles, situado en Beverly Hills, famoso por sus marcas de diseñadores y por la moda de alta costura. Una multitud de gente concurría allí día a día. Pero Hunter estaba en lo cierto. Lo que estaban mirando no se parecía a Rodeo Drive. En ese momento exacto, las imágenes podían provenir de cualquier paseo de compras normal, en una ciudad en la que había miles de calles así.

—Lindo día para dar un paseo, ¿no es cierto?, —comentó la persona que había llamado. Su voz tenía una tonada característica.

—Ciertamente —convino Hunter—. De hecho, si me dice dónde está, puedo acercarme hasta allí y pasear con usted.

La persona que había llamado rio:

—Le agradezco, pero creo que por el momento tengo compañía suficiente. ¿No lo ve?

Había gente caminando en todas direcciones.

Hunter y García estaban pegados cada uno al monitor de su ordenador, en busca de algo, cualquier cosa que pudiera darles alguna especie de pista en relación con el lugar desde el cual estaba transmitiendo la persona que había llamado. Hasta el momento no habían visto nada.

—¿No es maravilloso que vivamos en una ciudad en la que hay tanta gente?, —prosiguió la persona que había llamado—. ¿Tan vibrante y llena de vida?

Hunter no dijo nada.

—La desventaja es que Los Ángeles es además una ciudad demasiado concurrida, en la que la gente está siempre

apresurándose por llegar a algún lado, demasiado ocupada en sus propios pensamientos, en sus propios problemas, en sus propias obsesiones. Demasiado ocupada como para notar a los demás. —La persona que había llamado rio, como si lo que acabara de decir le divirtiera inmensamente—. Podría estar disfrazado de Batman aquí, y nadie me miraría dos veces.

La persona que había llamado seguía caminando mientras hablaba, pero así y todo ni Hunter ni García habían visto nada que pudieran reconocer.

De repente la persona que había llamado tuvo que hacer un movimiento brusco a la izquierda para evitar estrellarse con un hombre que tenía los ojos clavados en la pantalla de su móvil mientras tipiaba un mensaje de texto. Cuando el hombre pasó zumbando a su lado, sin chocarse con él por unos pocos centímetros, la persona que había llamado se dio la vuelta, siguiendo la dirección que llevaba el hombre. Unos pocos metros más allá, el hombre dio contra una mujer de cabello oscuro que avanzaba en la dirección contraria. El hombre nunca se detuvo. Sus ojos ni siquiera se apartaron de la pantalla del móvil.

—Wow, ¿habéis visto eso?, —preguntó la persona que había llamado—. Ese hombre se chocó contra esa mujer sin que le importara nada. No dijo «lo siento», no le sonrió como para disculparse… ni siquiera detuvo un instante la marcha. A las personas aquí sencillamente no les importa nada, detective. —Otra risa. Esta vez con un dejo de desprecio—. A nadie le importa nada más allá de sí mismos. —Una breve pausa—. El viejo y conocido estilo americano, ¿eh? Siempre en busca del primer puesto. El resto se pueden ir todos al demonio.

A pesar de lo que estaba diciendo, en su voz no había ninguna señal de enojo.

García ya había tenido suficiente de ese monólogo:

—¿Tiene algo en contra del estilo americano?

Hunter le miró.

—Ah, el detective Carlos García, asumo —dijo la persona que había llamado—. Encantado de conocerle. No, no tengo nada en contra del estilo americano. Al contrario. Pero me sorprende un poco su pregunta, viniendo de una persona que de hecho no ha nacido aquí. —Hizo otra pausa—. Brasil, ¿no es cierto?

Carlos García *había nacido* en Brasil. En San Pablo, para ser exactos. Hijo de un agente federal brasileño y de una profesora de historia americana, se había mudado con su madre a Los Ángeles teniendo tan solo diez años de edad, luego de que se desmoronara el matrimonio de sus padres.

—¿Cómo demonios…? —comenzó García, pero Hunter mirándole negó con la cabeza de una manera muy sutil, sugiriéndole que no entrara en una confrontación verbal con él.

Por el teléfono se oyó una risa:

—Es muy sencillo obtener información cuando uno sabe cómo conseguirla, detective García.

García siguió el consejo de Hunter y se mordió el labio.

La persona que había llamado tomó el silencio como una señal y prosiguió:

—Hay tanta gente aquí, andando, sencillamente siguiendo con sus propias vidas. Sabéis, estar aquí me hace sentir como un niño en una tienda de caramelos. Tantas opciones. Cualquiera podría ser mi siguiente invitado, si sabéis a qué me refiero.

De manera inconsciente, Hunter contuvo la respiración. ¿Era ese el motivo de la llamada? El asesino les había mostrado cómo torturaba y mataba gente. Les había mostrado cómo elegía el método de muerte. ¿Les estaba mostrando ahora cómo era el proceso de selección?

—Pero creo que ya tengo a alguien en mente —dijo la persona que había llamado antes de que Hunter pudiera decir algo—. ¿Podéis adivinar quién es?

Hunter y García estiraron el cuello, aproximándose al monitor, pero la cámara no hacía *zoom* en nadie en particular.

Un poco más adelante y apenas a la izquierda, se había detenido una mujer rubia. Estaba buscando algo dentro de su bolso. ¿Era ella la que había escogido la persona que había llamado?

Un hombre de aspecto raro con labios delgados y nariz en punta, separados por un bigote tupido que parecía diseñado para compensar tanto la nariz como los labios, avanzaba lentamente directo hacia la cámara. Quizás le había escogido a él.

Lo cierto era que cualquiera que estuviese andando por esa calle podía ser la siguiente víctima. Hunter y García no tenían modo de saber.

El hombre del bigote tupido se movió hacia la derecha, haciéndose a un lado.

Dentro de la oficina de Hunter el mundo se detuvo.

En línea directa con la cámara, a unos tres metros de distancia, Hunter y García finalmente vieron a quién se estaba refiriendo el asesino.

Sesenta

Eran dos personas caminando juntas. Dos amigas disfrutando de un día afuera, mirando escaparates en algún lugar de Los Ángeles, del todo ignorantes del demonio que las había estado siguiendo. Estaban de espaldas a la cámara, pero no era necesario de que la que estaba a la izquierda se diera la vuelta para que García la reconociera.

—¡Por el amor de Dios!, —vociferó García.

—Anna —susurró Hunter, reconociendo también a la esposa de García. Llevó de inmediato su mirada hacia su compañero mientras miles de mariposas cobraban vida dentro de su estómago.

Por un momento pareció que García no se podía mover, no podía hablar, no podía pestañear. Y luego explotó:

—Maldito hijo de perra… te juro por Dios… si la tocas… si te le acercas, te voy a encontrar y te voy a *motor*. ¿Me oyes? Te voy a *motor*. Olvídate de la placa. Olvídate de que soy policía. Llevaré el infierno y los mil demonios a la puerta de tu casa, pase lo que pase.

Ahora García estaba temblando. La adrenalina poniéndole en movimiento cada centímetro del cuerpo.

La persona que había llamado se rio una vez más:

—Es hermosa, ¿no?

—Vete al carajo, maldito enfermo. No tienes la menor idea de lo que te haré si… —García cogió su móvil.

—Déjeme decirle cómo es que serán las cosas, detective —le interrumpió la persona que había llamado, anticipándose al siguiente movimiento de García—. Si la llama ahora para preguntarle dónde está. Si la veo cogiendo el teléfono y dándose la vuelta para mirarme, le prometo que nunca la volverá a ver con vida. Las dos víctimas anteriores se verán como mañanas de Navidad comparadas con lo que le haré a ella. Y sabe que hablo en

serio. Créame. No puede llegar hasta aquí lo suficientemente rápido.

La mirada desesperada de García pasó de su teléfono al monitor sobre el escritorio y luego a Hunter.

Hunter alzó la mano izquierda, indicándole a García que no marcara:

—¿Sabes dónde está?, —dijo solo moviendo los labios—. ¿Te dijo Anna a dónde iba hoy?

García negó con la cabeza:

—Ni siquiera sabía que iba a salir —contestó también solo moviendo los labios.

—¿Sabéis qué es lo que me intriga?, —continuó la persona que había llamado—. Vosotros dos seguís diciendo que me encontraréis. Que me cogeréis. El detective Hunter dijo eso la última vez que hablamos. ¿Os acordáis?

No hubo respuesta.

—¿Se acuerda usted, detective Hunter?

—Sí.

—Pero lo cierto es que no estáis ni siquiera cerca de atraparme, ¿no es así?

Silencio.

—Mientras tanto, como podéis ver, yo puedo acercarme a gente que vosotros queréis, y si me parece apropiado, la puedo apartar para siempre de vuestras vidas. Es mi decisión, no vuestra, o de ellos. Incluso puedo ir a donde estáis vosotros. Puedo estar en cualquier parte, y en todas partes. Pero lo único que tenéis vosotros son amenazas huecas.

—No es una amenaza, pedazo de mierda. —La voz de García seguía temblando de rabia—. Es una *promesa*. Si la tocas, nada más importa. Ni siquiera importará la ley. No vas a tener ni un rincón en el cual te vayas a poder esconder. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Entiendo —dijo la persona que había llamado, tan tranquilo como un sacerdote en un confesionario—. ¿Sería distinto si me llevara a la amiga de su esposa?

Hunter y García se tensionaron una vez más.

La persona que había llamado no esperó una respuesta:

—Pero por supuesto que sí. Entonces no sería personal, y su reacción no habría sido la misma, ¿no es así, detective García?

Como usted dijo, cuando es alguien cercano a nosotros, nada más importa. Nos olvidaremos incluso de quiénes somos. Quizás incluso durante el proceso nos convirtamos en un monstruo. —La persona que había llamado exhaló pesadamente, y por primera vez su voz se tornó más brusca—. Sabéis, la mayor parte de la gente cree que nosotros, como seres humanos, siempre tenemos la posibilidad de elegir, sea cual sea la situación en la que nos encontremos. Bueno, me gustaría refutar esa teoría. Me gustaría sugerir que no *siempre* tenemos la posibilidad de elegir. A veces las elecciones las toman otros, y no hay nada que nosotros, *como seres humanos*, podamos hacer al respecto, salvo reaccionar. Por ejemplo, si decido quitarle ahora mismo a su esposa, detective García, *mi elección*, no la suya, cambiará *su* vida para siempre.

García no supo qué decir.

—Pero la rabia y el dolor emocional son cosas buenas —prosiguió la persona que había llamado luego de un momento de silencio—. Nos demuestran que seguimos vivos. Que aún nos preocupamos. Que aún nos sigue importando otra gente. ¿Mi razonamiento psicológico es correcto, detective Hunter?

Hunter se perdió profundamente en su pensamiento por una milésima de segundo:

—Sí —respondió.

—Debería estar orgulloso, detective García, hizo las cosas bien. Me gustó su reacción. Fue la reacción de una persona que se preocupa. —La persona que había llamado rio entre dientes—. Bueno, supongo que mi trabajo aquí ya está hecho. Pero hablaremos de nuevo pronto… *eso* es una promesa.

La línea quedó muda.

Las imágenes desaparecieron de los monitores.

El sitio web dejó de estar en línea.

Sesenta y uno

El silencio quedó a cargo de la sala durante un par de segundos antes de que Hunter se volviera hacia García:

—Llama a Anna —dijo—. Averigua dónde está. Dile que encuentre un lugar con mucha gente, como una cafetería, y que se quede allí hasta que lleguemos nosotros lleguemos.

García miró a Hunter como si Hunter fuera un ser del espacio exterior:

—¿Estás bromeando? Oíste lo que dijo, ¿no es cierto? Si veía a Anna cogiendo el teléfono… —No fue capaz de terminar la frase.

—No va a hacer nada, Carlos —dijo Hunter—. Era mentira. Quería que reaccionáramos.

—¿Qué?

—Era mentira. Créeme. Hubo señales durante toda la conversación que tuvo contigo. Te explicaré en el coche. Ahora mismo tienes que llamar a Anna y averiguar dónde está para que la podamos ir a buscar. —Hunter ya había cogido su chaqueta—. En marcha. —Corrió hacia la puerta—. Llámala.

—Ey, espera un minuto, Robert —dijo García con voz inestable, alzando las manos—. Somos compañeros desde hace más de cinco años. No hay persona en la que confíe más de lo que confío en ti, lo sabes, pero estamos hablando del asesino más enfermo, más sádico y más psicópata que haya jamás enfrentado este departamento, y en este preciso instante está siguiendo a mi *esposa*. Como dijo, no podemos llegar allí a tiempo, incluso si supiéramos dónde está. Si hago esta llamada y tú estás equivocado, él se la llevará, sabes que lo hará.

Hunter se detuvo junto a la puerta y miró a su compañero:

—No estoy equivocado, Carlos. No se llevará a Anna. —La convicción de Hunter era absoluta, eso García lo podía ver, pero así y todo no se movió.

Hunter miró su reloj. Quería ganar tiempo, pero allí mismo estaban haciendo exactamente lo contrario:

—Carlos, sea cual sea la agenda de este asesino, Anna sencillamente no encaja.

—¿Por qué no?

—Vale, una de las posibilidades con las que nos estamos enfrentando es que el asesino escoja a las víctimas al azar de entre toda la gente, ¿no es así? Bueno, si ese es realmente el caso, Anna no es una elección al azar. Es tu esposa, y él lo sabe. No hay nada de azar en eso, lo cual, en ese caso, se estaría apartando de su *modus operandi*. Si va en busca de sus víctimas por alguna otra razón, como venganza y otra cosa, de nuevo, no veo de qué manera encaja Anna.

García se rascó la barbilla.

—Fue en busca de Anna por un motivo, y tan solo por un motivo.

—Porque es mi esposa.

—Exacto. Lo hizo solo para hacernos enojar. Para demostrar algo. No para cumplir con la agenda que sea que tiene.

—¿Y qué es lo que querría demostrar? ¿Qué puede secuestrar a quien quiera? ¿Que nos puede lastimar?

—Eso también —convino Hunter—. Y para dejar clara su superioridad. Para recordarnos quién está a cargo en este juego. Él, no nosotros, y puede cambiar las reglas cada vez que quiera, al igual que lo hizo con la transmisión por internet y la votación en línea. Pero hubo otras cosas que dijo que apuntaban a algo más.

García frunció el ceño:

—¿Qué cosas?

—Habló de lo personal que fue tu reacción. Quería que perdieras el control. Quería que permitieras que te gobernaran tus emociones, y que quedaras sujeto a ellas. Quería que te olvidaras de quién eres, de quien siempre has sido… y eso fue lo que hiciste.

García sabía que Hunter no estaba criticando la manera en la que se había comportado.

—No estaba mintiendo, Robert. Si toca a Anna, le encontraré, le haré sufrir, y luego le mataré. No me importa lo que me pase a mí.

—Lo entiendo. Y no te culpo. Pero cuando le dijiste que si lastimaba a Anna no importaba nada más, ni siquiera la ley, ni

siquiera el hecho de que eres policía. Cuando dijiste que le buscarías hasta encontrarle, y que le matarías, pase lo que pase, sin importar cuánto tiempo te pudiera llevar… no le asustó. Le gustó.

—¿Qué?

—Le gustó —repitió Hunter—. Incluso te felicitó, ¿recuerdas? Sus palabras fueron: *Hizo los cosas bien, detective Carda. Me gustó su reacción. Fue la reacción de un hombre que se preocupa*. Pero lo único que hiciste tú fue amenazarle con la muerte. ¿Por lo que qué fue lo que le gustó tanto? ¿Y por qué?

—¿Porque es un maldito psicópata? —García seguía moviéndose en base a sus emociones.

—No. Fue porque tú le diste su pequeña victoria.

—¿Victoria? ¿De qué demonios estás hablando, Robert?

Hunter miró otra vez su reloj:

—Como dije, no tiene un interés real en Anna. Solo fue a por ella para hacernos enojar y para demostrar algo. Y sabía que lo podía conseguir sin la necesidad de tocarla. Tu reacción le hizo saber que había superado sus objetivos. Le concediste más que una pequeña victoria, Carlos. Te igualaste con él al decirle que tú actuarías del mismo modo que él.

—¿Qué?

Hunter negó con la cabeza:

—No recuerdo sus palabras exactas. Después podemos escuchar la grabación, pero dijo que cuando alguien cercano a nosotros recibe una amenaza o algún tipo de daño, nada más importa. *Nosotros* nos olvidaremos incluso de quiénes somos. Incluso podemos llegar a actuar como monstruos. Haremos cualquier cosa con tal de proteger a quienes amamos. Tu reacción demostró eso… Y a él le gustó.

García no dijo nada.

—Una de las últimas cosas que dijo antes de cortar la llamada —continuó Hunter— fue que su trabajo allí ya estaba hecho… es decir, *terminado*, no le quedaba nada por hacer. Había conseguido lo que quería. Anna ya no tenía ningún interés para él.

García igual siguió en silencio.

—Además habló de que la gente no siempre podía elegir —dijo Hunter.

García asintió:

—Me acuerdo de eso. Dijo que a veces son otros los que eligen por nosotros, y que no hay nada que nosotros podamos hacer al respecto. Puso a Anna de ejemplo.

—No, nada no —replicó Hunter—. Dijo que podíamos *reaccionar*. Eso fue lo que tú hiciste. Y yo creo que eso es exactamente lo que él está haciendo.

Las cosas comenzaron a moverse frenéticamente en la cabeza de García, en busca del lugar correcto en el cual ubicarse:

—¿Crees que le sucedió algo a alguien cercano a él? ¿Esa es la razón por la cual anda torturando y matando gente? ¿Está reaccionando?

—No estoy seguro —respondió Hunter—. Ahora mismo solo podemos especular. Pero en el pasado, cada vez que nos telefoneó, siempre estuvo tranquilo, nunca excitado, nunca enojado, nunca arrepentido… nunca nada. Su tono de voz nunca delataba nada… ninguna emoción. Pero hoy no fue así.

García había estado muy enojado y asustado por la vida de Anna como para notarlo.

—Hoy, por primera vez, el tono se le llenó de rabia cuando habló de que la gente no siempre podía elegir. Dijo que el enojo y el dolor emocional eran cosas buenas. Demostraba que nosotros, como seres humanos, seguimos vivos por dentro. Que aún nos preocupa algo. Utilizó a Anna y tu amor por ella como prueba de eso.

Silencio.

—No estaba hablando de mí y de mi enojo —dijo finalmente García—. O de mi reacción a lo que haría si alguien lastimara a Anna. Estaba hablando de él y de su enojo. Estaba hablando de su reacción.

Hunter asintió y miró su reloj por tercera vez:

—Carlos, mira, entiendo que te estoy pidiendo que confíes en mí en una circunstancia en la que la vida de tu esposa podría estar en juego, y eso es pedir demasiado, pero si así y todo no quieres confiar en mí, confía en ti. Olvídate de todo lo que yo creo que comprendí durante tu conversación con el asesino. Retrocede un paso y haz lo que tú sabes hacer: analiza la situación en conjunto. Analiza los hechos. Ahora mismo Anna está caminando por una calle llena de gente, el asesino no se le puede acercar sin llamar también la atención de su amiga. Eso significa que no puede

llevarse a Anna de esa calle sin neutralizar a su amiga o sin llevársela a ella también. Secuestrar a un adulto en una calle llena de gente sin alertar a nadie es ya una tarea muy difícil. Secuestrar a dos sin provocar un escándalo es casi imposible. Incluso si quisiera llevarse a las dos, lo cual estoy seguro de que no es así, igual debería esperar el momento correcto para hacerlo, y ese momento no llegará mientras estén en la calle, en medio de una multitud de gente, o en un lugar muy concurrido, como una cafetería. Este asesino es audaz, pero no es estúpido. Ahora tienes dos alternativas, Carlos. O llamas y nos movemos, o no lo haces, y nos quedamos aquí, imaginando lo peor y preguntándonos cuánto tiempo deberíamos esperar hasta que finalmente hagas la llamada para averiguar si el asesino cumplió con lo que dijo o no. Tú eliges.

Sesenta y dos

—Entonces… —dijo Patricia sin rodeos. Con una sonrisa traviesa curvándole las comisuras de los labios—. ¿Cuándo me vas a presentar como corresponde a ese detective, ya sabes, el compañero de Carlos?

Anna se detuvo y miró a Patricia por encima del marco de sus gafas de sol.

—¿Qué?, —dijo Patricia. La sonrisa seguía allí, solo que ahora un poco más pronunciada—. Todo el mundo sabe que es muy *sexy*. Y yo sé que no está casado porque tú me lo dijiste.

Patricia había visto a Hunter antes tan solo una vez, hacía dos meses, en la fiesta de cumpleaños de Anna. Hunter no se había quedado mucho tiempo. Pero cuando se fue, Patricia había sido una de las tres amigas que le habían preguntado a Anna quién era ese tío tranquilo y apuesto.

Alguien en una motocicleta Harley-Davidson roja y negra giró en la esquina y decidió aparcarla a pocos metros por delante de ellas. Durante un momento nadie pudo oír nada por encima del ruido del tubo de escape doble.

Cuando finalmente apagó el motor, Anna miró otra vez a Patricia:

—Creí que te estabas viendo con alguien.

Comenzaron a andar de nuevo.

—Estaba, pero ya no. Por eso el pedido. —Sonrió otra vez.

Anna la miró con *la mirada*.

—Era solo una aventura. Duró unas pocas semanas, eso es todo. No te preocupes por él. —Patricia hizo un gesto con la mano para desestimar el tema.

Las dos bajaron a la calle para evitar avanzar en zigzag por entre todas las mesas que estaban en la acera de una pizzeria italiana

atestada de gente. A Anna desde una de las mesas le llegó el aroma de una *pizza* de pepperoni recién horneada, y su estómago le hizo ruido. Rápidamente apresuró el paso para evitar caer en la tentación.

Patricia la siguió.

—Bueno —dijo, captando otra vez la atención de Anna—. El compañero de Carlos, Robert, ¿no es así?

—¿Todavía estamos hablando de eso?

—Sí. No se está viendo con nadie, ¿no?

—No, no lo creo.

Una sonrisa renovada y sugestiva por parte de Patricia.

—Te lo puedo presentar si quieres —dijo Anna finalmente—. Pero no te hagas ilusiones.

Patricia pareció herida.

—Oh no, no lo digo por ti. No tiene nada que ver contigo. Sé que podrías cautivar a cualquier hombre con vida. Lo he visto.

El daño pareció suavizarse.

—Pero Robert es… —La mirada de Anna se paseó un poco, en busca de las palabras correctas— único, y un enigma total. Es un solitario por elección, no porque sea una persona con la que sea difícil tratar, lejos de eso. Probablemente es la persona más fácil de tratar que yo conozca. Pero les escapa a las relaciones como si fueran una maldición.

—¿Malas experiencias en el pasado?, —preguntó Patricia.

—Nadie sabe. —Anna se encogió de hombros—. Te lo estoy diciendo, es un enigma. Hablará contigo de cualquier cosa menos de su trabajo y de su vida personal. Creo que sí tuvo alguien importante en su vida una vez, hace muchos años, pero sencillamente no hablará de eso.

—¿Por lo que no tiene citas?

—Nunca dije eso. Dije que no entra en *relaciones*. Citas tiene todo el tiempo.

Patricia sonrió:

—Pues eso es. —En sus palabras se abrió paso un pavoneo como de

hip-hop

—. Engánchame, hermana. —Sonrió, pero no sonaba a que estuviera bromeando.

—¿Quieres que intente engancharte para un *rollo de una noche* con el compañero de trabajo de mi marido?

—¿Estás bromeando? Con ese hombre tendría sexo ocasional cualquier día de la semana, y los domingos dos veces, muchas gracias.

Anna sabía que Patricia hablaba en serio.

—Eres incorregible.

—Lo sé, pero eso es lo que hace que la vida sea divertida.

En el momento en el que Anna oyó el tono de su móvil que llegaba de adentro de su bolso, Patricia comenzó a mirar un vestido negro cortísimo con detalles blancos que había en el escaparate de una tienda a la moda a la derecha de donde ellas estaban.

Anna rebuscó entre el contenido de su bolso. Encontró el teléfono y se lo llevó a la oreja.

El hombre que estaba a unos pocos metros por detrás de Anna y Patricia sonrió.

Sesenta y tres

—¡Hola, amor!, —dijo Anna al teléfono—. Qué sorpresa.

García mantuvo su voz tan tranquila como pudo:

—Anna, oye. ¿En qué parte de la ciudad estás?

—¿Qué?

—Sé que has salido de compras con tu amiga, ¿pero exactamente dónde estás?

Anna miró a Patricia e hizo una mueca:

—¿Cómo sabes que he salido de compras con una amiga?

—Anna, por favor… No tengo tiempo para explicarte todo. Lo que necesito es que me digas exactamente dónde estás. ¿Vale?

—Um… Estoy en Tujunga Village… Carlos, ¿qué sucede?

Cerca del ajetreado *boulevard* Ventura, en Studio City, pero aparentemente a un mundo de distancia de todo, Tujunga Village estaba enclavado entre el vecindario de Colfax Meadows y Woodbridge Park. El corazón del Village era el tramo de una manzana en la avenida Tujunga, entre Moorpark y Woodbridge, donde *boutiques*, restaurantes, cafeterías y tiendas varias satisfacían incluso las necesidades de los visitantes más exigentes.

—Bebé, te dije, no tengo mucho tiempo para explicar —dijo García—. Pero ahora necesito que confíes en mí, ¿vale?

Anna nerviosamente se acomodó detrás de la oreja un mechón suelto de su cabello corto negro:

—Carlos, me estás asustando.

—Lo lamento. No tienes por qué asustarte. Solo necesito que ahora confíes en mí. ¿Lo puedes hacer?

—Sí, por supuesto.

—Vale. ¿Con quién estás?

—Um… Pat, mi amiga de yoga. Te acuerdas de ella, ¿no es cierto?

—Sí. Estuvo en tu reunión de cumpleaños, ¿no?

—Así es.

—Vale. Oye, necesito que encuentres un lugar en el que haya mucha gente… como una cafetería, o una pizzeria, o una hamburguesería, lo que sea, y te sientes ahí con Pat y esperéis a que yo llegue. Ya estoy en camino hacia donde estás. No entables conversación con nadie. *Con nadie*, ¿me oyes? Y no os vayáis que elijan, bajo ninguna circunstancia, hasta que yo esté allí. ¿Entiendes lo que digo, bebé?

—Sí… pero…

—Llámame apenas encuentres un lugar, ¿vale?

Anna conocía demasiado bien a García como para que la pudiera engañar con su tono tranquilo. Él nunca le había preguntado nada con respecto a dónde estaba, o con quién, o ninguna de esas cosas. Siempre habían confiado el uno en el otro, puro y simple. Esa era la base sobre la que construyeron la relación. Y nunca antes le había dicho qué era lo que tenía que hacer, a no ser que ella le hubiese pedido algún consejo. Algo definitivamente no marchaba bien.

—Carlos, ¿qué es todo esto? —La voz de Anna se debilitó apenas —. ¿Ocurrió algo? ¿Mis padres están bien?

Patricia estaba junto a Anna con cara de preocupación.

—No, bebé —respondió García—. No le sucedió nada a nadie, te lo prometo. Mira, estaré allí en veinticinco minutos, media hora máximo. Te explicaré todo allí. Solo confía en mí. Encuentra un lugar y quédate allí sentada.

Anna respiró hondo:

—Vale. Mira, ya sé a dónde iremos. Estaremos en el Aroma Café. Está a mitad de manzana en el Tujunga Village. Ahora mismo estamos llegando allí.

—Genial, bebé. Entra, pide un café y estaré contigo en unos pocos minutos.

García cortó la llamada.

Sesenta y cuatro

García vio a Anna incluso antes de que Hunter acabara de aparcar justo frente al Aroma Café. Ella y Patricia estaban sentadas en una mesa pequeña cerca de la parte delantera de la tienda con el frente de vidrio.

Anna se había sentado allí de manera deliberada, moviendo de un lado a otro de la avenida Tujunga su mirada nerviosa, como siguiendo un partido de tenis tenso e invisible. Cuando vio que García y Hunter se apeaban del coche, se puso de pie y se abalanzó hacia afuera. Patricia la siguió.

García la alcanzó en la puerta, e instintivamente la abrazó como si no la hubiera visto durante años, besándole el cabello mientras ella enterraba su rostro en el pecho de él.

—¿Estás bien?, —preguntó García, llenándose de alivio.

Anna alzó la vista para mirar a su marido, y la tensión del momento le llenó los ojos de lágrimas:

—Estoy bien. ¿Qué está ocurriendo, Carlos?

—Te lo explicaré en un momento. ¿Vinisteis en coche?

Anna negó con la cabeza.

—Cogimos el autobús —dijo Patricia. Estaba de pie junto a Hunter, con los ojos bien abiertos y confundida, observando la escena entre Anna y García.

Los ojos de Hunter estaban estudiando la calle, en busca de alguien que pudiera parecer estar interesado en el grupo que ellos conformaban. Nadie parecía prestar atención. La gente a ambos lados de la avenida Tujunga sencillamente continuaba con sus vidas. Algunos miraban escaparates, otros entraban o salían de alguno de los muchos restaurantes y cafeterías que había, y otros más sencillamente disfrutaban de un paseo tranquilo al final de un agradable día de otoño californiano. Dentro del café tampoco nadie parecía estar interesado en ellos.

Hunter además ya había mirado si había cámaras de seguridad en la calle. No había ninguna. A diferencia de muchas ciudades de Europa, algunas con una cantidad de cámaras de una cada catorce personas, Los Ángeles no era una ciudad fanática de la vigilancia. En todo el tramo de Tujunga Village no había una sola cámara de seguridad ni de las fuerzas de seguridad ni del gobierno.

—Oh, lo lamento —dijo Anna—. Robert, ella es mi amiga Patricia.

Hunter le dio la mano:

—Un placer conocerte.

Patricia medía un poco más de un metro sesenta y cinco, aunque unas botas negras de tacón le agregaban unos cuantos centímetros de altura.

—El placer es mío —respondió ella, sonriéndole de manera sincera.

Hunter le devolvió las llaves del coche a García:

—Carlos, coge el coche y lleva a Anna y a Patricia a sus casas —dijo—. Yo regresaré por mi cuenta. Aunque tal vez me quede y eche un vistazo durante un rato.

—¿Le echarás un vistazo a qué?, —preguntó Anna. Tenía los ojos fijos en Hunter, dado que sabía que su marido no le daría ninguna explicación.

La mirada de Hunter se detuvo en la de su compañero por una milésima de segundo antes de pasar a la de su esposa:

—Nada en particular, Anna.

La mirada de Anna siguió siendo dura:

—Mentira.

—Mira —dijo Hunter—. Confía en nosotros con todo esto. Carlos te explicará todo más tarde.

—Prometo que lo haré —dijo García, apretándole la mano a Anna—. Pero ahora mismo, debemos irnos.

Sesenta y cinco

Apenas García dejó a Patricia frente a su edificio de apartamentos en Monterey Park, Anna giró y le miró.

—Vale, no voy a esperar a llegar a casa para hablar de esto, Carlos. ¿Qué demonios está ocurriendo? —Anna todavía sonaba agitada—. Vi que no estaba sucediendo nada en Tujunga Village. No había coches de policía, no estaban arrestando a nadie, no había ninguna emergencia, nada fuera de lo común.

García puso el coche en marcha y cogió la avenida North Mednick, en dirección al sur.

—Esto tiene algo que ver con lo que sea que estáis investigando en este momento, ¿no es así?, —preguntó Anna de manera retórica —. Lo sé porque Robert estaba vigilando la calle como un hombre que tiene una misión. ¿A quién estáis buscando? ¿Cómo supisteis que estaba de compras con una amiga? ¿Por qué me estás asustando así? —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

García respiró hondo.

—Háblame, Carlos, por favor.

—Debo pedirte algo —dijo finalmente García, con la voz estable.

Anna se reclinó contra la puerta del acompañante, se enjugó las lágrimas de los ojos y miró a su marido.

—Necesito que te quedes en casa de tus padres durante algunas horas. Yo vendré y te recogeré más tarde.

Anna se tomó dos segundos enteros para digerir lo que le pedía antes de que le volvieran a ganar los nervios:

—¿Qué? Dijiste que no les había sucedido nada a mis padres. ¿Están bien?

—Sí, sí, están bien, bebé. No les sucedió nada. Solo necesito que te quedes allí durante unas horas. Necesito regresar al Edificio de la Administración de la Policía y resolver algunas cosas. Vendré a buscarte en un rato.

Anna esperó.

García no dijo nada más.

—¿Y eso es todo lo que vas a decir?, —le desafió ella.

Uno de los motivos por los cuales la relación de García y Anna funcionaba tan bien era que ambos sabían que siempre podían hablar con el otro, pasara lo que pasara. Y siempre lo hacían. Nunca había ninguna recriminación, ni celos, ni juicios por parte del otro. Los dos eran muy buenos escuchando, y se apoyaban y se comprendían el uno al otro mejor de lo que se entendían a sí mismos.

Anna podía ver que García estaba luchando con eso.

—Carlos —le dijo, apoyando la mano sobre la rodilla de él—. Sabes que confío en ti. Siempre confié, siempre confiaré. Si quieres que me quede en casa de mis padres por unas horas, lo puedo hacer, no es un problema, pero tengo derecho a saber el motivo. ¿Por qué no quieres que vaya a casa? ¿Qué está sucediendo?

García sabía que Anna tenía razón. Sabía también que no tenía manera de contarle el verdadero motivo sin asustarla, pero no tenía otra alternativa. Si le mentía, ella se daría cuenta. Siempre lo hacía.

Respiró hondo de nuevo y le contó lo que había ocurrido más temprano.

Anna le escuchó sin interrumpirle. Cuando terminó, los ojos se le habían llenado otra vez de lágrimas, y García sintió que se le estrujaba el corazón en el pecho.

—¿Estaba justo detrás de nosotras?, —preguntó Anna—. ¿Filmándonos?

García asintió.

—¿Y lo estaba transmitiendo en vivo por internet?

—Por internet, sí —dijo García—. Pero no con acceso para todos, solo para Robert y para mí. Nadie más lo podía ver.

Anna no quería ni necesitaba conocer los detalles técnicos.

—Por favor, Anna, solo quédate con tus padres por unas horas. Necesito ir a poner unas cuantas cosas en movimiento, y quiero chequear nuestro apartamento.

Anna tosió:

—¿Crees que estuvo en casa?

—No, no lo creo —dijo García con convicción—. Pero tengo que estar absolutamente seguro, porque el policía paranoico que llevo

dentro no descansará hasta que lo esté. Lo sabes.

En ese momento Anna no estaba segura de si la emoción en la voz de García era enojo o miedo.

—Entonces esta es la misma persona que secuestró y asesinó a la periodista del *LA Times* que apareció en el periódico esta mañana —dijo ella finalmente—. Lo transmitió por internet, ¿no? Al igual que lo hizo con Pat y conmigo.

García no necesitó responder. Anna sabía que estaba en lo cierto.

Él mantuvo los ojos en la carretera y apretó las manos en el volante, reprimiéndose todo lo que podía. Lo que realmente le quería pedir a Anna era que se fuese de Los Ángeles hasta que pusieran a ese psicópata tras las rejas. Pero nunca aceptaría hacer eso, ni siquiera si su vida *estuviese* en peligro. Anna era una mujer determinada, muy terca y totalmente comprometida. Trabajaba con gente mayor desfavorecida, gente que la necesitaba y que dependía de ella en base diaria. Incluso si pudiese hacerlo, no iba a levantarse y dejarlos de la noche a la mañana. Y García no tenía modo de saber cuánto tiempo duraría la búsqueda del asesino.

García había estado de acuerdo con Hunter en que *en ese mismo día*, el asesino no había tenido una verdadera intención de lastimar a Anna. Pero lo tomó como una advertencia. El asesino sin duda podía cambiar de opinión al día siguiente, o al siguiente, o al siguiente… y García sabía que era muy poco lo que él podía hacer al respecto. Lo que el asesino había transmitido esa tarde le había llenado de miedo, y había subrayado una verdad aterradora. La verdad de que más allá de quién era él, más allá de lo mucho que lo quisiera, no podía proteger de verdad a Anna durante las veinticuatro horas. El asesino lo sabía. Y ese mismo día se había encargado de que Hunter y él también lo supieran.

Sesenta y seis

Con el viejo ascensor del tamaño de un clóset atascado en algún lugar en lo más alto del edificio, Ethan Walsh cogió a toda prisa las escaleras para subir a su apartamento en el cuarto piso, saltando los escalones de 2 en 2. El problema era que el ejercicio físico no formaba parte ni siquiera de su vocabulario, por no hablar de su rutina diaria. Para cuando llegó al segundo piso, estaba sin aliento, con el rostro colorado y sudando como un luchador de sumo en un sauna a punto de tener un ataque al corazón. Aunque Ethan había aumentado un poco de peso en los últimos meses, no era exactamente gordo, pero sin duda estaba fuera de forma.

Normalmente se hubiese tomado su tiempo para recorrer los ocho tramos de escalera que lo llevaban a su apartamento, maldiciendo al llegar a cada descanso, pero esa noche ya estaba llegando diez minutos tarde para su llamada de media hora cara a cara con su hija de cuatro años, Alicia.

Cuando Alicia nació, la vida de Ethan parecía estar yendo viento en popa hacia el éxito. Ethan era un programador independiente de videojuegos, y uno muy bueno. Había desarrollado solo varios videojuegos para jugar en línea, y durante tres años consecutivos había ganado el prestigioso Premio Mochis Flash Games al Mejor Juego de Estrategia y Planificación del Año. Pero con la llegada de las tiendas en línea directas de las plataformas más importantes como la X-Box 360 de Microsoft y la PlayStation 3 de Sony, se había presentado un mundo totalmente nuevo para los programadores independientes de videojuegos. Y existía la posibilidad de hacer muchísimo dinero.

Ethan había conversado la idea de crear un juego para la X-Box 360 con Brad Nelson, un programador de juegos canadiense y brillante que había conocido hacía varios años. Brad dijo que él también le había estado dando vueltas a la misma idea, pero

hacerlo solo era una tarea titánica. Después de unas cuantas conversaciones más, decidieron hacerlo juntos, y así fue como Ethan y Brad crearon AssKicker Games tan solo seis meses antes de que naciera su hija.

Brad tenía muy buenas conexiones, y sobre la base de los premios que había ganado Ethan se las apañó para asegurarse un par de inversiones muy importantes, lo que les permitió a los dos renunciar a sus trabajos diarios y concentrarse solamente en el desarrollo de su primer juego importante para consola.

En menos de siete meses tenían una breve demo apto para jugar que se hizo viral en la tienda de X-Box 360. Se comenzó a hablar mucho del juego y de la empresa, pero Ethan era un perfeccionista, y seguía removiendo y rehaciendo partes enormes del juego, que entorpecieron severamente el avance del mismo. Ethan y Brad comenzaron a discutir prácticamente todos los días. La fecha de terminación del juego seguía demorándose cada vez más, y dos años más tarde seguía en desarrollo. Nadie sabía con certeza cuándo quedaría terminado. Se dejó de hablar del juego y de la empresa. Las inversiones se agotaron. Ethan terminó hipotecando una vez más su casa e invirtiendo en la empresa todo lo que tenía.

La presión y la frustración a las que Ethan estaba sometido en el trabajo empezaron a derramarse en la relación con su esposa, Stephanie, y comenzaron a pelearse prácticamente cada noche. Para ese entonces su hija ya casi tenía tres años. Ethan estaba obsesionado, deprimido y hecho un manojo de nervios. Fue en ese momento que Brad Nelson decidió alejarse de la empresa. Ya había tenido suficiente. Las discusiones se habían ido de las manos. Ya no tenía ni paciencia ni dinero, aunque no estaba tan endeudado como Ethan.

La sociedad acabó mal. Brad se negó a firmar los papeles que le transferirían su parte de la empresa a Ethan, y eso significó que Ethan no podía continuar desarrollando el juego por su propia cuenta. El cincuenta por ciento de la propiedad intelectual del juego le pertenecía a Brad, y él se negó a renunciar a su parte. Ethan no tenía dinero para contratar a un abogado y dirimir el tema con Brad ante la justicia. Si quería desarrollar un juego para la X-Box 360, tendría que olvidarse de todo lo que había hecho y empezar otro desde cero. No tenía ni los medios ni la energía mental como para

hacer eso.

Ethan quedó completamente quebrado, también espiritualmente. No sabía qué hacer, pero la experiencia le había dejado amargado, y ya no quería programar más. Tenía tantas deudas que su única salida fue declararse en bancarrota. El banco se quedó con su casa, y con eso las discusiones en su hogar se intensificaron. Stephanie se había mudado y había iniciado el procedimiento de divorcio hacía seis meses. Se había llevado a su hija, y ahora estaba viviendo en Seattle con alguien a quien había conocido cuando aún estaba casada con Ethan.

Ethan extrañaba muchísimo a su hija. En los últimos seis meses la había visto tan solo una vez. Su único consuelo por el momento era que dos veces a la semana hablaba con ella en una llamada de treinta minutos cara a cara por internet, de acuerdo con lo estipulado por un juez de un tribunal de familia.

Cuando Ethan llegó a la puerta de su apartamento, respiraba con tanta dificultad que sonaba como una aspiradora con desperfectos. Cogió las llaves, abrió la puerta y entró en su apartamento pequeño, oscuro y claustrofóbico.

—¡Mierda!, —murmuró, mirando su reloj. Le había llevado tres minutos llegar hasta el cuarto piso. Encontró el interruptor de la luz con la mano, y la vieja bombilla de luz ocre que estaba en el centro del techo parpadeó dos veces antes de bañar la sala con una luz tan débil que prácticamente no hacía ninguna diferencia. Se abalanzó hacia el portátil que estaba sobre la mesa de formica que había contra una de las paredes y rápidamente lo encendió.

—Vamos, vamos, arranca, ladrillo prehistórico —le espetó, haciéndole gestos con ambas manos al viejo ordenador. Cuando finalmente arrancó, abrió su aplicación de llamadas cara a cara y clicó en el botón de «llamar». La cuenta de su hija estaba ya programada.

Del otro lado atendió su exesposa.

—Eres increíble —dijo ella, con tono de enojada—. ¿Quince minutos tarde…?

—No empieces, Steph —la cortó Ethan—. Salí del trabajo en hora, pero el autobús tuvo un pinchazo. Tuvimos que apearnos todos y amontonarnos en el siguiente… De todos modos, ¿a quién le importa? ¿Por qué estoy perdiendo el tiempo hablando contigo?

¿Dónde está Alicia?

—Eres un gilipollas —dijo Stephanie—. Y tienes un aspecto horrible. Al menos te podrías haber peinado.

—Gracias por las amables palabras. —Ethan se pasó una mano por su cabello claro para intentar acomodárselo, antes de utilizar la manga de la camisa para enjugarse el sudor de la frente. Un segundo después apareció en la pantalla el rostro sonriente de Alicia.

Alicia era una niñita deslumbrante. Sus mejillas rosadas y su cabello rubio la hacían parecer un personaje de dibujos animados. Tenía los ojos de un azul profundo, y su forma daba la impresión de que estaban siempre sonrientes, lo cual incidentalmente por lo general era así. Y era una sonrisa que podía desarmar a cualquier adulto.

—Hola, papi —dijo Alicia, agitando fuertemente la mano en dirección a la cámara.

—Hola, corazón, ¿cómo estás?

—Estoy muy bien, papi. —Se llevó la manito a la boca y se empezó a reír—. Te ves gracioso.

—¿Sí? ¿Gracioso cómo?

Más risitas:

—Tu rostro está todo colorado como una frutilla gigante, y tu cabello está en punta para arriba como un piña.

—Bueno —dijo Ethan—. Entonces hoy me puedes llamar «papi ensalada de frutas».

Alicia se rio con una de esas risas contagiosas a las que la gente no podía evitar sumarse.

Ethan rio con ella.

Hablaron doce minutos más. Ethan sintió que se le hacía un nudo en la garganta, porque sabía que pronto se tendría que despedir de Alicia. Tendría que esperar cuatro días para su próximo chat por internet.

—¿Papi…?, —dijo Alicia, frunciendo el ceño, con un poco de confusión en la mirada.

—Sí, cariño. ¿Qué hay?

—¿Quién es…?

El móvil de Ethan sonó en el bolsillo de su camisa. Siempre lo apagaba cuando hablaba con Alicia, pero como ese día había hecho

todo muy deprisa se había olvidado.

—Un segundo, cariño —dijo, cogiendo el teléfono. Ni siquiera miró la pantalla de identificación de llamadas. Sencillamente lo apagó y lo volvió a dejar en su bolsillo—. Disculpa, corazón. ¿Quién es qué?

Por algún motivo Alicia parecía asustada.

—Querida, ¿qué hay?

Ella alzó su bracito y señaló a la cámara:

—¿Quién es ese hombre que está detrás de ti?

Sesenta y siete

García dejó a Anna en la casa de sus padres en Manhattan Beach y después de allí fue directo a su apartamento. Como le había dicho a Anna, el policía paranoico que llevaba dentro le estaba gritando «revisa una y otra vez todo», pero la lógica le decía que el asesino no había estado dentro de su casa.

García y Anna vivían en el último piso de un edificio de seis plantas en Montebello, en la parte sudoeste de Los Ángeles. No tenían ni balcón ni callejón trasero con escalera de incendio. La única manera de entrar era por la puerta del frente. García había trabajado en muchos robos de hogares siendo un policía uniformado como para conocer bien la situación. Había instalado en la puerta una cerradura con cilindro reforzado antirrobo de alta seguridad. La cerradura era extremadamente resistente contra ataques de golpes y perforaciones, incluso para alguien con herramientas especiales. Si alguien hubiera abierto esa cerradura, habría habido señales por todas partes. No había ninguna.

Satisfecho, llamó a Hunter y se puso al tanto de que estaba en camino hacia la sede central del FBI para hablar con Michelle. García le dijo que se reuniría allí con él.

Hunter había estado esperando menos de cinco minutos cuando García entró con su coche en el aparcamiento detrás del edificio del FBI en el *boulevard* Wilshire.

—¿Cómo está Anna?, —le preguntó Hunter a su compañero mientras este se apeaba del coche. Sabía que García le habría dicho a ella la verdad.

—Está inquieta, pero tú la conoces a Anna, está actuando de manera valiente. La dejé con sus padres hasta que yo regrese. ¿Cómo te ha ido?

García no tenía que decirle a Hunter que sin importar lo que le dijera a Anna, ella sencillamente no se iría de Los Ángeles. Hunter

también sabía que ella era muy determinada y estaba muy comprometida con su trabajo, y aunque él creía que el asesino había apuntado a Anna solamente para demostrar algo, ni él ni García estaban dispuestos a correr ninguna clase de riesgos. Habían convenido que dado que ellos no podían vigilarla durante las veinticuatro horas del día, lo haría alguna otra persona.

—Ya está hecho todo el papeleo —dijo Hunter—. Y ya ha sido aprobado por la capitana. Anna tendrá un escolta policial 24/7, hasta que nosotros lo digamos. Acaban de despachar a tu casa un coche de policía.

García asintió pero no hizo ningún comentario. Tenía una mirada distante y reflexiva.

—¿Por qué no te vas a tu casa, Carlos?, —dijo Hunter—. Ve a buscar a Anna y quédate con ella. Te necesita a su lado… y tú la necesitas a ella.

—Sé que es así. Y por eso estoy aquí. Que yo esté con Anna… La mejor vigilancia del mundo… Nada de eso va a hacer una diferencia mientras este psicópata ande suelto. Hoy lo demostró. —García hizo una pausa y miró a Hunter—. Incluso el vistazo más pequeño dentro del funcionamiento de la mente de un perpetrador puede terminar siendo un paso enorme hacia su captura… Tú me enseñaste eso, ¿lo recuerdas?

Hunter lo aceptó haciendo un gesto con la cabeza.

—Por lo que un modo de aproximarnos más a él es saber todo lo que podamos acerca de cómo hace lo que hace, y Michelle y Harry son las únicas personas que nos pueden ayudar a entender cómo lo hace. —Respiró hondo para estabilizarse—. Recogeré a Anna apenas salga de aquí, pero ahora mismo este soy yo haciendo lo mejor que puedo para protegerla. —García comenzó a andar en dirección al edificio.

Sesenta y ocho

Harry Mills había subido desde el subsuelo de la División de Ciberdelito para recibir a Hunter y a García en el *lobby* de entrada del edificio del FBI. Los condujo más allá del escritorio de recepción, por entre puertas de seguridad, a lo largo de un pasillo y finalmente al ascensor, pero esta vez apretó el botón del tercer subsuelo en vez del botón del primer subsuelo.

—Michelle está en el polígono de tiro en el tercer subsuelo —explicó Harry—. Es su manera de descargarse: música heavy metal y dispararle a un blanco de papel. —Las puertas del ascensor parecieron demorarse infinitamente en cerrarse, y Harry clavaba el dedo en el botón una y otra vez.

—¿Todo en orden?, —preguntó Hunter.

Harry se encogió de hombros:

—Acabamos de recibir malas noticias. Una víctima en uno de los casos de pedófilos que estamos investigando se suicidó hace alrededor de una hora. Tenía doce años de edad.

El silencio que le siguió a esas palabras duró hasta que habló la voz mecánica de mujer para anunciar que habían llegado al tercer subsuelo.

Se abrieron las puertas del ascensor, y Harry los llevó por otro pasillo de hormigón. La luz provenía de unos tubos fluorescentes que se extendían todo a lo largo del pasillo por el centro del techo. Doblaron a la izquierda, luego a la derecha, y llegaron a un par de puertas dobles gruesas y de vidrio oscuro. Harry deslizó su credencial de identificación del FBI por el teclado electrónico que estaba en la pared, ingresó un código de seis dígitos y las puertas se abrieron.

Al entrar a la pequeña antesala, el sonido más que familiar de la práctica de tiro les llenó los oídos. En un cuarto separado estaba sentado solo el maestro de armas, a quien se le veía a través de una

gran ventana con vidrio de seguridad en la pared este. Harry registró la entrada de ambos detectives.

—Está en la galería de siempre —dijo el maestro de armas, moviendo la cabeza hacia un lado.

Otro breve corredor los llevó finalmente hacia el campo de tiro, donde el nivel de ruido se multiplicó por cinco. Había doce galerías de tiro individuales alineadas una junto a la otra mirando hacia el amplio sector de los blancos, que daba hacia el oeste. En las primeras cuatro galerías había agentes del FBI con trajes negros impecables, gafas de tiro con cristales amarillos y voluminosos protectores auditivos. Ninguno saludó a los recién llegados.

Las siete galerías siguientes estaban vacías. Michelle Kelly estaba en la última. Llevaba puesta una camiseta negra, pantalones vaqueros negros y botas negras. Su largo cabello negro estaba enroscado y echado hacia delante por encima del hombro derecho de un modo casual. En vez de los habituales protectores auditivos grandes, ella tenía unos auriculares blancos metidos en las orejas. Cuando se acercaron a la galería, los tres la vieron disparar seis disparos rápidos consecutivos con un arma de mano semiautomática a un torso masculino pintado en un blanco de papel a veinte metros de distancia.

Michelle se quitó los auriculares y le puso el seguro al arma antes de dejarla en el estante de la galería frente a ella. Presionó el botón que accionaba la correa deslizante del blanco, y el torso masculino se acercó volando hacia ella como Superman.

Seis disparos al cuerpo —cuatro alrededor de la zona del corazón, uno en el hombro izquierdo y uno en el límite entre el estómago y el pecho—.

—Muy buenos disparos —dijo Hunter.

Ella le miró con fuego en los ojos:

—Si crees que lo puedes hacer mejor, coge un arma, campeón.

García y Hunter echaron la cabeza hacia atrás en señal de sorpresa.

—No dije eso —dijo Hunter—. Y no estaba siendo sarcástico. Esos fueron de hecho muy buenos disparos.

—¿Por ser mujer, quieres decir?

Hunter miró a García, luego a Harry, luego otra vez a Michelle:

—Tampoco dije ni di a entender eso.

García dio inteligentemente un paso hacia atrás, presintiendo que iba a haber problemas. No quería quedar atrapado en lo que fuera que estuviese sucediendo.

—¿Por qué no coges un arma? —Michelle forzó la situación—. Hagámoslo. El FBI contra el Departamento de Policía de Los Ángeles. Chico contra chica. Como lo quieras llamar. Veamos cuán bien puedes disparar.

Hunter le sostuvo durante un segundo la mirada en llamas. Definitivamente no se había descargado lo suficiente aún.

—Te puedo ahorrar la molestia —dijo él—. No soy muy preciso. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al blanco de papel en el momento en el que ella lo desprendía de la correa y colocaba uno nuevo—. Y no tenemos mucho tiempo, Michelle.

—Esa es una mala excusa. Y esto no llevará más de unos cuantos segundos —contestó ella, colocando en el arma un nuevo cargador —. ¿Una pistola 9 mm está bien para ti?, —le preguntó, pero contestó ella misma—. Pero claro que sí. Harry, ¿me harías el favor? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la sala de armas.

Hunter y García sabían muy bien que discutir con una mujer que estaba en ese estado de ánimo era un ejercicio inútil. En especial con una que tenía un arma.

Un minuto más tarde Harry estaba de vuelta con un protector auditivo, un par de gafas antirreflejo con cristales amarillos y una pistola Glock 19 compacta 9 mm —del mismo tipo que la que estaba utilizando Michelle—.

Hunter rechazó las gafas.

—Práctica estándar de seis tiros —dijo Michelle, más allá de que el cargador de la Glock 19 cargaba quince balas. Señaló la galería vacía que estaba a su izquierda—. *Solo* disparos letales, y no te guardes nada. Me daré cuenta si lo haces.

García miró a Hunter de reojo pero no dijo nada.

Hunter se ubicó en la galería número diez, dejando una libre entre medio de él y Michelle. Ella se puso otra vez los auriculares, subió el volumen de su reproductor de MP3 y le hizo a Hunter un gesto con la cabeza. Así y todo, él esperó a que ella disparara primero.

Los disparos salieron rápidos y furiosos. Doce disparos en ocho segundos.

Cuando se disipó el ruido, los dos se sacaron sus protectores auditivos y presionaron los botones de las correas deslizantes.

El blanco de Michelle tenía tres disparos al corazón, dos disparos a la cabeza —mejilla izquierda y frente— y un disparo a la garganta. Ella sonrió al desprender el blanco de papel.

Hunter había dado un disparo en el hombro izquierdo del blanco; los otros cinco estaban desparramados por la zona del pecho. Solo dos podían ser considerados como disparos letales al corazón.

Michelle miró los blancos de Hunter:

—Eso no es muy tranquilizador, teniendo en cuenta que estás entrenado para servir y proteger.

—¿A qué te refieres?, —dijo García, corroborando el blanco de Hunter—. Cualquiera de esos disparos habría detenido al atacante.

—Eso es cierto —aceptó Michelle—. Pero yo dije *solo* disparos letales, ¿no es así? —Miró a Hunter—. ¿Quieres que probemos otra vez?

Hunter le colocó el seguro al arma y se la devolvió a Harry:

—No tiene sentido. Yo apunté para *conseguir* disparos letales —admitió, mirando a los ojos a su compañero.

García evitó la mirada de Michelle, temiendo que ella le leyera como un libro abierto. Una y otra vez, en el polígono de tiro del Departamento de Policía de Los Ángeles, había visto a Hunter vaciar cargadores enteros en la frente de blancos *en movimiento*, a *treinta* metros de distancia. Quince disparos todos juntos en un área nunca mayor que una pelota de tenis. García también era un buen tirador, pero nunca había visto a alguien que fuera tan preciso con un arma corta como Hunter. En un blanco fijo a veinte metros de distancia, sabía que Hunter podría haber dibujado un rostro con ojos y sonrisa.

Hunter miró a Michelle:

—Hablaba en serio antes cuando dije que esos eran unos muy buenos disparos.

Un arrastrar de pies incómodo.

—Lamento haberte puesto a prueba, y haberte forzado a disparar —dijo finalmente Michelle, retirando el cargador de su arma—. No ha sido el mejor de los días.

—Y que lo digas —convino García.

Hunter sencillamente asintió.

Los dos detectives comprendían que haberse negado a disparar, o conseguir un mejor resultado en el blanco, eran alternativas que tenían el potencial de agravar inconscientemente el estado de ánimo ya de por sí molesto de Michelle. Seguirle el juego, y quedarse por detrás de ella sin ser demasiado obvio, había tenido en Michelle un efecto psicológico reconfortante y tranquilizador. El efecto fue inmediato. Aunque seguía estando visiblemente molesta, la hostilidad que había demostrado hacía tan solo un momento estaba bajo control.

—¿Nos puedes explicar cómo puede ser que nosotros hayamos podido ver la transmisión de internet y vosotros no?, —preguntó García, sin ganas de perder más tiempo.

—Claro —dijo Michelle—. Pero antes apartémonos de este ruido.

Sesenta y nueve

—Hay varias maneras de bloquear a alguien para que no pueda ver una transmisión en vivo en línea —dijo Michelle mientras subían al ascensor para ir a la planta de la División de Ciberdelito—. La más sencilla es identificando la dirección IP del usuario.

García miró a Michelle sin comprender.

Las puertas del ascensor se abrieron. Recorrieron el pasillo.

—¿Os acordáis de cuando os dije que la dirección IP de un ordenador es como la matrícula de un coche o un número de teléfono?, —preguntó Michelle—. Cada ordenador tiene una que lo identifica de manera única.

—Ajá.

Harry deslizó la tarjeta en la puerta de seguridad antes de ingresar el código y permitir que todos entraran a la oficina fría y con el aspecto de la nave espacial *Enterprise*.

—Vale —continuó Michelle—. Por lo que al igual que un teléfono móvil, si una persona llama, pero no activa la *privacidad de identificación de llamadas*, el móvil que recibe la llamada puede ver sin problema el número de quien llama, ¿cierto? Aparece en la pantalla del identificador de llamadas.

—Sí.

—Lo mismo con los ordenadores. La diferencia es que a no ser que seas un experto con algunas herramientas inteligentes, no puedes esconder la dirección IP de tu ordenador. No hay función de *privacidad de identificación de llamadas* para que las personas activen en sus ordenadores.

—De hecho —intervino Harry—, cada vez que te conectas a cualquier sitio web de la World Wide Web, el servidor registra tu dirección IP. Es su primera línea de defensa contra el fraude. Con una dirección IP, se torna mucho más sencillo identificar de dónde

proviene la conexión.

García lo pensó por un segundo:

—Por lo que si eres programador, y conoces la dirección IP del ordenador en cuestión, puedes escribir un código para bloquearla, cuando intente conectarse al sitio.

—O en nuestro caso, lo contrario —dijo Hunter—. El asesino puede haber escrito un código que permitía que solo se conectara una dirección IP, la nuestra, bloqueando las de todas las demás personas. Por eso nosotros pudimos ver la transmisión pero nadie más podía verla.

—Exactamente —dijeron Michelle y Harry al mismo tiempo.

—Pero eso quiere decir que tiene que conocer las direcciones IP específicas de los ordenadores de nuestra oficina —dijo García—. ¿Cuán fácil es acceder a esa información?

—Depende de lo astuto que seas —respondió Harry—. Y este tipo es *muy* astuto.

—Cuando no pudimos conectarnos a la transmisión luego de que vosotros nos llamasteis —explicó Michelle—, comenzamos a intentar resolver cómo se las había apañado para bloquearnos. Llegamos a esa misma conclusión. Para poder hacerlo, necesitaba conocer las direcciones IP específicas de los ordenadores de vuestra oficina. —Se encogió de hombros—. ¿Pero cómo los consiguió?

—La primera transmisión de todas —dijo Hunter, haciendo memoria.

—Bingo. —Michelle sonrió.

García miró a Hunter:

—¿La primera transmisión de todas?

—No fue abierta al público —dijo Hunter—. Fue solo para nosotros, ¿te acuerdas? Nos telefoneó, nos dio una dirección IP y nos pidió que la ingresáramos en la barra de direcciones. Éramos los únicos que estábamos mirando la transmisión. Nadie más.

—Por lo que si vosotros erais los únicos —dijo Michelle—, y el asesino sabía que no había nadie más conectado a su servidor, la dirección IP, o las direcciones, que el ordenador con el servidor registró ese día debían perteneceros a vosotros.

—Hijo de perra —murmuró García.

—Así de sencillo —dijo Harry—. Y así de astuto. Sin que vosotros sospecharais nada, él obtuvo en ese mismo momento

vuestras direcciones IP. Parece que ha estado jugando con vosotros desde el inicio.

Setenta

Cuando Hunter llegó al Edificio de la Administración de la Policía a la mañana siguiente, García ya estaba en su escritorio, leyendo los últimos correos electrónicos de Christina Stevenson. A pesar de la camisa recién planchada, el rostro afeitado y el cabello peinado hacia atrás en una prolija coleta, lucía cansado. Hunter dudaba de que hubiera dormido más de un par de horas.

—¿Cómo está Anna?, —preguntó Hunter.

—Apenas si durmió anoche —dijo García, empujando la silla para apartarse del escritorio por un momento—. Y las pocas horas que durmió estuvieron atravesadas de pesadillas.

A pesar de sentir el enojo oculto en las palabras de García, Hunter sabía que no había nada que pudiera decir para marcar una diferencia. Se quedó en silencio.

—Veo que tú tampoco dormiste mucho —dijo García, haciendo avanzar el tema.

—Bueno, eso no es nada sorprendente —respondió Hunter—. ¿Sigue sin aparecer nada interesante en los correos electrónicos?

García negó con la cabeza y se encogió de hombros:

—Ya los he revisado todos. No hay nada, pero recibimos un correo de la policía científica esta mañana. Tal como esperaban, la cerradura de la puerta de vidrio para acceder al dormitorio de Christina Stevenson *había sido* forzada. Así fue como el asesino ingresó a la casa. El examen de las fibras que se encontraron en la habitación, por el momento, no es concluyente. Podrían provenir de cualquier prenda del guardarropa de ella, pero seguirán haciendo pruebas.

Hunter asintió, encendió su ordenador, y mientras esperaba que arrancase se sirvió una taza de café fuerte —el tercero esa mañana, y todavía no eran ni siquiera las 8:30 a.m.—. Apenas se sentó, alguien llamó a la puerta.

—Pase —dijo Hunter en voz alta.

Un joven agente de policía uniformado empujó la puerta y entró:

—¿Detective Hunter?

—Aquí —dijo Hunter, alzando su taza de café como brindando por algo.

—Acaba de llegar esto para usted. Lo envió alguien del *LA Times*. —Mientras le entregaba a Hunter un sobre pequeño y sellado, el agente miró por encima del hombro de Hunter el tablero de las fotos que estaba en la pared sur. Se le tensionó el cuerpo, y los ojos se le encendieron con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Alguna cosa más?, —dijo rápidamente Hunter, moviéndose cuidadosamente hacia la izquierda para obstruir la vista del agente.

—Um… no, señor.

Hunter le agradeció al joven agente y le acompañó hasta la puerta.

Dentro del sobre encontró un *pen drive* USB y un papel con membrete del *LA Times* con una nota escrita a mano.

> *Aquí están los archivos que me pidió. Espero que sirvan. Pamela Hays*.

—¿Qué es eso?, —preguntó García.

—Dos años de artículos de Christina Stevenson.

Hunter conectó el *pen drive* a su ordenador.

García se acercó hasta allí para mirar.

A medida que los contenidos se cargaban en la pantalla de Hunter, dejó salir una exhalación frustrada:

—¡Maldición!

—*Fiuuu* —silbó García—. ¿Seiscientos sesenta y nueve archivos? —Un poco se rio y otro poco tosió—. Buena suerte con esos. Espero que sean al menos más interesantes que sus correos electrónicos. —Hizo un gesto en dirección a su ordenador.

—No apostaría por eso.

El problema más inmediato con el que se enfrentó Hunter fue que los archivos no eran archivos de texto en los que se pudiese buscar. Todos y cada uno de los documentos que contenía ese *pen drive* USB eran de hecho imágenes escaneadas de la página del periódico con el artículo publicado. No tenían títulos, solo la fecha

de publicación. Iba a tener que leerlos todos.

Hunter se reclinó en su silla y respiró hondo. Lo primero que quería hacer era encontrar el artículo que Christina Stevenson había escrito acerca de Thomas Paúlsen, el millonario de la empresa de *software*. Pamela Hays le había dicho que Christina había escrito el artículo hacía alrededor de cuatro meses, por lo que comenzó por allí, abriendo y examinando rápidamente todos los archivos cuya fecha de publicación estuviera dentro de ese rango de tiempo. No le llevó mucho.

Encontró lo que buscaba en el decimosegundo archivo que abrió.

Había sido un artículo de dos páginas. Christina Stevenson había pasado dos meses reuniendo información y entrevistando a empleados y empleadas de PaulsenSystems, actuales y de otros tiempos. El resultado había sido un libro abierto de acoso sexual, soborno e intimidación. Christina Stevenson hacía que el magnate del *software* de cincuenta y un años de edad pareciera y sonara como un depredador sexual.

El artículo comenzaba contando la historia de cómo un joven Thomas Paulsen, de tan solo veintiún años de edad en ese entonces y un apasionado de los ordenadores, vio una veta en el mercado y una oportunidad de oro para abrir una empresa de *software*. Pidió prestado entonces todo el dinero que pudo a su familia y a sus amigos y fundó PaulsenSystems en el garaje de sus padres en Pasadena. Hizo su primer millón de dólares un año y medio más tarde.

En el artículo también había tres fotografías de Paulsen. Una era un retrato profesional, que también estaba en el sitio web de la empresa, pero las otras dos eran más personales, tomadas dentro de un club nocturno —al estilo de las cámaras ocultas—. En la primera se veía a Paulsen besando el cuello de una mujer morena que parecía tener por lo menos veinte años menos que él. En la segunda se le veía con su mano firmemente plantada en el trasero de la mujer.

El artículo seguía y contaba que la mujer era de hecho la nueva secretaria de Thomas Paulsen. Trabajaba en la empresa desde hacía seis meses. Según el periódico, Paulsen hacía todo lo que tenía a su alcance para llevar a beber vino, cenar y encantar a cualquier

empleada que le resultara atractiva, llevarlas a la cama y luego intimidarlas para que mantuvieran la boca cerrada, del modo en que fuera necesario, incluso aterrorizándolas. El artículo terminaba diciendo que el número exacto de mujeres de las que se había aprovechado Thomas Paulsen no se sabía, pero que lo había estado haciendo por más de veinte años.

Hunter no tenía ninguna duda de que un artículo como ese, con una llamada en la portada de un periódico nacional de muchísima circulación como el *LA Times*, habría hecho tambalear seriamente la vida personal y la imagen pública de Paulsen.

Hunter pasó la hora siguiente buscando en internet las repercusiones y los artículos derivados de ese. Quería saber qué clase de bola de nieve había echado a rodar la nota de Christina. Encontró varias cosas. Y la bola de nieve había sido grande y dañina.

Una nota muy interesante con la que se topó también había salido de la sección de espectáculos del *LA Times*, publicada hacía dos meses y medio, pero no la había escrito Christina. El artículo hablaba de cómo el informe de Christina había apuñalado en el corazón el matrimonio de Paulsen. Gabriela, la esposa de Paulsen, de veintisiete años de edad, no tenía idea de lo que su marido había estado haciendo con algunas de sus empleadas. Había pedido el divorcio un mes después de que se publicara el artículo. También se informaba que su hija de veinticinco años le había retirado la palabra.

Una hora más y Hunter había encontrado una gran cantidad de artículos en los que se hablaba de la empresa de Paulsen. Tenía contratos de negocios en todas partes del país, y aparentemente, debido a la nota de Christina y a los asuntos morales de los que trataba, muchos de esos contratos habían quedado cancelados. Financieramente, PaulsenSystems había recibido un fuerte golpe.

A medida que Hunter acababa de leer cada artículo, se los pasaba a García.

—La nota de Christina Stevenson le costó demasiado a Paulsen —dijo Hunter—. En todos los aspectos de su vida. Si alguien tenía una buena razón para ir a por ella, ese era Thomas Paulsen.

—Cierto —convino García—. Pero por lo que sabemos, no tenía ningún motivo para ir a por Kevin Lee Parker, la primera víctima.

Hunter hizo una mueca:

—*Por lo que sabemos*.

García sonrió. Sabía exactamente qué era lo que estaba pensando su compañero.

—Pondré un equipo a trabajar en ello —dijo, cogiendo el teléfono que estaba en su escritorio.

Antes de que García terminara su conversación telefónica, sonó el teléfono del escritorio de Hunter.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios —contestó mientras al mismo tiempo intentaba masajearse el cuello, que le dolía.

—Adivine qué, detective —dijo la persona que había llamado con el mismo entusiasmo electrizante de un presentador de programas exitosos de televisión—. Es otra vez la hora del *espectáculo*.

Setenta y uno

García seguía al teléfono con el equipo de investigaciones cuando notó la mirada en el rostro de Hunter. Una mirada tan fría que podría haber congelado el aire dentro de la oficina. Una mirada que solo podía significar una cosa: *el asesino estaba otra vez manos a la obra.*

García inmediatamente pensó en Anna, y el corazón casi le explota dentro del pecho. Cortó su conversación a mitad de una frase, estrelló el auricular del teléfono y frenéticamente puso las manos en el teclado de su escritorio.

Hunter pasó la llamada a altavoz antes de también coger su teclado.

—No, no, no, no… —susurró García para sí mismo mientras tipiaba la dirección en la barra de direcciones, con los dedos temblorosos.

La página se cargó en las pantallas de ambos detectives en tan solo un par de segundos.

Miradas de enojo.

Ojos entrecerrados.

Confusión.

—¡Mierda! —García finalmente exhaló, dejándose caer otra vez en la silla con un fuerte golpe. Su respuesta emocional instintiva fue de alivio. Estaba mirando una toma en primer plano del rostro de alguien, pero ese alguien no era Anna. Era un hombre blanco que parecía tener alrededor de treinta y cinco años. Tenía rostro ovalado, nariz redonda, mejillas regordetas, cejas finas y cabello más bien corto.

Las imágenes se veían cubiertas de un tinte verde, lo cual indicaba que el asesino otra vez estaba utilizando lentes de visión nocturna. Al igual que con las primeras dos víctimas, las imágenes

estaban siendo transmitidas desde un lugar oscuro.

Los ojos del hombre se movían de un lado al otro, asustados… confundidos… suplicantes… en busca de una respuesta. Era fácil reconocer que eran ojos de color claro, pero el tinte verde hacía que fuera imposible especificar. El hombre tenía en la boca una mordaza de cuero tan ajustada que le estaba cortando la piel. Tenía todo el rostro cubierto de sudor y miedo.

En silencio Hunter le indicó a García que llamara a Michelle y a Harry a la División de Ciberdelito del FBI. Sabía que la llamada ya estaba siendo grabada por Operaciones.

García utilizó velozmente su móvil, cubriéndose la boca con la mano para minimizar el ruido.

—El sitio web está otra vez en línea —susurró al teléfono cuando Michelle atendió.

—Lo sabemos —contestó ella, con voz tensa—. Estaba a punto de llamaros. Estamos tratando, pero otra vez está utilizando sitios espejo, reflejando la transmisión de un servidor a otro. No lo podemos rastrear.

García sospechaba que ese sería el caso.

—¿Os ha llamado de nuevo?, —preguntó ella.

—Ahora mismo está al teléfono. —García se puso de pie y dejó su móvil sobre el escritorio de Hunter para que Michelle pudiera escuchar.

De repente, al igual que en la transmisión de la segunda víctima, apareció la palabra CULPABLE, centrada en la parte de abajo de la imagen.

Después, en el rincón de arriba a la derecha de la pantalla, apareció una nueva secuencia numérica: 0123. Esperaron que apareciera otra secuencia de letras similar a «SSV» en el rincón superior izquierdo de la pantalla, pero eso nunca sucedió.

—Las reglas son las mismas que la última vez, detective —dijo la persona que había llamado, casi riéndose—. Pero hoy me siento generoso… y me atreveré a decir, un poco confiado, incluso. Por lo que en vez de mil votos en diez minutos, hagamos que sean diez mil votos en diez minutos. ¿Qué dice, eh? Eso os debería dar esperanzas.

Hunter no contestó.

Más o menos en la mitad de la parte inferior de la pantalla del

lado derecho, apareció la palabra ESTIRAR, seguida del número cero y de un botón verde. Una fracción de segundo más tarde, justo por debajo de esa palabra, apareció la palabra APLASTAR, también seguida de un cero y de un botón. Los dos botones por el momento estaban desactivados.

Hunter y García mirando la pantalla fruncieron el ceño los dos al mismo tiempo, y mientras lo hacían la cámara lentamente comenzó a alejarse haciendo *zoom* hacia afuera.

De a poco, se empezó a ver todo el cuerpo del hombre. Lo único que llevaba puesto era un par de *boxers* negros. No era un hombre delgado, pero ciertamente tampoco se podía decir que tenía sobrepeso. Parecía estar tendido en alguna especie de mesa ancha de madera. Tenía los brazos extendidos por encima de la cabeza formando una V. Le habían afeitado las axilas. Tenía las piernas separadas a una distancia un poco más grande que la distancia entre los hombros, y también estaban completamente estiradas.

El plano tardó varios segundos en acabar de alejarse. Solo entonces Hunter y García pudieron ver las manos y los pies del hombre, y en ese momento fue cuando finalmente comprendieron lo que significaba el sádico proceso de votación.

Setenta y dos

En las muñecas y en los tobillos el hombre tenía unas gruesas correas de cuero que le sujetaban. Esas correas, a su vez, estaban unidas a los extremos de unas cadenas de metal de aspecto sólido, que estaban conectadas después a unos rodillos mecánicos. Todo el dispositivo se veía exactamente igual a una versión improvisada pero actualizada del potro, uno de los aparatos medievales de tortura más sádicos jamás creado, que se utilizaba para estirar lentamente los miembros de una persona hasta arrancarlos de su cuerpo.

Dentro de la oficina de Hunter se podía oír hasta el vuelo de una mosca.

—Por el silencio que oigo —estalló la voz del hombre por el altavoz del teléfono— asumo que estáis comenzando a comprender la escena. —Se rio con una risa de perro de dibujos animados.

Una vez más, no hubo respuesta por parte de ninguno de los dos detectives.

—Pero la imagen todavía no está completa —continuó la persona que había llamado—. Por lo que permitidme que os resuelva eso.

La cámara comenzó a hacer un lento paneo hacia arriba, en dirección al techo.

De golpe se abrió de un empujón y a toda prisa la puerta de la oficina de Hunter y entró la capitana Blake. La mirada que tenía en el rostro era un cóctel de ira, incredulidad y pavor.

—Estáis viendo esto… —comenzó a decir, pero Hunter alzó la mano, deteniéndola, y haciendo un gesto en dirección al altavoz en su escritorio.

Demasiado tarde.

—Bueno, bueno, bueno —dijo la persona que había llamado, divertida—. ¿Pero quién se nos está sumando ahora…? —No esperó

una respuesta—. Por el tono enojado de su voz, supongo que es… la capitana de la División de Robos y Homicidios en persona. Barbara Blake, ¿ese es su nombre, no?

La capitana Blake sabía que el asesino fácilmente podría haber obtenido su nombre del sitio oficial del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Bienvenida a *escogeunamuerte.com*, capitana. Me alegra que hoy pueda estar con nosotros. Cuantos más seamos, mejor.

—¿Por qué está haciendo esto?, —dijo ella, sus palabras nadando en ira.

Hunter miró fijo a la capitana. Regla número uno de cualquier negociación con cualquier clase de perpetrador: *solo un negociador, a menos que el criminal haya pedido otra cosa. Una sola persona más, y la negociación fácilmente podría quedar expuesta a confusiones, que a su vez podrían frustrar y enojar al perpetrador, haciendo que todo el procedimiento se desmorone*.

—¿Que por qué estoy haciendo esto?, —repitió burlonamente la persona que había llamado—. ¿Me está pidiendo que haga su trabajo, capitana Blake?

Hunter todavía mirándola negó con la cabeza para que no hiciera nada.

La capitana se quedó callada.

La cámara seguía haciendo el paneo hacia arriba.

Hunter miró otra vez la pantalla frunciendo el ceño, intrigado por algo. Lo primero que notó fue que la locación era distinta de la que había utilizado para las transmisiones de las dos víctimas previas. No había una pared de ladrillo al fondo, y la sala parecía más grande, mucho más grande. Luego otra cosa más le llamó la atención: el movimiento de la cámara. Le llevó varios segundos entender por qué. Miró a García y dijo unas pocas palabras solo moviendo los labios.

García no las entendió, negó con la cabeza y se aproximó.

—Es una cámara controlada de manera remota —susurró Hunter esta vez.

—¿Qué? —García y la capitana Blake parecían inseguros.

Hunter presionó el botón de «mute» de su teléfono:

—Por el modo en el que la cámara está haciendo *zoom* y paneando el lugar —explicó Hunter—. Es demasiado lento,

demasiado estable. Si intentas hacer eso con la cámara en la mano, no hay manera de que logres un movimiento tan constante y regular.

García y la capitana Blake miraron otra vez la pantalla.

—La está controlando de manera remota —dijo Hunter—. Podría llegar a no estar allí.

—¿Entonces?, —le contestó la capitana Blake—. ¿Eso en qué cambia las cosas?

Hunter se encogió de hombros.

En la pantalla el paneo de la cámara se detuvo, y todos en la oficina de Hunter se quedaron rígidos. Colgando a unos metros justo por encima de la víctima y del improvisado dispositivo de tortura medieval había un bloque de hormigón de fabricación casera. Parecía tener unos cuarenta y cinco centímetros de espesor, un metro veinte de ancho y dos metros de largo. La piedra pesaba fácilmente más de una tonelada. La sostenían unas cadenas muy gruesas ajustadas a diez ganchos de metal colocados en la superficie de arriba del bloque. No podían ver a qué estaban conectadas las cadenas arriba del todo.

—Supongo que ahora la escena está completa —dijo la persona que había llamado, riendo entre dientes—. Pero la belleza de lo que he creado aquí es… que no tengo la necesidad de aplastarlo de una sola vez. Puedo bajar despacio la roca de hormigón hacia la mesa, comprimiendo de a poco su cuerpo, como un tornillo de banco gigante, hasta que quede aplastado cada uno de sus huesos.

Hunter sabía que habría un giro. El potro era originalmente un dispositivo medieval de *tortura*, no uno para ejecuciones. Su principal objetivo era estirar *despacio* los miembros de la persona para obtener una confesión o sacar información. El dolor que ocasionaba era tan fuerte que por lo general muy pronto se obtenía una confesión, y el estiramiento se detenía luego de tan solo unos pocos segundos. Pero si no se detenían los rodillos, el cuerpo finalmente terminaría desmembrado —por lo general se desgarraban los brazos del torso de la persona—. A eso pronto le seguía la muerte por pérdida de sangre. Pero la víctima sufría tremendamente antes de morir. Aplastar a alguien con una piedra de hormigón hasta matarlo, comparado con la utilización de un dispositivo de tortura como el potro, era relativamente algo

indoloro, y muy muy rápido. Este asesino sencillamente no permitiría que sucediera eso.

—Hijo de perra —espetó la capitana Blake, ya sin que le importaran ni el protocolo ni las reglas.

La respuesta del hombre que había llamado fue una risa llena de alegría:

—Supongo que es momento de que comencemos con el espectáculo. Disfrutad.

La línea quedó muda.

En la pantalla se activaron los dos botones de votación, y en el rincón de abajo a la izquierda un reloj digital empezó la cuenta regresiva: 10:00, 9:59, 9:58…

Setenta y tres

Dentro de la Oficina de Operaciones en la primera planta del Edificio de la Administración de la Policía, Desiree y Seth estaban pegados a los monitores de sus ordenadores, mirando el desarrollo de los eventos en *escogeunamuerte.com*. Ellos, junto con todas las demás personas de la planta en la que trabajaban, apenas si podían creer lo que estaban viendo.

—¡Por el amor de Dios y todas sus criaturas!, —dijo Desiree, persignándose y besando el diminuto crucifijo de oro que le colgaba del cuello con una cadena—. ¿Quiere que la gente vote si tiene que aplastar a ese hombre hasta matarlo o arrancarle los brazos y las piernas del cuerpo como si fuera un insecto?

—¿Diez mil votos en diez minutos?, —respondió Seth—. Esos son muchos votos, si se considera que no todos los votos van a ir al mismo método de muerte.

—¿Tú crees que si el tiempo se acaba —retomó Desiree— y no consigue los diez mil votos, el asesino mantendrá su palabra y liberará al tipo?

Seth simplemente se encogió de hombros.

Mirar el desarrollo de los acontecimientos en sus monitores no era lo único que Seth y Desiree estaban haciendo. Eran también quienes estaban a cargo de grabar y rastrear la llamada del asesino al escritorio de Hunter.

Lo primero que descubrieron fue que la llamada se estaba realizando desde un teléfono móvil. Inmediatamente utilizaron una aplicación para indagar con el proveedor del servicio las coordinadas GPS del teléfono.

Nada.

No tenía GPS.

Quien había llamado o estaba utilizando un teléfono viejo o había desactivado el chip de GPS.

Instantáneamente Desiree y Seth pasaron a realizar una triangulación del móvil, un proceso mucho más incómodo y laborioso que por lo general llevaba varios minutos y dependía de dos factores principales. Uno, el teléfono tenía que mantenerse activo a lo largo de todo el proceso. Si quien estaba efectuando la llamada dejaba el teléfono y lo apagaba, el procedimiento de triangulación fracasaba. Dos, el teléfono tenía que permanecer dentro de la misma zona de triangulación. Si quien llamaba estaba en movimiento y se salía del radio de cualquiera de las tres torres de triangulación el proceso caía y tenía que comenzar otra vez de cero.

Pero por el momento todo marchaba bien.

La persona que había llamado seguía en la línea, y no parecía estar moviéndose hacia ninguna parte. Si permanecía en el teléfono por no mucho tiempo más, probablemente conseguirían una ubicación. Pero ni Desiree ni Seth exhibían demasiado entusiasmo con esa posibilidad. Ambos habían trabajado en las dos llamadas previas que este mismo perpetrador le había hecho a Hunter. Habían visto cómo las había hecho rebotar expertamente por todo Los Ángeles, riéndose del Departamento de Policía. Si había algo que no era este perpetrador eso era «estúpido». Sabía muy bien que esta llamada, al igual que las dos anteriores, sería grabada y rastreada.

Uno de los dos ordenadores que estaban sobre el escritorio de Seth emitió una señal, indicando que el proceso de triangulación había concluido. Seth y Desiree se giraron para mirar el monitor, sin prestar demasiada atención a las coordenadas finales. Simplemente estaban esperando que la ubicación triangulada cambiara rápidamente, cuando la persona que había llamado la hiciera rebotar a un lugar distinto, del mismo modo en que lo había hecho con la primera llamada.

No sucedió.

Pasaron diez, veinte, treinta segundos y la ubicación seguía siendo la misma.

—Es una broma —susurró Seth, inclinándose sobre su teclado. Solo entonces él y Desiree corroboraron las coordenadas de donde se había originado la llamada.

—Oh Dios mío.

Setenta y cuatro

—¿Esto es real?, —preguntó la capitana Blake, con sus ojos incrédulos fijos en el monitor que estaba sobre el escritorio de Hunter.

Habían transcurrido menos de diez segundos desde el momento en el que el reloj digital en el rincón inferior izquierdo de la pantalla había comenzado su cuenta regresiva de diez minutos.

APLASTAR: 1011.
ESTIRAR: 1089.

—¿No pasó ni siquiera un minuto y ya votaron más de dos mil personas? —La capitana Blake finalmente miró a Hunter.

—Probablemente publicó otra vez links en varias de las redes sociales más importantes —respondió Hunter.

—Lo *hizo*. —El comentario apenas audible llegó del móvil de García, que estaba apoyado sobre el escritorio de Hunter. Michelle Kelly seguía en la línea.

García rápidamente cambió la llamada a altavoz:

—¿Puedes repetir lo que dijiste, Michelle?

—Dije que lo *hizo*, que publicó links en los sitios de varias de las redes sociales más importantes. Pasó un minuto y la página recibió… —hubo una pausa rápida seguida de clics en el teclado— cerca de cuatro mil visitas, y el índice crece segundo a segundo.

—Perfecto —dijo la capitana Blake—. ¿Hay algo que la División de Ciberdelito del FBI pueda hacer al respecto?

—Ya estamos haciendo todo lo que podemos —retomó Michelle —. Pero este tío parece haberse anticipado a todos los movimientos que podíamos hacer. Vayamos hacia donde vayamos, encontramos una pared.

—¿Tú y Harry estáis grabando esto?, —preguntó Hunter.

—Harry no está aquí —dijo Michelle—. Pero sí, estoy grabando cada segundo.

RELOJ: 7:48, 7:47, 7:46…
APLASTAR: 3339.
ESTIRAR: 3351.

El teléfono móvil de la capitana Blake vibró dentro del bolsillo de su americana.

Lo cogió y verificó la pantalla del identificador de llamadas: el alcalde de Los Ángeles. Sabía exactamente qué significaba eso. Rechazó la llamada y devolvió el teléfono al bolsillo. En ese momento no tenía tiempo para una discusión sin sentido. Lidiaría con el alcalde cuando ella lo dispusiera.

García se alejó un paso de su escritorio y se restregó el rostro nerviosamente antes de bajar la vista al piso y alejarla del monitor. Hunter casi que podía leerle los pensamientos. Luego de lo que le había sucedido el día anterior, su inconsciente no podía evitar imaginarse el peor escenario posible para sí mismo, cambiando al hombre que veían en la pantalla por su propia esposa, Anna.

García negó rápidamente con la cabeza, tratando de erradicar el pensamiento. Se tomó uno o dos momentos para intentar calmar el acelerado latido de su corazón, a la espera de que se le acomodara lentamente el pulso. Cuando eso sucedió, su vista regresó a la pantalla.

La capitana Blake también estaba comenzando a inquietarse. La impotencia de mirar el proceso de votación sin tener la posibilidad de mover ni siquiera un dedo para detenerlo estaba contaminando el ambiente dentro de la sala como un ataque con gas sarín.

—Más de diez mil visitas. —Todos la escucharon a Michelle decir eso—. Se está haciendo viral.

RELOJ: 6:11, 6:10, 6:09…
APLASTAR: 5566.
ESTIRAR: 5601.

—Esto no puede estar sucediendo —dijo la capitana Blake.

Sonó otra vez el teléfono del escritorio de Hunter —una llamada interna—. Cogió enseguida el auricular.

—Detective Hunter, habla Seth Reid de Operaciones. No va a creer esto, pero tenemos una información precisa de la ubicación de la llamada.

Seth estaba equivocado: en ese mismo momento, Hunter podía creer cualquier cosa. Pasó la llamada a altavoz:

—¿Tienes una ubicación fija de la llamada?

—Correcto. La persona que llamó se quedó en línea durante la suficiente cantidad de tiempo, y esta vez no hizo rebotar la llamada por toda la ciudad.

Hunter y García fruncieron el ceño. Este asesino no cometería esa clase de error.

—No lo puedo creer —dijo la capitana Blake, cogiendo el teléfono del escritorio de García, lista para reunir a todo el Departamento de Policía de Los Ángeles en caso de ser necesario—. ¿Y cuál es la ubicación?

—Bueno, esa es la cuestión… —dijo Seth—. Está en la calle 1 Oeste, en algún lugar cerca del número 100.

—¿Qué?, —dijeron Hunter, García y la capitana Blake al mismo tiempo, todos dándose la vuelta para mirar el teléfono del escritorio de Hunter.

—Este edificio es el 100 de la calle 1 Oeste —dijo la capitana Blake, colgando el teléfono de García—. ¿Me está diciendo que está llamando de la puerta del Edificio de la Administración de la Policía?

—Sí —respondió Seth—. Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Setenta y cinco

—Ey, Spinner, ven, mira esto. —Tim le dijo a su mejor amigo que se acercara mientras miraba con los ojos bien abiertos la pantalla de su *smartphone*.

Tim tenía dieciséis años y Spinner diecisiete. Los dos eran alumnos del Instituto Glendale, y tal como hacían cada día luego de la escuela, estaban practicando sus movimientos en las rampas de *skate* de Verdugo Park.

Spinner hizo un kickflip antes de ejecutar un giro de 180 grados para quedar de frente a su amigo. Tim se estaba tomando un descanso sentado en el borde de la piscina con forma de riñón en la que estaban andando.

—Demonios, tronco, ¿estás otra vez con el móvil?, —dijo Spinner, negando con la cabeza—. Tienes que andar más en *skate* y estar menos en Twitter, ¿sabes a lo que me refiero? ¿Qué es eso, igual?

—Tienes que venir a ver, hermano. Esto es una locura… literalmente.

Spinner hizo una pausa y le hizo un gesto a Jenny, otra alumna del Instituto Glendale que estaba en el parque con ellos. A ella también le encantaba andar en *skate*, pero le faltaba mucho para llegar a ser la mitad de buena que Tim y Spinner.

Spinner y Jenny cogieron sus tablas y se acercaron a Tim.

—¿Es un nuevo truco?, —preguntó Spinner.

—No, tronco. —Tim negó con la cabeza—. ¿Te acuerdas que te conté de esa página demente, *escogeunamuerte.com*?

—¿La que dijiste que era una treta publicitaria de una película?, —dijo Jenny.

—Sí, pero habéis visto el periódico de hace unos días, ¿no?, —respondió Tim—. No era un truco publicitario. Era real. Algún

cabrón chiflado mató a esa mujer en vivo por internet.

—Quizás la perra lo merecía —comentó Spinner.

Jenny le dio un puñetazo en el hombro:

—No seas cretino, Spinner. Lo que dijiste es horrible.

Spinner se encogió de hombros:

—Solo decía.

—Como sea. —Tim hizo un gesto con la mano, para que dejaran de hablar—. Acabo de recibir un tuit de Mel. El sitio está otra vez en línea, tronco. Mirad esto. —Tim les mostró su *smartphone*.

Spinner y Jenny los dos miraron a la pantalla frunciendo el ceño al mismo tiempo.

—Joder, ¿es real?, —preguntó Spinner, con los ojos brillando.

—Como dije —respondió Tim—. La última vez fue muy real. Por lo que creo que… sí, tronco, esto está sucediendo. Alguien va a morir.

Jenny puso cara de asco:

—Chicos, esto es enfermo. ¿Vais a mirar cómo un pobre tío muere en vivo por internet?

—Claro que sí —dijo Spinner—. Y no sé de qué te quejas. Tú miras todos esos programas de telerrealidad.

—No se puede ni comparar, Spinner —le espetó Jenny.

—No tengo ninguna duda de que no se puede comparar. Esto les gana con los ojos cerrados. Deberían llamar a este programa *American Idol Muerto*.

—Me gusta eso —dijo Tim.

—Bueno, yo no lo voy a mirar —dijo Jenny, molesta, subiéndose a la tabla y regresando a la piscina.

—¿Votaste?, —preguntó Spinner, no muy preocupado por Jenny.

—Aún no.

—Bueno, dame un segundo —dijo Spinner, cogiendo su teléfono del bolsillo—. Vale, dime la dirección, y hagamos que frían a este tío.

Setenta y seis

Aunque la ventana de la oficina de Hunter y García daba a la calle South Spring en el lado oeste del Edificio de la Administración de la Policía, todos dentro de la sala instintivamente miraron hacia allí.

—Tiene que ser una broma —dijo la capitana Blake—. ¿Cómo puede ser posible si está transmitiendo todo esto ahora mismo?

—Porque está controlando la cámara y todo lo demás de manera remota —respondió Hunter—. Así es como puede ser.

La capitana lo pensó un instante:

—Hijo de perra —murmuró—. ¿Está en el parque?, —le preguntó a Seth.

El City Hall Park, o South Lawn, como muchos lo llamaban, era un área verde de casi una hectárea cubierta por un denso follaje de árboles que se encontraba frente al famoso edificio del Ayuntamiento de Los Ángeles. Está ubicado en la calle Oeste justo del otro lado del camino con respecto a la entrada del Edificio de la Administración de la Policía.

—Podría estar en el parque, sí —admitió Seth—. Tuvimos que triangular la llamada —explicó—, lo cual no es tan preciso como si el teléfono que estuviera utilizando tuviese un chip de GPS. Pero así y todo, dado que estamos hablando del centro de Los Ángeles, la precisión de la triangulación es mucho mejor que si estuviese llamando de algún lugar fuera de la ciudad. Reducimos el área a unos cien o doscientos metros.

—¿Y esa área está justo frente al Edificio de la Administración de la Policía?, —preguntó otra vez la capitana Blake, todavía dudosa.

—Correcto —confirmó Seth una vez más.

—Vale, gracias —dijo la capitana, y se movió a toda prisa para coger el teléfono del escritorio de García.

—¿Qué vas a hacer, capitana?, —preguntó Hunter.

—Sacar allí afuera a toda la gente que pueda. ¿Qué crees?

—¿Y pedirles que hagan qué? —Esta vez García—. ¿Que arresten a todos los individuos masculinos que lleven un teléfono móvil?

La capitana hizo una pausa, moviendo los ojos de García a Hunter:

—El psicópata responsable de esto está en la puerta de nuestro edificio. —Señaló la pantalla del ordenador—. ¿Queréis que me quede sentada aquí sin hacer nada?

RELOJ: 4:41, 4:40, 4:39…
APLASTAR: 8155.
ESTIRAR: 8146.

—Probablemente *estaba* allí durante la llamada —admitió García—. Es lo suficientemente arrogante, y jugar esta clase de juegos le empodera, pero estoy seguro de que se fue hace tiempo, capitana. Sabía que estaríamos rastreando la llamada. Y la única razón por la que conseguimos la información es porque él quiso que así fuera. Está todo planeado.

—Carlos tiene razón, capitana —convino Hunter—. Quería que supiéramos que estaba llamando desde la puerta del Edificio de la Administración de la Policía, y estoy seguro de que sabía exactamente cuánto tiempo nos llevaría triangular la llamada.

—Hace casi seis minutos que cortó —anunció García—. Probablemente ya está a kilómetros de distancia de aquí ahora.

—No lo creo —replicó Hunter—. No creo que esté lejos de aquí.

La capitana Blake sencillamente le miró con furia.

—Como dijo Carlos —explicó él—, es demasiado arrogante, y este juego del gato y el ratón le excita mucho. Vino hasta la puerta de nuestro edificio para provocarnos y para hacer que su juego sea un poco más desafiante y divertido… al menos para él. Querrá ver cómo reaccionamos a su bromita. Estará observando la calle 1 Oeste y el South Lawn desde algún lugar cerca… —Hunter hizo una pausa, pensando en algo. Le regresó el recuerdo del dormitorio de la segunda víctima y lo que encontraron en el muro de vidrio detrás de las cortinas—. No, un momento, me estoy equivocando —dijo—. No estará observando solo para ver cómo reaccionamos. Estará observando para ver si lo encontramos.

La frente de la capitana Blake se plegó:

—¿Si encontramos qué cosa?

—Alguna clase de pista —dijo Hunter—. Porque así es como le gusta jugar.

La capitana Blake levantó el teléfono del escritorio de García una vez más, marcó una extensión interna y comenzó a ladrar órdenes por la línea.

—Diles que verifiquen el parque y las calles inmediatamente adyacentes al Edificio de la Administración, capitana —dijo Hunter —. Diles que busquen por todas partes: botes de basura, bancos del parque, canteros, alcantarillas, todo.

RELOJ: 3:15, 3:14, 3:13…
APLASTAR: 9199.
ESTIRAR: 9180.

En la pantalla la cámara hizo *zoom* en el hombre atado a la mesa de madera. El miedo que se esbozaba en su rostro se había multiplicado por diez, como si hubiera recibido alguna clase de advertencia o como si sencillamente hubiera sentido que se le estaba por agotar el tiempo.

Es un hecho demostrado que si a un ser humano se lo priva de uno de sus sentidos, los restante lo compensan mediante una sobresensibilización. Quizás fue eso, junto a un flujo enorme de adrenalina, lo que le dio un nuevo subidón de energía, y de repente cobró vida, luchando otra vez contra las correas, tirando, empujando, sacudiendo y pateando tan fuerte como podía. Todo en vano. Las correas de cuero estaban demasiado bien ajustadas, las cadenas eran demasiado fuertes. Nadie, sin importar lo físicamente apto o fuerte que estuviera, podría haber tenido el poder suficiente como para escapar de esa mesa de tortura.

Tan de repente como había comenzado la nueva lucha del hombre, así también terminó. La poca fuerza que le quedaba ahora se le había ido completamente del cuerpo. Todas sus esperanzas y plegarias le habían abandonado.

No aparecería nadie. No habría un milagro de último momento.

—¿Por qué demonios la gente sigue votando?, —la capitana

Blake espetó la pregunta, verdaderamente perpleja—. Ya todos saben que esto no es un juego, o un truco publicitario de una película. Es real. Los periódicos se aseguraron de que todos lo supieran. —Señaló la pantalla—. Va a morir. No es falso. No hay trucos. Todos lo saben, y así y todo siguen votando… ¿Por qué?

—Porque esta es la loca realidad en la que vivimos hoy en día, capitana —dijo Hunter—. A nadie le importa. La gente sube sus vídeos de *bofetada feliz* o peleas de pandillas a YouTube, y reciben cientos de miles de visitas. Mientras más violentos, mejor. Y la gente pide más. Si les das violencia real —no escenificada, sin actores, sin farsas—, estarán todos saltando de alegría. Si lo conviertes en un programa de telerrealidad y le das a la gente la posibilidad de participar mediante una votación, conseguirás millones de personas que se conecten, muertas de ganas de clicar el botón solo porque sí. El asesino lo sabe. Conoce las razones psicológicas que hay detrás de eso. Conoce la sociedad loca en la que vivimos. Por eso tiene tanta confianza. Es un juego que sabe que no puede perder, una fórmula ganadora que vemos todos los días por televisión.

La cámara hizo *zoom* en el rostro del hombre. Sus ojos llenos de lágrimas se entristecieron aún más. Ya no había nada en ellos. Sabía que todo había terminado.

El móvil de la capitana vibró dentro de su bolsillo una vez más. Esta vez ni siquiera lo miró, dejándolo sonar.

RELOJ: 2:04, 2:03, 2:02…
APLASTAR: 9969.
ESTIRAR: 9965.

Silencio total.

RELOJ: 1:49,1:48,1:47…
APLASTAR: 9995.
ESTIRAR: 9995.

Todos contuvieron la respiración.

… 10 000.

Setenta y siete

En los monitores de sus ordenadores, la imagen fundió a negro, como si se hubiera apagado la cámara que transmitía. Un segundo después apareció de nuevo la palabra ESTIRAR, más grande, en rojo sangre, parpadeando en el centro de la pantalla oscura, seguida rápidamente por el número 10 000.

Todos dentro de la oficina de Hunter quedaron paralizados.

A medida que iban desapareciendo la palabra y el número, las imágenes del hombre comenzaban a aparecer de nuevo. Esta vez en la pantalla no había ninguna otra distracción —ni botones, ni palabras, ni números—, nada.

La cámara había alejado el plano, permitiendo otra vez que los espectadores vieran el cuerpo completo estirado del hombre, junto a las cuatro correas de cuero y un fragmento de las cadenas.

La capitana Blake se llevó ambas manos al rostro, ahuecándolas sobre la nariz y la boca, como si estuviera a punto de decir una plegaria, pero de los labios no le salió ninguna palabra.

De repente de los altavoces de los ordenadores en los escritorios de ambos detectives estalló el ruido de un chillido metálico y mecánico, haciendo que una ola de terror recorriera la sala. Se habían activado los rodillos.

—¿Qué demonios?, —dejó escapar la capitana.

—Activó el micrófono de la cámara —dijo Hunter, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón en el pecho—. Quiere que escuchemos cómo muere el hombre.

El primer grito agonizante del hombre agujereó la tensión de la sala, silenciado tan solo por la mordaza que tenía en la boca. Hizo que a todos les bajara un estremecimiento por la espalda.

—Hay más de un cuarto de millón de personas mirando esto —anunció Michelle, que aún seguía al teléfono. Su voz estaba cubierta de una tristeza colérica.

—¿No hay ninguna manera de que podáis encriptar la transmisión?, —le preguntó la capitana Blake.

—Me encantaría que la hubiese —respondió una derrotada Michelle.

El hombre gritó de nuevo, esta vez tratando de formar algunas palabras, pero la mordaza y el dolor insoportable que estaba sufriendo hacían que no se pudiera entender nada de lo que intentaba decir. Por las comisuras de los labios escupía saliva y sangre, provocando un rocío rojo muy delgado, que luego le caía otra vez en el rostro, en el cuello y en el pecho.

Instintivamente el hombre estiró el cuello tanto como pudo, como si eso les pudiese dar a sus brazos y a sus piernas un centímetro extra y aliviar su agonía, aunque solo fuera por un breve momento. No funcionó. El dolor ahora había alcanzado cada fibra de cada músculo de su cuerpo. Pronto esas fibras se estirarían más allá de la resistencia humana, lo cual las haría perder su capacidad de contraerse, haciéndolas completamente ineficaces. Luego de eso, las fibras lentamente comenzarían a desgarrarse, rompiéndole los músculos en una gran cantidad de maneras y lugares, y hundiéndole el cuerpo en un dolor inimaginable.

Los ojos del hombre quedaron en blanco y los párpados se agitaron como alas de mariposa durante uno o dos segundos. Parecía que estaba a punto de desmayarse, pero en vez de eso tosió violentamente un par de veces antes de echar la cabeza hacia un lado y vomitar.

La capitana Blake miró hacia otro lado.

Hunter apretó los puños.

El siguiente ruido que emitió el hombre fue no tanto un grito como un chillido gutural que les perforó a todos los tímpanos.

García se llevó ansiosamente una mano al rostro, a medias restregándose la frente, a medias cubriéndose los ojos. Su inconsciente estaba jugando otra vez con él.

¡POP! ¡POP!

Se oyeron de manera muy nítida dos chasquidos en rápida sucesión.

La mandíbula de Hunter se tensionó y suavemente cerró los ojos por un instante. Sabía que esos chasquidos eran el sonido que hacían los cartílagos al romperse, los ligamentos y quizás también

los tendones. Muy pronto oirían el atormentador ruido que hacen los huesos al quebrarse.

Los ojos dejaron de estar en blanco, pero ya no tenían ningún tipo de foco, vagaban en medio de un delirio, como si hubiera estado drogado.

Las correas de cuero ahora le estaban cortando la piel y la carne —le salía sangre de las muñecas, dibujando venas rojas y delgadas en sus antebrazos—. Sus pies también estaban cubiertos de la sangre que caía del lugar en el que las correas le habían cortado los tobillos.

El siguiente ruido que oyeron fue el de los huesos al quebrarse.

—¡Oh Dios mío! No. —Todos oyeron a Michelle suplicando al teléfono.

La piel alrededor de las axilas del hombre estaba comenzando a rasgarse.

La capitana Blake mantenía la vista en la pantalla pero se tapó las orejas con las manos. No sabía cuánto más podía aguantar.

En el momento en el que los rodillos mecánicos comenzaron a hacer más fuerza para vencer la resistencia de la piel y de los músculos, sus chirridos se volvieron más fuertes, más penetrantes, como una trituradora de papeles intentando despedazar demasiadas hojas al mismo tiempo.

El hombre hizo un gesto como si estuviera a punto de gritar otra vez, pero ya no le quedaba fuerza, no le quedaba más aire en los pulmones, no le quedaba más voz en las cuerdas vocales… ya no tenía más vida para dar. La cabeza le cayó hacia un lado y los ojos se le quedaron en blanco un milisegundo antes de que los párpados se le cerraran. El cuerpo hizo unas cuantas convulsiones, y ese fue el momento en el que realmente empezó a derramar sangre por las axilas, cuando el potro de fabricación casera finalmente comenzó a arrancarle los brazos del cuerpo.

Ahora ya sería tan solo una cuestión de segundos antes de que la presión que ejercían los rodillos le rompiera la arteria braquial, el vaso sanguíneo más importante de la parte superior de los brazos, produciendo una enorme pérdida de sangre.

Todos miraron esa escena.

Del torso del hombre comenzó a brotar sangre a borbotones, en el lugar en el que en algún momento habían estado los brazos, con

una presión y una velocidad increíbles.

El hombre sin brazos se retorció y se sacudió varias veces, pero cada vez de manera menos errática que la anterior, hasta que quedó quieto.

Tres segundos después el sitio web ya no estaba más en línea.

Setenta y ocho

Había pasado ya cerca de una hora desde que *escogeunamuerte.com* había dejado de estar en línea. La capitana Blake estaba de regreso en su oficina. Había estado la mayor parte de ese tiempo al teléfono con el alcalde de Los Ángeles, el j efe de Policía y el gobernador de California. Todos querían respuestas, pero lo único que ella tenía eran más preguntas.

Nada sorpresivamente, los medios ya estaban bombardeando a la Oficina de Prensa del Departamento de Policía de Los Ángeles con cientos de preguntas y pedidos de entrevistas. La capitana Blake se seguía negando a programar una conferencia de prensa porque sabía exactamente qué era lo que sucedería. Les lanzarían preguntas desde todos los rincones del salón —algunas insolentes, otras coléricas, pero todas burlándose de lo que la Sección Especial de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles había conseguido hasta el momento—. La capitana sabía que no serían capaces de dar respuestas a nada, no todavía, y que eso solo les daría más motivos a los medios para criticar sus esfuerzos y tornar los artículos más sensacionalistas aún. No, por el momento, seguirían sin responder preguntas.

En vez de eso, la Oficina de Prensa del Departamento de Policía de Los Ángeles emitiría un nuevo comunicado. El comunicado no diría nada del estado de la investigación. El verdadero propósito sería pedirles a la prensa y a los medios de comunicación su cooperación para lanzar un llamado por la identidad de la víctima más reciente. El comunicado estaría acompañado por una foto de la víctima, pidiéndoles a todos los periódicos que lo imprimieran, y a todos los canales de televisión que lo transmitieran lo antes posible. Alguien en la ciudad tenía que saber quién era.

Setenta y nueve

Inmediatamente después de que finalizara la transmisión, García llamó a Anna al trabajo. Ella estaba bien. No sabía nada de lo que acababa de suceder, pero él sabía que ella se enteraría pronto. No había nada que pudiera hacer al respecto. Solo se quería asegurar de que estaba bien. Después de cortar la llamada con su esposa, García fue al baño, se encerró en un cubículo y vomitó en silencio.

Hunter estaba sentado en su escritorio, tratando de hacer todo lo que podía para no dispersar sus pensamientos y resistir las oleadas de náuseas y un deseo casi incontrolable de descomponerse. Sabía que precisaba mirar completa la grabación de la transmisión una vez más, probablemente varias veces, pero sencillamente no conseguía obligarse todavía a hacerlo. En ese mismo momento, lo que realmente necesitaba era irse de esa oficina.

Dos minutos más tarde, él y García estaban abajo hablando con el sargento a cargo de la búsqueda en el City Hall Park y en las calles inmediatamente adyacentes al Edificio de la Administración de la Policía.

—Por el momento, encontramos basura —anunció el sargento, claramente molesto por la tarea de «búsqueda de basura» que le habían asignado. Había estado todo el día de servicio en el escritorio de recepción y no había tenido idea de lo que había sucedido hasta hacía cincuenta minutos—. Envoltorios, de todo tipo —continuó, con un tono que estaba a un paso de ser sarcástico—. Hamburguesas, sándwiches, golosinas, Twinkies… lo que queráis, lo tenemos. También tenemos toneladas de latas, botellas y vasos descartables de café.

Hunter estaba escuchando al sargento, pero sus ojos estaban registrando el parque, las calles y todos los edificios que estaban alrededor. Estaba seguro de que el asesino seguía en las inmediaciones. Este asesino se enorgullecía demasiado de sus actos

como para simplemente irse sin saborear el resultado de una treta tan audaz, como hacer la llamada a pocos pasos del Edificio de la Administración de la Policía, y quizás, dejando algo para que ellos encontraran. Psicópata o no, eso le resultaría atractivo a su sentido de la satisfacción. Seguía el mismo principio que cuando una persona sorprende a otra con un regalo que él o ella pasó mucho tiempo para crear, o para elegir. La verdadera satisfacción proviene de observar la reacción de ese alguien cuando él o ella desenvuelve el regalo.

Sí, pensó Hunter, *este asesino estará observando. Estará cerca. No hay ninguna duda. ¿Pero dónde?*

Los ojos de Hunter seguían buscando, pero acababa de empezar la hora pico. Multitudes de personas estaban saliendo de sus trabajos e iniciando el recorrido hacia sus hogares. Había demasiada gente en la calle y en el parque, demasiados edificios públicos en los alrededores, demasiados lugares desde donde alguien fácilmente podía observar el parque, sin parecer sospechoso o sin ser notado. En el centro de Los Ángeles el asesino no podría haber encontrado un mejor lugar para lo que tenía en mente que el City Hall Park. Y que estuviera justo en frente del Edificio de la Administración de la Policía era la bonificación perfecta.

El sargento sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se lo pasó por la frente sudorosa:

—Estamos guardando cada basurita en bolsas para evidencias, ¿y sabéis por qué? —No estaba en un estado de ánimo como para esperar una respuesta—. Porque nadie nos dijo qué demonios se supone que estamos buscando aquí, y si eso que estamos buscando llega a ser un envoltorio de goma de mascar y nosotros lo pasamos por alto, el que la va a pagar soy yo, y no voy a perder mi jubilación por esta cosa ridícula. Lo queréis, podéis revisar todo vosotros. Buena suerte con eso.

El radio que el sargento llevaba sujeta al cinturón de su gruesa cintura crepitó fuerte antes de que de la misma saliera una voz fina.

—*Um… Sargento, creo que…* —HSSS, HSSS— *aquí.*

El sargento cogió el radio del cinturón, y presionó el botón de «hablar»:

—Negativo, agente. Diez-uno. Va a tener que repetir lo que dijo.

Ambos detectives sabían que

era un código diez para «mala recepción».

El radio crepitó una vez más.

El sargento se movió hasta el otro lado de Hunter y García.

—*Dije que creo que encontré algo aquí, sargento* —repitió el agente. Esta vez la recepción fue mucho más clara.

Pensativamente el sargento se dio la vuelta y miró a los dos detectives para chequear si habían oído el mensaje.

Lo habían oído.

—Bueno, no lo puedo creer —respondió el sargento—. ¿Qué encontró?

—*No estoy del todo seguro, sargento*.

—Vale, pues. ¿Dónde está?

—*En la esquina noreste del parque, junto al cubo de basura*.

Hunter, García y el sargento se dieron la vuelta y miraron en esa dirección. Habían estado de pie junto a la fuente homenaje a Frank Putnam, justo en el centro del parque, no muy lejos de la esquina noreste. Vieron a un joven agente de pie junto a un cubo de basura haciéndoles señas con las manos. Caminaron rápidamente hacia allí.

El agente tenía poco más de veinte años y parecía recién salido de la academia de policía. Tenía los ojos de un azul brillante, mejillas marcadas por el acné y una nariz terminada en punta. Llevaba puestos un par de guantes de látex y en las manos tenía una videocámara compacta, negra. Saludó a todos asintiendo una sola vez con la cabeza.

—Encontré esto allí dentro, sargento. —Señaló el cubo de basura que estaba a su izquierda—. Estaba en una bolsa de papel marrón de las que se utilizan para los sándwiches. —Le alcanzó la cámara a su sargento, que apenas la miró antes de pasársela a Hunter.

—Este es su espectáculo —dijo, mostrándose muy poco interesado.

Hunter se colocó guantes y cogió la cámara. Las letras y los números en uno de los lados decían Sony Handycam CX250 HD. La cámara era una de esas que tienen una pantalla desplegable al costado.

—No estoy del todo seguro de qué es lo que estamos buscando, señor —explicó el agente—. Pero esa es una cámara digital nueva, vale al menos unos cuantos cientos de dólares. No tiene nada que

hacer en la basura.

—¿Dónde está la bolsa de papel en la que estaba la cámara?, —le preguntó Hunter al agente, que de inmediato sacó una bolsa transparente para evidencias.

—Todo embolsado y listo, señor —dijo—. Imaginé que alguien iba a querer esto separado del resto de la basura.

García reconoció el buen trabajo del agente antes de revisar rápidamente la bolsa de papel madera.

Nada. No tenía marcas, no tenía manchas, no tenía nada escrito en ningún lugar.

Él y Hunter dirigieron otra vez su atención a la cámara.

—¿Intentó encenderla?, —le preguntó Hunter al agente.

El agente negó con la cabeza:

—No es mi función, señor. La encontré y llamé de inmediato.

Hunter asintió mostrando su acuerdo. Por un instante pensó si debería llevar la cámara directo a la policía científica, pero la realidad del asunto era que no había una evidencia clara de que la cámara la hubiera dejado el asesino.

Hunter abrió la pantalla y se quedó quieto. No necesitaba encender la cámara para saber. Tenía frente a sus ojos toda la confirmación que precisaba.

Ochenta

El hombre estaba de pie en la parada de autobús en la esquina noroeste del City Hall Park, observando en calma cómo se desarrollaban los acontecimientos en el South Lawn. Debía admitir que estaba sorprendido.

Había considerado la posibilidad de utilizar un marcador rojo sangre para escribir Detective Robert Hunter - DPLA en la bolsa de papel madera que había dejado dentro del cubo de basura en la esquina noreste del parque hacía menos de una hora. Haciendo eso, se aseguraría de que si alguna otra persona se topaba con la bolsa, como un recolector de basura (los indigentes que revolvían los cestos tendían a mantenerse alejados del parque debido a su proximidad con el Edificio de la Administración de la Policía), lo más probable era que se acercaran a dejarla en el Edificio de la Administración. Pero al final el hombre había decidido no hacerlo. Había leído mucho acerca del detective Robert Hunter en los últimos meses. Se suponía que Hunter era de una «clase superior», según algunos de los artículos que había leído. Bien, ¿cuán bueno podía ser realmente, si no era ni siquiera capaz de darse cuenta de que había una razón oculta detrás del hecho de que al Departamento de Policía de Los Ángeles se le había *permitido* rastrear su última llamada? Una razón más allá del simple factor del puro divertimento de estar tan cerca de la puerta de entrada y atormentándolos al mismo tiempo.

Pero el hombre tenía que admitir que estaba un poco sorprendido porque las cosas habían ocurrido rápido. Más rápido de lo que había previsto. Muy poco tiempo después de que hubiera terminado la votación por internet, un equipo de cinco agentes uniformados salió del Edificio de la Administración de la Policía y cruzaron decididamente la calle en dirección al parque. Uno de ellos, un agente con las mejillas rojas marcadas por el acné y una

nariz terminada en punta, casi se había chocado con él. Al equipo lo coordinaba un suboficial más antiguo con sobrepeso, probablemente un sargento, demasiado viejo y demasiado gordo para cualquier clase de trabajo más demandante, concluyó el hombre. Los cuatro agentes jóvenes a su cargo claramente habían recibido la orden de registrar el parque, no la de detener gente e interrogarla.

Los labios del hombre se estiraron en una sonrisa ladeada y burlona. *Quizá la reputación de Hunter es verdadera después de todo*. El hombre estaba seguro de que la orden de solamente buscar en el parque, en vez de perder el tiempo interrogando a peatones, había llegado de la oficina del detective Hunter. Lo cual significaba que había hecho rápidamente una conexión entre la ubicación triangulada de la llamada entrante y la posibilidad de que en el parque hubiera una pista o un señuelo.

—Nada mal, detective Hunter —dijo el hombre por lo bajo—. Nada mal.

La sonrisa se le agrandó un poco al ver salir al detective Hunter, seguido del detective García, por la puerta del Edificio de la Administración. Los dos se dirigieron hacia el parque. Sus rostros hablaban por sí mismos, y decían frustración, derrota, preocupación constante y quizás incluso miedo. Era el mismo aspecto que el hombre había tenido esbozado en su rostro durante muchos años. Pero no más.

Al hombre le empezó a doler otra vez la pierna izquierda, y cuando comenzó a restregarse la rodilla con la palma de la mano vio que el joven agente que estaba revisando la esquina noreste del parque les hacía señas a los dos detectives y al sargento.

La sonrisa del hombre se hizo aún más grande, y sintió que le crecía por dentro una oleada de emoción.

El agente la había encontrado.

En el momento en el que el autobús 70 con dirección a El Monte se detuvo en la parada, el hombre vio cómo el detective Hunter abría la pantalla de la videocámara. La cara que puso hizo que el hombre quisiera echar la cabeza hacia atrás y reírse bien fuerte, pero en vez de eso se dio la vuelta en silencio, se subió al autobús y se sentó cerca del fondo.

Ya era casi la hora de acabar con todo eso.

Ochenta y uno

El sargento y el agente de la nariz en punta estiraron los dos el cuello de manera extraña para ver mejor la pantalla de la videograbadora, y luego fruncieron el ceño simultáneamente y se les ensombrecieron los rostros.

Vieron lo mismo que habían visto Hunter y García. Solo que no lo entendieron.

—Hijo de perra —murmuró García, sintiendo alguna dificultad para respirar.

Hunter no dijo nada, pero su vista se desvió de la videocámara y rápidamente comenzó a mirar el parque en busca de algo. Ese era el momento que el asesino no se querría perder. La razón por la que había estado esperando —el momento en el que se toparan con su pequeño regalo—. Hunter estaba seguro de que el asesino querría estar mirándolos directo para tener la posibilidad de ver la sorpresa en sus rostros. Para el asesino, sería el remate perfecto.

Pero con la hora pico tomando impulso, las calles y el parque estaban más ajetreados. La gente lo cruzaba en múltiples direcciones, todos apresurados por llegar a alguna parte. Los ojos de Hunter se movían tan deprisa como podían. Comprendía que el asesino precisaba tan solo un segundo, quizá dos, para saborear completamente el momento y reírse de su frustración. Después de eso, satisfecho, sencillamente se perdería una vez más en el anonimato. *Solo otra persona honesta intentando regresar a su hogar*. El asesino no tenía necesidad de dejar la mirada posada en el grupo por más de un breve instante y arriesgarse a ser localizado.

Quizá si Hunter hubiese mirado antes hacia el oeste, habría notado al hombre de pie en la parada de autobús en la esquina noroeste del parque, mirando directamente hacia él. La sonrisita en su rostro era insolente, arrogante… incluso orgullosa. Pero Hunter

instintivamente había alzado la vista desde la videocámara hacia delante. Estaba mirando hacia el este. Para el momento en el que su mirada llegó a la parada, el hombre les estaba dando la espalda, esperando pacientemente al final de la fila, listo para subir al autobús —*tan solo un trabajador más atravesando la hora pico*.

Hunter no le vio.

Su atención se dirigió una vez más a la videocámara.

Con lo que parecía ser un marcador especial para escribir sobre vidrio, el asesino había escrito la palabra ESTIRAR en la pantalla.

—¿Estirar? —El sargento arrugó la nariz—. ¿Eso significa algo para vosotros?

García asintió en silencio y sintió que algo se le cerraba en la panza, a medida que su inconsciente comenzaba a dejar salir imágenes al azar de la transmisión.

Hunter colocó el dedo índice sobre el botón de «on», inseguro y dudoso por un momento en cuanto a si estaba preparado para una nueva sorpresa que el asesino le podría llegar a tener guardada, pero la duda se desvaneció pronto.

Presionó el interruptor.

No sucedió nada.

Lo intentó de nuevo.

Siguió sin suceder nada.

—Parece que no tiene batería —dijo fácticamente el agente de la nariz en punta.

A pesar de que no tenía verdaderas esperanzas de encontrar allí ninguna pista concreta, Hunter le dijo al sargento que llevara lo antes posible la bolsa de papel madera a la policía científica. Él y García regresaron deprisa al Edificio de la Administración y bajaron directo a la Unidad de Delitos Informáticos.

Ochenta y dos

Dennis Baxter les dijo que había visto desde su escritorio toda la transmisión de internet, pero no tenía idea de que había sido localizada la llamada del asesino. Hunter le resumió rápidamente todo lo que había sucedido en los minutos previos.

—¿Y dejó esto en un cubo de basura del parque?, —preguntó Baxter, bajando la vista para mirar la videocámara compacta que Hunter había dejado sobre el escritorio. La palabra ESTIRAR le miraba desde la pantalla desplegable.

—Así es —confirmó García—. Parece ser que estaba controlando todo de manera remota.

Baxter pensó en eso durante un segundo.

—¿Cuán difícil sería hacer eso?, —preguntó García.

—¿Para una persona común y corriente? Bastante. Para alguien con sus conocimientos de programación de ordenadores y electrónica, para nada difícil. Lo único que tuvo que hacer fue desarrollar una aplicación que monitoreara el proceso de votación y relacionarla con otro programa que controlara las mecánicas de los dos métodos de muerte. En el momento en que uno de los dos métodos llegara a una cantidad específica, en este caso diez mil, se activaría la maquinaria para ese método en particular. Es la misma ingeniería que se encuentra en cualquier temporizador normal, pero en vez de un tiempo concreto utilizó un conteo. El modo en el que la cámara utilizó el *zoom* durante la transmisión podía ser fácilmente controlado desde cualquier lugar con una aplicación simple para *smartphone*.

A unos escritorios de distancia sonó un teléfono móvil, captando la atención de todos. El tono era el tema original de la saga de *La Guerra de las Galaxias*.

Hunter estaba reflexionando acerca de lo que Baxter acababa de

decir. Lo cierto era que el asesino podría haber hecho exactamente lo mismo con todas las transmisiones previas. Las podría haber controlado de manera remota de haber querido. No había una verdadera necesidad de que él estuviera allí, y no había una verdadera prueba de que él efectivamente había estado.

Baxter finalmente cogió del cajón superior un par de guantes de látex, se los puso y alzó la cámara con cuidado.

—Parece que se quedó sin batería —explicó García—. ¿Tienes algún cable para cargarla?

Baxter asintió:

—Tengo. —Pero en vez de buscarlo, dio vuelta la cámara y abrió una tapa pequeña que tenía en la parte de abajo. Hizo una pausa y se mordió el labio inferior durante un segundo—. Pero una fuente de energía no servirá en este caso.

—¿A qué te refieres?

—Es una CX250 Handycam —explicó Baxter, señalando el número de modelo especificado en el costado de la cámara—. Es una cámara muy conocida, y el motivo por el cual es más pequeña que muchos de los modelos más caros es porque no tiene disco duro. Utiliza algo que se llama *memory stick duo*. Eso quiere decir que esta cámara no tiene un espacio de almacenamiento interno. Todo lo que graba se guarda en una tarjeta de memoria extraíble, que se coloca aquí. —Señaló la pequeña tapa que ahora estaba abierta. El compartimento estaba vacío—. En este modelo —agregó —, incluso después de haber abierto la tapa uno tiene que hacer presión en la tarjeta de memoria para que se destrabe antes de poder sacarla. —Con el dedo índice hizo un gesto de «expulsar»—. Es un mecanismo de doble seguridad, lo cual implica que la tarjeta de memoria no se salió por error: la sacaron.

Ese comentario hizo que ambos detectives hicieran momentáneamente una pausa.

—Puedo coger una fuente de energía y conectarla si queréis. Encenderá la cámara, pero eso es todo lo que hará. No habrá ninguna imagen, si eso es lo que estabais esperando.

Eso era exactamente lo que ambos detectives estaban esperando.

—¿Entonces no podemos recuperar nada de esta cámara?, —preguntó García.

—En cuanto a imágenes, no —respondió Baxter—. Como he

dicho, la cámara no tiene un disco rígido para revisar. Sin la tarjeta de memoria, es como una vieja cámara de fotos sin la película. Se convierte en no mucho más que una caja con una lente.

—Hagámoslo de todos modos —dijo Hunter, después de un breve silencio incómodo. En ese mismo momento no estaba preparado para dar por sentado nada que estuviera relacionado con ese asesino.

—Dadme un segundo —respondió Baxter y desapareció en un trastero. Momentos después regresó con un cargador que era apenas más grande que el de un teléfono móvil normal. Lo conectó y encendió la videocámara.

No había nada allí.

La cámara funcionaba normalmente, pero reconocía que faltaba la tarjeta de memoria, por lo que no permitía utilizar el menú de «ver y reproducir».

—Como dije —comentó Baxter—, si no hay tarjeta de memoria, no hay imágenes de ningún tipo para que veamos.

Nadie dijo nada por un largo rato. Hunter tenía que admitir que *estaba* esperando que en la cámara hubiera algún tipo de registro. Qué exactamente, no estaba seguro; quizás un breve vídeo de una de las víctimas antes de ser secuestrada, o pidiendo misericordia o algo. Algún nuevo giro solo para atormentar más sus pensamientos y su investigación.

¿Por qué nos dejó una videocámara vacío?

Si lo único que quería el asesino era demostrar que realmente había estado en frente cuando hizo la llamada, podría haber escrito su pequeña provocación a la policía en absolutamente cualquier cosa —un pedazo de papel, una caja de hamburguesa, el envoltorio de un sándwich, un vaso descartable… cualquier cosa—. Sin duda había anticipado que una vez que se hubiera rastreado la llamada, el Departamento de Policía de Los Ángeles comenzaría a vaciar a toda prisa el contenido de los cubos de basura del parque y de las inmediaciones del Edificio de la Administración. En algún momento habrían encontrado su mensaje, sin importar sobre qué objeto lo hubiera escrito.

No, pensó Hunter. *Incluso una videocámara compacta es demasiado grande y tosca para una tarea tan simple. Tiene que haber otra razón.*

Su siguiente consideración fue que la cámara le podría haber pertenecido a la víctima. Quizá la llevaba encima cuando fue secuestrado. Quizás ese era el motivo por el cual no estaba la tarjeta de memoria. Quizá la víctima había filmado accidentalmente al asesino… paseando por la calle, comprando un perrito caliente, en una estación de servicio, o peor… algo incriminador. Algo que podría haber delatado la identidad del asesino. Quizá por eso se había convertido en la víctima más reciente. Tendrían que esperar que la policía científica analizara la cámara, y tener la esperanza de que surgiera algo de allí.

Hunter no recordaba una investigación en la que se hubiera sentido tan derrotado e impotente. Lo único que tenía era una larga lista de quizás, sis y peros, y ninguno tenía sentido. Tres víctimas torturadas y asesinadas del modo más brutal mientras él miraba, sin tener la posibilidad de ayudar. Y esa sensación de inutilidad se estaba expandiendo dentro de él como un fuerte veneno. Incluso sus pensamientos estaban comenzando a fallarle.

Tenía razón. Este juego del gato y el ratón excitaba al asesino como una droga nueva, pero en ese mismo momento Hunter no sabía quién era el gato y quién el ratón.

Ochenta y tres

Para Hunter, quedarse dormido esa noche era casi una tarea imposible. Tenía demasiados pensamientos y preguntas rebotando dentro de la cabeza como para que su cerebro se desconectara, y una cosa que había aprendido con el correr de los años era que combatir el insomnio con pastillas y terquedad solo tornaba peores las cosas. El mejor remedio era dejarse llevar por la situación. Y dejarse llevar era exactamente lo que pretendía hacer, pero no podía enfrentarse a hacerlo solo dentro de su apartamento de un único ambiente.

Hunter se sentó en una pequeña mesa al fondo del bar, mirando el vaso de *whisky* que tenía en frente. Dentro del vaso, una medida de *whisky* puro de malta Cardhu con apenas un poquito de agua. Los *whiskys* de malta eran la mayor pasión de Hunter. En su apartamento tenía una colección pequeña pero impresionante que probablemente dejaría satisfecho el paladar de la mayoría de los entendidos. Hunter jamás se hubiese considerado un experto, pero sabía cómo apreciar el sabor y la robustez de los puros de malta, en vez de sencillamente emborracharse. Aunque algunas veces solo emborracharse estaba bien.

Se llevó el vaso a los labios y bebió un pequeño sorbo, dejando que el roble definido y nítido y la dulce malta reposaran en toda su boca durante un momento antes de dejar que el líquido viajara garganta abajo.

Reconfortante, no había duda. Unos cuantos más y probablemente comenzaría a relajarse. Cerró los ojos y respiró hondo por la nariz. De los diminutos altavoces estratégicamente colocados en el techo a lo largo de la zona de la barra salía música *rock* a todo volumen, pero eso no le molestaba. De hecho le ayudaba a pensar.

Este asesino ha estado jugando con vosotros desde el inicio.

Las palabras que había dicho Harry Mills el día anterior todavía resonaban en sus oídos como un fuerte grito. Y Harry tenía razón. Hunter recordaba cómo, con la primera víctima, el asesino le había engañado para que escogiera agua en vez de fuego, solo para sumar un giro sádico y químico al asunto. Con la segunda víctima, el asesino había utilizado una pequeña dosis de psicología para engañar a los espectadores y hacerlos elegir *comida*, una manera de morir mucho más intrigante y dolorosa que la alternativa, *enterrada viva*.

Ahora, con la tercera víctima, parecía ser que no se había utilizado ningún truco para influenciar la votación. Había resultado muy parejo —APLASTAR: 9997, ESTIRAR: 10 000—. En cambio, el asesino aparentemente había permitido que la votación transcurriera normalmente, sin que él supiera el resultado final. Hunter estaba seguro de que eso había emocionado al asesino como a un niño con un juguete nuevo.

Lo que el asesino había decidido hacer esta vez para demostrar su astucia a la policía fue controlar todo de manera remota, pero no desde cualquier parte: literalmente desde la puerta de entrada de la sede central del Departamento de Policía. Había permitido que el Departamento rastreara su llamada hasta que la votación finalmente había concluido antes de escribir su mensaje en la pantalla de la videograbadora y dejarla en un cubo de basura en el City Hall Park. Y solo para agregarle insulto al daño, el asesino había calculado perfectamente el tiempo para que todo eso coincidiera con la hora pico. De esa forma, podía permanecer dentro de una distancia desde la cual podía mirar, pero así y todo seguir siendo anónimo entre el gran flujo de personas. Tan cerca, y así y todo no le podían tocar.

Este asesino ha estado jugando con vosotros desde el inicio. Las palabras le sonaron otra vez en la cabeza.

¿Qué otras cosas les había arrojado el asesino solo para divertirse? ¿La abreviación: SSV? ¿Las dos secuencias de números distintas, 678 y 0123? ¿Las palabras, *Con el diablo adentro*? ¿La videocámara? ¿Significaban algo esas cosas?, ¿o era todo para mantener a la policía haciendo suposiciones y corriendo en círculos?

Bueno, si esa era la intención, sin duda estaba funcionando.

Quizás incluso el portasuero que se reflejó en la tapa del ataúd no había sido un error. Quizás el asesino lo hizo a propósito. Un giro más que se agregaba al relato.

Hunter se llevó ambas manos al rostro y se masajeó con las palmas los ojos exhaustos. Mientras más pensaba en ello, más le hacía doler la cabeza. ¿Cómo podía obtener respuestas si ya no sabía qué preguntas hacer?

—¿Visteis hoy esa transmisión de internet? —Hunter escuchó que el barman les preguntaba a una morena y a una pelirroja en la barra, mientras les servía un par de cócteles.

La mirada de Hunter se dirigió sutilmente hacia allí.

—Yo sí —respondió la pelirroja—. Totalmente espantoso. Y todos están diciendo que no era un embuste.

—No lo es —convino la morena—. Salió en los periódicos. Transmitió el asesinato de una periodista del *LA Times* hace tan solo unos días.

—¿Miraste hoy la transmisión?, —preguntó la pelirroja.

La mujer morena negó con la cabeza:

—Todos en la oficina estaban pegados a las pantallas, mirándola. Yo no pude. Me iba a descomponer. No puedo creer que ahora esté sucediendo algo así en internet.

—¿Tú lo viste?, —le preguntó el barman a la pelirroja.

Ella asintió.

—Ahora la gran pregunta es… ¿votaste?, —preguntó él.

Ella se llevó el cabello detrás de la oreja y negó con la cabeza:

—No. Jamás. ¿Y tú?

La mirada del barman pasó a la morena y luego regresó a la pelirroja:

—Em… no, no voté. Igual lo miré.

Incluso desde donde estaba sentado Hunter, era fácil verles los gestos que los delataban. Ambos estaban mintiendo.

Se encendió su móvil y repiqueteó frente a él sobre la madera. Frunció el ceño ante el nombre que apareció en la pantalla antes de contestar:

—¿Michelle?

—Robert, lamento estar llamándote tan tarde y fuera del horario de oficina.

Hunter miró su reloj:

—No es tan tarde, y no he cumplido horario de oficina desde… bueno, nunca.

Michelle comenzó a decir alguna otra cosa, pero se detuvo a mitad de palabra:

—Em… ¿es Black Stone Cherry lo que está sonando de fondo?

Hunter hizo una pausa y escuchó un momento la música. La canción se llamaba «Blame it on the Boom Boom».

—Correcto —dijo—. ¿Conoces a la banda?

Michelle casi se atragantó con la pregunta:

—¿Me preguntas si yo conozco Black Stone Cherry? ¿Estás bromeando? Los vi en vivo cinco veces. ¿Dónde *estás*?

—En el Rainbow Bar and Grill en Sunset Strip.

—¿De veras? Es uno de mis bares preferidos de Los Ángeles. —Dudó un instante—. No estoy muy lejos de Sunset. ¿Te molestaría si voy a hacerte compañía?

Hunter miró su vaso casi vacío:

—Para nada. Estoy recién empezando.

Ochenta y cuatro

El Rainbow Bar and Grill era un famoso restaurante y bar casual y tradicional ubicado en el Sunset Boulevard. La decoración era sencilla pero efectiva: reservados grandes de vinilo rojo y madera oscura. Cada centímetro de pared estaba cubierto con instantáneas de estrellas de *rock*. De los 80 el Rainbow era conocido como un lugar al que iban tanto los músicos de *rock* como los fans, con uno de los ambientes más relajados de todo West Hollywood. La comida y su gran selección de *whiskys* puros de malta tampoco estaban mal.

Para cuando llegó Michelle, en el lugar ya había bastante más gente, veinticinco minutos después de que hubieran hablado por teléfono. Tenía puestos unos pantalones vaqueros bien ajustados y gastados con un agujero natural en la rodilla derecha, botas negras y una vieja camiseta de Motórhead debajo de una delgada chaqueta de cuero con detalles plateados. Llevaba el cabello suelto y desprolijo en un estilo «*rock chic*». El maquillaje como tiznado que se había hecho en los ojos combinaba perfectamente con el *look*, y cuando cruzó el bar hasta donde estaba sentado Hunter fue difícil no notar cómo se giraban un par de cabezas.

Hunter se puso de pie para saludarla, y los labios de ella hicieron un gesto que él no estuvo seguro de si era una sonrisa o no.

—Jamás hubiese imaginado que bebías aquí —dijo ella, quitándose la chaqueta. Extrañamente, bajo la luz tenue del bar, los colores brillantes de los tatuajes que tenía en los brazos parecían más brillantes.

—A veces —respondió Hunter, señalando el asiento del otro lado de la mesa—. Te pedí un Jack
Daniel's
con Coca *light*. Espero que no te moleste. —El trago ya estaba en la

mesa.

Michelle le miró a medias entrecerrando los ojos:

—¿Cómo sabías que yo bebía J D con Coca *light*?

—Lo imaginé. —Hunter se encogió de hombros.

Esta vez ella entrecerró más los ojos mientras le examinaba el rostro:

—No, no lo imaginaste. Lo sabías. ¿Cómo lo supiste?

Hunter tomó asiento y le dio un sorbo a su trago.

—¿Cómo supiste que yo bebía Jack
Daniel's
con Coca *light*? —Esta vez la voz de Michelle fue más demandante, pero no de manera agresiva.

Hunter apoyó el trago:

—Simple observación.

Su respuesta no fue suficiente.

La mirada de ella no se ablandó.

—Tienes un portarretrato en tu escritorio —explicó Hunter finalmente.

Michelle lo pensó durante un instante.

Casi escondido detrás de uno de los monitores del ordenador que estaban sobre su escritorio había una fotografía de Michelle con el cantante y el guitarrista de una banda de *rock* americana llamada Hinder. Todos estaban sonriendo y alzando sus vasos hacia la cámara con el gesto de *brindis*. Los miembros de la banda claramente estaban bebiendo *shots* de *whisky*, mientras que el vaso de Michelle tenía algo que parecía Coca, aunque la mirada que tenía en los ojos traicionaba el estado de sobriedad. El portarretrato en el que estaba la fotografía era además un marco de adorno que tenía la forma de la botella de Jack
Daniel's.

La sonrisa de Michelle fue sincera:

—No está mal —dijo—. ¿Pero cómo supiste que bebía Coca *light* y no Coca normal, o Pepsi, o Tab, o algo semejante?

—El cubo de basura junto a tu escritorio —respondió Hunter.

Otra sonrisa. Michelle sabía que en cualquier momento dado habría al menos una lata de Coca *light* en el cubo de basura que estaba junto a su escritorio. La prefería al café, y bebía varias latas por día:

—No está nada mal. —Cogió su trago y chocó vasos con Hunter —. A la observación y a la simple deducción. No me sorprende que seas detective. Y sí, JD y Coca *light* es mi trago favorito. Gracias. — Bebió un sorbo rápido antes de que sus ojos se movieran a toda prisa hacia el hombro izquierdo de Hunter, deteniéndose allí durante unos segundos.

—¿Está todo bien?, —preguntó Hunter sin darse la vuelta.

—Había un tipo sentado detrás de ti en la barra, en la parte más alejada, junto a la entrada. Se acaba de ir, pero creo que le conozco de algún lado.

—¿Cabello rubio corto, arete en la nariz, barba de dos días, alrededor de sesenta y cinco kilos…? ¿Llevaba una chaqueta de mezclilla y debajo una camiseta negra y bebía cerveza y luego tequila?, —preguntó Hunter. Seguía sin darse la vuelta.

—Ese mismo —respondió Michelle—. ¿Le conoces?

Hunter negó con la cabeza:

—Le vi sentado allí cuando entré. Parecía que estaba desde hacía rato.

Michelle rio entre dientes:

—¿Le viste cuando entraste, probablemente durante un par de segundos, y recuerdas todo de él?

Hunter un poco asintió, un poco se encogió de hombros.

—Observas de ese modo ya sin ni siquiera saber que los estás haciendo, ¿no es así? Un buen detective nunca está de franco, está siempre atento, siempre preparado.

Hunter no dijo nada.

Ella recorrió el bar con la vista durante un instante veloz antes de inclinarse hacia delante y apoyar ambos codos en la mesa.

—Vale. Examen. Grupo de cuatro sobre tu hombro izquierdo junto a la barra, más o menos a la mitad. ¿Color de cabello?

—Las dos mujeres son rubias —dijo finalmente Hunter, sin mirar por encima del hombro—. Aunque ninguna de las dos lo es de manera natural. Una tiene el cabello por los hombros; el de la otra es un poco más largo, y lo lleva recogido en una coleta. Uno de los hombres tiene el cabello castaño rizado; el otro tiene el cabello teñido de negro con ondas y patillas pronunciadas.

—¿Edad del grupo?

—Los cuatro tienen poco más de treinta.

—¿Bebidas?

—Las mujeres están bebiendo vino blanco, los hombres tienen los dos cerveza, el del cabello rizado, mexicana con un gajo de limón en el cuello de la botella. El del cabello ondulado está bebiendo Bud.

—¿Algo más que me puedas decir?, —preguntó Michelle.

—Es probablemente su primera cita doble, porque los cuatro parecen algo tensos. El lenguaje corporal indicaba que el del cabello ondulado y la de la coleta terminarán juntos, probablemente esta noche, pero los otros dos, no estoy tan seguro. Ella no parece muy impresionada. Probablemente está allí para ayudar a su amiga.

Michelle miró a Hunter con una leve sonrisa en los labios pero no dijo nada por un momento o dos, obviamente considerando algo en su mente:

—Eres sin duda un hombre muy interesante y muy intrigante, Robert.

Hunter no estaba seguro de si eso era un cumplido o no.

Michelle bebió otro sorbo de su trago y respiró hondo:

—Hoy dimos con una información nueva. —Su tono se puso serio. El recreo definitivamente había terminado.

—¿Con respecto a la transmisión de esta tarde?

Hunter ya sabía que el vídeo se había hecho viral. Fragmentos, capturas e incluso los diecinueve minutos y treinta y cuatro segundos completos habían sido subidos a tantas páginas de internet distintas que ya nadie podía seguirle el rastro. Si seguía habiendo alguien que no lo hubiera visto, pronto lo vería.

—De hecho, creemos que podría haber afectado también a la transmisión previa, pero no hay manera de que podamos estar seguros.

Fue el turno de Hunter de inclinarse hacia delante y apoyar los codos en la mesa.

—Te lo he dicho antes —continuó Michelle—, pero no nos topamos a menudo con criminales que se puedan defender tan profesionalmente de un contrataque de la División de Ciberdelito del FBI. Y aunque estoy segura de que en algún momento encontraríamos un modo de penetrar su sistema de defensa, estoy al tanto de que sencillamente no tenemos ese tiempo, porque cada vez que transmite, tortura y asesina a una persona más. —Hizo una

pausa y acabó el resto del trago de una sola vez, sus manos estaban algo inestables.

No fue difícil para Hunter suponer que mientras hablaba le habían empezado a aparecer en la cabeza imágenes de la tercera víctima del asesino siendo desmembrada sobre el potro de tortura.

—Durante la transmisión de hoy —prosiguió Michelle— una vez más le tiramos con todo lo que teníamos, y obtuvimos exactamente el mismo resultado que antes: nada. Cada vez que pasábamos una de sus capas de defensa, había una más resistente esperándonos detrás.

Hunter veía cómo los ojos se le llenaban de frustración.

—Pero esta vez nosotros no fuimos los únicos que intentamos lanzar un contraataque.

—¿A qué te refieres?

—Ya me había puesto en contacto con el jefe de la División de Ciberdelito del FBI en Washington. Su oficina trabaja principalmente con ciberterrorismo, lo cual es genial, porque yo sabía que enfrentarían la transmisión del asesino de un modo distinto al nuestro. —Ladeó la cabeza con un gesto casi coqueto—. También me había puesto en contacto con un muy buen amigo mío que vive en Michigan. Alguien a quien conocí antes de formar parte del FBI. No pertenece a ninguna agencia de las fuerzas de seguridad, pero más allá de Harry es el mejor programador y *hacker* que conozco. Pensé que quizá podía ayudar, en especial porque sabía que no iba a mirar la transmisión desde la perspectiva de las fuerzas de seguridad.

Hizo una pausa, quizás a la espera de alguna mirada o de algunas palabras de desaprobación por parte de Hunter por no haberle consultado primero a él. No sucedió nada de eso.

—Vale —dijo él—. ¿Tuvieron más suerte que tú?

—Ese es el problema, Robert —dijo Michelle—. Ninguno de los dos ni siquiera pudo ver la página web.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estaban bloqueados.

Hunter frunció aún más el ceño.

—El asesino utilizó el mismo tipo de programa de «exclusión de dirección IP» que nos bloqueó a nosotros de la transmisión de ayer con la esposa de Carlos.

Hunter estaba tratando de procesar esta nueva información en silencio.

—Como te dije antes —dijo Michelle—, la dirección IP de un ordenador trabaja del mismo modo que un número telefónico. También tiene un prefijo que identifica el país, el estado e incluso la ciudad donde está el ordenador.

Hunter asintió.

—Bueno, exactamente así fue como lo hizo el asesino. Bloqueó a todas las direcciones IP que están fuera de California.

—¿También el resto del mundo?

Michelle asintió:

—California, eso es todo. Nadie más lo puede ver.

Hunter exhaló lentamente. La nueva pregunta que le hacía sonar un gong en su cabeza era: ¿por qué el asesino haría algo así? Desde el primer día, Hunter temió que lo único que quisiera este asesino fuese transmitir un «programa de asesinatos» macabro y brutal. Algo que imitase los cientos de programas de telerrealidad y de cable que peleaban por ser vistos en los hogares de la gente. Hunter creía que quizá lo que quería el asesino era demostrar lo estropeado que estaba el mundo. Cómo una sociedad obsesionada con las celebridades y los «concursos de realidad» participaría y votaría en prácticamente cualquier cosa, incluso asesinatos, si se los disfrazaba y presentaba de la manera correcta. Y *lo más importante* por lo que todos estos programas pelean es por la audiencia. Mientras más, mejor, más exitoso el programa. Por lo que ¿por qué restringir la transmisión solo a California, cuando mediante internet podría haber transmitido a todo el mundo?

Como leyendo los pensamientos de Hunter, Michelle dijo:

—No, tampoco yo puedo encontrar un solo motivo por el cual haría eso.

Ambos permanecieron en silencio por un rato.

—Tampoco he tenido tiempo aún como para analizar otra vez la grabación de esta tarde —dijo finalmente Michelle. Hizo una pausa. Bajó la vista al vaso, y luego miró de nuevo a Hunter—. No. Estoy mintiendo. No he tenido aún el estómago para analizarla otra vez. Y me da pavor el hecho de que lo tendré que hacer. Me da pavor el hecho de que no podemos llegar al asesino, y antes o después transmitirá de nuevo.

Por primera vez Hunter vio un atisbo de miedo asomándose en los ojos de Michelle. La clase de miedo que se forma durante el día y luego cobra una dimensión mucho más fuerte en las pesadillas. Esa noche, Michelle haría todo lo posible por no ir a dormir.

Ochenta y cinco

Hunter y Michelle se quedaron en el Rainbow casi hasta la hora del cierre, pero poco después de que Michelle contara que el asesino había bloqueado a todas las direcciones IP que estaban fuera de California, quedó claro que los cerebros de ambos precisaban un recreo del caso, aunque no fuera más que por unas horas. Hunter hizo lo mejor que pudo para aligerar el estado de ánimo y distanciar el tema de la investigación.

El alcohol había comenzado a relajarlos, y hablaron de música, de películas, de aficiones, tragos, comida, e incluso de deportes. Hunter supo así que Michelle practicaba bailes de salón, y que una vez había noqueado a un instructor del FBI con una patada a la entrepierna luego de que hubiera intentado manosearla durante una clase de combate mano a mano. A su vez, Michelle supo así que Hunter nunca había salido de los Estados Unidos, que le desagradaba la coliflor, y que de crío había aprendido solo a tocar el teclado y que había formado parte de una banda solo para impresionar a una chica. No funcionó. Ella se enamoró del guitarrista.

Después de que el Rainbow cerró esa noche, Hunter acompañó a Michelle hasta un taxi y cogió uno él también.

Hunter se debe haber quedado dormido un poco durante las primeras horas de la madrugada, porque cuando se despertó el día comenzaba a despuntar por la ventana de su sala de estar. Tenía rígidos los músculos del cuello, y cada articulación del cuerpo le dolía con el dolor característico de haberse quedado dormido en una silla incómoda.

Se dio una ducha veloz y tomó un desayuno más veloz aún antes de llamar a García y decirle que ya había terminado el juego de

espera y que había decidido ir a ver a Thomas Paulsen esa misma mañana. Cierto, no había nada que justificara una entrevista con el millonario de la empresa de *software* más allá del hecho de que Christina Stevenson, la segunda víctima, había escrito un artículo muy dañino acerca de cómo había acosado sexualmente a sus empleadas durante un largo período de tiempo. Un artículo que a Paulsen le había costado millones, había arruinado su matrimonio de veintisiete años y había dañado gravemente su relación con su única hija. Aunque Hunter también sabía que no tenían nada para relacionar a Paulsen con la primera víctima o con la tercera, la experiencia le había enseñado que un cara a cara podía revelar mucho más en unos pocos minutos que días de investigación detrás de un escritorio.

PaulsenSystems estaba ubicado justo a la salida de la autopista Ventura, en el muy acaudalado vecindario de San Fernando Valley de Woodland Hills, en el noroeste de Los Ángeles. Hunter había telefoneado a la empresa solo para asegurarse de que Thomas Paulsen estaría allí esa mañana. Su secretaria dijo que sí. Hunter no programó ninguna cita.

El viaje desde el Edificio de la Administración les llevó a Hunter y García más de una hora. El tránsito estaba tan pesado como cualquier otra mañana de día de semana, y Hunter utilizó ese tiempo para contarle a su compañero las novedades que Michelle le había contado la noche anterior. García tampoco le encontró ningún sentido. Él también creía que el asesino querría tanta exposición como pudiera conseguir, así que ¿por qué restringir sus espectadores solo a California?

La única conclusión a la que llegaron fue que fuera cual fuera el motivo, tenía que ser algo muy personal para el asesino.

La sede central de PaulsenSystems era un gran edificio en forma de L, con el frente de vidrio espejado y granito oscuro en la esquina de los bulevares Burbank y Toponga Canyon. La entrada principal no daba a la calle, se accedía desde el gran aparcamiento privado que había en la parte trasera. Una escalera elegante, con dos coloridos jardines miniatura a los lados, llevaba a un *lobby* de entrada con mucho aire acondicionado y brillantemente iluminado. El aire allí dentro estaba ligeramente perfumado con la fragancia sutil del aliso de mar y una pizca de glicina.

—Lindo —dijo García, al cruzar las puertas automáticas corredizas—. Muy distinto al olor a sudor estancado que se huele cuando uno entra al Edificio de la Administración.

Un mostrador circular de recepción ocupaba como una isla el centro del espacioso *lobby*. Detrás, una recepcionista asiática y menuda con el cabello negro largo y deslumbrante les sonrió a ambos detectives. Sus ojos oscuros brillaban como dos canicas pulidas.

—Bienvenidos a PaulsenSystems —dijo. Su voz era aterciopelada y cálida—. ¿Cómo os puedo ayudar hoy, caballeros?

—Hola —respondió Hunter. Por más que hubiese querido, su sonrisa no tenía el mismo nivel de entusiasmo que la de ella—. Nos preguntábamos si el señor Paulsen nos podía dedicar unos pocos minutos.

La recepcionista bajó la vista hacia su ordenador, donde sin duda tendría una lista de las citas del día de Thomas Paulsen, pero Hunter rápidamente hizo que le prestara otra vez atención a él.

—No tenemos una cita —aclaró, mostrando sus credenciales—. Sin embargo, este asunto tiene una cierta urgencia, y estaríamos muy agradecidos si el señor Paulsen nos concediera unos cuantos minutos esta mañana.

La recepcionista sonrió de nuevo y asintió una vez, cogiendo el teléfono que estaba detrás del mostrador. Habló rápida y discretamente. Hunter notó que no estaba hablando directamente con Thomas Paulsen sino con una secretaria o asistente personal.

Segundos más tarde, sentado detrás de su escritorio de roble tallado a mano, Thomas Paulsen atendió el teléfono y escuchó durante unos segundos. Una sonrisa seca se le dibujó en los labios, y se reclinó hacia atrás, meciéndose amablemente por un momento en su silla de cuero de respaldo alto.

—¿Tengo algo agendado para ahora?, —preguntó.

—Tiene toda una hora libre, señor Paulsen —le confirmó su asistente personal—. Su próxima reunión es a las 12:45.

—Vale —dijo Paulsen, sopesando sus pensamientos—. Le puedes decir a los detectives que tengo unos minutos disponibles, pero hazlos esperar. Los veré cuando esté listo. Oh, y Joanne…

—¿Sí, señor Paulsen?

—Hazlos esperar abajo en el *lobby*, no en mi antesala. Podrían

husmear el lugar.

—Por supuesto, señor Paulsen.

Colgó el teléfono, se puso de pie y caminó hasta la gran ventana panorámica que daba a las sierras de Santa Monica. Sentía ganas de reírse bien fuerte, pero en cambio solo se permitió una sonrisa orgullosa.

Ya era hora de que vinieran a hablar conmigo.

Ochenta y seis

Y sí que esperaron…

Incluso la recepcionista menuda había comenzado a parecer avergonzada luego de más o menos los primeros diez minutos. Se acercó varias veces hasta donde Hunter y García estaban sentados y les ofreció agua, café, galletas, jugo… Cuando dijeron que no a todo, sugirió que si querían podía enviar a alguien afuera a comprar rosquillas. Eso hizo reír a ambos detectives.

Veintinueve largos y frustrantes minutos después de que hubieran llegado a PaulsenSystems, a la recepcionista finalmente le dijeron que podía hacer subir a los detectives. Se disculpó todavía una vez más, y les dijo que cogieran el ascensor al último piso. Alguien los estaría esperando allí.

Las puertas se abrieron a un vestíbulo amueblado de manera muy elegante. Sobre antiguas alfombras persas había tres sofás de cuero negro, rodeados de varias esculturas estadounidenses modernas. Las paredes estaban adornadas con una colección impactante de pinturas originales.

Esperándolos justo del otro lado de las puertas del ascensor, y de pie debajo de una lámpara halógena, estaba Joanne, la asistente personal de Thomas Paulsen. Su cabello rojo brillaba bajo la luz. Cuando Hunter y García bajaron del ascensor, Joanne sonrió.

—Buenos días, caballeros —dijo con un tono muy profesional—. Mi nombre es Joanne Saunders, soy la asistente personal del señor Paulsen. —Les ofreció su mano muy cuidada. Ambos detectives se la estrecharon, presentándose—. ¿Podríais seguirme, por favor? El señor Paulsen os espera en su oficina.

Cruzaron la antesala y siguieron a la asistente personal por un corredor suavemente iluminado que terminaba en una puerta doble de madera muy pulida. Ella llamó dos veces, hizo una pausa de un segundo y luego empujó y abrió las puertas, por las que pasaron a

una oficina abierta y lujosamente decorada, que ocupaba la esquina del edificio.

—Señor Paulsen —anunció Joanne—. El detective Hunter y el detective García del Departamento de Policía de Los Ángeles.

De pie con la espalda hacia ellos, de cara a la ventana, Thomas Paulsen asintió ante la vista que tenía frente a él pero no se molestó en darse la vuelta:

—Gracias, Joanne.

La asistente personal salió velozmente de la sala, y cerró silenciosamente las puertas tras de sí.

Hunter y García permanecieron junto a la entrada, evaluando rápidamente la oficina: más cuero negro y alfombras suntuosas. Dos bibliotecas empotradas con libros de lenguajes de programación de ordenadores, seguridad de internet y finanzas compartían la pared norte con obras de arte de aspecto aún más caro. Hunter sabía que la pared sur era lo que se conocía como «la pared del ego»: una mezcla de fotos enmarcadas en las que se veía a Thomas Paulsen sonriendo y estrechando la mano de celebridades muy conocidas y no tan conocidas, certificados que avalaban que era una persona muy dotada y calificada, y unas placas brillantes que daban una clara muestra de que a lo largo de los años había recibido debidamente reconocimiento.

—Esta es realmente una ciudad hermosa, ¿no es así, caballeros?, —dijo Paulsen, aún mirando por la ventana. Era alto y de espaldas anchas con un físico que incluso bajo su elegante traje a rayas resultaba sencillo notar que era esbelto y fuerte. Su voz era seca y autoritaria, claramente la voz de alguien que estaba acostumbrado a dar órdenes y a que las cosas se hicieran a su modo.

Ni Hunter ni García respondieron.

Paulsen finalmente se dio la vuelta y quedó de frente hacia ellos. Tenía un rostro remarcablemente delgado y joven para un hombre que tenía poco más de cincuenta años. Su cabello corto y canoso estaba peinado pulcramente hacia atrás desde la frente, dándole un encanto de aspecto juvenil. Sus ojos azul claro parecían estar colmados de conocimiento, como los de un profesor universitario, y brillaban con una intensidad inquietante. Estaba claro que era un hombre atractivo, a pesar de la nariz torcida que sin duda le habían quebrado una o dos veces. Tenía una mandíbula cuadrada, pómulos

fuertes y labios carnosos. Una pequeña cicatriz le agraciaba la punta de la barbilla. Todo en él sugería una tremenda confianza en sí mismo, pero su presencia era casi amenazadora. Les sonrió, pero se podría decir que lo hizo con superioridad o desprecio.

—Podéis tomar asiento —dijo, señalando los dos sillones que estaban frente a su escritorio.

Hunter se sentó en el de la izquierda, García en el de la derecha. No se estrecharon las manos. Paulsen permaneció como estaba, de pie junto a la ventana.

—Lamentamos mucho habernos entrometido así sin anunciarnos, señor Paulsen. Sabemos que es un hombre muy ocupado… —dijo García con su voz más amable, pero Paulsen le interrumpió con un brusco gesto de la mano.

—No os habéis entrometido, detective García. Si lo hubieseis hecho, especialmente sin ningún tipo de orden, yo tendría a mi abogado aquí conmigo, os habría echado de las instalaciones y habría elevado una queja a su capitán y al jefe de Policía de manera tan veloz que probablemente hubieseis experimentado un viaje en el tiempo. —Nada de eso lo dijo con enojo, ni tampoco con sarcasmo—. Estáis aquí porque yo consentí que estuvieseis aquí. Pero como usted dijo, soy un hombre muy ocupado, y tengo una reunión muy importante en pocos minutos, por lo que os sugiero que uséis sabiamente este tiempo.

García hizo una pausa, sorprendido por la réplica.

Paulsen sintió su duda y aprovechó la oportunidad.

—De hecho, no hay necesidad de cumplidos, ni tampoco de andarse con rodeos, por lo que podemos apurar las cosas. Sé por qué estáis aquí, por lo que vayamos directo a eso, ¿sí?

Hunter vio claramente que la táctica de Paulsen era tomar el control de la reunión. Los había hecho esperar, no porque estuviera ocupado, sino porque el tiempo de espera irrita y frustra incluso a los individuos más tranquilos. Había asumido la posición de poder de entrevistador de la que hablan los manuales: de pie, mientras todos los demás están sentados. No había habido contacto físico, y Paulsen estaba manteniendo una distancia razonable entre él y ambos detectives, tornando impersonal la reunión, como si estuviera entrevistando a alguien para un trabajo en un puesto básico. Paulsen también tuvo el cuidado de mantener su voz tan

tranquila como la de García, pero apenas un punto más fuerte y firme, estampando autoridad. Thomas Paulsen era un hombre con mucha experiencia, y de la clase de los que no se intimidaban fácilmente. Hunter estaba dispuesto a permitirle a Paulsen jugar su juego… por el momento.

—¿Ya sabe por qué estamos aquí?, —preguntó Hunter, con voz tranquila, en un nivel de decibelios que deliberadamente no llegaba al nivel de su anfitrión.

—Detective Hunter, por favor. Mire a su alrededor. —Paulsen alzó ambas manos, con las palmas hacia arriba—. No logré todo esto de pura suerte, como estoy seguro que el expediente que tiene sobre mí ya le habrá hecho saber. Por supuesto, podría hacerme el tonto con vosotros y hacer de cuenta que no sé de qué se trata todo esto. —Paulsen pareció aburrido al acomodarse los puños de la camisa por debajo de la americana del traje—. Después actuar como si estuviera ofendido o hubiese sido insultado cuando finalmente surge el verdadero motivo, pero ey… —Se volvió a dibujar en sus labios la sonrisa de superioridad—. No puedo desperdiciar mi tiempo. Y estoy seguro de que vosotros podríais utilizar el vuestro para dar unas cuantas más vueltas en círculos.

García alzó las cejas, y miró apenas de reojo a Hunter, que se había reclinado hacia atrás en la silla y se había cruzado de piernas.

—¿Qué es lo que le hace creer que estamos dando vueltas en círculos?, —preguntó Hunter.

Paulsen echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas:

—Detective, por favor… Esto no es una sesión de psicoanálisis. Sus preguntas de «doble sentido» no le llevarán a ningún lado, y… —miró su reloj— tictac, tictac, es una pérdida de tiempo… al menos para vosotros.

Paulsen hablaba y se comportaba como un hombre que no tiene ninguna preocupación en la vida. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y se acercó a la parte de adelante de su escritorio. Antes de que Hunter o García pudieran formular su siguiente pregunta, habló otra vez.

—Pero vale, dejadme que os complazca, solo por esta vez. El motivo por el que estáis aquí es vuestra investigación de… ¿cómo debería decir?, ¿«el asesino del programa de internet»? Y porque Christina Stevenson fue una de las víctimas. —Permitió que su

mirada pasara del rostro de Hunter al de García, y luego otra vez al de Hunter antes de asentir con confianza—. Sí, yo también miré la transmisión. Magnífica, ¿no? —Marcó la pregunta con una risita.

No hubo respuesta.

Paulsen prosiguió.

—Y vosotros estáis dando vueltas en círculos porque estáis aquí, en mi oficina. Y la única razón por la cual estáis aquí es que no tenéis nada… nada de nada. Yo soy el único «presunto implicado» que tenéis en vuestra lista, ¿no es así como vosotros los policías llamáis a alguien como yo? —Sonrió de manera sarcástica—. Y el único motivo por el que soy un «presunto implicado» es porque un artículo que escribió la señorita Stevenson hace ya varios meses hizo aparecer en vuestro radar una señal del todo insignificante. Si tuvieseis en vuestra lista alguien un poco más consistente, algún otro «presunto implicado», estaríais hablando con él, con ella o lo que fuere, no conmigo. *Esta* es una visita desesperada. Vosotros lo sabéis, y yo lo sé.

—¿Y qué es lo que le hace pensar que no hemos hablado con otras personas?, —preguntó García.

Otra risa por parte de Paulsen:

—La mirada desesperada que lleváis en vuestros rostros es una señal bastante buena. —Hizo una pausa. Miró otra vez su reloj—. Las palabras evasivas en vuestra conferencia de prensa de anoche. —Se encogió despreocupadamente de hombros—. Todo en vosotros os hace parecer derrotados… sin opciones. Cualquiera lo puede ver. Y ahora estáis aquí para intentar evaluarme. —Se acomodó la corbata—. Por lo que permitidme que os ayude. ¿Me alegra que Christina Stevenson esté muerta? Me encanta. ¿Me siento mal porque la torturaron antes de asesinarla? Ni siquiera un poco. ¿Tengo los conocimientos, el coeficiente intelectual, los medios y el coraje como para hacer algo así y luego desaparecer en el ciberespacio antes de que pudierais saber qué fue lo que sucedió? Podéis apostar lo que queráis a que sí. ¿Conocía a la víctima de ayer? Quizá, quizá no. ¿Qué diferencia habría? ¿Podría estar yo detrás de estos asesinatos? Posiblemente. ¿Amenacé a Christina Stevenson luego de que saliera el artículo? Tal vez. ¿Quería arruinarle la vida, como ella me arruinó la mía? Absolutamente. ¿Lo logré? ¿A quién le importa? Está muerta. Muchas gracias. —Les

guiñó un ojo—. ¿Eso es todo?

—No —dijo García.

El egotismo de Paulsen a García le estaba poniendo los pelos de punta, y tuvo que tomarse un momento para contener su rabia.

—¿Podría decirnos dónde estuvo ayer entre las cinco y las seis de la tarde?

—¡Ah! —Paulsen alzó un dedo—. La pregunta crucial del paradero a la hora del asesinato. Y aquí es donde se pone bueno, detective. —Metió otra vez las manos en los bolsillos—. No me sentía demasiado bien, por lo que me fui temprano de la oficina. A esa hora específica estaba en casa, solo, frente a mi ordenador, conectado a *escogeunamuerte.com*, y mirando el programa, como muchas otras personas. —Otra sonrisita—. Y antes de que lo preguntéis, *no*, no tengo una coartada. ¿Me queréis arrestar?

—¿A qué hora se fue de la oficina?, —preguntó García.

—Lo suficientemente temprano. —Otra mirada rápida a su reloj —. Permítame que le pregunte lo siguiente, detective Hunter. Si estoy detrás de estos asesinatos de internet, y como he dicho esa es una posibilidad, ¿qué le hace creer que me podréis atrapar?

Antes de que Hunter pudiera responder, sonó el teléfono del escritorio de Paúlsen.

—Oh —dijo en tono de disculpas—. Esa probablemente será mi asistente personal recordándome mi reunión. Disculpadme un segundo. —Atendió la llamada, escuchando durante unos momentos —. Gracias, Joanne. Ya salgo. Ya casi terminamos aquí.

Paulsen colgó el teléfono y se acercó hasta la puerta de su oficina.

Hunter y García se pusieron de pie.

Paulsen cogió el picaporte, se detuvo y giró para mirar a ambos detectives:

—Debo admitir que estos asesinatos por internet son terriblemente entretenidos, ¿no creéis? —Abrió la puerta—. Me pregunto si podremos ver otro pronto.

Ochenta y siete

—¿Qué demonios acaba de ocurrir allí dentro?, —preguntó García apenas él y Hunter salieron de PaulsenSystems. Ahora claramente vencido por su propia rabia.

—No estoy del todo seguro —respondió Hunter, mirando hacia atrás en dirección al edificio—. Pero nos había estado esperando. Desde hace un rato, diría. Ese pequeño espectáculo que montó estaba muy bien ensayado.

—¿Qué quieres decir?

—Apenas si hicimos alguna pregunta, Carlos —contestó Hunter —. Paulsen controló todo desde el mismo momento en el que ingresamos al edificio, por no hablar de su oficina. Nos hizo esperar todo el tiempo que quiso, y estoy seguro de que fue para ver cuán desesperados estábamos, no porque estuviese ocupado. En su oficina, marcó su autoridad muy deprisa, desde el lenguaje corporal hasta el tono de voz. Preguntó y contestó sus propias preguntas, y cronometró todo perfectamente. Estoy seguro de que le había indicado a su asistente personal la hora exacta en la que quería recibir en su oficina esa llamada «para recordarle la reunión». Por eso no dejaba de mirar su reloj. Quería terminar con su guion a tiempo. Nos dio solo lo que nos quiso dar. Y a pesar de la naturaleza un tanto escandalosa y sugerente de lo que dijo, sus palabras fueron medidas.

—¿Medidas?

Hunter asintió:

—Sabía exactamente qué era lo que podía decir y lo que no. Y no había nada sobre lo cual nosotros pudiéramos actuar con respecto a las cosas que dijo. Todas las preguntas incriminadoras que se hizo a sí mismo las respondió diciendo *quizá, tal vez o posiblemente*. Sugirió mucho, pero no nos dijo nada.

—Deberíamos apresarlo alegando «prueba suficiente» de todos modos, y hacerle pasar un tiempo en una celda solo para enseñarle una lección por ser un maldito arrogante —dijo García, abriendo el coche.

—Eso era probablemente lo que quería que hiciéramos, Carlos. —Hunter se subió al coche y cerró la puerta—. En un caso como este de tan alto perfil, habría sido una excelente publicidad para él y para su empresa. Estoy seguro de que tenía a sus abogados sentados junto al teléfono, esperando su llamada. Si lo hubiésemos apresado, habría regresado a su oficina en menos de una hora, pero no antes de que su asistente personal hubiese contactado a todos los periódicos y a todos los canales de televisión que hubiese podido. Su arresto habría sido considerado como un acto desesperado de nuestra parte, avergonzando al departamento y haciéndonos ganar una dura reprimenda desde muy arriba, si no una suspensión.

—Bueno —dijo García—. Este tipo me da una muy mala sensación. Creo que deberíamos hacerle vigilar.

—Está demasiado bien preparado, Carlos. Sabemos que no podemos hacer eso. No tenemos nada como para justificar el pedido y el gasto, más allá de su arrogancia.

—Y una muy fuerte corazonada. —García encendió el coche y se pasó la mano por la boca, de manera ansiosa—. ¿No es lo que este asesino ha estado haciendo todo el tiempo, Robert?, ¿jugar con nosotros? Siempre ha estado un paso por delante nuestro. Como un jugador de ajedrez. Todavía no ha hecho una sola movida sin primero considerar cuál sería nuestra respuesta. Y parece como si hubiese acertado siempre.

Hunter no dijo nada.

—Bueno, eso es exactamente lo que acaba hacer Paulsen.

—Lo sé.

A Hunter le sonó el teléfono en el bolsillo.

—Detective Hunter, Especial de Homicidios.

Escuchó durante un momento antes de cortar la llamada y mirar a García:

—Encontraron el cadáver de la víctima de ayer.

García abrió muchos los ojos:

—¿Dónde?

—En Maywood.

Ochenta y ocho

El cadáver lo había encontrado un trabajador de la construcción que estaba remodelando una pequeña casa de una sola planta y dos dormitorios cerca del Atlantic Bridge en Maywood. El asesino había puesto los brazos desmembrados dentro de una bolsa negra de plástico muy resistente, había envuelto el cuerpo en otras bolsas iguales y había arrojado todo dentro de un volquete de tamaño medio para escombros de construcción que se encontraba en el jardín trasero de la casa.

Ya había allí una multitud de medios de prensa, y en el momento en el que Hunter y García se apearon del coche se dieron contra un muro de preguntas hechas a gritos y contra un estruendo de clics de cámaras fotográficas. Ninguno de los dos detectives miró en dirección de la hambrienta manada de periodistas.

—No hay mucho para ver —dijo Mike Brindle, el mismo agente jefe de la policía científica de las dos escenas de crimen anteriores, cuando Hunter y García llegaron al patio trasero de la casa. Parecía listo para partir—. Al menos no forénsicamente hablando. El asesino ni siquiera entró a la propiedad.

—¿Cómo es eso?, —preguntó García.

—Bueno, el cadáver estaba todo envuelto como un paquete para enviar por correo —explicó Brindle—. Y luego lo arrojaron en ese volquete que está allí. —Señaló el volquete rojo brillante que estaba al fondo del pequeño jardín. Parecía tener tres metros de largo, dos metros o dos metros y medio de ancho y quizás un metro y medio de alto. A la derecha del volquete había dos agentes uniformados.

Hunter, García y Brindle se acercaron hasta allí.

—Como podéis ver —continuó Brindle—, el volquete se encuentra contra la pared del fondo del jardín, que es tan solo unos treinta centímetros más alta que el volquete.

—El asesino se acercó conduciendo por el callejón trasero —dijo

Hunter, anticipándose a lo que Brindle estaba a punto de decir.

—Correcto —confirmó Brindle—. Bonito y oscuro, fácil de acceder, nadie que le molestara. Detiene el vehículo directamente detrás de la casa, arrastra el cadáver y los brazos fuera del coche y rápidamente los arroja por encima del muro y dentro del volquete. Trabajo hecho. De vuelta al coche, y se fue. Todo eso le podría haber llevado menos de un minuto. —Brindle sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y le dio una larga calada, dejando que el humo saliera mientras hablaba—. Este asesino es alguien que lo tiene todo planificado. Probablemente haya estado dando vueltas por aquí durante algunos días, en busca de un lugar en el cual poder deshacerse de su siguiente víctima. Esta casa se encuentra al principio de la carretera, es fácil de ver desde ambos lados, del frente y de atrás. Cualquiera que pase cerca conduciendo un vehículo puede ver que está vacía y que la están remodelando. El volquete rojo brillante también se ve fácilmente desde afuera.

—Y porque está siendo remodelada —agregó Hunter—, el asesino sabía que si tiraba el cuerpo tarde por la noche, lo encontrarían los trabajadores al día siguiente.

Brindle asintió y dio otra calada:

—Ya hemos revisado el callejón trasero. No hay nada allí. Asfalto sólido, no hay marcas de neumáticos o huellas de pisadas. Unas cuantas colillas de cigarrillos y envoltorios de goma de mascar, pero nada directamente detrás de la casa. No esperaría mucho.

Miraron dentro del volquete —placas de escayola, pedazos de madera, ladrillos rojos, azulejos rotos, trapos y latas de pintura vacías—.

—¿El cadáver?, —preguntó García.

—Camino a la morgue. Lo habéis perdido por… —Brindle miró su reloj— veinticinco minutos. No tenía sentido chequearlo aquí. El cadáver estaba bien envuelto. Si hay algún tipo de pista forense por encontrar, estarán en el cuerpo mismo, o en la parte interna de las bolsas de plástico. Mejor desenvolverlo en un ambiente controlado.

—¿Y estáis seguros de que es la víctima que nosotros buscamos?

—Sí, es la víctima —dijo Brindle, sacando una cámara digital de su bolso. La encendió, accionó el modo para ver las imágenes y se la alcanzó a Hunter—. Corté lo suficiente del envoltorio de plástico

como para ver la cabeza.

La primera foto era un primer plano del rostro del hombre. Los ojos ya habían comenzado a hundírsele en el cráneo, y la piel del rostro y del cuello había cogido un color verde azulado, haciendo que pareciera un extraterrestre, o una máscara de una película de terror, pero de todos modos conservaba los rasgos suficientes como para que Hunter y García le pudieran reconocer. Pasaron lentamente el resto de las fotografías —unos cuantos primeros planos más, seguidos de algunas tomas abiertas—.

—Os enviaré esto por correo electrónico no bien regrese al laboratorio —dijo Brindle, mirando otra vez su reloj.

—¿Quién encontró el cadáver?, —preguntó Hunter, devolviéndole la cámara al agente de la policía científica.

—El constructor que está refaccionando la casa. —Brindle señaló con el dedo índice derecho—. Está en la cocina con un agente.

Hunter asintió y se dio la vuelta para quedar de frente a García:

—¿Tenemos algunos de los impresos que le dimos ayer a la prensa?

—Tenemos algunos en el coche, sí.

—Genial, hagamos que algunos de los uniformados recorran esta calle y también algunas de las calles adyacentes. Quizá la víctima era alguien de la zona. Quizá por eso el asesino eligió esta casa para deshacerse del cuerpo.

—Iré a buscarlos —dijo García, ya dirigiéndose hacia el coche.

Ochenta y nueve

Del puerta a puerta no obtuvieron nada. Ningún vecino ni ningún empleado de las tiendas de los alrededores fue capaz de darles ninguna información acerca de la identidad de la víctima. Muchos ya habían visto esa foto en el periódico matutino o, peor, habían visto la transmisión del asesino el día anterior.

García entrevistó al constructor que había encontrado el cadáver. Era un hombre fuerte, de apenas más de treinta años y con los brazos tatuados, cabeza afeitada y un tupido bigote rubio. Él y su padre eran los propietarios de la pequeña empresa de remodelación para la que él trabajaba, y hacía más de quince años que hacía ese mismo trabajo. Hacía tan solo cinco días que estaba trabajando en esa casa, y se esperaba que el trabajo no se demorara más allá de otros cuatro días.

La casa le pertenecía a un pequeño emprendedor inmobiliario, Akil Banerjee, quien durante los últimos cuatro años había estado invirtiendo en propiedades en desuso y embargadas, remodelándolas con poco dinero y vendiéndolas luego con una ganancia módica.

Tanto el propietario como el constructor fueron debidamente corroborados. También tenían coartadas sólidas de su paradero durante la noche y a la hora en la que el asesino hablaba con Hunter el día anterior. Pero cuando Hunter y García regresaron al coche, Hunter recibió una nueva llamada. Esta vez era el detective de Homicidios Mario Perez.

—Robert, creo que identificamos a la víctima.

—Te escucho.

—¿Estás en tu coche?, —preguntó Perez.

—No, estoy en el de García.

—Vale, te estoy enviando por correo electrónico unas fotografías.

Hunter pasó la llamada a altavoz y se conectó a su casilla de correo en el ordenador de la policía del coche.

—Con los medios y la prensa haciendo llamamientos para que la gente se presente, hemos estado recibiendo llamadas todo el día —aclaró Perez—. Como era de esperar, la mayoría eran chiflados, personas en busca de atención o gente que no podía estar ciento por ciento segura, sabes cómo es… salvo una.

—Sigue.

—El propietario de un restaurante llamado Paolo Ghirardelli se comunicó hace algunas horas. Tiene una pizzeria en Norwalk. Yo fui el que habló con él. Estaba absolutamente seguro de que el hombre de la foto que apareció en los periódicos hoy era uno de sus camareros: Ethan Walsh. No se presenta a trabajar desde hace dos días. Tampoco contesta al teléfono. El señor Ghirardelli es uno de esos italianos orgullosos que tienen fotos enmarcadas de todas las personas que trabajan para él, incluido el personal de cocina, colgando en la pared del restaurante. Me envió por correo electrónico la foto de Ethan Walsh, y… lo puedes ver tú mismo.

Hunter abrió el correo electrónico y el primero de los tres archivos adjuntos, una fotografía a color de un hombre con poco más de treinta años de edad, rostro ovalado, nariz redonda, mejillas regordetas, cejas delgadas y cabello corto. Él y García la miraron en silencio durante un largo rato, e instintivamente, pero no porque lo precisaran, miraron el impreso de la captura que habían estado mostrando en las calles durante las últimas horas. Ninguno de los dos tenía duda.

—Es él —dijo al final García—. O un gemelo idéntico.

—Ethan Walsh no tiene ni hermanos ni hermanas —confirmó Perez—. Ya he hecho una búsqueda preliminar. Ese es el segundo archivo adjunto del correo. Y resulta ser que fue un programador experto de ordenadores.

—¿Era un programador experto de ordenadores?, —interrumpió García.

—Correcto.

—¿Qué hace un programador experto de ordenadores trabajando como camarero en una pizzeria en Norwalk?

—Si abrís el segundo archivo adjunto, veréis nuestro reporte oficial sobre Ethan Walsh —respondió Perez mientras Hunter le

daba doble clic a ese archivo—. El tercer adjunto es una selección rápida de algunos artículos de internet que encontré acerca de él. Eso os dará una mejor idea de por qué se apartó de la programación de videojuegos.

—Gran trabajo, Mario —dijo Hunter, leyendo rápidamente el reporte—. ¿Podrías proseguir y buscar todo lo que puedas acerca de Ethan Walsh?

—Estoy en eso. Para cuando estéis de regreso aquí, ya debería tener algo más.

—Gracias. —Hunter cortó la llamada.

El domicilio registrado de Ethan Walsh era de un arrendatario en un edificio de apartamentos en Bellflower, el vecindario inmediatamente al oeste de Norwalk. Una nota al pie al final del correo electrónico que el detective Perez le había enviado a Hunter decía que tan solo para asegurarse, Perez ya se había puesto en contacto con la comisaría de Bellflower y les había pedido que enviaran un coche patrulla a llamar a la puerta de Ethan Walsh. No habían obtenido respuesta.

En el reporte también figuraban el nombre, el domicilio y el número de teléfono del propietario del apartamento en el que vivía Ethan Walsh, el señor Stanislaw Reuben. Hunter le llamó de inmediato, y el señor Reuben le dijo a Hunter que podía encontrarse con ellos en el domicilio de Ethan Walsh en una hora.

Noventa

Hunter y García llegaron a Bellflower en Los Ángeles Sur justo cuando estaba empezando a atardecer sobre Venice Beach. El edificio de apartamentos en el que había vivido Ethan Walsh era un edificio de ladrillos viejo y sucio muy necesitado de algunas reparaciones, ubicado al final de una calle para nada glamorosa.

El señor Stanislaw Reuben, el propietario del apartamento, se encontró con los detectives junto a la entrada del vestíbulo del edificio. El hombre tenía un aura sórdida indiscutible, con ropas que no le entraban, el rostro picado de viruela y un labio marcado con una cicatriz. Su voz gutural sonaba como si hubiera salido directamente de una película de terror.

—Pensé que el hombre que vi en el periódico esta mañana me resultaba familiar —dijo el señor Reuben luego de que Hunter y García se identificaran—. Sospeché que podía ser uno de mis inquilinos, pero era difícil de decir. Tengo tantos, y solo los veo una o dos veces al año, realmente. La mayor parte de mis inquilinos me hacen llegar cheques ya fechados con varios meses de anticipación. Me resulta más sencillo.

—¿Y era así como el señor Walsh pagaba el alquiler?, —indagó García.

—Así mismo. —El señor Reuben sonrió, mostrando unos dientes en muy mal estado.

—¿Hace cuánto tiempo que era su inquilino?, —siguió García.

—No mucho. Poco más de seis meses. Parecía un buen inquilino, además. Tranquilo, no se quejaba… —El señor Reuben se pellizcó un par de veces el lóbulo de la oreja izquierda—. Es él, ¿no? ¿El hombre al que asesinaron por internet? Era mi inquilino, el señor Walsh, ¿no es así? —Sonaba realmente emocionado.

—Por el momento no lo podemos asegurar —respondió García.

—¿Creéis que me harán una entrevista para la televisión? —Su

emoción iba en aumento—. Nunca he salido en la televisión.

—Y eso no es para nada malo —dijo García, haciendo un gesto en dirección al edificio—. ¿Vamos?

El propietario utilizó su llave para abrir la puerta del vestíbulo e hizo pasar a ambos detectives. El espacio reducido olía a pis de gato mezclado con algo que tenía un fondo ácido.

García arrugó la nariz mientras con la vista inspeccionaba velozmente el vestíbulo en penumbras como si estuviera esperando identificar la fuente del olor.

—Sugiero que subamos por las escaleras —dijo el señor Reuben —. El ascensor es muy pequeño, y yo no me arriesgaría, si sabéis a lo que me refiero.

Las escaleras estaban sucias y a oscuras, con grafitis decorando las paredes todo hasta arriba. Cuando llegaron al cuarto piso, el señor Reuben los guio por un corredor largo y con muy poca luz. El olor a pis que había habido abajo se replicaba allí, pero ahora tenía un tenor fétido y nauseabundo que hizo que ambos detectives apretaran los dientes.

Al propietario no pareció molestarle.

—Hemos llegado —dijo cuando estuvieron junto a una puerta a tres cuartos del pasillo. El número que tenía era el 4113. El señor Reuben abrió con la llave y empujó la puerta. Con las ventanas y las cortinas cerradas, la sala que tenían en frente estaba escondida en sombras, y el calor que se generaba allí dentro hizo que antes de que entraran pareciera la celda de una prisión.

El señor Reuben encendió las luces, dejando ver un salón pequeño, con una cocina diminuta a la izquierda. La habitación estaba escasamente decorada. Había una vieja mesa de madera, cuatro sillas de madera, un pequeño reproductor de música, un sofá con una funda floreada echada encima, un televisor portátil y una cajonera, sobre la cual había algunos portarretratos. No había señales inmediatas de disturbios. En las paredes no había nada colgado, excepto una foto de Ethan Walsh con una niña pequeña que parecía tener alrededor de tres años de edad.

—El dormitorio y el baño están por allí —dijo el señor Reuben, señalando una puerta del otro lado de la habitación.

Hunter y García se pusieron guantes.

—¿Le molestaría esperar afuera?, —le dijo García al propietario

—. No estamos seguros de que haya algún tipo de evidencia, pero si la hay me gustaría reducir al mínimo el riesgo de contaminarla.

El señor Reuben pareció decepcionado y dio un paso hacia atrás:

—Por supuesto. Entiendo. Estaré afuera por si me necesitáis.

Lo primero que notaron Hunter y García dentro de la estrecha sala de estar fue el ordenador portátil de Ethan Walsh sobre la mesa de madera. En la parte alta de la pantalla había una cámara web enganchada.

Hunter sacó de su bolsillo dos bolsas grandes para evidencias y guardó dentro el portátil, la cámara web y todos los cables.

García estaba observando las fotografías que había sobre la cajonera. Había cuatro en total. Todas de Ethan Walsh con su hija bebé. En los cajones encontró unos cuantos libros y revistas, todos de programación de ordenadores, y una gran cantidad de tebeos. La cocina estaba un poco desordenada, pero no más de lo que cualquiera esperaría de un hombre soltero que vivía solo. En el refrigerador había varias comidas para calentar en el microondas y mucha cerveza.

Hunter dejó que García revisara un poco más la sala de estar y pasó a las otras áreas del apartamento. El baño era una lata de sardinas, con un cubículo para la ducha agrietado, un inodoro y no mucho más.

El dormitorio tampoco parecía mucho más grande. Había una cama de dos plazas contra la pared más alejada, justo debajo de la pequeña ventana, y así y todo quedaba muy poco espacio para maniobrar alrededor. Además de la cama sin tender, solo había un ropero con una puerta corrediza y una mesilla de noche con un velador.

Hunter revisó debajo de la cama —dos maletas vacías—. En el ropero había camisas, camisetas, vaqueros, pantalones, chaquetas, dos pares de tenis, un par de zapatos y dos cajas de cartón llenas de videojuegos. El dormitorio de Ethan estaba desordenado, pero otra vez dentro de lo que se podía esperar. Una vez más, nada sugería ningún disturbio.

Hunter regresó a la sala de estar, donde García estaba de pie junto al sofá de aspecto incómodo, pasando las páginas de lo que parecía ser una libreta o un diario. Cuando Hunter ingresó de nuevo en la sala, García hizo una pausa y frunció el ceño mirando la

página que estaba leyendo.

Hunter reconoció esa mirada:

—¿Qué encontraste?

García alzó la vista y sonrió:

—Nuestra primera conexión.

Noventa y uno

El hombre que cargaba su canasta vacía recorrió el pasillo de frutas y verduras por tercera vez, todavía incapaz de decidir qué llevarse. Se detuvo una vez más frente al sector de las naranjas, cogió una, se la acercó a la nariz y respiró su intenso aroma. Le gustaban mucho las naranjas, pero así y todo, ninguna fue a parar a su canasta. Avanzó un par de pasos más e hizo una pausa ante el exhibidor de distintos tipos de manzanas. Sus favoritas eran las manzanas Fireside, pero eran difíciles de encontrar en Los Ángeles, en el Medio Oeste eran mucho más comunes. De todos modos no le molestaba mucho, porque las Pink Pearl eran casi igual de buenas, y eran un producto del norte de California, que se encontraba abundantemente en Los Ángeles. Sostuvo una en la mano por un largo rato, resistiéndose a la tentación de darle un mordisco en ese mismo instante. Dejó la manzana en su lugar y se movió hasta otro exhibidor de frutas.

El hombre indeciso llevaba puesta una americana de traje azul que no combinaba con sus pantalones de color claro. Sus zapatos estaban maltrechos, trasluciendo años de uso. Tenía el cabello peinado hacia atrás, pero con la mano, y su barba de dos días hacía que pareciera un poco más viejo de lo que era en realidad.

El hombre pasó sin detenerse junto al exhibidor de arándanos. No le gustaba su textura granosa, y para él no eran nunca lo suficientemente dulces. De cualquier manera, los arándanos eran demasiado caros. Reconsideró comprar algunas peras, melocotones o nectarinas, pero al final avanzó de nuevo sin decidirse.

Cuando llegó al final del pasillo, hizo una pausa y se dio la vuelta para mirarlo, suspirando decepcionado. Metió la mano en el bolsillo del pantalón, apretó en su puño todo el dinero que tenía, lo sacó y lo contó de nuevo. No tenía mucho, solo lo suficiente como para comprar los pocos productos que había anotado en su lista

mental. Fruta era uno de esos productos, si tan solo pudiese decidir qué fruta. Devolvió el dinero al bolsillo del pantalón y lentamente caminó otra vez hasta el otro lado del pasillo. Una mujer atractiva, que parecía tener poco menos de treinta años, estaba seleccionando naranjas cuidadosamente y colocándolas dentro de una pequeña bolsa de plástico transparente. El hombre hizo una pausa junto a ella, y luego de unos segundos vacilantemente cogió una.

—Son geniales —dijo la mujer, bastante entusiasmada.

El hombre sonrió tímidamente.

—Compré unas cuantas el otro día —continuó la mujer—. Y son las naranjas más dulces que he comido en mucho tiempo.

—¿De veras?, —respondió el hombre, ahora mirando curioso la naranja que tenía en la mano.

—Sí. —Ella hizo una pausa y le miró. Él tenía ojos amables, pensó ella—. Es como si les hubiesen puesto azúcar o miel o algo. Debería probar algunas.

Y así como así, se tomó una decisión.

El hombre sonrió y asintió alegremente:

—Vale, creo que lo haré, pues. —Puso dos naranjas dentro de su canasta de compras. Dos era todo lo que se podía permitir.

Algunos minutos más tarde el hombre, finalmente, ya había conseguido comprar todos los productos de su lista mental. Contento consigo mismo, salió del supermercado, llevando todo dentro de una bolsa de papel marrón. Al llegar al aparcamiento semioscuro hizo una pausa, pareciendo un tanto confundido. Miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha, tratando de decidir en qué dirección moverse. Cuando se volvió para ir hacia la derecha, la bolsa de papel que estaba cargando se rasgó en la parte inferior. Los pocos comestibles que tenía cayeron al suelo, desparramándose a sus pies. Las dos naranjas que había comprado comenzaron a alejarse rodando en distintas direcciones.

—¡Mierda!, —susurró, gateando tras la primera como un gato persiguiendo una pelota de tenis. Finalmente se las apañó para recogerla, y rápidamente se giró para buscar la otra. La vio justo cuando estaba por meterse debajo de un SUV aparcado. De repente, salió un pie de la nada y la detuvo.

El hombre alzó la vista y vio a la mujer con la que se había encontrado en el exhibidor de naranjas. Ella se agachó y levantó la

naranja del suelo.

—¿Esta es una fugitiva, eh?, —dijo ella—. No puedo creer que este supermercado siga utilizando bolsas de papel. Son una porquería, y tampoco son muy buenas para el medioambiente.

El hombre no sabía muy bien qué decir, por lo que no dijo nada. Tímidamente, comenzó a recoger sus cosas.

—Permítame que le ayude —dijo ella, levantando la mitad de los productos, entre los que se contaba un frasco de café—. Tiene suerte de que no se rompió.

El hombre asintió, pensando que también tenía suerte de haber elegido naranjas en lugar de manzanas. Sin duda se habrían magullado.

—Gracias —dijo finalmente, tratando de recoger los productos que ella había levantado, pero no tenía suficientes manos.

—Está bien. Yo le puedo ayudar —dijo ella—. ¿Tiene coche?

El hombre asintió:

—Justo allí. —Señaló su coche, que estaba un poco más alejado.

—¿Vive cerca de aquí?, —preguntó ella, cuando se echaron a andar hacia el coche del hombre.

—No muy lejos, ¿usted?

—A unas pocas calles.

El hombre asintió:

—¡Oh!, —dijo luego de unos segundos, como si acabara de darse cuenta de algo—. ¿Quiere que la lleve a su casa?

Ella sonrió de nuevo:

—Oh no, mi coche está aparcado allí. Es el SUV debajo del cual casi se mete su naranja. Pero gracias por el ofrecimiento, de todos modos.

Cuando llegaron al coche del hombre, él le sacó los seguros y abrió las puertas traseras:

—Puede dejar todo en el asiento trasero, si no le molesta.

—Claro —respondió la mujer.

Mientras apoyaba las compras, se le escapó rodando una de las naranjas, cayó del asiento al suelo. La mujer se movió rápidamente, echando el cuerpo hacia delante, estirando el brazo y apañándoselas para detenerla justo antes de que desapareciera debajo del asiento del conductor.

«Esta realmente es una fugitiva», pensó.

De repente sintió una presencia a sus espaldas. Torció el cuerpo ligeramente, y miró por encima de su hombro derecho. El hombre estaba de pie justo por detrás de ella. La mirada amable en sus ojos había cambiado por algo mucho más oscuro. Sonrió de un modo que a ella le asustó. Cuando habló, su voz también sonó diferente —tranquila, pero con un filo gélido que la dejó sin aire—.

—¿Nunca nadie le dijo que no hable con extraños?

Noventa y dos

La mañana siguiente trajo consigo el primer chaparrón de otoño. El cielo estaba oscuro con nubes densas, y la luz del sol parecía estar luchando una batalla perdida para dejarse ver. El viento amargo que soplaba del norte hacía que Los Ángeles pareciera Winnipeg en noviembre.

Para Hunter, para García y para la capitana Blake, el día comenzó con una reunión de actualización, que se realizó en la oficina de Hunter. Ninguno de los tres parecía haber conseguido dormir mucho.

—Vale —dijo la capitana Blake, acomodándose el cabello detrás de las orejas con ambas manos—. Antes de que hablemos de cualquier otra cosa, necesito saber qué es lo que pasa con Thomas Paulsen. —Una pizca de irritación le teñía la voz.

No hubo una respuesta inmediata, pero en el rostro de ambos detectives de repente se formó el mismo gesto de perplejidad.

—Ayer tarde por la noche recibí una llamada del jefe de Policía —explicó la capitana Blake—, quien, a su vez, ayer recibió dos llamadas distintas, una del gobernador de California y otra del alcalde de Los Ángeles. Aparentemente vosotros dos habéis estado acosando al señor Thomas Paulsen, el millonario de la industria del *software*, que resulta que es un importante contribuyente *de fondos* para las campañas políticas de ambos.

—¿Acosando? —García rio entre dientes.

—Esa fue la palabra que se utilizó —confirmó la capitana.

—Apenas si conseguimos decir alguna palabra, capitana. —García hacía todo lo posible por mantener la calma—. Apenas entramos ayer a su oficina, se lanzó en un discurso que ya tenía ensayado. Cuando terminó, nos echó. Y eso fue todo lo que sucedió. Creo que ni siquiera llegamos a hacer una sola pregunta.

—¿Y qué otra cosa tenéis de él más allá de que haya sido el tema de un artículo escrito por Christina Stevenson, la segunda víctima?

Un momento de duda.

—Estamos investigando la posibilidad de que Thomas Paulsen haya amenazado a Christina Stevenson luego de que se publicó el artículo —dijo finalmente García.

—Estáis *investigando* —replicó la capitana—. Lo cual quiere decir que *aún no tenéis pruebas*.

—Aún no —admitió García—. Pero si hubieses estado allí lo habrías comprendido. Todo lo que rodea la figura de Thomas Paulsen huele mal. Y está más que claro que encaja en el perfil. Él mismo lo dijo. Es lo suficientemente inteligente. Tiene los medios y el conocimiento del ciberespacio como para llevarlo a cabo. Es tan arrogante y tan atrevido como lo es el asesino cuando llama por teléfono, si no más. Y admitió que le puso muy contento ver morir a Christina Stevenson del modo en que la vio morir. ¿No te parece que todo eso apesta a psicópata?

—No importa si apesta a psicópata, a mierda de perro o a rosas —contestó irritada la capitana Blake—. Necesitamos una causa probable. Y no deberíais necesitarme a *mí* para que os dijera eso. ¿Arrogante…? Por supuesto que es arrogante. Es extremadamente rico. Los políticos comen de su mano, y es el CEO de una empresa muy grande, muy influyente y muy exitosa. Eso le da poder, mucho. Cualquiera con toda esa cantidad de poder inevitablemente se torna arrogante y desconectado de lo que nosotros, simples mortales, llamamos el mundo real. Y no deberíais necesitarme a *mí* para que os dijera tampoco eso. Este Paulsen tiene el poder y los contactos como para cerrarnos en el rostro todas las puertas de una investigación. Un chasquido de los dedos, y vosotros dos estaréis escribiendo notificaciones de infracción durante un largo rato. Dos chasquidos, y yo probablemente terminaré transferida al «Culo del Mundo» en Dakota del Norte. ¿Entendéis lo que estoy diciendo?

Hunter y García no dijeron nada.

—Dejadme que os pregunte lo siguiente —dijo la capitana, prosiguiendo—. ¿Estáis investigando a alguna otra persona acerca de la cual también haya escrito Christina Stevenson en otros artículos? No me digáis que Thomas Paulsen es la única persona a

la que hizo enojar.

—No —contestó Hunter—. Por el momento no estamos investigando a nadie más.

García alzó una mano haciendo el gesto de pare:

—Espera un segundo, ¿estamos recibiendo una reprimenda por hacer nuestro trabajo?

—No —espetó la capitana, alzando un poco la voz—. Estáis recibiendo una reprimenda porque yo recibí una, y yo siempre la paso. También estáis recibiendo una reprimenda porque a este Paulsen no le molesta poner una buena cantidad de su dinero en campañas de políticos, y con eso puede comprarse a la madre de todas las reprimendas al momento de saber cuántas reprimendas puede recibir este departamento.

—¿Entonces?, —dijo Hunter—. ¿El alcalde y el gobernador están diciendo que la gente rica no mata gente?

—No. —La capitana le miró con furia—. Están diciendo que mejor que tengáis algo muy sólido antes de ir a tocarle la puerta otra vez a Thomas Paulsen, porque de no ser así ellos perderán a un contribuyente muy importante de sus campañas políticas en la carrera hacia las nuevas elecciones, y a nosotros nos caerá una demanda que hará que la de Rodney King parezca un asunto de un jardín de infantes. —Hizo una pausa, tomándose un momento para recomponerse, haciendo que su voz regrese al tono normal—. Yo sé que aquí todos estamos haciendo nuestro trabajo. Me conocéis lo suficiente como para saber que me importa un bledo quién es Thomas Paulsen, o a quién tiene en el bolsillo, pero lo cierto es que con este tío *tendremos* que hacerlo según las reglas, porque si no lo hacemos así y la jodemos aunque sea un poco, el jefe me ha garantizado que el próximo trabajo que hagamos incluirá un cepillo, un inodoro y excremento humano. ¿Entendéis la idea?

—Sí —respondió García—. La idea que estoy entendiendo huele a que es todo una porquería, capitana.

—Bueno, ese el olor del poder y la política, y vosotros al igual que yo sabéis que este departamento está tapado de eso, y no hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer al respecto. Por lo que investigad lo que queráis de él, pero hacedlo *siguiendo los regios*. Si encontráis algo más allá del artículo que Christina Stevenson escribió acerca de él, primero me venís a ver. Eso es todo lo que

pido.

La capitana dejó el tema de lado y se dirigió hacia el tablero de las fotos:

—Vale, pasemos a otra cosa. La tercera víctima de internet. Me dijeron que hallaron el cuerpo. —Su mirada recorrió el tablero, pero no encontró fotografías nuevas.

—Así es, ayer —confirmó García. Luego procedió a explicar que el cuerpo de la víctima había aparecido dentro de un volquete de construcción al fondo de una propiedad privada en Maywood—. El cadáver ya iba camino a la morgue cuando llegamos nosotros. Deberíamos estar recibiendo pronto fotografías y los resultados de la autopsia. —Hizo doble clic en algo del ordenador—. La policía científica nos envió un correo electrónico con todas las fotos del cadáver que sacaron *in situ* en la «escena del descarte». No he tenido tiempo aún para imprimirlas y colgarlas. —Hizo doble clic otra vez en algo, y la impresora que estaba en el borde de su escritorio se puso en marcha.

—¿Se confirmó oficialmente la identificación?, —preguntó la capitana.

García asintió:

—La esposa y la hija de la víctima viven en Seattle. Estaban recientemente divorciados. Sus padres viven en Iowa, pero pudimos acceder a su apartamento por medio del propietario. Los análisis de las huellas dactilares entre las cosas de su apartamento y el cuerpo encontrado en Maywood arrojan una coincidencia del cien por cien.

—¿Y quién es?

—Se llama Ethan Walsh —respondió Hunter, alcanzándole una copia de la fotografía que el dueño de la pizzeria le había enviado al detective Perez.

La mirada de la capitana se posó en la imagen y el reconocimiento fue instantáneo. Ella tampoco había sido capaz de olvidar el rostro. Verle con una sonrisa tímida como la que tenía en la foto le pareció demasiado ajeno al recuerdo que ella tenía de su rostro aterrado retorciéndose del sufrimiento.

—¿Cuál es su historia? —La voz casi le flaqueó.

Hunter le hizo un resumen de todo lo que sabían de Ethan Walsh hasta el momento.

La capitana Blake escuchó todo en silencio, y habló en cuanto

Hunter terminó:

—¿Sabemos algo de su exsocio? El señor Nelson, ¿no? También es un programador experto, ¿no es así? —Le devolvió la foto a Hunter.

—Así es —confirmó Hunter—. Brad Nelson. Todavía estamos reuniendo información acerca de él, pero todo indica que estará limpio. Se mudó otra vez a Canadá hace diez meses.

García retiró de la impresora las copias y las clavó cuidadosamente en el tablero de las fotos.

La capitana se acercó para poder ver mejor. Las fotos en primer plano del rostro de la víctima saliendo de las bolsas de plástico resistente hicieron que le subiera un gusto ácido desde el estómago, por la garganta y hasta la boca. Rápidamente buscó una mentita en su bolsillo.

—Dijisteis que habéis ido al apartamento de la víctima —dijo la capitana Blake, finalmente dándose la vuelta para quedar de frente a sus detectives—. ¿Encontrasteis algo?

—Encontramos su portátil —le informó García—. Pero está protegido con una contraseña. Se lo dejamos a Dennis Baxter de la Unidad de Delitos Informáticos. Están tratando de acceder.

La capitana Blake asintió, sin entusiasmo.

—Pero también encontramos esto —dijo García, sacando la libreta que había encontrado en el apartamento de Ethan Walsh.

—¿Qué es eso?

—Una libreta para direcciones y números de teléfono, de las de antes —explicó García—. Aparentemente, cuanto más se dedica a la tecnología, más consciente se es de que todo puede salir desastrosamente mal. Parece que Ethan Walsh conservaba una copia de lo que supongo eran todos los números que tenía agendados en el móvil.

La capitana Blake asintió. Ella también tenía una:

—Vale, ¿y…?

García le alcanzó la libreta, abierta en una página específica:

—El quinto nombre comenzando de arriba —dijo.

La capitana recorrió la lista hacia abajo con la mirada, hizo una pausa, abrió los ojos una fracción más:

—¿Christina Stevenson? —Leyó el nombre en voz alta antes de mirar en dirección a los dos detectives—. ¿Es la misma Christina

Stevenson? —Señaló el tablero de las fotos—. ¿La segunda víctima del asesino?

—Ella misma —convino Hunter—. Ese es el número de su móvil.

—Te acuerdas de que encontramos el teléfono de Christina Stevenson en su casa, ¿no?, —preguntó García.

—El número de él también está en la agenda de ella. —La capitana pronunció la frase a medias como una pregunta, a medias como una afirmación.

—Sí —confirmó García—. Chequeamos el registro de llamadas de ella, pero llega tan solo hasta hace tres semanas. No llamó ni recibió ninguna llamada de Ethan Walsh en ese período.

—¿Tenéis el móvil de él?, —preguntó la capitana.

—No —respondió García—. No estaba en su apartamento. Hemos verificado con el proveedor, y el teléfono está desconectado. Ya hemos pedido también los registros telefónicos de ambos de los últimos tres meses. Con suerte deberíamos tenerlos para el final del día de hoy, o quizá mañana. Por el momento no estamos seguros de si eran amigos, conocidos, o si Ethan Walsh, en algún nivel, no formó parte de alguno de los informes de la señorita Stevenson.

La capitana Blake devolvió su atención a la libreta telefónica.

—Pasé la mayor parte de la noche leyendo todos los artículos que Christina Stevenson escribió para el *LA Times* en los últimos dos años —anunció Hunter—. Seiscientos sesenta y nueve en total. El nombre de Ethan Walsh no aparece en ninguno. Ya contacté otra vez con la exeditora de la señorita Stevenson de la sección de espectáculos. Jamás oyó hablar de Ethan Walsh.

—¿Crees que podría haber sido un informante?, —le preguntó la capitana Blake—. Es decir, algo así como una fuente.

Hunter se encogió de hombros suavemente:

—Es posible. También le pedí una copia de todos los artículos que la señorita Stevenson escribió mientras trabajó para la sección de policiales.

—¿Policiales?, —preguntó la capitana.

—Antes de pasar a ser una periodista de espectáculos, Christina Stevenson pasó nueve meses en la sección de policiales. Sé que fue hace mucho tiempo, pero de todos modos me gustaría mirar esos artículos. Los debería estar recibiendo en algún momento del día de hoy.

La capitana comenzó a pasar las hojas de la libreta telefónica de Ethan Walsh.

—Si estás buscando el nombre de la primera víctima —dijo García—, Kevin LeeParker, no está allí. Ya hemos buscado.

Ella hizo una pausa, sopesando sus pensamientos por un instante:

—Sí, pero esto demuestra que al menos dos de las víctimas se conocían entre sí. En una ciudad en la que la población es de alrededor de doce millones y medio de habitantes, esto no puede ser una coincidencia. Este asesino no está eligiendo sus víctimas al azar.

Noventa y tres

Su primer pensamiento luego de que finalmente recobró la conciencia fue que la muerte no se sentía para nada como ella había esperado.

Después, a medida que lentamente comenzaba a recuperar los sentidos, cayó en la cuenta de que la muerte aún no se la había llevado, luego llegó el dolor, expandiéndose dentro de ella como una sobredosis de droga. Sintió como si a cada hueso y a cada músculo de su cuerpo primero lo hubiesen apaleado y después deformado. La cabeza le latía tan ferozmente que le costaba incluso respirar. Podía sentir cómo le tronaba la sangre en las orejas con tanta fuerza que creyó que le explotarían los tímpanos. Emitió un lento gemido, mientras intentaba encontrar la fuerza para abrir los ojos a pesar del dolor.

En ese momento fue cuando oyó otra vez su voz, y con solo escucharla, una estremecedora oleada de miedo le traspasó cada átomo de su cuerpo.

—No te resistas. No intentes moverte. Solo intenta relajarte. —El tono de su voz era tranquilo, desprovisto de emociones, incorpóreo.

Ella no fue capaz de reprimir el grito terrible que le escapó de los labios.

El hombre esperó.

Ella intentó abrir los ojos parpadeando, pensando que no debía entrar en pánico, pero el miedo ya la había cubierto como una mortaja. Tomó aire con dificultad, hiperventilando.

Él habló otra vez.

—Respira hondo, e intenta mantenerte en calma.

Otra bocanada de aire.

—Sé que estás asustada. Entiendo que ahora mismo parece difícil, pero solo respira, y pronto el pánico se irá.

Intentó hacer lo que le decían.

Finalmente se las apañó para abrir los ojos, permitiéndoles absorber el entorno, pero la sala estaba mayormente a oscuras. La única luz provenía de una lámpara terriblemente tenue que estaba lejos en un rincón. El aire estaba estancado, denso de olor a heno viejo, desinfectante y algo más que no llegó a reconocer. Algo dulce y nauseabundo. No podía ver al hombre, pero podía oír su respiración, y podía sentir su presencia opresiva.

Despacio cayó en la cuenta de que no se podía mover. Estaba sentada en una suerte de silla de respaldo alto, pesada, dura e incómoda. Tenía las muñecas atadas a los apoyabrazos de la silla, y las piernas fuertemente amarradas a las patas. Su torso y su cabeza no estaban sujetos a nada, lo que le permitía girar levemente su cuerpo de un lado a otro. Lo hizo lentamente. Primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha, intentando comprender mejor la sala. Solo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda.

De repente la invadió una abrupta desesperación ante lo vulnerable, expuesta y frágil que estaba. Quería no perder el control. Quería demostrar fuerza y determinación, pero en ese preciso momento el miedo estaba ganando esa batalla, y comenzó a sollozar involuntariamente.

—No estás haciendo lo que te dije que hicieras. —Otra vez se oyó la voz fría del hombre.

La mujer no podía reprimir su llanto. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y los apretó bien fuerte, con la esperanza de lograr contener el llanto.

—*Mantente fuerte* —le dijo la voz en su cabeza.

Había leído en algún lado que los violadores se fortalecían con el miedo, con la sumisión de su presa, pero ese pensamiento solo le sirvió para asustarse más, y la incertidumbre de lo que sucedería a continuación la paralizó. Cuando habló, las palabras le salieron de la boca como si las dijera una niñita extraviada.

—Por favor, no me lastimes. —Le flaqueó la voz—. Por favor, déjame ir.

Silencio.

Las palabras siguientes le salieron sin pensar.

—Haré lo que quieras. Por favor, solo déjame ir.

No hubo respuesta.

—Por favor… —En un momento de sobriedad con respecto a su

miedo, se dio cuenta de lo inútil que sonaba decir eso.

—Dime qué quieres de mí. —Su mente recorrió a toda velocidad las posibles respuestas a su propia pregunta, pero se obligó a apartar esas visiones espantosas.

El hombre exhaló despacio, y ella sintió su movimiento.

Por un instante sintió como si se le hubiese detenido el corazón.

El hombre salió de las sombras, apareciendo por primera vez en el campo de su visión periférica. Estiró el cuello hacia donde él estaba. A pesar de que llevaba ropa distinta, le reconoció de inmediato. Era el mismo hombre con el que había hablado en el supermercado, y al que luego había ayudado en el aparcamiento. Pero habían desaparecido la sonrisa accesible, el carácter tímido y los ojos amables. Parecía más alto, más fuerte, amenazador. Su rostro ahora parecía filoso y marcado.

—Hola otra vez —dijo él.

Su mirada atrapó la de ella como una garra gigante, y ella tuvo la sensación de estar siendo inevitablemente absorbida dentro de un lugar oscuro.

—Llorar no te será de ayuda.

—Por favor, no me lastimes —repitió ella. Las palabras simplemente le salieron de la boca, irreflexivas, tristes, impotentes —. Haré lo que quieras.

—¿*Lo que quiera*? —Él no apartaba la vista de su cuerpo desnudo.

La insinuación de sus palabras y la rigidez de su mirada le impactaron a ella como un golpe en la sien. Se tragó la bola que se le había formado en la garganta, y oyó que la niña extraviada que tenía dentro respondía:

—Sí. Lo que quieras.

Él se acercó.

Ella contuvo la respiración:

—Oh, por favor, Dios.

—Deja de rezar.

—Lo lamento —dijo rápidamente—. Lo que digas. Por favor.

—Deja de suplicar.

Ella comenzó a llorar otra vez.

—Deja de llorar.

Ella inhaló por la nariz y retuvo el aire en los pulmones hasta

que fue capaz de controlar el llanto.

—Entonces, ¿harás *lo que yo quiera* que hagas?, —le preguntó otra vez.

Ella respiró hondo de nuevo, con un coraje que le llegaba de la nada.

—Sí. —Ahora en su tono de voz había una marcada determinación. «*Puedes hacerlo*», habló una vez más la voz en su mente.

Él se acercó aún más, y ella finalmente vio el brillo del cuchillo que él tenía en la mano.

—Oh Dios mío… no. —Había desaparecido cualquier rastro de determinación. Su mente se tornó un paño negro de pánico, paralizándole cualquier capacidad motriz.

El hombre sonrió de un modo que le hizo saber que su miedo le satisfacía. Su mirada estaba fija en la de ella como si estuvieran conectadas. Ella sintió en la piel el frío de la hoja de acero, pero fue incapaz de apartar la vista de su mirada hipnótica. La hoja se alejó rápido, con un veloz movimiento de corte.

La mujer contuvo un momento la respiración.

No sintió dolor.

Sabía que una cuchilla lo suficientemente afilada podía cortar la piel y la carne humana de manera tan sutil que a veces no provocaría ningún dolor. También sabía que la cantidad tremenda de adrenalina que le corría por las venas en ese preciso instante podía ocultar incluso el dolor más insoportable.

Esperó.

Siguió sin sentir dolor.

El hombre retrocedió, finalmente rompiendo el contacto visual.

Como si se hubiese roto un hechizo, ella consiguió bajar la vista hacia su cuerpo, en busca de sangre, de cortes.

No había nada.

En vez de eso vio que el hombre había cortado las cuerdas con las que había tenido atada la muñeca derecha.

Estaba confundida. ¿Tenía la intención de dejarla ir? No se quedó demasiado en ese pensamiento, porque sus tobillos y la muñeca izquierda seguían atados a la pesada silla. Se llevó el brazo derecho al pecho, y la sensación de poder moverlo otra vez le resultó vivificante. Soplándose la muñeca, abrió y cerró los dedos

formando un puño varias veces para que la sangre comenzara a circular otra vez. Se sintió bien.

El hombre de repente apareció de nuevo, moviéndose desde detrás de ella, y le dejó sobre el regazo algo pesado y frío. Ella dirigió la vista hacia allí.

Un par de tijeras de jardinería.

—Cógelas —dijo él.

Ella obedeció.

Él se detuvo. El tiempo pareció dudar con él:

—Vale. Quiero que te cortes todos los dedos de la mano izquierda. Comienza con el meñique, y sigue uno a uno hasta el pulgar.

Ella alzó la vista, pero él había regresado a las sombras.

—¿Qué?, —titubeó ella.

—Dijiste que harías lo que yo quisiera que hagas. —La voz le llegaba desde atrás, ahora hablando muy despacio—. Eso es lo que quiero que hagas. Quiero que te cortes todos los dedos de la mano izquierda.

La mujer no pudo esconder el terror que sintió. Las tijeras de jardinería empezaron a temblarle en la mano, y también le temblaban los labios.

—Te sugiero que coloques un dedo entre las hojas, que cierres los ojos y que sencillamente aprietes rápido y fuerte, antes de que se te vaya el coraje.

Ella no podía ni siquiera formar una palabra.

—Dolerá. Sin duda. Saldrá mucha sangre. También sin duda. Definitivamente te sentirás a punto de desmayarte. Pero si me demuestras que eres lo suficientemente fuerte en el plano psíquico como para mutilarte completamente la mano izquierda, te dejaré ir, lo prometo. Incluso te llevaré en el coche a la comisaría.

La mujer se resistió ante las náuseas que sentía y bajó la vista hacia las tijeras.

—Te estoy dando una *elección*. Si haces lo que te digo, eres libre. Si no lo haces… —Dejó el misterio de las consecuencias a merced de la aterrorizada imaginación de ella.

Ella tomó una gran bocanada de aire, pero esta vez no le aportó ningún coraje.

—Hazlo —dijo él con firmeza.

La mirada de ella se dirigió a su mano izquierda, que seguía firmemente atada a la silla.

—Hazlo. Ese es el precio de tu libertad.

Dudando, ella separó tanto como pudo los dedos de la mano izquierda.

—Eso es. Hazlo. Demuéstrame que eres fuerte.

Ella colocó las hojas de las tijeras alrededor de su tembloroso dedo meñique.

—Eso es. Tiene un filo extremo. Solo aprieta rápido y con fuerza y las hojas harán el resto.

Ella no se podía mover.

—CÓRTATE LOS DEDOS. —El grito fue tan fuerte y sorpresivo que ella se hizo pis encima. El sonido y la voz de él quedaron resonando en los muros y en el techo durante una cantidad de tiempo que pareció una eternidad.

A la mujer le empezaron a caer lágrimas por las mejillas. Las hojas estaban tan afiladas que bastaba con un roce para producir un corte. Vio cómo una pequeña gota de sangre le teñía la piel alrededor del dedo.

—HAZLO. —Otro grito fuerte y enojado.

Ella cerró los ojos y respiró hondo.

El hombre sonrió.

La mujer arrojó las tijeras al suelo.

—No puedo, no puedo. —Se llevó al rostro la temblorosa mano derecha, sollozando—. No puedo hacerlo. No puedo.

El hombre rio:

—Creíste que te quería violar, ¿no?, —preguntó. No precisaba una respuesta—. Y por eso dijiste que harías lo que yo quisiera. Pensaste que lo único que tenías que hacer era recostarte y abrirte de piernas. Aguantar que este monstruo entrara en ti por unos minutos. —Apareció vagamente en el campo visual de ella—. Si quisiera violarte, ¿qué te hace pensar que necesitaba tu permiso o tu cooperación?

La mujer no contestó. Comenzó a llorar de manera más intensa.

—Relájate —dijo él—. No tengo la intención de violarte.

En su mente ella estaba llena de agonía y vergüenza, expuesta y perdida.

—¿Qu… qué me vas a hacer? —Otra vez habló la niñita que

tenía dentro.

El hombre desapareció de nuevo en las sombras. La respuesta le llegó en un susurro directo en su oreja derecha:

—Te voy a matar.

Ella intentó tomar una bocanada de aire. El cuerpo le temblaba de miedo.

El hombre rio:

—Si eso te asusta —hizo una pausa teatral—, espera a que sepas cómo es que lo voy a hacer.

Noventa y cuatro

La lluvia cayó a raudales, pesadamente, al comenzar la tarde, con estallidos de truenos y golpes de relámpagos todo por sobre el océano, antes de convertirse en una llovizna irritante y pareja. Cuando la tormenta pasó, la temperatura bajó unos cuantos grados, haciendo que la noche desplegara un frío incómodo que parecía estar del todo fuera de lugar en una ciudad como Los Ángeles.

Para el final de la tarde, Hunter y García habían recibido los registros telefónicos que habían solicitado de Christina Stevenson y Ethan Walsh. Los registros llegaban hasta no más de tres meses atrás, y ninguna de las víctimas había llamado al otro durante ese período. Al menos no vía sus móviles. Hunter se vio obligado a solicitar más registros de llamadas, esta vez de todo el año precedente a los crímenes, pero pasaría al menos un día antes de que los recibieran.

En vez de regresar a su hogar al final del día y pasar otra noche luchando contra sus pensamientos y contra el insomnio, Hunter decidió ir a visitar otra vez la casa de Christina Stevenson. Sabía con seguridad que a Christina Stevenson la habían raptado en su dormitorio, y los lugares en los que alguien era raptado, al igual que las escenas de crímenes, siempre tenían más para ofrecer que una simple evidencia física. Hunter tenía un don para entender esos espacios, y quizá, estar allí solo, lejos de toda distracción, le ayudaría a ver algo que podría haber pasado por alto.

Estuvo casi dos horas en la casa de Christina Stevenson, la mayor parte dentro del dormitorio. Intentó imaginar qué había sucedido esa noche, y llevó a cabo un juego de roles con las imágenes que le venían a la mente.

Se ubicó detrás de la cortina floreada del dormitorio de Christina, en el lugar exacto en el que creía que se había escondido el asesino. Hunter sabía que el asesino no había atacado

inmediatamente a Christina cuando ella entró en el dormitorio; eso era lo que le decían la ropa de ella desparramada por el suelo y la copa y la botella de champaña. Ella estaba bebiendo sola. A juzgar por lo cara que era una botella de Dom Ruinart, Christina debía haber estado celebrando algo especial. Probablemente el hecho de que su artículo apareciera en la portada del suplemento de espectáculos ese domingo.

El asesino se tomó su tiempo observándola, ya fuera esperando el momento perfecto para atacar o disfrutando el espectáculo mientras ella se desvestía. De cualquiera de las dos maneras, el momento llegó cuando ella se metió debajo de la cama para recoger su reloj, supuso Hunter. Tenía la sensación de que en el momento en el que Christina se agachó debajo de la cama, había visto los zapatos del asesino, escondido detrás de la cortina. Luego todo sucedió muy deprisa. En menos de un minuto la había arrastrado desde debajo de la cama y la había sometido. El asesino casi con seguridad tenía lista una jeringa con la dosis apropiada de fenoperidina. Christina había peleado con todas sus fuerzas, pateando y gritando. En toda la habitación había señales de su lucha, pero el atacante era fuerte, y la droga más fuerte aún.

A pesar de revivir toda la escena en su mente, y moviéndose meticulosamente por toda la casa, Hunter no encontró ninguna pista nueva, nada que respondiera ninguna de las tantas preguntas que le gritaban dentro de la cabeza.

Luego de irse de la casa de Christina, se quedó sentado en su coche durante un largo rato, preguntándose qué hacer a continuación, preguntándose si serían capaces de acercarse al asesino aunque sea unos pocos centímetros antes de que matara de nuevo. Y Hunter estaba seguro de que mataría de nuevo.

Miró su reloj y decidió que aún no estaba listo para regresar a su casa. En vez de eso, condujo el coche por la ciudad sin rumbo determinado, sin buscar nada, sin dirigirse a ningún lugar en particular. En West Hollywood las brillantes luces de neón y las calles ajetreadas le hicieron sentirse un poco más vivo. Era siempre algo bueno ver gente sonriendo, riendo y disfrutando de la vida.

Desde allí se dirigió hacia el este por un rato, pasando por el lago de Echo Park y por la mole de hormigón del estadio de los Dodgers, antes de dirigirse hacia el sur cruzando Los Ángeles

Central. De repente, Hunter sintió la necesidad de ir a la playa, ver el mar, quizá caminar descalzo en la arena. Le encantaba la brisa marina de noche. Le recordaba a sus padres y a cuando era un crío. Una época más feliz, tal vez. Giró hacia el oeste y puso rumbo a Santa Monica Beach, decidiendo evitar las autopistas. Por una vez, no tenía prisa por llegar a ningún lado.

Pasó el giro del puente de la calle 4 y siguió por South Mission Road. Esas calles eran tan familiares para él como el interior de su apartamento, y no le prestó atención a ningún cartel, ni siquiera al gran cartel allá en lo alto.

Luego sucedió, de manera similar a un dominó caprichoso que pierde el equilibrio, cayendo contra todas las demás piezas y disparando una gran reacción en cadena. Primero lo registró su inconsciente. Luego, más o menos un segundo después, cuando su mente inconsciente se comunicó con su mente consciente, dentro de la cabeza de Hunter sonó una señal de alarma. A su cerebro le llevó otro milisegundo enviar una señal hasta los músculos de su cuerpo vía el sistema nervioso. Una oleada de adrenalina le recorrió el cuerpo como un maremoto, y Hunter finalmente apretó los frenos, con fuerza. Su viejo Buick LeSabre viró a la izquierda antes de quedar completamente detenido en medio de la carretera. Tuvo suerte de que no hubiera otro vehículo justo por detrás de él.

Hunter se apeó del coche y salió disparado como una bala. Su respiración atorándosele en la garganta en el momento en que sus ojos se posaban en la gran señalización vial verde por debajo de la cual acababa de pasar. Su mente estaba trabajando a mil quinientos kilómetros por hora, en busca de recuerdos, intentando ubicarlos en su lugar. Cuando comenzó a recordar, su mente segmentó el recuerdo en imágenes, y sintió cómo un escalofrío le trepaba gradualmente por la espina dorsal.

—No puede ser esto —dijo en voz alta a nadie en particular, pero sus palabras no importaban mucho, porque mientras más recordaba, más seguro estaba.

Todas las pistas que el asesino les había dado habían sido verdaderas.

Noventa y cinco

Hunter se dirigió con el coche directo de regreso a su oficina en el Edificio de la Administración de la Policía e inmediatamente encendió su ordenador. Lo primero que vio una vez que terminó de iniciarse fue que había recibido un correo electrónico por parte de Patricia Hays, la editora de Christina Stevenson en la sección de espectáculos del *LA Times*. Adjunto había un archivo comprimido, los artículos de Christina que había pedido más temprano.

—¡Genial!, —susurró Hunter antes de dejarlos de lado por el momento, sabiendo que pronto los miraría.

Su prioridad ahora era encontrar el expediente de un incidente viejo. No podía recordar el nombre de la víctima, o la fecha exacta, pero estaba seguro del año, y con eso alcanzaría. Abrió el buscador interno de la Base de Datos de Incidentes del Departamento de Policía de Los Ángeles, ingresó el año que recordaba, el tipo de incidente y el nombre del agente. Lo que buscaba apareció como único resultado en alrededor de 0,23 segundos.

—¡Bingo! —Hunter sonrió.

Le dio clic al enlace y leyó el informe del incidente. En las venas le empezó a bombear adrenalina y emoción.

Hunter volvió al correo electrónico que le había enviado Pamela Hays y descomprimió el archivo adjunto. Había en total doscientos cincuenta y nueve artículos, pero al igual que el primer archivo que había recibido hacía algunos días, estos tampoco eran archivos de texto en los que uno pudiera buscar palabras. Eran imágenes escaneadas de las páginas del periódico con los artículos publicados. Sin títulos, solo las fechas de publicación, pero esta vez Hunter no tuvo que leerlos todos. Ahora sabía la fecha exacta que estaba buscando. El expediente del incidente se la había proporcionado. Rápidamente encontró el artículo específico e hizo doble clic en la imagen.

No era una nota muy larga, tenía tan solo alrededor de quinientas palabras más o menos. El artículo contenía también cuatro fotografías. Tres eran de muy poca calidad; la cuarta era un retrato de buena calidad, y absolutamente impactante. El artículo había aparecido en la segunda página del suplemento de policiales del *LA Times* un jueves por la mañana, hacía casi dos años y medio.

Solo el título del artículo hizo que Hunter tuviera que hacer una pausa para tomar aire, obligándole a releerlo unas cuantas veces. Las cosas estaban comenzando a tener sentido espantosamente.

Un recuadro al final del artículo revelaba cómo había conseguido el periódico las tres fotografías de baja calidad que acompañaban la nota, y Hunter se ahogó por segunda vez.

—No puede ser —dijo en voz alta en la sala silenciosa. La sala emitió un eco todo a su alrededor. Hunter se sintió casi mareado por lo rápido que las piezas comenzaban a encajar.

Imprimió la imagen escaneada y la colocó sobre su escritorio, tomándose otro momento para pensar qué buscar a continuación. Luego se acordó de la videocámara que el asesino había dejado dentro del cubo de basura en el City Hall Park, y enseguida su mente hizo la conexión.

—Hijo de perra.

Abrió su buscador de internet y se tomó un momento para pensar en qué palabras tipiar en el motor de búsqueda. Enseguida se le ocurrió una frase de cuatro palabras. El resultado se produjo casi de manera instantánea: alrededor de 6 millones de resultados en 0,36 segundos.

Dado que había utilizado una frase de cuatro palabras como criterio de búsqueda, el motor buscaría primero todas las palabras juntas, y en el orden en el que las había tipiado Hunter. Esos resultados aparecerían en lo más alto de la lista. Una vez que el motor de búsqueda se hubiera quedado sin resultados para todas las palabras en ese orden específico, comenzaría entonces a buscar automáticamente las cuatro palabras por separado, o una combinación, en orden o no. Esa era la razón por la que había arrojado tantos resultados.

Hunter le dio clic al primer resultado de la lista, que le llevó a una página de internet especializada. Pasó un tiempo allí, mirando en las páginas y los archivos, pero no encontró lo que buscaba.

Regresó a la página de resultados e intentó con el segundo enlace comenzando desde arriba. Una vez más, luego de pasar varios minutos buscando en los archivos del sitio, no llegó a ningún lado.

Repitió el infructífero procedimiento dieciocho veces más, hasta que finalmente dio con una turbia página de internet. Lo extraño fue que apenas la página principal del sitio web se cargó en la pantalla, Hunter sintió un extraño hormigueo en la nuca. Se sacó de encima esa sensación y utilizó el motor de búsqueda interno de la página, ingresando una combinación de palabras clave y una fecha. El motor de búsqueda del sitio no era muy bueno, e ingresar una fecha no hacía ninguna clase de diferencia. Decidió que lo más sencillo era corroborar los quince resultados.

No tuvo la necesidad de hacerlo. El que estaba buscando fue el cuarto.

Se reclinó hacia atrás en la silla y se restregó el rostro con ambas manos. Las imágenes en su pantalla chocaron con una fuerza absurda contra los recuerdos que tenía en la cabeza.

El archivo lo había subido alguien que se llamaba a sí mismo o a sí misma DarkXX1000. Hunter intentó todo lo que pudo para descubrir la verdadera identidad de la persona detrás de ese alias de internet, pero no llegó muy lejos. Decidió regresar a eso más tarde.

Pasó la siguiente hora y media realizando una búsqueda combinada entre internet y archivos restringidos al público en general, a los cuales, como detective del Departamento de Policía de Los Ángeles, él tenía acceso. Tampoco revelaron mucho.

Le picaban y le lloraban los ojos por estar mirando la pantalla durante tanto tiempo. Se tomó una pausa para ir al baño antes de servirse otra taza de café negro fuerte. Caminando de un lado a otro de la sala, Hunter le permitió a su mente repasar todo lo que había descubierto hasta ese momento —muchas cosas, pero seguían faltando muchos detalles—. Lo que precisaba era ayuda. Sin prestarle atención a la hora que era, cogió su móvil y marcó el número de Michelle. Ella atendió luego del tercer tono.

—Michelle —dijo Hunter—. Mi turno de disculparme por llamarte tan tarde y fuera del horario de oficina.

Michelle rio entre dientes:

—Bueno, el término «horario de oficina» no aplica para el FBI.

Mi turno comenzó el día en que me contrataron, y terminará en más o menos… —hizo una pausa, como calculando el tiempo— cuarenta y cinco años.

—Ese sí que es un turno largo.

—¿Lo dices tú? —Otra risita—. Vale, ¿qué sucede?

Hunter le contó todo lo que había descubierto hasta el momento, y lo que seguía buscando. Cuando terminó, Michelle se quedó muda.

—Michelle, ¿sigues allí?

—Um… sí. ¿Estás seguro de esto?

—Muy seguro.

—Vale. Veré qué puedo averiguar y te llamaré. Podría llegar a ser tarde… o temprano, dependiendo de cómo lo mires.

—No me voy a ninguna parte.

Noventa y seis

Michelle le devolvió la llamada justo antes de las seis de la mañana. Finalmente se las había apañado para encontrar toda la información que Hunter le había pedido, incluyendo el nombre de la persona que estaba detrás del alias DarkXX1000. Para las 8:00 a.m., Hunter iba en camino a una reunión urgente en la sala de reuniones sin ventanas en el subsuelo del Edificio de la Administración de la Policía.

La sala era una caja rectangular de hormigón que se parecía a una vieja aula de instituto. Había dieciséis pupitres acomodados en cuatro líneas de cuatro, con la primera a un metro del podio de madera que estaba al frente del salón, detrás del cual se encontraba Hunter de pie. A su izquierda, una pantalla grande, blanca; a su derecha, un pizarra grande montada en un trípode.

García y la capitana Blake estaban sentados en cada uno de los extremos de la primera fila, con dos pupitres entre ellos. Detrás y en el medio estaba Michelle Kelly, que le había dicho a Hunter que quería formar parte. Las dos últimas filas las ocupaba un equipo SWAT, de ocho personas, todos con chalecos antibalas sobre trajes de fajina. El murmullo tenso e incómodo que prevalecía en el ambiente se cortó en seco en el momento mismo en el que Hunter tosió para aclararse la garganta.

Todas las miradas estaban puestas en él.

—Vale, os contaré toda la historia desde el principio —dijo, haciéndole un gesto con la cabeza a Jack Fallon, el capitán del equipo SWAT, que estaba de pie al fondo de la sala, justo por detrás de la última fila de agentes SWAT.

Fallon atenuó las luces.

Hunter presionó el botón del mando a distancia que tenía en su mano derecha, y en la pantalla blanca se proyectó el retrato fotográfico de un muchacho adolescente. El muchacho parecía tener

no más de dieciséis años, con unas cejas tupidas, pómulos marcados y una delicada nariz cubierta de pecas. Sus ojos, claros y azul pálido, complementaban perfectamente su cabello rubio oscuro y ondulado. Era un chico apuesto.

—Este es Brandon Fisher —comenzó Hunter—. Hasta hace dos años y medio, Brandon era alumno del Instituto Jefferson en el sur de Los Ángeles. A pesar de que era terriblemente tímido y a veces introvertido, era un chico inteligente, con sus calificaciones para demostrarlo, mayormente sobresalientes y notables. Brandon era además un mariscal de campo muy prometedor, con un brazo izquierdo del que se hablaba mucho. Sus posibilidades de obtener una beca universitaria de fútbol americano eran muy elevadas. —Hunter salió de detrás del podio—. Unas pocas semanas después de recibir su licencia de conducir, Brandon participó de un choque muy serio que se produjo en el cruce del *boulevard* West Washington con la avenida South La Brea. El accidente ocurrió a las 2:41 a.m, —explicó Hunter—. A pesar de que Brandon acababa de aprender a conducir, el accidente no fue culpa de él. Más allá del hecho de que declararon tres testigos distintos, el Departamento de Tránsito también tenía evidencia fotográfica provista por la cámara que se activa ante una infracción del semáforo en rojo, de las cuales hay una en dicho cruce.

Hunter presionó el mando otra vez. El retrato de Brandon Fisher quedó reemplazado por otras seis fotografías, colocadas de dos en dos en tres filas. La secuencia de eventos que exhibían mostraba claramente a un Ford Mustang azul oscuro pasando una luz roja y chocando contra un Chevrolet Cruze plateado. La velocidad del Mustang indicada en el rincón inferior derecho de cada imagen era de noventa kilómetros por hora.

—El choque hizo que el coche de Brandon saliera disparado dando vueltas treinta metros hacia el *boulevard* West Washington —dijo Hunter—. En el vehículo no iba nadie con él. Brandon se fracturó el brazo izquierdo, las dos piernas, sufrió graves cortes en el rostro y en el cuerpo y se quebró varias costillas, una de las cuales le perforó el pulmón izquierdo.

Otro clic y el nuevo retrato de Brandon Fisher ocupó toda la pantalla. Los agentes de SWAT comenzaron a murmurar y maldecir. Hunter vio que García contraía el cuerpo. Vio que la capitana Blake

y Michelle Kelly suspiraban y se llevaban una mano a la boca en señal de sorpresa.

La mirada de Brandon tenía ahora una tristeza que parecía contagiosa. Su rostro antes apuesto estaba gravemente desfigurado por dos cicatrices grandes y varias pequeñas. La más grande de las dos cicatrices no le había cruzado el ojo izquierdo por un pelo, pero le había cortado su nariz pequeña, deformándola de manera brutal, y luego seguía hacia abajo y le atravesaba ambos labios, haciendo que todo el costado izquierdo de la boca quedara caído, como si se hubiese fundido en una triste sonrisa eterna. La segunda cicatriz grande comenzaba en lo alto de la parte izquierda de la frente, justo por debajo del nacimiento del cuero cabelludo, y avanzaba en forma irregular hasta la oreja derecha, cortando por encima a la ceja derecha, estirándola y deformándola, al igual que el párpado.

—Esta foto fue tomada alrededor de doce meses después del accidente —explicó Hunter—, una vez que la cicatrices terminaron de sanar. Ya había recibido además dos cirugías estéticas para intentar minimizar el efecto ocasionado por los cortes, y esto fue lo mejor que quedó. Los médicos y otras operaciones no pudieron hacer mucho más por él.

—Pobre chico —susurró Michelle.

—No necesitáis que os diga que la mayoría de la gente rara vez encontrará el modo de superar *completamente* una desfiguración facial tan grave, que cambia la vida para siempre —dijo Hunter—. No importa cuánto tiempo transcurra, o cuánta apoyo reciban. —Hizo una pausa para tomar aire—. Como he dicho, Brandon ya era de por sí un chico tímido e introvertido. No es ninguna sorpresa que el accidente lo haya dejado en un agujero negro de depresión sin fondo. No pudo jugar nunca más al fútbol americano, ni a ningún otro deporte. A pesar de que se curó de manera apropiada luego de las fracturas, sus piernas y su brazo izquierdo ya nunca fueron ni tan fuertes ni tan veloces como solían ser, y, luego de ser perforado, su pulmón izquierdo funcionaba con una capacidad reducida. Al principio, los pocos amigos que tenía intentaron apoyarlo, pero los chicos siempre serán chicos, y de manera lenta pero segura comenzaron a distanciarse de él. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a sus espaldas el cotilleo, las bromas y los apodos. Pero esa clase de cosas nunca permanecen «a las espaldas» durante

mucho tiempo. Él sabía. Su novia también rompió con su relación, y eso le devastó.

—¿No recibió ninguna ayuda psicológica?, —preguntó la capitana Blake.

—Sí. Apenas tuvo la posibilidad de asistir —confirmó Hunter asintiendo y encogiéndose levemente de hombros—. Tres sesiones de una hora por semana, eso fue todo.

—Sí —dijo riendo amargamente uno de los agentes de SWAT—. ¿Cuánto crees que eso puede ayudar?

—E incluso si ayuda —agregó otro—, con tan solo tres sesiones por semana, ¿cuánto tiempo demorará en surtir algún efecto?

—Demasiado —convino Hunter.

Se volvió a oír un murmullo por toda la sala.

Hunter presionó el mando una vez más. La imagen que apareció en la pantalla fue la de un puente en el centro de Los Ángeles.

—Hace veintinueve meses, un martes por la noche —prosiguió Hunter, y la sala volvió a quedar en silencio—, Brandon les dio a su madre y a su padre el beso de buenas noches y se fue a su habitación, pero no se acostó. Esperó a que la casa quedara en silencio antes de salir por la ventana de su dormitorio y dirigirse al puente de la calle 6 en el centro de Los Ángeles, a pocas cuadras de donde vivía, en Boyle Heights.

En la sala de reuniones reinaba un silencio absoluto. Todos tenían la mirada fija en Hunter.

—Brandon lo había estado pensando durante semanas, quizá meses —continuó Hunter—. Lo tenía todo planeado, inclusive los horarios. Cuando llegó la hora correcta, saltó del puente.

La capitana Blake y Michelle se movieron incómodamente en sus sillas.

—Como todos vosotros sabéis —dijo Hunter—, el puente de la calle 6 es un cruce no solo sobre el río Los Ángeles sino también sobre varias vías de tren. Brandon eligió las vías en vez del río. —Hunter hizo una pausa y se aclaró otra vez la garganta—. Como he mencionado, Brandon parecía haber tenido todo planeado hasta el más mínimo detalle, inclusive los horarios de los trenes. Coordinó el momento del salto a la perfección. Una milésima de segundo después de que sus pies tocaran las vías, le pasó por encima un tren de carga que venía a toda velocidad. Su cuerpo quedó casi

desintegrado.

Otro clic en el botón y la imagen que estaba en la pantalla cambió a un segmento de las vías del tren que pasaba por debajo del puente de la calle 6. Un indicador de evidencias de la policía científica había sido colocado junto a algo que parecía ser una pierna.

—Las distintas partes de su cuerpo quedaron desparramadas en un área de cincuenta metros —agregó Hunter.

Se oyeron más movimientos nerviosos en las sillas. Esta vez por parte de todos los que estaban en la sala de reuniones.

Hunter aún no había terminado:

—Antes de saltar del puente, Brandon dijo que la mayor parte del mundo creía en la estúpida idea equivocada de que todo lo que hacemos en la vida a fin de cuentas es nuestra propia responsabilidad. Que *siempre* tenemos una *elección*, queramos o no. —Hunter hizo una pausa y se cruzó de brazos—. Y luego Brandon dijo: «¿Qué hay con las elecciones que toma otra gente y que terminan cambiando completamente la vida de uno, no la de ellos? ¿Dónde está allí nuestra elección, pues?».

—Espera un segundo —dijo uno de los agentes de SWAT, levantando la mano como pidiéndole permiso para hablar a su maestra—. ¿Cómo sabes lo que el chico dijo en el puente?

Hunter respiró hondo antes de girarse y mirar hacia la sala.

—Porque yo estaba allí.

Noventa y siete

Veintinueve meses antes

Boulevard Whittier,
a unos veinte segundos de distancia del puente de la calle 6
01:19 a.m.

Hunter había bajado los brazos ante otra noche de insomnio. Como ya había hecho muchas veces, y estaba seguro que haría de nuevo incontables veces más, en lugar de quedarse sentado en su casa mirando las paredes gastadas y vacías, todas muy necesitadas de una nueva mano de pintura, había decidido salir a dar una vuelta en su coche. Una vez más, condujo sin rumbo fijo, sin ir a ninguna parte, sin buscar nada en particular. La ciudad simplemente pasaba por el parabrisas mientras él conducía. Con la mente vacía, dejaba que le guiaran las calles y los giros.

Sin ninguna razón en especial, o quizá porque había hecho exactamente lo mismo hacía algunos días, y había decidido entonces dirigirse hacia Venice Beach, esa noche decidió conducir por el centro de Los Ángeles.

Con el distrito financiero y la ciudad supuestamente dormidos, las calles del centro de Los Ángeles parecían perturbadoramente tranquilas, demasiado distintas a lo que la mayoría de la gente estaba acostumbrada.

Hunter acababa de pasar por Boyle Heights, había girado a la derecha en El Camino Real y había seguido por el *boulevard* Whittier, en dirección al puente de la calle 6, cuando la radio de la policía que tenía en su coche crepitó a un volumen fuerte.

—Atención a todas las unidades del centro cerca del puente de la calle 6. Acabamos de recibir una llamada del 911 con un posible intento de suicidio en el puente. El sujeto parece ser un

adolescente. De acuerdo con el informante, el chico parece estar a punto de saltar. Necesitamos respuesta inmediata. ¿Hay alguien cerca?

Hunter alzó la vista del salpicadero, donde se habían posado sus ojos mientras oía la llamada del operador. Lo primero que vio fue la gran señalización vial que anunciaba el puente que estaba más adelante, a menos de quince segundos de distancia. Aunque muchos lo llamaban el puente de la calle 6, el nombre oficial, y el que aparecía en todos los carteles de la ciudad, era viaducto de la calle 6: Sixth Street Viaduct.

Hunter rápidamente cogió el radio.

—Dispatch, habla el detective Robert Hunter, Especial de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. Estoy prácticamente en el puente, aproximándome desde el este, llegando desde el *boulevard* Whittier. Estaré allí en alrededor de diez segundos. ¿Alguna información acerca del sujeto?

—Afirmativo en cuanto a la ubicación, proximidad y tiempo estimado de llegada al puente, detective Hunter, pero con respecto a la información acerca del sujeto, negativo. El informante era un peatón que vio al sujeto en la cornisa. No tengo más información. Lo lamento.

—Comprendido —respondió Hunter—. Estoy llegando al puente y tengo al sujeto a la vista. Está en la cornisa que da al norte, en el extremo oeste del viaducto. Repito, el sujeto está en la cornisa que da al norte, en el extremo del viaducto de la calle 6. Enviad refuerzos del cuerpo de bomberos, y un psicólogo lo antes posible.

—10-4 refuerzos y ayuda médica, detective. Buena suerte.

Hunter redujo la velocidad y detuvo el coche a mitad del puente, bloqueando todo el tránsito en dirección al oeste. Nada de eso lo hizo con brusquedad. Los neumáticos no chirriaron, no golpeó las puertas, no produjo ningún sonido fuerte ni realizó ningún movimiento abrupto que pudiera empeorar potencialmente una situación ya de por sí extremadamente tensa. El reloj del salpicadero marcaba la 01:21 a.m.

Como Hunter le había descripto al operador, el sujeto estaba de pie en la cornisa que daba al norte, en el extremo oeste del viaducto. Tenía la espalda hacia Hunter, pero en vez de mirar hacia

abajo a lo que le esperaba si saltaba, miraba hacia delante a lo lejos, como esperando algo, o quizá contemplando un cambio de opinión. Eso era una buena señal.

Hunter se movió deprisa pero tranquilo, intentando acercarse todo lo posible antes de que el saltador le notara. Estaba a cuatro metros de distancia cuando el chico rompió contacto visual con la nada en la oscuridad distante y se dio la vuelta.

Hunter se detuvo y miró al chico, intentando establecer contacto visual, y cuando el chico le miró Hunter se quedó quieto apenas una milésima de segundo. En ese preciso instante, Hunter maldijo la falta de información previa con respecto al sujeto. No sabía nada de quién era ese chico, o cuáles eran los posibles motivos que le habían llevado al puente, listo para terminar con su vida. Eso le habría preparado mejor para lo que vio.

Luego Hunter se maldijo *a sí mismo*, porque con o sin información previa, un detective del Especial de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles, especialmente uno con un doctorado en Análisis del Comportamiento Criminal y Biopsicología, tendría que haber estado preparado para cualquier cosa. Preparado para esperar lo inesperado, más allá de cuán impactante pudiera ser.

Durante esa milésima de segundo de duda, a Hunter le aterró que su rostro, su mirada, su comportamiento, su expresión, cualquier cosa de él delatara lo sorprendido que estaba. Si algo le delataba, sabía que sus posibilidades de hacer que el chico desistiera estaban completamente acabadas.

La sorpresa en Hunter se había dado porque cuando el chico finalmente se dio la vuelta y le miró, Hunter vio que tenía el rostro completamente desfigurado por unas gruesas cicatrices, como si hubiese traspasado con el rostro hacia delante varias capas de vidrio. Era la clase de desfiguración que atraería por todas partes miradas lastimeras, sorprendidas e incluso disgustadas. La clase de desfiguración que les daba a los abusadores un bufet de atropellos y apodos para arrojarle al rostro. Una desfiguración que provocaría cicatrices mucho más hondas de lo que cualquiera pudiese llegar a ver —cicatrices psicológicas capaces de destruir la autoestima y de arrojar a cualquiera a la depresión más profunda—. La clase de desfiguración que podía hacer que la vida de cualquiera pareciera

insoportable, y mucho más la de un adolescente.

Si Hunter había mostrado algún tipo de sorpresa, el chico no parecía haberla notado.

—Hola —dijo Hunter. Su voz era tranquila y cálida, pero lo suficientemente alta.

No hubo respuesta.

Hunter le dio un momento:

—¿Te molesta si me acerco un poco? Es más fácil hablar si estoy más cerca.

—Preferiría que no. —El lado izquierdo de la boca del chico apenas si se movió. Hunter supuso que el corte que había producido la cicatriz grande que veía que le cruzaba los labios al chico habría cortado músculos y nervios, paralizándole parte de la boca, quizás incluso parte del rostro. La voz del chico por el contrario era fuerte, determinada.

—Está bien —dijo Hunter, alzando ambas manos con un gesto de «no hay problema»—. Me quedaré aquí. —Una pausa muy breve —. Me llamo Robert.

Nada.

—¿Podría preguntarte cómo te llamas?

Pasaron unos segundos en silencio antes de que el chico respondiera:

—Brandon. —Dudó un instante rápido—. O me puedes llamar *engendro, caracortada, 800-cicatrices*, o puedes inventar tú mismo un apodo. Todos lo hacen.

Hunter sintió una desconcertante tristeza en el corazón. Ladeó apenas la cabeza e intentó sonar animado:

—Bueno, a mí mucha gente me dice idiota, imbécil, o mi preferida: tonto del culo. Puedes usar cualquiera de esas si quieres.

Brandon no respondió. No sonrió. Simplemente miró otra vez hacia la distante oscuridad.

Hunter se acercó un paso:

—Brandon —dijo—. Mira, estaba yendo a comprar *pizza*. ¿Qué te parece si me acompañas? Yo invito. Podemos hablar si quieres, y me puedes contar los pensamientos que estás teniendo en este momento. Soy *muy bueno* escuchando. De hecho, si hubiese un campeonato mundial de personas que escuchan, lo ganaría sin ningún problema.

Brandon le miró, y por primera vez Hunter le pudo ver claramente los ojos.

Hunter sabía que alrededor del setenta y cinco por ciento de todos los intentos de suicidio en los Estados Unidos se podían prevenir con el acto más simple: escuchar y ser un amigo. Existía el argumento también que decía que la mayoría de los intentos son, de hecho, un llamada de auxilio. En realidad, esas personas no querían cometer suicidio más que cualquier otra, pero en ese momento particular de sus vidas están experimentando una gran cantidad de dolor emocional y psicológico. Podrían llegar a estar sintiéndose rechazados, no comprendidos, ignorados, deprimidos, solos, abusados, olvidados, aterrados o podrían llegar a estar sintiendo cualquier combinación de sentimientos muy fuertes, ninguno de ellos bueno. El vacío que sentían por dentro crecía al punto tal de alcanzar un estado en el que creían no tener otra alternativa, otra salida. Lamentablemente eso por lo general sucedía porque los dejaban a solas con sus pensamientos oscuros durante mucho tiempo. No tenían nadie con quien hablar, y cuando sí tenían a alguien, nadie estaba preparado para escuchar. Eso los hacía sentirse poco importantes, abandonados, poco valorados e insignificantes a los ojos de todos. La mayor parte del tiempo buscaban genuinamente alguien que los ayudara, pero ellos sencillamente no sabían de verdad cómo pedirlo. Sin embargo, si se les ofrecía ayuda, la cogían con ambas manos. Solamente necesitaban alguien que estuviera allí, alguien que les pudiera demostrar que importaban.

Cuando Hunter miró a los ojos a Brandon, sintió que se le paraba el corazón. Hunter no vio nada de todo eso en la mirada del chico. Lo que vio fue una tristeza extrema, y una determinación total y absoluta. Brandon ya no estaba buscando ayuda. Estaba mucho más allá de eso. Ya había tomado la decisión, y nada ni nadie le haría cambiar de opinión. Tenía tan solo una cosa ardiendo en su mirada, y Hunter en ese momento sintió que ni siquiera Dios sería capaz de disuadirle.

No más intentos de endulzar la situación.

—Brandon, escúchame. —Hunter dio otro paso incierto hacia él —. No quieres hacer esto. Te prometo que hay una solución mejor para lo que fuera que te haya hecho creer que esta es la única

salida. Créeme, he estado allí. He estado tan cerca como tú estás ahora… más de una vez. Dame la posibilidad de hablar contigo. Dame la posibilidad de demostrarte que puedes elegir otras cosas mejores en vez de esto.

—¿Elegir?

Si los ojos de Brandon hubiesen sido rayos láser, Hunter habría muerto.

Hunter asintió, y entonces dijo las palabras que lamentaría para toda la vida.

—Siempre tenemos la posibilidad de elegir, y en este momento tú no quieres elegir de manera equivocada. Confía en lo que te digo.

Brandon miró otra vez la oscuridad distante. Solo que ahora no era oscuridad. Habían aparecido dos focos delanteros, acercándose deprisa. El comportamiento de Brandon cambió ligeramente —como aliviado de algo que le había estado preocupando.

Hunter dirigió su mirada a los focos delanteros por una fracción de segundo, y luego comprendió qué era lo que había estado esperando Brandon. El tren debería haber estado pasando por debajo del viaducto alrededor de la 01:21 a.m. Pero un breve retraso ocasionado por un maquinista que había llegado tarde implicó que pasaría entonces bajo el puente a la 01:23 a.m.: 0723.

Hunter se puso tenso.

Brandon rio por lo bajo:

—La gente siempre les quiere hacer creer a los demás la idiotez esa de que todos siempre tienen la posibilidad de elegir. —Habló con una vocecita de burla, como infantil—. *Nosotros controlamos nuestras vidas, porque pase lo que pase, siempre tenemos la posibilidad de elegir*.

—Bueno —dijo Hunter—. En este mismo momento tú tienes esa posibilidad. —Miró otra vez los faros. Ya estaban casi en el puente —. Por favor, Brandon, no elijas de manera equivocada. Baja de allí y conversemos. Te prometo que hay una solución mejor.

—¿De veras? —Ahora Brandon sonaba enojado—. Siempre tenemos la posibilidad de elegir, ¿no? ¿Qué hay con las elecciones que toma otra gente y que terminan cambiando completamente la vida de uno, no la de ellos? ¿Dónde está allí nuestra elección, pues? —Brandon hizo una pausa y tragó con fuerza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Él eligió pasar esa luz roja, no yo. Él eligió

estar ebrio y drogado esa noche, no yo. Él eligió que le importara una mierda lo que pudiera llegar a suceder, no yo. Él eligió conducir a toda velocidad como un maniático, no yo. —Brandon se enjugó las lágrimas del rostro—. Lo que él eligió a mí me cambió completamente la vida. Me cambió completamente el futuro. Me cambió a mí. Cosas que yo sabía que podía lograr, ahora físicamente ya no puedo. Por las cosas que él eligió, tengo que enfrentar al mundo con este aspecto… por el resto de mi vida.

—Puntuó las últimas cuatro palabras con un gesto de puñaladas a su rostro.

El tren ya estaba en el puente.

—Lo que él eligió… —dijo Brandon, esta vez sin ningún tipo de emoción en la voz— me llevó a mí a elegir esto.

Se había agotado el tiempo.

Hunter vio que los pies de Brandon se apartaban de la cornisa de hormigón y daban un paso hacia la nada.

—NO —gritó Hunter, dando un paso hacia delante y abalanzándose hacia el chico, estirando el cuerpo, llegando con todo lo que tenía. Sus dedos rozaron el hombro izquierdo de Brandon mientras la gravedad hacía su trabajo, arrastrando el cuerpo del chico cada vez más rápido hacia las vías del tren a muchos metros por debajo de ellos. Hunter cerró los dedos deprisa y con toda la fuerza que pudo, pero lo único que consiguió hacer fue pellizcar una mínima porción de la tela de la camisa de Brandon.

Hunter casi lo logra, pero no llegó allí lo suficientemente rápido.

El cuerpo de Brandon se zafó del agarre de Hunter y cayó como una piedra.

El siguiente sonido que Hunter oyó fue el del cuerpo de Brandon desintegrándose al impactar contra el tren.

El número del tren que se veía al frente de la locomotora era el 678.

Noventa y ocho

La sala de reuniones había estado completamente en silencio durante el reporte de Hunter, y el silencio anonadado persistió durante unos segundos después. Ahora todo empezaba a encajar: SSV, 0123, 678.

—Me acuerdo de que me lo contaste —dijo finalmente García, todavía con el rostro lleno de sorpresa.

La capitana Blake asintió. Ella también se acordaba.

—Por lo que la llamada a ti al principio de todo esto —dijo ella — no fue una casualidad o por tu reputación, como pensamos en algún momento.

—No —convino Hunter—. Fue porque fui yo quien estuvo en el puente. Porque no fui lo suficientemente rápido. Y porque fui el que fracasó en el intento de disuadir a Brandon para que no saltara.

—¿Pero cómo encajan en todo esto las tres víctimas?, — preguntó García.

Hunter asintió, presionando otra vez el botón del mando. La imagen que estaba en la pantalla quedó reemplazada por tres fotografías de baja calidad. No había ninguna duda de que las imágenes mostraban el viaducto de la calle 6 en la fatídica noche. Estaban ligeramente fuera de foco y un poco granuladas, pero en las tres, aunque el rostro estaba oscurecido por las sombras, todos claramente vieron a Brandon Fisher de pie en la cornisa de hormigón en el extremo oeste del puente. En la segunda y en la tercera fotografía, se le podía identificar a Hunter fácilmente. Él también estaba en el puente, de pie a una corta distancia de Brandon, bañado por la luz amarillenta que caía desde el poste de luz. Su actitud mostraba señales de tensión.

—Estas fotos las tomó el peatón que llamó al 911 esa noche, utilizando la cámara de un teléfono móvil —aclaró Hunter—. Como todos sabemos, los periodistas de policiales monitorean las llamadas

de radio generales del operador central en busca de alguna primicia. La sección de policiales del *LA Times* esa noche estaba monitoreando. No estoy seguro de si al peatón le persuadieron, o si las vendió por decisión propia, pero las fotos que tomó en el puente acabaron en manos del periodista del *LA Times* que se acercó a la escena.

Hunter hizo una pausa y presionó otra vez el botón del mando. En la pantalla apareció un nuevo retrato fotográfico. Ahora ese retrato para Hunter, para García, para la capitana Blake y para Michelle Kelly era bien conocido.

—El peatón que hizo la llamada y tomó las fotos —dijo Hunter, mirando el retrato se llama Kevin Lee Parker. La primera víctima.

García llenó de aire las mejillas y lo sopló lentamente:

—Déjame adivinar. Christina Stevenson, la segunda víctima del asesino, era la periodista del *LA Times* que cubrió la nota.

—Ella misma —confirmó Hunter—. En aquel entonces trabajaba para la sección de policiales. No solo utilizó las tres fotografías que tomó Kevin Lee Parker esa noche sino que además le agregó esta imagen a su artículo, obviamente buscando el factor de impacto.

Otro clic.

La misma fotografía del rostro con cicatrices de Brandon Fisher que Hunter había mostrado hacía unos minutos, tomada alrededor de doce meses luego del accidente, apareció otra vez en la pantalla.

—¡Mierda!, —dijo Michelle—. Expuso ante *todo el mundo* el rostro del chico, y con el rostro todo su drama interno.

Hunter asintió:

—El artículo de Christina se aseguró de que las heridas de Brandon fueran de dominio público. Ahora cualquiera podía poner cara de lástima, de sorpresa o de disgusto. Cualquiera podía hacer comentarios, bromas o decir lo que quisiera acerca del chico «desfigurado» que saltó del puente. —Hunter se tomó un momento y bebió un trago de agua—. Quizá porque Christina tuvo la necesidad de concluir el artículo a toda prisa, dado que salió al día después del suicidio de Brandon, sería justo decir que sus esfuerzos en investigar la historia adecuadamente no fueron de lo mejor.

Una nueva imagen apareció en la pantalla: el artículo de Christina Stevenson.

—Recibí esto anoche de parte de su editora del *LA Times* —dijo

Hunter.

—No es posible —exclamó la capitana Blake, antes de leer en voz alta el título del artículo—. *Con el diablo adentro*.

—Lo que el asesino nos dejó escrito en la puerta de vidrio dentro del dormitorio de Christina Stevenson —les recordó Hunter a todos — fue el título del artículo que ella misma había escrito. En la nota se sugiere que un abusado, rechazado, apartado y atormentado Brandon Fisher había sido incapaz de sobrellevar al *diablo que tenía adentro*. El diablo de sus heridas. Un diablo que despacio pero seguro se había abierto camino por medio de la salud mental de Brandon, llevándole finalmente al suicidio. —Hunter hizo una pequeña pausa—. Christina también utilizó palabras como… —las señaló a medida que hablaba— «*otro* suicidio adolescente», lo cual implica trivialidad, algo no importante, algo que sucede con demasiada frecuencia como para que a alguien le importe realmente. Y «*perturbando* la noche tranquila», lo cual sugiere que la muerte de Brandon no era más que una pesada carga de la cual a la ciudad de Los Ángeles le vendría bien deshacerse, como carteristas y ladrones.

»Lamentablemente —agregó Hunter—, la pobre elección de palabras de Christina trivializó lo que sucedió esa noche. Solo una triste historia más a ser olvidada segundos después de leerla.

Nadie hizo ningún comentario, por lo que Hunter prosiguió.

—Y luego tenemos esto.

Otro clic y una vez más cambiaron las imágenes en la pantalla, pero esta vez no eran estáticas. No eran fotos. Era un vídeo.

La expresión de sorpresa se produjo de manera pareja en el rostro de todos los presentes.

El vídeo mostraba los últimos quince segundos de la vida de Brandon. Estaba de pie en la cornisa de cara al sur. Hunter estaba a poca distancia de él, de espaldas a la cámara. Brandon le estaba diciendo algo a Hunter que el micrófono de la cámara no lograba captar. Lo único que escuchaban era el ruido fuerte de un tren que se aproximaba. Luego todo sucedía muy deprisa. Brandon se daba la vuelta rápidamente, pero no saltaba. Simplemente daba un paso hacia delante, como entrando a una habitación, o como saliendo de una casa. La gravedad hacía el resto. En ese preciso instante, Hunter reaccionaba, avanzando y lanzándose hacia Brandon, estirando el

cuerpo como Superman en pleno vuelo. Después la cámara paneaba rápido hacia abajo, tan rápido como para captar el momento del impacto cuando el tren pasaba por debajo del puente y golpeaba el pequeño cuerpo del chico con toda su fuerza.

La sala se llenó de malas palabras y murmullos ansiosos. Hunter vio que todos en la sala se sintieron afectados por el vídeo, incluso el capitán de SWAT.

Hunter le dio pausa a la grabación.

—Esto fue filmado por el conductor del siguiente vehículo que se acercó por el puente, varios segundos después de que yo bloqueara el tránsito. Resultó ser que llevaba consigo una videograbadora. Su nombre es…

Clic.

En la pantalla apareció otro retrato fotográfico. El mismo que Hunter y García tenían en el tablero de las fotos en su oficina.

—Ethan Walsh —dijo Hunter—. La tercera víctima del asesino.

Unos cuantos segundos de silencio anonadado.

—Eso explica por qué el asesino nos dejó una videograbadora en el cubo de basura del parque justo después de la muerte de Ethan Walsh —dijo García—. Porque utilizó una para capturar el suicidio de Brandon aquella noche.

—Exactamente —convino Hunter—. El señor Walsh en ese momento ya estaba atravesando serios problemas económicos. Había invertido todo lo que tenía en su empresa, y no le quedaba nada. Supongo que Ethan Walsh vio algún tipo de oportunidad de hacer un poco de dinero, porque le vendió el registro a Christina Stevenson en el *LA Times*, y por eso tenía su número en la libreta telefónica. Pero ella no fue la única. El señor Walsh también le vendió la grabación a un programa de televisión por cable que se llama *Un misterio en 60 minutos*. Probablemente intentó con otros, pero ningún canal grande lo compraría por la simple razón de que no mostrarían el suicidio de un adolescente en la televisión nacional. Al canal de televisión por cable, por el otro lado, no podía importarle menos y utilizó la grabación unos días más tarde como parte de un programa especial sobre *suicidio adolescente*. Ese canal de televisión por cable en particular está solo disponible en *California*. Por lo que nadie fuera de este estado pudo verlo.

Hunter regresó al atril.

—El problema es que la tragedia de un suicidio nunca termina allí —explicó—. La familia y los seres queridos deben lidiar no solo con la pérdida de una persona a la que amaron, sino además con la inevitable depresión y con la culpa psicológica que acarrea. ¿Cómo no lo vieron venir? ¿Podrían haber hecho más? Pero lo que realmente los come por dentro es saber que lo único que les habría costado salvarlos era prestarles la oreja, quizás unas palabras tranquilizadoras y el consuelo de que no estaban solos, que importaban, que eran amados.

Nadie dijo ni una sola palabra.

—Pero con la tecnología de hoy en día y con internet, esa culpa y ese dolor internos pueden aumentar exponencialmente —agregó Hunter—. Por algún motivo que yo no puedo explicar, Ethan Walsh no quedó satisfecho con venderles el vídeo solo a Christina Stevenson en el *LA Times* y al canal de televisión por cable. Con el alias de internet DarkXX1000, subió la grabación a una página especializada de vídeos impactantes que se llama *estemundoloco.com*. Desde allí pasó a ser un contenido libre para todos, y el peor dolor que puede atravesar una familia se convirtió en dominio público, en una broma, simplemente un fragmento de vídeo para que millones de personas lo pudieran mirar y reírse, chismorrear, comentar y criticar. Y la gente lo hizo.

Hunter rápidamente clicó para hacer pasar algunas capturas de pantalla en las que se veían páginas y páginas de comentarios que se habían hecho en el sitio de internet. Algunos mostraban su apoyo, pero la mayoría eran terriblemente ofensivos.

—¿Y entonces a quién estamos buscando exactamente?, —preguntó el capitán de SWAT.

—Estaba por llegar a eso —dijo Hunter.

Clic.

Noventa y nueve

La nueva fotografía que apareció en la pantalla era la de una mujer que tenía probablemente más de cuarenta años pero que parecía al menos diez años mayor. Tenía cabello lacio y castaño rojizo y una tez muy blanca. No era una mujer para nada mal parecida, salvo por un par de ojos hundidos que le daban un aspecto ligeramente cadavérico.

—Brandon Fisher no formaba parte de una familia muy numerosa —explicó Hunter—. De hecho, era el único hijo de Graham y Margaret Fisher. Su madre… —señaló la foto en la pantalla— era una mujer frágil, que había comenzado a sufrir una esclerosis múltiple apenas pocos meses después de dar a luz a Brandon. La muerte de él la golpeó duro. El sitio web de vídeos impactantes en el que apareció la grabación del suicidio de Brandon, emparejado con los comentarios devastadores que se hicieron en línea, la golpearon más fuerte aún. Su hijo, junto con toda su lucha y con todo su dolor, ahora quedaba expuesto al mundo entero, listo para ser juzgado por cualquiera que contara con una conexión a internet. Ella no podía dormir y comenzó a rechazar la comida. Al poco tiempo, desarrolló una anorexia nerviosa y rápidamente se tornó adicta a los tranquilizantes, entre otras drogas. No salía de su casa y posteriormente le diagnosticaron una gran depresión y un grave desorden de ansiedad, todo como consecuencia del suicidio de su hijo y por lo abusivas que seguían siendo algunas personas, incluso después de la muerte.

Hunter dio la vuelta hasta quedar delante del podio antes de continuar.

—Su salud ya delicada se deterioró más rápido de lo que se predijo debido a su enfermedad de largo plazo. Alrededor de diez meses después del suicidio de Brandon, dado que comía muy poco, tuvo que comenzar a ser alimentada por vía intravenosa. Falleció

hace doce meses.

La sala permaneció en silencio.

—Y eso nos lleva al padre de Brandon, Graham Fisher —dijo Hunter, prosiguiendo—. En el momento del suicidio de su hijo, el señor Fisher era profesor en UCLA. Enseñaba programación avanzada como parte de la carrera de ciencias de la computación de la universidad. Tiene un doctorado en Ingeniería y Ciencias de la Computación por la Universidad de Harvard. Una de sus muchas áreas de excelencia es la seguridad de internet. En el pasado incluso trabajó como consultor para el gobierno de los Estados Unidos.

»Para nada sorprendentemente, el señor Fisher también se vio muy afectado por el suicidio de su hijo, y con la salud mental y física de su esposa desvaneciéndose tan deprisa no tuvo más alternativa que renunciar a su trabajo. A partir de entonces dedicó todo su tiempo y todos sus esfuerzos en cuidarla a ella. Era la única familia que le quedaba. Su muerte, junto al suicidio de Brandon, fue mucho más de lo que su mente pudo soportar. Lo que yo supongo es que luego de la muerte de Margaret Fisher, Graham se encontró solo, dolido y muy muy enojado. Alguien en ese estado mental provisto con su clase de inteligencia y el tiempo suficiente en sus manos consideraría cualquier cosa.

Más murmullos en la sala.

—Preparó metódicamente una lista de todas las personas a las que consideraba *culpables* —continuó Hunter— no de la muerte de su hijo sino por ponerla en ridículo. Por exponer ante todos los dolores físicos y psicológicos más íntimos de Brandon. Por transformar la pérdida personal suya y la de su esposa en una atracción secundaria… en un entretenimiento público. Y sin duda por contribuir al rápido deterioro de la salud de Margaret. —Hunter hizo una pausa para tomar aire—. Luego de identificar a los implicados, que estoy seguro le llevó algún tiempo, se mantuvo ocupado diseñando y construyendo sus dispositivos de tortura y muerte, antes de salir a buscar a cada uno de los nombres que tenía en la lista de asesinatos, uno a uno. El problema que tenemos es que no hay manera de que podamos saber cuántos nombres hay en la lista. Como todos sabemos, tres ya están muertos.

—¿Tenemos una foto de él?, —preguntó el capitán de SWAT.

Hunter asintió y presionó el botón del mando.

La fotografía que aparecía ahora en la pantalla era la de un hombre atractivo de poco más de cincuenta años. Su rostro enérgico sugería tanto honradez como confianza en sí mismo. Tenía pómulos altos, una frente despejada y una barbilla fuerte con un leve hoyuelo. Llevaba el cabello castaño claro justo por encima de los hombros, agradablemente despeinado. Parecía tener una contextura física fuerte, con músculos robustos y espalda ancha.

—No puede ser. —Todos en la sala oyeron a García cuando dijo esas palabras.

—¿Hay algo que no anda bien, Carlos?

—Sí. —García asintió despacio—. Le conozco.

Cien

El hombre le estaba dando los últimos toques a su dispositivo más reciente de tortura y muerte. Había pasado mucho más tiempo preparando ese aparato que los anteriores tres, pero su trabajo había dado sus frutos. A este lo consideraba una obra de arte —ingenioso y malvado en medidas iguales—. Una vez que la parte mecánica comenzara a funcionar, nadie lo podía detener, ni siquiera él mismo. Sí, este dispositivo era algo especial. Algo que sin duda le enseñaría a «esa perra» una lección inolvidable.

«Esa perra» estaba sentada al fondo de la gran sala sin divisiones interiores en la que se encontraba, aún atada a la misma silla pesada. Había tenido que sedarla de nuevo, de todos modos. Su llanto le estaba volviendo loco. Pero a ella le estaba por llegar la hora.

El hombre tenía que admitir que había una minúscula parte dentro de él que deseaba que ella hubiese aceptado su propuesta y utilizado las tijeras de jardinería para amputarse los dedos de la mano. De veras la habría dejado ir si lo hubiese hecho. Pero lo cierto es que él sabía que había muy pocas personas en el planeta Tierra que fueran lo suficientemente fuertes en el plano emocional y en el plano mental. Muy pocas personas en el planeta que fueran capaces de esa clase de automutilación, incluso si era para salvar sus propias vidas. Y «esa perra» no era una de esas personas.

No tiene importancia, pensó. Lo que le tenía guardado a ella era infinitamente mejor que, que se cortara los dedos, e iba a proporcionar otro espectáculo fantástico de internet, de eso estaba seguro. Ese pensamiento le dibujó una sonrisita en el rostro.

Ajustó el último tornillo, conectando el dispositivo a la corriente eléctrica. Era hora de probarlo.

El hombre se levantó de la silla en la que había estado sentado durante las dos últimas horas, se quitó sus gafas de trabajo y se

restregó amablemente por un largo rato con el dedo pulgar y el índice los ojos embotados. La sensación fue reconfortante. Bebió un vaso de agua con hielo antes de meter la mano en la bolsa de compras que tenía, retirándola con una sandía grande que había comprado esa mañana.

Había sonreído cuando la mujer baja y regordeta en el supermercado le había dicho que las dos sandías que estaba mirando no estaban aún lo suficientemente maduras.

—Esas tardarán al menos tres días en estar bien para comer —había dicho la mujer del supermercado—. Tengo unas mejores aquí, mire. Lindas y jugosas, perfectamente maduras, listas para hoy mismo.

El hombre simplemente negó con la cabeza:

—Estas estarán bien. Estoy más interesado en el tamaño.

Acercándose a su dispositivo recién terminado, el hombre colocó la fruta grande en el lugar indicado antes de coger de la mesa de trabajo el control remoto. Retrocedió varios pasos, respiró hondo, programó su cronómetro y finalmente apretó el botón rojo del control.

Del dispositivo salió un chirrido mecánico amortiguado, en el momento en el que los engranajes comenzaron a girar, haciendo que se pusiera en marcha su nueva creación monstruosa.

El hombre miraba absorto, ya que cada parte funcionaba tal como la había diseñado, pero había un problema minúsculo. Todo sucedía demasiado deprisa. La sandía duró exactamente 39,8 segundos. Es cierto, el cuerpo humano era mucho más resistente que cualquier sandía, pero, quería que esto se demorara tanto como fuera posible. Quería que su público de internet lo disfrutara, que le repugnara y le aterrara, que sintiera pena o ira, que se rieran, que comentaran, bromearan y cotillearan, lo que fuera, pero sobre todo quería que «esa perra» sufriera.

Limpió el dispositivo del desastre que había provocado la sandía y pasó los siguientes cuarenta y cinco minutos ajustando y desajustando tornillos, regulando la tensión en distintas bisagras y resortes, y calibrando partes a presión hasta quedar satisfecho. Cuando creyó haber hecho ya lo suficiente, cogió la segunda sandía de su bolsa de las compras y puso a prueba una vez más el dispositivo.

Cuando, al final de la prueba, detuvo el cronómetro y chequeó el tiempo, sonrió.

—Perfecto.

Ciento uno

Durante un veloz instante se sintió como si las palabras de García fueran demasiado surrealistas como para tener sentido.

—¿Qué?, —le preguntaron Hunter y la capitana Blake exactamente al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres con que *le conoces*?, —añadió Michelle.

Los ojos de García seguían clavados en la fotografía de Graham Fisher que estaba siendo proyectada en la pantalla al frente de la sala.

—Me refiero a que… —Apenas masculló las palabras, claramente con algo dándole vueltas en la cabeza— sé que le he visto antes, pero no logro recordar dónde.

Hunter miró la pantalla:

—¿Has visto antes este rostro?

García asintió despacio:

—Estoy seguro que sí.

—¿Recientemente?

Otro asentimiento lento.

Pasó un breve y tenso momento de duda.

—¿Estaba quizás en una de las escenas del crimen?, —sugirió un agente SWAT—. Como todos sabemos, siempre hay curiosos mirando junto a las cintas de seguridad. A muchos asesinos les encanta quedarse allí, mezclarse con la gente y ver trabajar a la policía. A muchos les mola esa clase de cosas.

García cerró los ojos, instando a que las imágenes le volvieran. Lo que vio fue una montaña rusa de imágenes mentales mezcladas en desorden. El primer recuerdo que le pasó por la mente fue de su esposa, Anna, y su amiga, Patricia, en Tujunga Village, justo después de que el asesino hubiese hecho la transmisión privada de ellas dos solas. García intentó ver todos los rostros que había visto ese día —quizás en la cafetería en la que Anna los había estado

esperando, o del otro lado de la calle, o quizás incluso mirando por algún escaparate—.

Nada.

Tujunga Village no era donde había visto antes a Graham Fisher.

García después mentalmente visitó otra vez el callejón en Mission Hills donde habían encontrado el cadáver de Kevin Lee Parker, la primera víctima del asesino.

Había sido antes del amanecer, en un callejón trasero escondido. Esa mañana no había curiosos mirando. Nadie salvo el hombre indigente que había encontrado el cuerpo. García rápidamente descartó esas imágenes y prosiguió.

A continuación vino el City Hall Park y el encuentro de la videograbadora. Él y Hunter sabían que el asesino ese día andaba cerca. Habría querido ver la reacción de la policía a su bromita. García hizo todo lo que pudo por recordar a todas las personas que había visto en el parque.

Hora pico… demasiada gente.

Se presionó, concentrándose aún más. El rostro de Graham Fisher no estaba entre los que recordaba.

Luego vino la segunda escena de descarte —la calle Dewey en Santa Mónica—. El cadáver de Christina Stevenson había sido dejado junto a un contenedor de basura en el pequeño aparcamiento en la parte trasera de un edificio de oficinas de dos pisos. García recordaba claramente un grupo de personas reunido alrededor del perímetro. Luego recordó al hombre que ese día le había llamado la atención —alto, delgado y sobrio, vestido con una sudadera negra con capucha y pantalones vaqueros oscuros—. García intentó hacer memoria de su rostro, y en ese momento fue cuando todos los recuerdos, salvo uno, se desvanecieron de su mente y finalmente cayó en la cuenta.

—¡Oh Dios mío!, —susurró, abriendo otra vez los ojos—. El médico.

—¿Qué?, —preguntó Hunter—. ¿Qué médico?

—El del parque —respondió García, casi paralizado por el recuerdo—. Te conté. —Le habló a Hunter, antes de darse la vuelta y mirar a la capitana Blake y a Michelle—. Anna y yo fuimos a correr al parque cerca de nuestro apartamento hace algunas semanas, un domingo por la mañana —explicó—. Era mi día libre.

Estábamos dando la última vuelta cuando un tipo, que estaba andando en bicicleta, tuvo un ataque al corazón allí mismo. Estaba justo por detrás nuestro. A pesar de que un grupo de gente se juntó alrededor para ver qué era lo que estaba sucediendo, yo fui el único que se acercó a ayudar. Al menos al principio. Estaba a punto de comenzar con la reanimación cuando apareció este otro hombre, abriéndose paso entre la gente. También había estado corriendo en el parque esa mañana. Lo sé porque le vi. Bueno, *dijo* que era médico y se hizo totalmente cargo de la situación hasta que llegaron los paramédicos. Yo le ayudé con la reanimación cardiopulmonar. Él no estaba jugando, ni simulando. Intentó *de veras* salvarle la vida al hombre.

—¿Y ese hombre era Graham Fisher?, —preguntó la capitana.

García asintió otra vez, mirando una vez más la foto en la pantalla:

—Era él. No tengo ninguna duda.

Un nuevo silencio incómodo se apoderó de la sala.

—Mierda —dijo García—. Nos estaba observando a mí y a Anna porque ya estaba planeando ir a por ella. Ese incidente tuvo lugar tan solo un par de días antes de que hiciera esa transmisión perversa de Anna y la amiga cuando habían salido de compras. —Ahora las palabras de García estaban recubiertas de ira—. ¡Maldición! Hablé con él. Estuve junto a él. Me estrechó la mano… Le estrechó la mano a Anna…

—Wow, el hijo de perra tiene pelotas, eso se lo tengo que conceder —dijo un agente de SWAT alto y musculoso.

—¿Qué, ahora eres un maldito admirador, Luke? El tipo es un psicópata —le espetó otro agente de SWAT. Este era un poco más bajo pero igual de musculoso.

Se empezaron a oír más murmullos.

—Vale —dijo Hunter en voz alta, tranquilizando a todos—. Graham Fisher aún vive en la misma casa que compartía con su esposa e hijo en Boyle Heights. La dirección y el plano de la casa están dentro de las carpetas que tenéis sobre vuestros pupitres. Y ya tenemos una orden de arresto. ¿Así que por qué no vamos a apresar a este hijo de perra?

Ciento dos

El convoy de la policía estaba conformado por dos SUV negros de SWAT, tres coches de policía no identificadles y dos patrullas. En cada uno de los SUV de SWAT iban cuatro agentes. Hunter, García y la capitana Blake iban en el primer coche no identificadle, liderando el convoy. Michelle Kelly iba en el vehículo que estaba justo detrás del de ellos, junto a dos agentes de la Sección Especial de Investigaciones. Tres agentes más de la Sección Especial ocupaban el tercer coche no identificadle. Las dos patrullas estaban allí solo como refuerzos de precaución.

La Sección Especial de Investigaciones del Departamento de Policía de Los Ángeles era un escuadrón de vigilancia táctica de élite que existe desde hace más de cuarenta años, a pesar de los esfuerzos de varios grupos políticos y de derechos humanos por cerrarlo. Su tasa de muertes era más elevada que la de cualquier otra unidad del departamento, incluyendo a SWAT. Los equipos de la Sección Especial se utilizaban principalmente para vigilar con sigilo a depredadores alfa —individuos sospechados de crímenes violentos que no dejarían de operar hasta ser atrapados en el mismo acto delictivo—. Maestros de la vigilancia, los oficiales de la Sección esperaban a observar a un sospechoso cometiendo nuevos crímenes antes de comenzar a hacer arrestos. A menudo se utilizaba la fuerza letal, y eran todos tiradores expertos.

La dirección que tenían los llevó a una casa pequeña en las colinas en el cuadrante oeste de Boyle Heights, un vecindario de la clase trabajadora que se encontraba justo al este del centro de Los Ángeles.

Todas las casas estaban retiradas de la calle pero no tenían follaje. La calle estaba desprovista de árboles. Era un lugar inusualmente poco atractivo. En el verano el calor probablemente hacía de la calle un lugar implacablemente polvoriento, en el que

las tensiones y los disgustos se multiplicarían con la misma intensidad que las bacterias.

La casa de Graham Fisher, en el número 21, estaba como escondida justo en lo más alto de la calle entre las colinas. La casa era más o menos como todas las demás de la manzana, tamaño medio, dos plantas, tres dormitorios, con aires acondicionados en un par de ventanas. Los angostos escalones llevaban a un porche de hormigón. La casa estaba pintada de un azul desteñido, con el número 21 pintado a mano en blanco cerca de la puerta principal. Todas las ventanas estaban cerradas. Todas las cortinas también. Todo parecía tranquilo y en silencio. El jardín del frente tenía un aspecto descuidado, con suciedad acumulada a los lados de un césped cubierto de yuyos. Una cerca de acero blanca y alta hasta los muslos rodeaba la propiedad. El callejón trasero de uso común para toda la calle no era lo suficientemente ancho como para que pudiera pasar ninguno de los vehículos. El convoy aparcó al fondo de la carretera.

—Vale, escuchad —dijo el capitán de SWAT con voz de mando mientras todos se reunían junto a los dos SUV—. El equipo Alfa: Morris, Luke y yo, irrumpiremos por la puerta principal. Despejaremos la sala de estar, el comedor y el baño de la planta baja, aquí.

Mientras hablaba señalaba las ubicaciones en el plano de la casa que había desplegado sobre el capó de uno de los coches.

—El equipo Beta: Johnson, Davis y Louis, entrará por la puerta trasera que lleva directo a la cocina. Despejarán esa sala antes de moverse escaleras arriba, donde despejarán los dos baños y los tres dormitorios. El equipo Gama: Lopez y Turkowski, seguirá al equipo Alfa por la puerta del frente y luego se dirigirá al sótano. —Hizo una pausa y alzó la vista para mirar a la capitana Blake—. Los agentes de la Sección Especial y los detectives del Especial de Homicidios entrarán a la casa *solo* cuando *nosotros* hayamos aclarado por el radio que todo está despejado. ¿Comprendido? —Miró a los ojos a todos los que no formaban parte del equipo SWAT con una mirada severa y determinada, dejando bien en claro su postura.

—Comprendido —respondieron Hunter, García y los agentes de la Sección Especial de Investigaciones.

El capitán de SWAT se dio la vuelta y quedó de frente a su equipo.

—Vale, cabrones. Esta mañana está todo a nuestro favor. Este cachorrito desagradable no sabe que venimos a por él. Así que irrumpamos en la casa rápido y fuerte y démosle a este ser lamentable la sorpresa de su vida. Todos sabemos que es un psicópata, pero no es un psicópata pistolero. Así que aunque puede llegar a tener un arma de fuego en la casa, lo más probable es que no la tenga al alcance de la mano. Así y todo, atentos. Nada de errores. Nada de dudas. Este es un tío muy inteligente, lleno de malditas sorpresas, y vosotros sabéis que las únicas sorpresas que me gustan son las que nosotros les hacemos a ellos. Apenas despejéis un ambiente, lo comunicáis por radio. Si alguien ve al objetivo, lo arresta. La fuerza letal *solo*, y repito, *solo* si la situación lo demanda. Nada de disparar porque sí hoy. ¿Queda claro?

—Queda claro, capitán —respondieron al unísono lo siete agentes de SWAT.

—Vale, cabrones, armas preparadas. Quiero todo esto asegurado en sesenta segundos o menos. A sus puestos, y hagámosle caer encima el Día del Juicio a este pedazo de porquería.

Veinte segundos más tarde el capitán de SWAT recibió por el auricular el primer reporte de actualización.

—*Equipo Beta en posición. Listo para reventar puertas*.

El equipo Beta era el único que se movía por el callejón trasero. Los equipos Alfa y Gamma iban por la puerta del frente.

Para reducir las posibilidades de prevenir al sujeto, un agente de SWAT avanzó despacio calle arriba con uno de los SUV. Los agentes restantes, los que conformaban los equipos Alfa y Gamma, corrían agazapados junto al vehículo, escondidos del otro lado.

—Comprendido —respondió el capitán de SWAT por el micrófono de su casco—. Estaremos en posición en menos de diez.

—*Comprendido, capitán*.

—Vale, en marcha —les ordenó el capitán a los equipos Alfa y Gamma.

Se movieron deprisa y con sigilo. El capitán marchó al frente mientras que los demás agentes asumían posiciones estándar en formación 2×2. Pasaron la cerca de acero saltándola en vez de entrar por la puerta de bisagras oxidadas —sin hacer ruido, sin

advertencias—.

En el porche el capitán actualizó la situación de los equipos.

—Alfa y Gamma en posición.

—*Comprendido, capitán* —respondió Davis del equipo Beta.

El agente Morris, el segundo del capitán Fallon, rápidamente introdujo un tubo de fibra óptica por debajo de la puerta del frente. El tubo era un fibroscopio, conectado a un monitor de tres pulgadas.

Davis hizo lo mismo en la puerta trasera.

No había movimiento adentro en ninguna parte.

—*La cocina está despejada* —transmitió Davis—. *No hay nadie aquí.*

—Negativo en cuanto al movimiento también en la sala del frente —confirmó Morris.

—*Aquí atrás tenemos una cerradura muy robusta, capitán* —reportó Davis—. *Tendremos que reventar todo con una escopeta de ruptura.*

El capitán verificó rápidamente la cerradura y los goznes de la puerta del frente. Lo mismo hizo Morris, que le contestó al capitán Fallon con un asentimiento, confirmando la evaluación del equipo Beta.

Una escopeta de ruptura no es más que una escopeta normal cargada con cartuchos de ruptura, también conocidos como «TESAR» o desintegradores. Son cartuchos de escopeta diseñados especialmente para destruir cerrojos de seguridad, cerraduras y goznes sin exponerse a heridas o poner vidas en riesgo con rebotes o desprendimientos a velocidad letal una vez que atraviesan las puertas. Los cartuchos son frágiles, están hechos de un material denso, sinterizado, por lo general polvo de metal, dentro de una cobertura, como por ejemplo de cera. El disparo destruirá la cerradura o el gozne e inmediatamente se dispersará. Como broma, los agentes de SWAT apodaron a estos cartuchos como «llaves maestras», y cuando se los utiliza se refieren a esa circunstancia como «Llamada de Avon».

—Comprendido y de acuerdo —respondió el capitán de SWAT, señalando a Luke, uno de los agentes, que llevaba consigo una escopeta de ruptura.

Luke avanzó, preparando la escopeta. A una distancia

aproximada de quince centímetros, apuntó al gozne más alto de la puerta. Un muy sutil asentimiento con la cabeza le avisó al capitán Fallon que estaba listo.

—Vale, Beta —dijo el capitán al micrófono—. Llamada de Avon a mi cuenta de tres… tres… dos… uno…

BOOM.

Ciento tres

Los disparos estallaron en la mañana por lo demás tranquila, rebotando con un eco en las otras casas. En la puerta del frente, Luke había reventado dos goznes y la cerradura en menos de tres segundos. Apenas después de que se efectuó el tercer disparo, el capitán Fallon pateó fuerte la puerta, haciéndola volar hacia la sala de estar.

En la parte de atrás de la casa, Johnson también había reventado los goznes y la cerradura en los mismos pocos segundos. Davis fue el que derribó la puerta con una patada.

Los ocho agentes de SWAT tenían subfusiles Heckler & Koch MP5 —un arma compacta 9 mm excepcionalmente poderosa y precisa para enfrentamientos en espacios reducidos—. Los ocho habían sido expertamente entrenados para ese tipo de situaciones.

Corriendo agazapados, los tres equipos ingresaron en la casa con muchísima agilidad, con las miras láser rojas de los MP5 rebotando por las salas como luces de discoteca.

La puerta del frente llevaba directo a una sala de estar pequeña y rectangular. Con las cortinas cerradas, toda la luz provenía de la puerta que ahora estaba abierta. En el ambiente danzaban volutas humo y polvo, iluminadas por desparejos rayos de sol.

En formación triangular de asalto de tres hombres, el equipo Alfa irrumpió en la sala de estar, revisando con una velocidad y precisión increíbles cada rincón y los posibles lugares para esconderse. Había dos sillones, un sofá, un televisor sobre un mueble de madera y una mesa baja. En las paredes no había nada, más allá de una única foto de casamiento con los dos novios en pose rígida.

Al equipo Alfa le llevó cuatro segundos exactos controlar la sala.

—La sala de estar está despejada —anunció el capitán Fallon por el micrófono antes de atravesar la sala y salir por la puerta del otro

lado.

El equipo Gamma simplemente ingresó detrás de ellos.

En la parte de atrás de la casa, el equipo Beta despejó enseguida la pequeña cocina, a la que la mesa cuadrada de madera que estaba contra la pared este hacía aún más pequeña.

—*Cocina despejada* —dijo el agente Davis por el micrófono.

Él y los otros dos agentes del equipo Beta avanzaron rápido a través de la cocina y cruzaron la puerta, que los llevó a un pasillo, que comunicaba con la parte delantera de la casa y con las escaleras que les permitirían acceder a la planta alta de la propiedad. Cuando llegaron a lo alto de la escalera, el equipo Alfa entró por la puerta del otro extremo del mismo pasillo.

El equipo Alfa giró inmediatamente a la izquierda en dirección al comedor. La puerta estaba abierta. Este ambiente era más pequeño que el de la sala de estar, y en su mayor parte estaba ocupado por una mesa de vidrio y acero para cuatro comensales y dos estanterías grandes. Más paredes sin nada. La sala estaba vacía, y no había ningún lugar como para que se escondiera alguien tan alto y fornido como Graham Fisher.

—Comedor despejado —anunció el capitán.

Morris, uno de los otros dos agentes del equipo Alfa, ya había abierto de una patada la puerta del baño de la planta baja, haciéndola golpear contra la pared de azulejos blancos. Dos de los azulejos se partieron con el impacto. El baño estaba vacío.

—Baño de la planta baja despejado —anunció.

La escalera había llevado al equipo Beta a un corredor de siete metros de largo en la planta alta. Había cinco puertas —dos a la derecha, dos a la izquierda y una al fondo del corredor—. Por los planos de la casa, los tres agentes sabían que la primera puerta de la derecha le correspondía a un pequeño depósito. Esa puerta estaba cerrada. La segunda puerta de la derecha los llevaría al primero de los tres dormitorios, uno mediano, probablemente el que solía ser de Brandon Fisher. Esa puerta también estaba cerrada. La primera puerta de la izquierda era el primer baño. Esa puerta estaba abierta. La segunda puerta de la izquierda los llevaría a un dormitorio más pequeño. Puerta cerrada. La puerta del fondo los llevaría al dormitorio principal, dentro del cual encontrarían el segundo baño. La última puerta también estaba abierta.

El equipo se movió a la velocidad del rayo, despejando la primera habitación de la izquierda —el baño— y la primera habitación de la derecha —el pequeño depósito— en dos segundos. Ambas habitaciones vacías.

Mientras Davis y Lewis abrían la segunda puerta del lado izquierdo del corredor, la que llevaba al dormitorio más pequeño, Johnson se quedó en el pasillo, cubriéndolos.

La habitación había sido transformada en un simple estudio. Era un espacio árido —un escritorio de madera prensada con un ordenador y una impresora, una silla de escritorio de cuero negro, una estantería atestada de libros y un archivero de metal *beige*, nada más—. La habitación estaba vacía.

—Dormitorio uno despejado.

Los dos agentes salieron del estudio y se dirigieron a la segunda habitación de la derecha —el dormitorio número dos—. Johnson intentó abrir la puerta: estaba cerrada con llave. La cerradura no parecía demasiado resistente.

—Rómpela —dijo Johnson, retrocediendo.

Lanzando su cuerpo hacia delante, Lewis estrelló el taco de su bota contra la cerradura de la puerta, astillando el marco. La habitación estaba a oscuras y olía a viejo y a estar en desuso.

Inmediatamente Johnson buscó el interruptor de la luz. Cuando la luz se encendió él y Lewis entraron a la habitación, dejando esta vez a Davis para que los cubriera.

Habían estado en lo cierto. Esa era la habitación que había sido de Brandon Fisher, y parecía que nadie había tocado nada allí desde que se había suicidado. Las paredes estaban cubiertas con pósteres de bandas de música, coches, estrellas del deporte y chicas con bikinis diminutos. A la derecha de la puerta había una cajonera grande con un equipo de música negro arriba. Al lado, un armario de dos puertas. Junto a la ventana había un escritorio viejo y rayado con un ordenador portátil y una impresora. Una cama simple agradablemente tendida tenía la cabecera contra una de las paredes. Todo estaba cubierto con una gruesa capa de polvillo, como si nadie hubiese entrado a la habitación desde hacía años.

Los agentes revisaron todo rápidamente, incluido el armario.

No había nadie.

—Segundo dormitorio despejado —informó Johnson por la

radio.

Desde allí el equipo Beta se movió con decisión hacia el final del corredor y hacia el último dormitorio. Este era mucho más grande que los dos anteriores, con una cama de dos plazas, una otomana, un sillón de cuero en un rincón, un tocador de madera de estilo antiguo con un espejo rectangular junto a la ventana y un armario de puerta corredera que ocupaba toda la pared oeste. En el aire había olor a transpiración, como si nadie hubiese limpiado la habitación ni lavado las sábanas durante meses.

Registraron todos los rincones, debajo de la cama y dentro del armario.

No había nadie.

La puerta del baño en *suite* estaba entreabierta, y velozmente el agente Davis la abrió del todo dándole una patada.

El baño estaba vacío.

Habían despejado toda la planta alta de la casa en menos de veintidós segundos.

—Todo despejado arriba, capitán —informó Davis—. El psicópata no está aquí.

Ciento cuatro

El equipo Gamma había entrado a la casa por detrás del equipo Alfa, había atravesado la sala de estar y en el momento en que el equipo Alfa giró a la izquierda para ir al comedor, el equipo Gamma viró a la derecha. La puerta que llevaba escaleras abajo al sótano estaba cerrada con un candado de seguridad militar.

—Tenemos que abrir a la fuerza la puerta del sótano —dijo el agente Turkowski por el micrófono, alertando a los demás equipos de que estaba a punto de producirse un fuerte estallido.

—Yo me encargo —dijo el agente Lopez, la segunda mitad del equipo Gamma, preparando la escopeta de ruptura que llevaba sujeta a la espalda con una correa.

Turkowski retrocedió un paso:

—Hazlo.

BOOM.

El fuerte estallido hizo temblar la casa.

El candado se desintegró.

Turkowski le dio una patada a la puerta y la abrió, e inmediatamente les dio en el rostro un soplo de aire estancado y rancio. Era un aire fétido y nauseabundo, viejo y sucio, carbonizado por el calor diario de California. A pesar del olor desagradable, ninguno de los dos agentes ni siquiera pestañeó.

Unos escalones anchos de madera conducían al sótano, que estaba completamente a oscuras.

—Luces, luces —dijo Turkowski en voz alta sin bajar su MP5, con su mira láser en busca de algún objetivo al pie de la escalera, pero sin encontrar nada.

—Aquí está —respondió Lopez, tirando del delgado cable para encender la luz que colgaba del techo.

La luz era terriblemente tenue.

A ambos lados de la escalera las paredes eran de ladrillo sin

revocar, lo cual creaba un corredor descendente opresivo y claustrofóbico.

—Tengo un muy mal presentimiento con esto —dijo Turkowski, mientras él y Lopez bajaban rápido en formación las escaleras.

Los escalones eran resistentes, pero prácticamente todos rechinaron bajo el peso de ellos. Bajaron el último escalón y llegaron a la sala del sótano, amplia, poco iluminada, respirando con dificultad, con las miras láser entrecruzándose por todas partes, en busca de la más mínima señal de amenaza, antes de localizar algo en el extremo oeste de la sala.

—¡Joder!, —exclamó Lopez antes de informarlo por el radio—. Sótano despejado. El psicópata tampoco está aquí abajo. —Hizo una pausa para respirar una bocanada de aire pútrido—. Pero creo que va a querer ver esto, capitán. Y también los detectives de homicidios.

Ciento cinco

Graham Fisher esperó pacientemente que el semáforo que estaba en rojo se pusiera en verde antes de girar hacia la derecha en dirección a la calle 4 Este en Boyle Heights. El tráfico estaba tan lento como de costumbre a esa hora de la mañana, discurriendo muy de a poco como agua por un embudo. Unos pocos segundos después cogió a la izquierda en la calle St. Louis Sur, y al hacerlo se tensionó. Unos setenta metros más adelante, justo al final de la calle entre colinas en la que él vivía, vio un grupo de siete vehículos aparcados apresuradamente; dos eran coches patrulla del Departamento de Policía de Los Ángeles. Reunidos en un grupo apretado junto al primero de los vehículos había unos cuantos agentes de las fuerzas de seguridad.

Graham inmediatamente redujo la velocidad, pero no como si estuviera nervioso, y puso el intermitente para girar a la izquierda en la siguiente calle. Aparcó con calma junto a la primera casa de la derecha antes de coger de la guantera sus gafas de sol. Bajándose más sobre la frente su gorra de béisbol, salió del coche y caminó sin prisa hasta lo más alto de la calle, donde había una furgoneta blanca aparcada. Utilizando la furgoneta como escondite, espió el grupo de vehículos y al conjunto apretado de agentes al final de la calle.

A la primera persona que reconoció fue al detective Robert Hunter. La segunda fue el detective Carlos García. Graham vio que con ellos había un equipo de SWAT de ocho integrantes, dos mujeres, otros cuatro hombres de aspecto amenazador y cuatro policías uniformados. Veinte personas en total. Todos parecían estar muy bien provistos de armas. Claramente se estaban preparando para un asalto por sorpresa, y Graham no tuvo duda de la casa en la que irrumpirían en los próximos pocos segundos.

Graham sabía que ese día iba a llegar. De hecho, lo estaba

esperando. Solo que no lo estaba esperando tan pronto, al menos no antes de que él hubiera acabado con su tarea.

Con la mirada todavía fija en el grupo, Graham comenzó a repasar una vez más su plan. Seguía siendo perfecto, decidió. La única diferencia era que ahora debería acelerar las cosas, adelantar un poco todo, e improvisar, al menos en algunos asuntos mínimos. Pero eso no sería ningún problema. Sabía exactamente qué era lo que tenía que hacer.

Mientras regresaba a su coche, Graham comenzó a reírse con una risa ligeramente maníaca, un sonido muy agudo que expresaba al mismo tiempo nervios y alegría.

—Veamos cuán preparado está usted para lo que le espera, detective Hunter —dijo para sí mismo, temblando de la emoción, antes de meterse otra vez en el coche y alejarse de allí.

Ciento seis

Hunter, García, la capitana Blake y Michelle Kelly fruncieron todos la nariz ante el olor nauseabundo que les dio de lleno cuando comenzaron a descender los escalones de madera que llevaban al sótano de Graham Fisher. Ninguno de ellos podía explicar la extraña sensación que tuvieron al entrar a la casa. Como si todos hubiesen estado entrando a una casa del terror, donde el dolor, el miedo y el sufrimiento formaran parte de la misma tanto como sus muros.

Cuando pisaron el suelo del sótano, todos se detuvieron en seco. Era una sala grande y húmeda, con paredes de ladrillo sin revocar todo alrededor. Había una sola bombilla de luz amarillenta brillando encerrada dentro de una pantalla de alambre en el centro del techo. La débil luz no llegaba a iluminar por completo toda la sala, mientras que al mismo tiempo proyectaba sombras por todas partes. El suelo era de hormigón, y estaba lleno de manchas, algunas nuevas, otras viejas y algunas más grandes que otras.

Contra la pared este había una mesa de trabajo, grande y de madera. Sobre la mesa, componentes electrónicos, como placas de circuitos, decodificadores, condensadores, potenciómetros, microprocesadores y osciloscopios. Unos cuantos planos habían sido hechos a un lado hacia uno de los extremos de la mesa de trabajo. En el rincón noreste de la sala encontraron un armario de fabricación casera para las herramientas, con una colección de herramientas impresionante, que incluía varios taladros y sierras especiales para cortar y perforar vidrio. Pero no estaban ocupados ni todos los espacios ni todos los ganchos. Parecían faltar algunas de las herramientas.

El rincón sudeste de la sala estaba ocupado por una mesa de trabajo más pequeña con un tornillo de banco en uno de los extremos y una sierra multipropósito en el otro. Junto a la mesa

había una nevera horizontal grande y de un color verde desteñido. Pero lo que hizo que a todos se les erizaran los vellos de la nuca era lo que estaba en el extremo opuesto de la sala, contra la pared oeste, algo que los cuatro habían mirado con atención y que habían intentado analizar durante horas seguidas en las pantallas de sus ordenadores.

Montado cerca del rincón izquierdo estaba el receptáculo de vidrio que el asesino había utilizado para sumergir a Kevin Lee Parker en su letal baño alcalino. La silla de metal a la que había estado amarrado seguía allí, justo en el centro del receptáculo, atornillada al suelo de hormigón. A cada lado de la jaula de vidrio había un gran tubo de gas. Estaban conectados mediante dos caños gruesos e ignífugos a las dos tuberías de metal con agujeros que estaban del lado de adentro del receptáculo.

—*Fuego o agua* —había dicho el asesino—. *Quemado vivo o ahogado*.

Las imágenes regresaron a Hunter en un huracán de recuerdos.

Las tuberías de metal podían llenar el receptáculo con agua o con fuego. Estaban conectadas al sistema de agua de la casa.

Hunter sabía que ese día le había engañado para que eligiera agua; sin embargo, Graham Fisher había estado preparado para quemar viva a su víctima en caso de que hubiera juzgado mal a Hunter.

Junto a los dos tubos de gas había dos barriles de quince litros de NaOH —hidróxido de sodio— de calidad industrial. También estaban conectados a las tuberías de metal mediante tubos gruesos resistentes a productos químicos.

En el otro rincón de la pared oeste, montado sobre una mesa de aspecto quirúrgico, estaba el ataúd de vidrio que el asesino había usado con Christina Stevenson. Cuando los ojos de García se posaron allí, se estremeció y retrocedió dos pasos, sintiendo que un pánico imprevisto ganaba impulso al fondo de su estómago. Dentro del ataúd de vidrio había cientos de avispas cazatarántulas muertas.

Hunter sintió la vacilación de su compañero y le hizo un sutil gesto de afirmación con la cabeza antes de susurrar:

—Están todas muertas.

Así y todo, ver eso alcanzó para que la memoria de García le transportara al día en que le habían picado cuatro avispas

cazatarántulas. El día en que casi muere.

Respiró hondo y parejo un par de veces, se resistió al temblor que amenazaba con bajarle por la espina dorsal y sintió cómo sus latidos lentamente regresaban al ritmo normal. Pero no era el único que se estaba sintiendo mal en ese sótano.

Dos personas habían sido sádicamente torturadas y asesinadas en esa sala oscura y húmeda. Los instrumentos utilizados para hacerlos sufrir seguían allí, manchados con su sangre, llenos de su dolor. Todos sentían como si los gritos y las súplicas aterrados siguieran rebotando en las paredes de ladrillos. Graham Fisher había creado una verdadera cámara de tortura en su sótano.

A poca distancia del ataúd de vidrio había una silla de ruedas vieja y dos portasueros. Colgando aún de uno de los ganchos, una bolsa vieja y vacía de metil B12. Sin duda uno de los distintos cócteles de nutrientes que Graham tenía que administrarle de manera intravenosa a su mujer en sus últimos meses con vida.

—El potro no está aquí —dijo la capitana Blake—. Esa cosa grotesca que utilizó para desmembrar a la tercera víctima. No está aquí.

—Utilizó una ubicación distinta —dijo Hunter—. Este lugar no tiene la estructura física para eso. —Instintivamente recorrió la sala con la mirada.

—Es lo suficientemente grande —dijo el capitán de SWAT.

—Sí —convino Hunter—. Pero el asesino tenía un bloque de hormigón grande y pesado colgando por encima de la víctima, suspendido con gruesas cadenas de metal. Dijo incluso que lo podía controlar. Dijo que podía bajar lentamente la roca sobre el cuerpo de la víctima, regulando la cantidad de presión que podía administrar, como un tornillo de banco. Probablemente habría precisado una maquinaria muy grande y fuerte como para hacer eso.

—Alguna clase de grúa controlada de manera electrónica o algo así —confirmó García—. No tenía manera de meter una cosa como esa aquí abajo.

—¿Dónde, pues?, —preguntó la capitana Blake.

—No estoy seguro —dijo Hunter—. Necesitamos verificar los registros de tierras y de propiedades para ver si Graham Fisher es dueño de algunas otras propiedades o terrenos. El problema es que

incluso en el caso de que no sea así, podría estar alquilando un garaje grande o un depósito pequeño o cualquier otra clase de edificio los suficientemente grande como para llevar a cabo lo que tenía en mente. En ese caso, estoy seguro de que habría pagado en efectivo por un alquiler de corto plazo. Encontrarle de ese modo puede llevar mucho tiempo.

La capitana Blake no parecía impresionada.

—Pero ahora es solo una cuestión de tiempo, capitana —agregó Hunter—. La casa está habitada. Hay platos lavados recientemente en el secaplatos de la cocina, y la esponja sigue estando un poco húmeda. No estaba esperando que viniéramos hoy aquí, por lo que es probable que no haya tomado todas las precauciones necesarias. Ahora tenemos toda una casa para revisar, incluyendo una oficina con un ordenador en la planta alta. Tiene que haber algo que nos dé una pista de dónde podría llegar a estar. Mientras tanto tenemos que emitir un pedido de captura en toda la ciudad, de Graham y de su coche, una Chevrolet Silverado negra. Tenemos que enviarle su foto a la prensa y a los medios de comunicación sin demora. Necesitamos que su rostro aparezca en *todas partes*. Hay que acorralarle. También necesitamos un equipo de agentes para que llamen a las puertas de toda esta calle y ver si alguien sabe algo.

La capitana Blake alzó las dos manos haciendo un gesto de rendición:

—Tienes luz verde para todo lo que necesites. —Su mirada pasó del ataúd de vidrio a la jaula de vidrio y después regresó a Hunter —. Solo atrapa a este psicópata.

Regresó hacia la escalera. El sótano estaba comenzando a ponerla nerviosa. Necesitaba irse de allí.

Michelle también se había movido, pero no hacia la escalera. Estaba ahora junto a la mesa de trabajo contra la pared este, mirando todos los componentes electrónicos y planos que encontraba. Los planos eran diagramas detallados de cómo se habían construido los dos dispositivos de tortura que estaban allí en el sótano, y de cómo funcionarían. Los planos del potro utilizado para torturar y asesinar a la tercera víctima no estaban allí, pero encontró otra cosa.

Algo que hizo que se le helara la sangre.

Ciento siete

—¡Mierda!, —susurró Michelle, pero abajo en el sótano su susurro reverberó en las paredes como un aplauso. Todos se dieron la vuelta para mirarla.

—¿Qué encontraste?, —preguntó Hunter.

La capitana Blake se detuvo justo antes de poner el primer pie en la escalera.

—Fotos de vigilancia de las víctimas —respondió Michelle, mostrándoles a todos la primera de las fotos de una pila que había descubierto—. Kevin Lee Parker, la primera víctima —dijo.

En la foto se veía a Kevin saliendo de la tienda de videojuegos en la que trabajaba. El asesino había hecho un círculo alrededor de su rostro con marcador rojo. Michelle dejó esa foto y cogió otra antes de anunciar:

—Christina Stevenson, la segunda víctima.

En esta foto se veía a Christina saliendo por la puerta de su casa. También tenía un círculo rojo alrededor del rostro.

—Ethan Walsh, la tercera víctima —dijo Michelle, exhibiendo ante todos una nueva fotografía. Se veía a Ethan fumando un cigarrillo fuera del restaurante en el que trabajaba. Otro círculo rojo.

Michelle devolvió la fotografía a la mesa de trabajo y cogió la siguiente de la pila:

—Y esta, asumo, es la siguiente víctima en su lista.

En la foto se veía a una joven mujer atractiva, probablemente de poco menos de treinta años de edad, sentada afuera de una cafetería. Tenía un rostro pequeño con forma de diamante, enmarcado por un cabello rubio largo y lacio. Sus brillantes ojos azules tenían algo de felino, y complementaban muy agradablemente su nariz delicada, su boca pequeña y sus pómulos bien proporcionados. La foto también tenía un círculo rojo

alrededor del rostro. Esa nueva fotografía pareció electrificar el aire en la sala.

—¿Tiene algún nombre?, —preguntó Hunter, moviéndose rápidamente hacia donde estaba Michelle. García y la capitana Blake le siguieron.

Michelle miró el dorso de la foto:

—No, nada. —Se la alcanzó a Hunter.

Hunter la miró otra vez antes de echarle un vistazo a la mesa de trabajo:

—¿Hay más fotos de ella?, —le preguntó a Michelle.

—No de ella.

Algo en el tono de voz de Michelle hizo que todos hicieran una breve pausa y miraran a la agente del FBI.

—Esta es lo única otra fotografía que encontré. —Les enseñó la última foto que tenía, la que le había helado la sangre.

Todos se tensionaron. El tiempo pareció correr más lento dentro el sótano.

La foto estaba tomada en el momento en el que el sujeto estaba cruzando una calle ajetreada, pero esta vez no tuvieron que buscar un nombre. Ni siquiera tuvieron que ubicar al sujeto. Estaban mirando todos una foto de Robert Hunter, con un círculo rojo alrededor de su rostro.

Ciento ocho

García y la capitana Blake se quedaron boquiabiertos, con la mirada fija en la foto que Michelle sostenía en la mano como insectos mirando una luz azul. Todos en esa sala parecían sentir un miedo extraño e inquietante, salvo Hunter. Él sencillamente negó con la cabeza, impávido, y cogió la foto de manos de Michelle.

—Esto no es ninguna preocupación —dijo—. De hecho, no es ni siquiera una sorpresa.

—¿A qué te refieres con que *no es ninguna preocupación*?, —dijo Michelle.

—Porque sea lo que sea que Graham Fisher tuviera planeado para mí, ahora tendrá que reconsiderar, reajustar, readaptar, porque apenas su foto llegue a las noticias, sabrá que ya no es un fantasma cibernético. Ahora sabemos quién es. Sabrá que hemos estado en su casa, en su sótano, y que hemos encontrado todo esto. —Señaló la sala y las fotos—. Lo cual implica que también sabrá que ahora soy yo el perseguidor.

—Sí, pero aquí estamos hablando de un asesino muy inteligente y muy hábil —respondió Michelle—. Igual tienes que tener cuidado.

—Siempre tengo cuidado. Pero yo no soy la prioridad. —Hunter les enseñó a todos la fotografía de la joven mujer rubia—. Es ella. Ella habría sido la siguiente víctima en su lista tuviéramos o no su identidad, no yo.

—¿Cómo lo sabes?, —preguntó la capitana Blake.

—Porque él habría querido que yo fuera el último —explicó Hunter—. Es parte de su ejercicio de venganza. Quiere que vea morir a todas las víctimas en vivo, sin poder ayudarlos. Así como vi morir a su hijo, sin poder ayudarle.

—Pero eso no fue culpa tuya —dijo la capitana Blake.

—Para Graham Fisher, sí. En su mente, yo podría haber salvado a su hijo. Podría haber hecho más. Pero todo eso no importa. Lo

que importa es que averigüemos quién es esta mujer. —Hunter señaló una vez más la fotografía—. Sin duda es alguien relacionada con el suicidio del hijo de Graham, o con las secuelas del mismo, como todas las víctimas anteriores.

—¿Otra periodista?, —sugirió García—. ¿O quizá la *webmaster* del sitio web de vídeos impactantes en el que apareció el vídeo de Brandon Fisher?

—Quizás —convino Hunter con un firme asentimiento—. Pongamos gente a investigar eso.

García asintió:

—Pondré un equipo a trabajar.

Hunter se dirigió a la capitana Blake:

—Tenemos que hacerle llegar a los medios esta foto junto con la de Graham ahora mismo. Necesitamos saber quién es, dónde vive, dónde trabaja. Por lo que sabemos, ya la podría haber secuestrado.

Ciento nueve

La capitana Blake llamó a Hunter una hora y media más tarde. Ella había regresado al Edificio de la Administración con la fotografía de la mujer mientras que Hunter, García y Michelle se habían quedado en la casa. Querían revisar despacio cada centímetro del lugar. Se les habían sumado además cinco experimentados agentes de la policía y dos de la policía científica.

La capitana le dijo a Hunter que le había entregado la fotografía de la mujer a la Oficina de Relaciones con los Medios de Comunicación del Departamento de Policía de Los Ángeles, con instrucciones específicas. Habían mostrado los músculos inmediatamente, contactando a la prensa y a los medios de la ciudad. La foto de la mujer, junto a la de Graham, iban a aparecer en todos los principales canales de televisión en un boletín especial luego del noticiero del mediodía, y luego una vez más durante los noticieros de la tarde y de la noche. Las fotografías también se publicarían en la siguiente edición de todos los periódicos de la ciudad, pero eso sucedería la mañana siguiente. También habían contactado con estaciones de radio. Les estaban solicitando a los oyentes que se conectaran a una página web especial que había preparado el Departamento de Informática, con las dos fotografías. Ya había disponibles líneas de llamadas especiales. Ahora sencillamente estaban a la espera de novedades.

En la casa de Graham Fisher, Hunter y García comenzaron por el sótano, instalando allí abajo dos potentes focos de la policía científica para despejar todas las sombras. García se encargó de todo lo encontrado en la parte este de la sala, mientras que Hunter examinó meticulosamente la jaula de vidrio y el ataúd de vidrio encontrados en la pared oeste.

Ninguno de los dos dispositivos de tortura y muerte le dijo a Hunter nada que ya no hubiera sabido. La destreza en la

elaboración había sido excepcional, pero no esperaba menos de alguien como Graham Fisher. Las placas de vidrio utilizadas para crear ambos dispositivos eran una combinación de policarbonato, termoplástico y capas de vidrio laminado, lo cual las hacía a prueba de balas e irrompibles con el puño humano. Pero Graham eso se lo había dicho al teléfono. Hunter no esperaba que hubiese estado mintiendo. El olor que había dentro de los dos receptáculos de vidrio era una mezcla nauseabunda de vómito, orina, heces, miedo y un desinfectante muy fuerte. En el ataúd de vidrio, las avispas cazatarántulas muertas le sumaban a todo lo anterior una nueva y distintiva capa ácida. A pesar de que llevaba puesta una mascarilla quirúrgica, Hunter varias veces sintió ganas de vomitar, lo cual le forzó a hacer más de una pausa.

—¿Crees que ya raptó a la mujer de la foto?, —preguntó García cuando Hunter se acercaba hacia él.

Hunter respiró hondo, llevando la mirada hacia el armario grande de las herramientas:

—No lo sé —respondió finalmente. No lo quería decir, pero lo cierto era que Hunter tenía una corazonada funesta con respecto a toda la situación.

—Hay algo que quiero mostrarte —dijo García, haciendo que Hunter llevara su atención a un lugar específico de la mesa de trabajo—. Mira esto.

Hunter miró el lugar que estaba señalando García, frunció el ceño, luego se agachó para mirarlo aún de más cerca.

—¿Lo ves?

Hunter asintió. La mesa de trabajo estaba cubierta con el polvillo natural de cualquier casa, probablemente el equivalente a dos días. En ese lugar específico, el patrón que formaba el polvillo era irregular. Algo que había estado sobre esa mesa ya no estaba — un objeto rectangular de treinta y cinco centímetros por veinticinco —. Hunter se acercó aún más, examinando un segundo patrón irregular de polvillo, este delgado y largo, que se extendía hasta el borde de la mesa de trabajo. Miró la pared de ladrillo de ese lado y vio que más o menos a treinta centímetros del suelo había un enchufe.

—Un ordenador portátil —dijo finalmente Hunter.

García asintió:

—Eso es exactamente lo que yo estaba pensando. Y si estamos en lo cierto, sabes lo que eso significa, ¿no es así? Graham probablemente tenía todos su planos, dibujos, nombres, cronogramas, bocetos… lo que fuera, en el portátil que solía estar aquí, no en el ordenador de escritorio que está en la planta alta.

Michelle Kelly se había encargado de revisar el ordenador de la oficina de Graham. Para nada llamativamente, el ordenador estaba protegido con una contraseña, pero no con la aplicación de contraseñas del sistema operativo original, sencillo y de fácil acceso, sino por uno hecho a la medida, sin duda diseñado por el mismo Graham. Intentar penetrar esa protección allí, sin algunas de las herramientas y artefactos que tenía en la División de Ciberdelito del FBI, era una tarea imposible. Hunter le dio el visto bueno para que se llevara el ordenador a la sede central del FBI y procediera desde allí. Se contactaría con ellos en cuanto tuviera alguna novedad. Por el momento, nada.

Hunter asintió en señal de acuerdo ante la sugerencia de García:

—Esperemos estar equivocados. Si hay algo en el ordenador de escritorio, aunque sea un mínimo residuo de algo, estoy seguro de que Michelle lo encontrará.

Finalmente se fueron del sótano, y ambos detectives sin ningún tipo de vergüenza respiraron aliviados.

Los agentes que estaban encargados de ir puerta por puerta en la calle de Graham, y en algunas de las calles cercanas, regresaron sin novedades. No todos los vecinos estaban en sus casas, pero los pocos que estaban no pudieron arrojar ninguna luz acerca de la identidad de la mujer de la foto que encontraron en el sótano de Graham, o de adonde podría haber ido Graham. Una cosa era consistente, de todos modos. Todos habían dicho que desde la muerte de su hijo, Graham se había convertido en un hombre distinto —poco sociable, poco comunicativo, aislado—. Desde que había fallecido su mujer, se había convertido en un fantasma, prácticamente nadie le veía.

Hunter y García pasaron casi dos horas revisando cada pedazo de papel, cada libro, cada revista, cada nota que encontraron dentro de la oficina de Graham en la planta alta. Nada de eso les dio algo con lo que pudieran trabajar.

A media tarde Hunter recibió una llamada del detective Perez.

Perez le explicó que después de los noticieros del mediodía las líneas para informaciones ya habían recibido varios datos en cuanto a la identidad de la mujer. Había detectives y agentes corroborando la veracidad de esa información, y contactaría otra vez con Hunter apenas tuviesen algo más sólido.

Pasó otra hora y media sin ninguna novedad. García había regresado al Edificio de la Administración de la Policía para ayudar al detective Perez con las líneas para informaciones.

Hunter estaba solo sentado en el dormitorio del hijo de Graham cuando su móvil hizo una señal que indicaba un nuevo mensaje de texto. Miró la pantalla de identificación de llamadas: *número desconocido*.

Hunter abrió el mensaje de texto e inmediatamente se sintió lleno de una inquietante ansiedad.

Bien hecho, detective Hunter, finalmente se las arregló para juntar todas las pistas. Lamentablemente para usted, eso solo os ha llevado a mi casa… a mi casa vacía. Espero que se esté divirtiendo. ¿Ha encontrado algo interesante? Yo sí.

Mientras Hunter estaba terminando de leer el mensaje, el teléfono emitió la misma señal otra vez. Había llegado la segunda parte del mensaje.

Me tomé la libertad de rastrear la ubicación de su teléfono. Veo que aún está en mi casa, así que este es el momento en el que este juego se pone realmente divertido. Usted, y SOLAMENTE usted, tiene 7 minutos para llegar a la Iglesia St. Mary en la intersección de las calles 4 Este y Chicago. Eso es a siete manzanas de distancia. No conduzca, corra. Le estoy enviando algo para persuadirle.

Otra señal.

Otro mensaje.

Este empezaba con una imagen.

Una imagen que hizo que la habitación en la que se encontraba Hunter comenzara a dar vueltas, haciéndole sentir como si de repente se hubiera quedado sin aire en los pulmones.

Estaba mirando la fotografía de una mujer amordazada y amarrada a una silla de metal. La misma mujer que había visto en la fotografía que habían encontrado en el sótano. El mensaje decía:

7 minutos o ella muere. Si lo dice a alguien, incluido su compañero, la mataré tan lentamente que le llevará un mes morirse. El reloj está en marcha, detective Hunter: 6:59,6:58, 6:57… LOL.

Ciento diez

Hunter bajó las escaleras avanzando como un tren bala, atravesó el pasillo, la sala de estar y salió de la casa en tres segundos exactos.

Los dos agentes de policía que estaban de pie junto al porche del frente fueron tomados completamente por sorpresa. Les llevó alrededor de 1,5 segundos recuperarse de la impresión inicial y reaccionar, cogiendo instintivamente sus armas antes de girar rápidamente sobre los metatarsos y apuntar de manera ansiosa hacia la puerta abierta y a la sala de estar vacía más allá.

—¿Qu… qué sucede?, —dijo uno de los dos con voz alta y nerviosa.

—No tengo la menor idea —respondió el otro agente, resistiendo las ganas de mirar la calle a sus espaldas para ver adonde se había ido Hunter. Si estaba a punto de enfrentar alguna clase de amenaza, iba a llegar desde adentro de la casa, no de la calle.

Pasaron cinco segundos y nada.

Ambos agentes comenzaron a estirar el cuello hacia un lado, con movimientos cortos y veloces, mirando dentro de la casa como pollos drogados.

—¿Ves algo?, —preguntó el primer agente.

—Nada de nada.

Después de un par de segundos el primer agente se acercó a la puerta y miró hacia dentro. El segundo agente se colocó en la posición de cubrir al primero.

—No hay nada aquí.

—¿Qué carajos? —El segundo agente enfundó su arma y se dio la vuelta en busca de Hunter. No estaba por ningún lado—. ¿Eso qué demonios fue? Ese detective de homicidios sencillamente salió corriendo como si se hubiese estado prendiendo fuego.

El primer agente se encogió de hombros y enfundó el arma:

—¿Dónde está?

—Se fue, hombre, ¿no viste? Iba más rápido que Usain Bolt.

—Quizá finalmente perdió la cabeza. Es normal con los detectives del Especial de Homicidios. Tienes que esta loco para sumarte a ese grupo.

Hunter había utilizado un callejón trasero para cortar camino hacia la calle Chicago Sur. Al llegar a la calle principal, giró a la izquierda y corrió tan rápido como pudo. Tenía un millón de preguntas dándole vueltas en la cabeza, pero sencillamente no tenía tiempo para responderlas.

Estaba a tres manzanas de la Iglesia St. Mary cuando miró su reloj. Tenía menos de tres minutos para llegar allí.

Al llegar a la siguiente intersección —la calle 6 Este—, Hunter no le prestó atención al tráfico ni al hecho de que la luz de cruce para peatones estuviera en rojo.

Una furgoneta blanca, que se dirigía hacia el este por esa carretera, le vio demasiado tarde dado que de repente apareció de la nada, corriendo justo enfrente de la furgoneta. El conductor pisó los frenos con fuerza, reduciendo a cero la velocidad de la furgoneta casi de inmediato, pero no lo suficientemente rápido. Hunter chocó contra el frente de la furgoneta y fue derribado al suelo de costado, golpeando el brazo y todo el lado izquierdo contra el asfalto.

—¿Qué coños?, —gritó el conductor de la furgoneta, con los ojos muy abierto, saliendo de su vehículo de un salto—. ¿Te quieres matar, loco del demonio?

Hunter rodó dos veces y rápidamente se apoyó sobre manos y rodillas, intentando ponerse otra vez de pie. Sus piernas finalmente encontraron la tracción que necesitaba, y así como si nada estaba otra vez erguido.

—¿No viste la luz roja, maldito loc…? —empezó a decir el conductor, pero cuando Hunter se movió, le vio el arma calzada en la funda—. Eh, tranquilo, está todo bien, tronco —dijo el conductor en un tono mucho menos agresivo, dando un paso hacia atrás y mostrándole a Hunter la palma de sus manos—. Culpa mía. Debería haber estado prestando más atención. ¿Estás bien?

Hunter ni siquiera le miró. Se abrió paso por entre el pequeño grupo de gente intrigada que ya se había reunido en la acera y siguió andando.

Hunter se las había apañado para caer bastante bien, pero el

choque con la furgoneta le había lastimado la rodilla derecha. Podía sentir el dolor a cada nuevo paso, forzándole a reducir la velocidad y correr torpemente. Pero ya no estaba lejos. Podía ver el campanario de la Iglesia de St. Mary al final de la calle.

Sin aliento y con la rodilla empezando a gritarle, Hunter llegó a la intersección en

6 minutos 53

segundos. No había nadie allí.

—¿Qué carajos?, —soltó las palabras, cogiendo su teléfono.

No había ni mensajes nuevos ni llamadas nuevas.

De la nada, un taxi amarillo se detuvo frente a él y bajó la ventanilla.

—¿Robert Hunter?, —preguntó el conductor.

Hunter asintió con una mirada incrédula en el rostro.

—Aquí tienes tu teléfono, compañero —dijo el conductor, alcanzándole a Hunter un teléfono móvil, viejo, semejante a un ladrillo, con un auricular manos libres ya conectado.

—¿Qué?

El conductor se encogió de hombros:

—Mira, hombre, un tío me pagó doscientos dólares para traer este teléfono a este sitio exacto, a esta hora exacta, y para que se lo dé a un tío que se llama Robert Hunter. Ese eres tú, ¿no? Así que aquí tienes tu teléfono.

El teléfono que el conductor le había alcanzado a Hunter comenzó a sonar, haciendo que el conductor se sobresaltara.

—Mierda, hombre. —El conductor saltó en su asiento antes de extender otra vez el brazo—. No va a ser para mí.

Hunter rápidamente cogió el teléfono y contestó, colocándose el auricular en la oreja.

—Genial —dijo la persona que había llamado—. Lo logró. Ahora entréguele su teléfono al conductor del taxi. —La voz de la persona que había llamado sonaba un tanto distinta a la de las llamadas anteriores. Hunter supo que eso se debía a que ya no estaba utilizando ningún dispositivo electrónico para modificarla. Ya no había necesidad de eso.

—¿Qué?, —respondió Hunter.

—Ya me oyó. Coja este teléfono y entréguele el suyo al conductor del taxi. Ya no lo necesitará. Hágalo ahora o ella muere.

Hunter sabía exactamente qué era lo que estaba haciendo Graham: deshaciéndose del GPS del teléfono de la policía de Hunter, y de cualquier otro truco o señales de advertencia que Hunter pudiese llegar a tener programados con tan solo pulsar un botón.

Hizo lo que le pedían.

El conductor del taxi subió otra vez la ventanilla y rápidamente se alejó de allí.

—Bien, tiene sesenta minutos exactos para llegar a la dirección que le voy a dar. No use su coche. No use un coche de la policía. No coja un taxi. Improvise. Si no lo hace, comienza la matanza. Si usted no llega aquí en sesenta minutos, comienza la matanza. Si corta esta llamada en algún momento de los próximos sesenta minutos, comienza la matanza. ¿Queda claro?

—Sí.

La persona que había llamado le dio la dirección a Hunter.

—Ya. El reloj se pone en marcha… ahora.

Ciento once

Hunter miró a su alrededor, evaluando rápido cuál debería ser su próxima movida. Justo del otro lado de la calle había una tienda con su pequeño aparcamiento privado en la parte trasera. En ese momento exacto, un hombre con sobrepeso salía de la tienda, cargando una bolsa grande bajo el brazo y masticando alegremente un Twinkie. En el momento en el que el hombre estaba a punto de abrir su Chevrolet Malibu Hunter se le puso al lado.

—Lo lamento, señor, pero tengo que quedarme con su coche —dijo Hunter con voz apresurada, exhibiendo su placa y sus credenciales de policía.

—¿Qué?, —dijo el hombre con la boca llena de un Twinkie, mirando los documentos y la placa de Hunter, antes de mirarle directo a los ojos.

—Es una emergencia policial y necesito quedarme con su coche, señor.

El hombre tragó haciendo ruido lo que fuera que le quedase en la boca:

—¿Me estás haciendo una broma? ¿Me estás requisando el coche? Esa clase de cosas solo pasa en las películas.

—Bueno, esa clase de cosas acaba de tornarse real, señor.

—Tiene que ser una broma. —El hombre miró a su alrededor, como esperando ver un equipo de camarógrafos escondido en alguna parte—. ¿Alguien me está gastando una broma?

—No, señor.

—¿Mi perra exesposa te pagó para hacer esto?

—Me temo que no conozco a su perra exesposa, señor, y no tengo tiempo para discutir. Realmente necesito su coche.

—De ninguna manera. ¿Eres un policía de verdad? ¿La placa es real? Déjame verla otra vez.

—Es de verdad, señor. Se lo aseguro. Y esto también. —Hunter

abrió su chaqueta, para que el hombre pudiera ver el arma.

—Sí —dijo el hombre, dando un paso hacia atrás—. Eso sin duda parece de verdad.

—¿Me puede dar las llaves por favor, ahora, señor?, —dijo Hunter.

—Maldición —dijo el hombre, antes de darle las llaves a Hunter —. ¿Y ahora de qué manera se supone que yo regrese a mi casa?

Hunter ya no le estaba oyendo. De un salto se subió al coche, encendió el motor y se fue haciendo rechinar los neumáticos.

Ya fuera del aparcamiento, inmediatamente viró a la izquierda en la calle 4 Este, en dirección a la autopista Golden State.

—Gran improvisación, detective —oyó Hunter por el auricular que decía la persona que había llamado.

—Graham —dijo Hunter—. Óigame. Ya no tiene que hacer esto.

—¿Es así, detective Hunter?

—Sí —respondió Hunter con convicción—. Todos entendemos que está enojado y herido. Entendemos que todas las personas que buscó, Kevin Lee Parker, Christina Stevenson y Ethan Walsh… —Hunter utilizó sus nombres en un esfuerzo inútil por humanizar a las víctimas a ojos de Graham Fisher—. Todos contribuyeron, de una u otra manera, para que el dolor ya de por sí terrible de lidiar con la muerte de su hijo fuera aún más duro, pero la venganza no hará que el dolor se vaya.

—¿Más duro…? —Graham cortó a Hunter con desdén—. Lo bastardearon. Le dieron la oportunidad a toda clase de personas raras de convertir la lucha de mi hijo, y su muerte, en una broma. La oportunidad de reírse de él, incluso cuando ya estaba muerto. La sociedad se ha convertido en algo irreconocible, detective. Un monstruo sin respeto ni cuidado por la vida de nadie. Un monstruo que ha perdido sus valores. ¿No se lo he demostrado yo a usted, detective? ¿No fue usted testigo de gente votando por cómo matar a otro ser humano, un completo extraño del cual nada saben, como si fuera un juego? Estamos hablando de *gente de verdad* queriendo ver a *gente de verdad* muriendo en vivo en sus pantallas por puro entretenimiento. ¿Cuán jodido está eso, detective Hunter?

—Graham, entiendo.

—No, no, no —interrumpió Graham a Hunter otra vez, ahora alzando la voz enojado—. No me diga que entiende, porque no

entiende. Y no me insulte tratando de manejar esta situación con sus estupideces psicológicas. No funcionará. Se lo aseguro. Mi mente es mucho más fuerte que la suya, detective Hunter. —Hubo una breve pausa, pero antes de que Hunter pudiera decir algo Graham habló de nuevo, otra vez con un tono de voz tranquilo y sereno—. Pero mire el lado bueno de todo esto. En cuanto usted llegue aquí, todo esto concluye… Para ambos. Tiene cincuenta y tres minutos, detective. Y en los próximos cincuenta y tres minutos no quiero oír ni una palabra de su parte. Si oigo una palabra, cada palabra que oiga le hace perder un dedo a ella. Si me quedo sin dedos… bueno… Tendré que empezar a cortar alguna otra cosa. ¿Entendido?

Silencio.

—¿Entendido, detective Hunter?

—Sí.

Los siguientes cincuenta y tres minutos en silencio parecieron eternos. La mente de Hunter seguía dándoles vueltas a todas las posibilidades de lo que podría llegar a suceder en cuanto llegara a destino. Ninguna terminaba bien.

Graham había calculado el viaje, tomando en cuenta el obstáculo que el tráfico de Los Ángeles suponía a esa hora del día, con la precisión de un ingeniero aeroespacial, porque Hunter llegó al apartado destino en Sylmar, el vecindario más al norte de la ciudad de Los Ángeles, exactamente en cincuenta y dos minutos. A Hunter no le sorprendió la precisión de Graham. Por más difícil que sonara, Graham no quería que Hunter fracasara, porque nunca se completaría su plan de venganza sin el último nombre de su lista de víctimas: Robert Hunter.

Para el momento en el que Hunter llegó a Sylmar, el día estaba desapareciendo sobre las colinas de Hollywood, con el cielo adoptando un afectado tono pardusco.

La dirección que Graham le había dado llevó a Hunter a una carretera solitaria cerca de la Equestrian Arena en Sylmar, a los pies de las colinas del Bosque Nacional de Ángeles. No había demasiado allí, salvo dos pequeños depósitos y un viejo establo en desuso. Graham le había dicho a Hunter que se dirigiera a la parte trasera del edificio del establo principal, donde encontraría otra construcción, de techo alto.

—Veo que ya llegó. —Graham rompió el opresivo silencio telefónico, justo en el momento en el que Hunter aparcó el coche—. La puerta está abierta. Pase directamente, detective Hunter. Todos le hemos estado esperando. Pero lamentablemente no pudimos esperar. El espectáculo ya comenzó. El reloj ya está en marcha. Y a usted no le queda mucho tiempo.

Ciento doce

Exactamente doce minutos antes del momento en el que debía llegar Hunter, Graham había puesto en silencio el teléfono en el que estaba comunicado con Hunter y había hecho otra llamada a un número distinto, utilizando un teléfono distinto.

En el Edificio de la Administración, García estaba a punto de llamar a Hunter con algunas novedades cuando sonó el teléfono de su escritorio. La capitana Blake estaba con él en la oficina.

—Detective García, Especial de Homicidios —contestó.

—Detective —dijo la persona que había llamado—. Hoy tengo un programa muy especial para usted. El último de la serie. Algo que le podría gustar llamar: el gran final.

García hizo una pausa durante un instante, dudando. Sus ojos se encontraron con los de la capitana Blake, y algo en la mirada de él la hizo estremecerse.

—¿Graham?, —dijo García, pasando la llamada a altavoz.

—Correcto, detective. Y ahora que hemos sido correctamente presentados, ¿le molestaría conectarse a *escogeunamuerte.com*? Estoy seguro de que disfrutará este último programa.

García rápidamente tipió en el buscador la dirección de la página de internet.

La capitana Blake se le sumó deprisa por detrás.

Esta vez no estaba el color verde que indicaba el uso de una lente de visión nocturna. La imagen era brillante y clara. Se veía a la misma mujer que habían estado buscando todo el día. La que aparecía en la fotografía que habían encontrado en el sótano de Graham Fisher, la siguiente víctima. Estaba amordazada y fuertemente amarrada a una silla de metal pesado, semejante a la que habían encontrado atornillada al suelo de hormigón dentro del

receptáculo de vidrio que habían descubierto esa mañana. Pero esta vez no había ningún receptáculo de vidrio. En cambio, la silla había sido colocada dentro de una jaula grande con barras de metal, como las que se utilizaban para los animales en los zoológicos. Los ojos de la mujer estaban abiertos de miedo y estaban rojos de llorar. Le habían sacado toda la ropa. A pesar de todo eso, no parecía haber sido herida. Pero lo que aterró a García y a la capitana Blake fue el panel de alambre tejido y de forma rara que estaba colocado justo frente al rostro de la mujer. Parecía alguna clase de máscara de metal, extraña, medieval, de tortura.

—Oh Dios mío. Ya la secuestró —susurró la capitana Blake.

—¿La ve?, —preguntó Graham.

—Sí.

—Siga mirando.

Como en las transmisiones anteriores, apareció la palabra CULPABLE en letras grandes, centrada en la parte de abajo de la pantalla.

—¿Dónde está Robert?, —le dijo la capitana Blake a García solo moviendo los labios.

Él negó apenas con la cabeza, mientras que al mismo tiempo pulsaba en su teléfono móvil un botón de llamada rápida. Un segundo después hubo un bip apenas audible, seguido del mensaje de Hunter de «no disponible». García frunció el ceño. Eso significaba que el teléfono de Hunter estaba apagado. Hunter nunca apagaba el teléfono.

—Decidí cambiar las reglas una vez más —dijo Graham en calma—. Esta vez habrá solo un método de muerte, no una elección entre dos distintos. Verá, detective, quiero poner a prueba cuán bondadosa es la gente de California. Si a ellos les importa lo suficiente, ella vive. Si no, muere. Así de simple.

Más o menos en la mitad inferior del lado derecho de la pantalla, apareció la palabra SALVAR seguida del número cero y un botón verde. Justo por debajo, apareció la palabra EJECUTAR, también seguida del número cero y otro botón verde.

—Esta será una simple carrera hacia la meta, detective. Diez minutos, al final de los cuales contamos los votos. SALVAR: vive. EJECUTAR: muere. ¿Suena justo?

No hubo respuesta.

—Lo único que necesita es que a la gente de este gran estado en el que vivimos le importe lo suficiente. —Graham rio con fuerza—. ¿Qué piensa, pues, detective García? En estos días que vivimos, ¿la gente está más inclinada a concederle a un completo desconocido el beneficio de la duda?, ¿o a condenarla a morir simplemente porque ven la palabra *CULPABLE* en la pantalla? ¿Pueden ser realmente tan ingenuas las personas?

No hubo respuesta.

—Supongo que lo descubriremos en diez minutos. Pero hay algo más que quiero que haga. ¿Me está escuchando?

—Sí.

—Exactamente dos minutos antes de que se agote el tiempo, quiero que utilice otro ordenador y que se conecte a la siguiente dirección IP. —Graham le dictó la dirección a García—. Dos minutos antes de que se agote el tiempo, ni un segundo antes. Si se conecta antes de los dos minutos, yo lo sabré, y el trato se cancela. La mataré pase lo que pase, y la mataré despacio. ¿Entendido?

—Sí.

La línea quedó en silencio.

El reloj digital que estaba en el rincón inferior de la izquierda de la pantalla comenzó la cuenta regresiva: 9:59, 9:58, 9:57…

Ciento trece

Todavía con el auricular de manos libres bien colocado en la oreja, Hunter salió del coche, desenfundó el arma y se movió cuidadosamente en dirección a la puerta del edificio de techo alto en la parte trasera del establo en desuso. Era una construcción de tamaño medio, convencional, de ladrillo y hormigón, con manchas desparejas de moho tapando partes de las paredes externas. Escombros viejos y yuyos rodeaban toda la propiedad. Las únicas dos ventanas que alcanzaba a ver Hunter desde donde estaba habían sido tapiadas, pero la puerta de madera pesada a la que se acababa de acercar en la pared este parecía nueva. Lo mismo los dos candados que tenía.

Hunter se acercó y apoyó la oreja derecha en la puerta. Era demasiado gruesa y demasiado sólida como para que pudiera escuchar algo de lo que ocurría del otro lado.

—No es una trampa, detective Hunter. —Por el auricular se oyó una vez más la voz de Graham, cogiendo a Hunter por sorpresa—. No le voy a disparar cuando cruce la puerta. Es una promesa. Realmente quiero que vea lo que hay adentro. Solo empuje la puerta. Está abierta. Y permítame recordarle que el reloj está corriendo.

Hunter no tenía más opción que confiar en Graham. Respiró hondo, amartilló el arma y despacio empujó la puerta.

El espacio adentro era grande y despejado, como una casa de familia vacía y sin paredes. En el ambiente había un olor extraño, una combinación de desinfectante con algo dulce y nauseabundo, como vómito viejo seco. La luz era despareja, y llegaba desde el extremo norte de la sala. Instintivamente la mirada de Hunter se movió en esa dirección, y de inmediato en la garganta se le formó un nudo sofocante.

Contra la pared había una jaula de metal grande y sólida. Los

barrotes tenían al menos dos centímetros y medio de diámetro. Sentada en el centro, desnuda y firmemente amarrada a la silla de metal, estaba la mujer que había visto en la fotografía que habían encontrado en el sótano de Graham. Se la veía completamente aterrorizada. Cuando la borrosa mirada de ella llena de lágrimas se encontró con la de Hunter, todo su ser se llenó de esperanza, electrizándole el cuerpo entero.

Intentó gritar, pero su voz débil, que se había debilitado más aún debido a sus cuerdas vocales cansadas y estropeadas, no logró atravesar la gruesa mordaza que le tapaba la boca. Utilizó toda la fuerza que le quedaba para intentar mover el cuerpo de un lado hacia el otro e inclinarlo hacia delante, alejándose del respaldo de la silla, pero las correas que la sujetaban eran demasiado fuertes. Sus ojos, de todos modos, se comunicaban con Hunter con voz clara.

Por favor ayúdame.

Una extraña máscara como de alambre tejido había sido ajustada en un brazo mecánico y colocada a pocos centímetros de su rostro.

Justo frente a la jaula, Hunter vio una cámara de internet. A la izquierda de la jaula, vio un monitor grande de ordenador que pasaba las mismas imágenes que se estaban transmitiendo en la web. El reloj en el rincón inferior izquierdo seguía su cuenta regresiva: 6:05, 6:04, 6.03… El tablero de votación en el extremo derecho de la pantalla decía:

SALVAR: 12 574.
EJECUTAR: 12 955.

Hunter estaba a punto de dar un paso en dirección hacia la jaula y hacia la mujer cuando oyó otra vez la voz de Graham. Esta vez no necesitó el auricular. La voz le llegó desde un sector a oscuras en el extremo oeste de la sala, justo frente a él.

—No tan deprisa, detective Hunter.

Hunter inmediatamente alzó el arma en la dirección de la voz, pero las sombras tapaban expertamente ese rincón de la sala.

—Yo tendría cuidado con esa arma si fuera usted —dijo Graham.

Hunter buscaba cualquier indicio de movimiento en la

oscuridad, algo que pudiera servirle de objetivo. No encontró nada.

—Permítame que le explique lo que está sucediendo, detective Hunter. —La voz de Graham estalló otra vez en la sala. Debido al eco que hacía en las paredes, Hunter no la podía utilizar para ubicar la posición exacta de Graham. Así y todo, mantuvo el arma firmemente apuntada hacia el rincón del extremo oeste.

Con voz tranquila y sosegada, Graham le explicó exactamente lo mismo que le había explicado a García al teléfono.

—Como puede ver, detective —dijo Graham—. La hora de la verdad casi ha llegado.

Hunter le echó un vistazo otra vez al monitor del ordenador.

RELOJ: 4:18, 4:17, 4:16…
SALVAR: 14 325.
EJECUTAR: 14 693.

Hunter despacio y de manera sutil apuntó con el arma de izquierda a derecha, aún en busca de algo que le pudiera servir como objetivo.

—Disparar no le va a ser de ayuda, detective. La cerradura de esa jaula es irrompible e impenetrable. Las balas no surtirán ningún efecto. Nada surtirá efecto. De hecho, nadie la puede abrir. Ni siquiera yo. Tiene un mecanismo de apertura programada. Cuando el reloj llegue a cero, si SALVAR gana, la puerta se abrirá automáticamente, y ella quedará libre. Si EJECUTAR gana, la puerta se abrirá automáticamente luego de cinco minutos, momento para el cual mi máscara de alambre tejido hecha por mí mismo se habrá comprimido lentamente contra su rostro, rebanándole la carne y los huesos faciales como a un pedazo de animal podrido y muerto, antes de llegar a su materia gris, matándola finalmente.

La mujer en la jaula chilló de terror.

—No lo puede impedir, detective Hunter. No la puede salvar, haga lo que haga. Su destino lo decidirá la gente de California en los próximos minutos. Ahora es decisión de ellos.

Hunter miró otra vez de reojo a la mujer. Estaba temblando violentamente de miedo y estaba a punto de desmayarse.

—¿Pero no le gustaría saber quién es antes de que el reloj llegue a cero?, —preguntó Graham—. ¿Cómo encaja ella en mi plan?

—Graham, no lo haga —suplicó Hunter.

Graham simplemente ignoró las palabras de Hunter:

—Su verdadero nombre es Julie, pero en el ciberespacio utiliza el alias MSDarkDays. Es lo que se conoce como un trol de internet, detective. Estoy seguro de que está familiarizado con el término.

Hunter sabía exactamente lo que era un trol de internet. Alguien que deliberadamente postea mensajes ofensivos y despreciativos en comunidades en línea, como redes sociales, salas de chat, blogs, foros, etcétera, con el solo propósito de herir a otro y provocar una respuesta emocional.

—Cuando apareció por primera vez en línea el vídeo de mi hijo —continuó Graham—, MSDarkDays fue la primera persona en postear un mensaje. ¿Le gustaría oír el mensaje, detective Hunter?

Hunter permaneció en silencio.

—El espantajo horrible hizo lo correcto. Si yo tuviese la cara así de asquerosa, me habría matado hace ya mucho tiempo. Ahora Los Ángeles tiene un bicho raro horrible menos con el cual lidiar. Si todos los alumnos de instituto feos y arruinados que no pueden lidiar con sus propios problemas le siguieran el ejemplo y se mataran, Los Ángeles sería un lugar mucho mejor. —Graham citó el posteo palabra por palabra—. No contenta con lo que escribió en ese primer posteo, MSDarkDays regresó al sitio varias veces en un período de algunas semanas, agregando varios posteos más. Pero no le voy a aburrir con todos, detective. No tenemos tiempo.

Hunter suspiró:

—Todos cometemos errores, Graham. Usted, yo, ella… nadie está libre de los errores. No cometa otro ahora.

Graham rio con una risa un poco demente.

RELOJ: 2:19, 2:18, 2:17…
SALVAR: 21 458.
EJECUTAR: 21 587.

—No estoy cometiendo un error, detective. Pero si usted utiliza esa arma, usted podría estar cometiendo un error. No querría dispararle a la persona equivocada, ¿no?

En ese momento exacto el reloj llegó a 2:00. Se encendió otra luz, débil y amarillenta pero lo suficientemente fuerte como para

que desaparecieran algunas de las sombras, haciendo que Graham ya no estuviera sumido en la oscuridad.

Pero Graham no estaba solo. Estaba agazapado detrás de otra silla de metal, escondido detrás de la persona que estaba amarrada a la silla.

Hunter apuntó inmediatamente, pero en cuanto sus ojos se fijaron en la persona amarrada a la silla sintió como si el corazón se le hubiese subido a la garganta, bloqueándole la posibilidad de incorporar oxígeno y haciéndole sentir débil.

Graham se estaba escondiendo detrás de Anna, la esposa de García.

Ciento catorce

Utilizando el ordenador del escritorio de Hunter, García tipió en la barra de direcciones del buscador la dirección IP privada que Graham le había dado y pulsó la tecla de «enter».

La capitana Blake estaba de pie justo por detrás de él.

La pantalla parpadeó dos veces antes de que se cargaran las imágenes y, cuando se cargaron, el mundo de García se desmoronó frente a sus ojos.

La cámara había sido colocada en lo alto, y aparentemente en el rincón noreste de la sala. El ángulo diagonal le permitía cubrir un área grande. De pie en la parte izquierda de la imagen García vio a Hunter. Tenía el arma desenfundada y apuntando firmemente a las dos personas que estaban del lado opuesto de la sala con respecto a él. Una de esas dos personas era Anna.

—¡Oh Dios mío! —García murmuró las palabras de manera casi catatónica.

Anna había sido amordazada y amarrada a una silla de metal con el respaldo alto del mismo modo que la mujer que estaba sentada dentro de la jaula de metal. La diferencia era que Anna tenía su ropa puesta, y a diferencia de la otra mujer Anna parecía drogada. Tenía los ojos torpes y desenfocados, el cuerpo desprovisto de energía, los labios caídos hacia un lado.

Cobardemente escondida detrás de la silla había una persona a la que ellos no veían con claridad, pero que asumían que solo podía ser Graham Fisher. Le estaba apuntando a Anna con un arma a la cabeza.

La capitana Blake miraba las imágenes con los ojos muy abiertos, la boca en un gesto de sorpresa:

—¿Qué demonios está sucediendo?, —pronunció finalmente esas palabras como alguien que acaba de despertarse de un sueño profundo, aún grogui.

García no lograba reunir la fuerza como para contestarle.

De repente y de manera inesperada, la voz de Graham estalló por los pequeños altavoces del escritorio de Hunter.

Ciento quince

—Debo disculparme por esta cruda improvisación —le dijo Graham a Hunter—. Sin duda no era este el modo en el que yo había planeado esta última transmisión, pero dado que subestimé a usted y a su compañero, detective Hunter, esto fue lo mejor que pude hacer con las pocas horas que tuve. —Una pausa muy breve—. Pero ya basta de disculpas. Apuesto a que se está preguntando cómo me las apañé para secuestrar a la esposa de su compañero dado que tenía una unidad de policía que la seguía a todas partes.

Hunter permaneció en silencio.

—Bueno, conociendo el número de identificación del coche de policía, ¿cuán difícil cree que podría llegar a ser que alguien como yo hackee la frecuencia de radio del Departamento de Policía de Los Ángeles, simule ser el operador y suspenda la escolta policial, detective?

—Debe dejarla ir, Graham. —Hunter finalmente habló, todavía algo inseguro de a dónde apuntar el arma—. Ella no es parte de su plan. Ella nunca ha sido parte de su plan. Usted me quiere a mí, no a ella. Usted me responsabiliza a mí, no a ella. Ella no tiene nada que ver con lo que le sucedió a su hijo, antes o después del incidente del puente.

—Es verdad —admitió Graham—. Ella nunca formó parte de mi plan original. Pero como he dicho, debido a acontecimientos muy recientes, tuve que improvisar, y si soy honesto creo que por el momento está funcionando bastante bien.

RELOJ: 1:27,1:26,1:25…
SALVAR: 29 783.
EJECUTAR: 29 794.

Hunter apuntó firmemente el arma.

—Vamos, detective, dispare —le desafió Graham—. Sé que es eso lo que quiere hacer. También sé que tiene muy buena puntería. Leí todo su expediente. Desde esa distancia prácticamente le puede sacar las alas a una mosca. Lo único que necesita es una posibilidad, ¿no es así?

Hunter no dijo nada.

—¿Qué sucede, detective Hunter? ¿Le flaquea un poco la confianza? ¿No está tan seguro ahora de poder matar con un disparo en el blanco? Oh, claro. Si falla, podría matar a la esposa de su compañero. ¿Y cómo explicaría eso?

No hubo respuesta.

—Tengo una sorpresa más para usted, detective Hunter. La cámara que está allá arriba en la pared a su derecha también está transmitiendo. No para toda la World Wide Web, sino solo para su compañero allá en el Edificio de la Administración de la Policía, y para quien esté con él en la sala.

La atención de Hunter no vaciló.

—Oh, y también nos puede oír. El micrófono está conectado. Por lo que permítame que le pregunte lo siguiente, detective Hunter. ¿Qué cree que le diría a usted ahora mismo su compañero? ¿Querría que usted disparase o no? Teniendo en cuenta de que si usted no acierta a darme a mí, y que por algún milagro tampoco hiere a su esposa, entonces será mi turno de apretar el gatillo. —Apretó con más fuerza su arma contra el costado de la cabeza de Anna—. Desde esta distancia, sé que *yo* no voy a fallar.

Hunter se tensionó.

Como provocándolo, Graham por una fracción de segundo se asomó apenas desde detrás de Anna.

Hunter contuvo la respiración. Con la mano izquierda sujetó con más fuerza el arma, mientras que la mano derecha se relajó apenas una fracción, permitiéndole al dedo que estaba en el gatillo adoptar una posición más flexible, y a sus brazos controlar mejor el retroceso. Pero el hecho de que Anna fuera el escudo de Graham influía en la mente de Hunter y dudó, concediéndole a Graham la posibilidad de desaparecer otra vez detrás de ella.

RELOJ: 1:01,1:00, 0:59…
SALVAR: 31 125.

EJECUTAR: 31 148.

—Sartre alguna vez dijo —habló otra vez Graham— que la única decisión verdadera que un hombre puede tomar en su vida es si suicidarse o no. ¿Conoce esa cita, detective Hunter?

Hunter sintió que una ansiedad incómoda le recorría el cuerpo.

—Sí o no, detective —exigió Graham.

—Sí —respondió Hunter.

Graham hizo una pausa:

—Bien, porque ahora mismo le estoy forzando a tomar esa decisión, detective Hunter. ¿Quiere salvar la vida de la esposa de su compañero? Entonces yo quiero que se lleve el arma a la cabeza y apriete el gatillo.

La sala quedó dominada por un silencio absoluto. Incluso el aire pareció dejar de moverse.

—Tiene tiempo hasta que ese reloj llegue a cero —dijo Graham —. Ni un segundo más.

RELOJ: 0:47, 0:46, 0:45…
SALVAR: 33 570.
EJECUTAR: 33 601.

—Es una decisión simple, detective Hunter —continuó Graham—. Una vida inocente a cambio de una culpable. Si se lleva el arma a la cabeza y jala el gatillo, ella vive. Se lo garantizo. Ella no sufrirá ningún daño. Pero si ese reloj llega a cero y usted sigue de pie, *esparciré* los sesos de ella por toda esta sala sin dudarlo y sin equivocarme. —Amartilló el arma—. Lo que suceda después de eso para mí ya no cambia nada. Como dije, el destino de MSDarkDays no está en sus manos. No hay nada que ni usted ni yo podamos hacer al respecto. Pero el de la esposa de su compañero sí. ¿Comprende lo que está sucediendo aquí, detective? Quiero saber si está preparado para salvarla del mismo modo en el que usted estuvo preparado para salvar a mi hijo, o si esta vez se esforzará un poco más.

Hunter no dijo nada.

RELOJ: 0:28, 0:27, 0:26…
SALVAR: 33 888.

EJECUTAR: 33 903.

—Quiero que usted se quite la vida tal como lo hizo mi hijo —dijo Graham con voz indignada, asqueada—. Quiero ver cómo lo hace tal como usted le vio a él.

Un millón de cosas le pasaban a Hunter por la cabeza en ese momento, pero sabía que no tenía tiempo de pensar en ninguna de todas esas cosas.

—Los policías tienen que estar preparados para arriesgar sus vidas ante las de los demás, ¿no es así, detective Hunter? ¿Pero usted está realmente preparado para eso o es solo un lema sin ningún contenido? ¿Daría usted su vida a cambio de la de otra persona, detective? ¿Daría su vida para salvar la de una persona inocente?

RELOJ: 0:16, 0:15, 0:14…
SALVAR: 34 146.
EJECUTAR: 34 155.

Hunter sabía que se había quedado sin tiempo. Sabía también que había subestimado a Graham Fisher, porque de todas las posibilidades que había repasado en su cabeza acerca de cómo terminaría su encuentro con Graham, desparramar sus propios sesos por el suelo nunca había sido una de ellas.

Ahora comprendía que sí, que Graham había estado jugando con él todo el tiempo. Este había sido siempre el gran final del plan maestro. Como Graham había dicho, quería ver cómo Hunter se quitaba la vida, así como Hunter había visto a su hijo, Brandon Fisher, quitarse la suya. Solo entonces la venganza de Graham estaría completa. Y la había ejecutado a la perfección. Incluso transmitir el acto final para que García pudiera ver si Hunter decidía que la esposa de él vivía o moría.

Hunter no tenía ningún plan para oponer al de Graham, no le quedaba tiempo, y lo cierto es que tenía una sola opción. Sabía que Graham no vacilaría. Cuando el reloj llegase a cero, *acabaría* con la vida de Anna allí mismo. Tenía en su mirada y en su voz la misma determinación que su hijo había tenido aquella noche en el puente. No estaba buscando ayuda, o salvación. Su decisión había sido tomada hacía mucho tiempo.

—Diez segundos, detective —dijo Graham.

Hunter miró a Anna, ya sin ningún tipo de duda en su mente.

Se apuntó a sí mismo con el arma y la colocó debajo de la barbilla, pero no cerró los ojos como lo habría hecho la mayoría de las personas. Los mantuvo abiertos… orgulloso… mirando al frente.

Una bala 9 mm entra en el cráneo de alguien y sale por el otro lado en tres diezmilésimas de segundo. Destroza los huesos y atraviesa la masa cerebral tan deprisa que el sistema nervioso no tiene tiempo como para registrar ningún dolor. Si el ángulo en el que entra la bala es el correcto, la bala debería traspasar la corteza cerebral, el cerebelo e incluso el tálamo de tal manera que el cerebro dejará de funcionar, dando como resultado en una muerte instantánea.

Hunter colocó el arma en el mejor ángulo posible para conseguir ese resultado.

RELOJ: 0:04, 0:03, 0:02…

Hunter contuvo la respiración.

Ciento dieciséis

Ni García ni la capitana Blake podían creer lo que estaban presenciando a través del monitor que estaba en el escritorio de Hunter.

RELOJ: 0:10, 0:09, 0:08…
SALVAR: 34 146.
EJECUTAR: 34 155.

—¿Esto es real?, —preguntó la capitana Blake, y por primera vez en la vida García oyó que en la voz de ella había miedo.

Él no contestó, no se movió, no parpadeó, no respiró. Sus ojos estaban adheridos a la pantalla del ordenador. Por las venas le corría terror como si fuera sangre envenenada. Ni siquiera notó que le temblaban las manos.

RELOJ: 0:06, 0:05, 0:04…
SALVAR: 34 184.
EJECUTAR: 34 196.

Hunter finalmente se movió, y, al hacerlo, a todos les pareció que el tiempo corría más lento.

Primero, separó la mano izquierda del arma. Luego la mirada se le entristeció de un modo que García nunca antes había visto, como si supiera que no había más nada que pudiera hacer. Como si supiera que había sido superado y vencido por un oponente más listo que él.

Después de eso, el brazo derecho de Hunter se replegó en dirección a su propio cuerpo, moviendo a su vez el arma.

—¡Oh Dios mío! —La capitana Blake se llevó ambas manos al rostro, tapándose la nariz y la boca. Al igual que las de García, las

de ella también temblaban.

Hunter alzó el arma y la colocó debajo de su barbilla.

La capitana sintió que en el estómago se le abría un agujero enorme. Conocía lo suficientemente bien a Hunter como para saber que sí daría su vida para salvar la de otra persona, más aún la de alguien a quien conocía, alguien tan importante como la esposa de su compañero. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y los cerró bien fuerte, deseando abrirlos y encontrarse de nuevo en su habitación, despertándose de una pesadilla terrible. Pero sabía que eso no iba a suceder. Ese día era del todo real y contundente.

La capitana Blake mantuvo los ojos cerrados. Sabía exactamente qué era lo que estaba a punto de suceder. No necesitaba ni quería ver cómo sucedía.

García, por otra parte, mantuvo sus ojos bien abiertos, sin pestañear, asimilando todo. Vio el momento en el que la mirada en los ojos de Hunter pasó de triste a serena, cuando reconocía que tenía tan solo una opción.

RELOJ: 0:03, 0:02, 0:01.

En ese preciso instante, como programado por Graham, las imágenes en la pantalla fundieron a negro. Al hacerlo, y justo antes de que la transmisión quedara completamente fuera de línea, oyeron el débil ruido de un solo disparo de arma.

—No, no, no… —García se puso de pie de un salto y sujetó el monitor con ambas manos y lo sacudió—. ¿Qué sucedió? ¿Qué sucedió? ¿Dónde está la imagen? —Su corazón pareció dejar de latir por un momento. La desesperación se apoderó de él, porque no había modo de que estuviera seguro de si el disparo había salido del arma de Hunter o de la de Graham.

Ciento diecisiete

RELOJ: 0:03, 0:02, 0:01.

Y ese fue el momento en el que la apuesta de Hunter dio su fruto.

Graham había estado en lo cierto. Desde esa distancia, Hunter necesitaba tan solo media oportunidad, y daría en el blanco diez veces sobre diez intentos.

Lo había dicho el mismo Graham: quería *ver* cómo Hunter se quitaba la vida. El problema era que desde el lugar en el que Graham estaba escondido, su línea directa de visión hacia Hunter quedaba obstruida por el respaldo alto de la silla de metal a la que estaba amarrada Anna.

Hunter mantuvo los ojos bien abiertos, mirando directo a la silla, esperando por su oportunidad. Cuando la cuenta regresiva llegó a 0:01, Graham Fisher hizo exactamente lo que Hunter estaba esperando que hiciera.

Primero, Graham dejó de prestarle atención a su arma y a Anna. Luego cuidadosamente se movió hacia un costado, abandonando parcialmente la seguridad de su escudo. Al hacer eso se vio forzado a exponer apenas un poco más de su cuerpo, al mismo tiempo que estiraba el cuello para poder ver mejor algo que sencillamente no se quería perder: el acto de cierre de su plan maestro.

Esa era la oportunidad que necesitaba Hunter.

Al saltar hacia la derecha, extendiendo simultáneamente el brazo, el tiempo pasó a cámara lenta. En su cabeza, cesaron todos los ruidos, y quedaron reemplazados por un vacío. Hunter fue consciente de tan solo dos cosas: su objetivo, y el latido de su corazón que pulsaba dentro de su pecho y le retumbaba en el cerebro. En pleno movimiento, y en el momento en el que él y

Graham se miraron a los ojos, Hunter apretó el gatillo de su arma.

En tiempo real todo sucedió demasiado deprisa como para que Graham fuera capaz de reaccionar.

El disparo de Hunter le dio a Graham en el hombro con una precisión exacta, rompiendo músculos, astillando huesos y rebanando tendones y ligamentos.

La mano de Graham instantáneamente perdió el agarre, y su arma cayó al suelo. El poderoso impacto de una bala de 9 mm de alto rendimiento, de fuego central, fragmentada, hizo que su cuerpo saliera lanzado hacia atrás, tirándolo al suelo mientras un rocío rojo de sangre le salía del cuerpo y teñía el aire a su alrededor. La sala se llenó del olor fuerte y amargo de la pólvora.

Hunter también impactó contra el suelo luego del disparo, rodando dos veces de lado pero manteniendo expertamente el arma apuntada hacia su objetivo.

Graham lanzó un rugido gutural e inmediatamente se llevó la mano izquierda al hombro derecho, que ahora era tan solo una masa viscosa de sangre y carne desgarrada. Sintió que la sala empezaba a darle vueltas a su alrededor en cuanto el mareo, proporcionado por el tremendo dolor y la repentina pérdida de sangre, se apoderaba de él. Solo en las películas de Hollywood una persona puede recibir el impacto de una bala de alta velocidad y así y todo tener la fuerza como para bailar una giga. Un par de segundos después, Graham se desmayó.

Hunter se puso de pie a toda prisa y cubrió la breve distancia que lo separaba de Graham a la velocidad del rayo.

—Ni se te ocurra moverte —dijo firmemente con el arma apuntando a la cabeza de Graham, pero Graham estaba fuera de combate, al menos por el momento.

Hunter le esposó de inmediato las manos en la espalda, desatendiendo la nueva punzada de dolor que sin duda se le disparó a Graham por el brazo derecho. Luego de eso, Hunter rápidamente revisó a Anna.

Estaba muy sedada. Tenía las pupilas dilatadas, lo cual hacía que sus ojos parecieran perdidos en el tiempo. Tenía el cuerpo flojo, pero el pulso era fuerte, y no parecía herida.

En ese momento Hunter escuchó el grito más aterrador y angustioso que jamás hubiera oído. Giró su cuerpo en dirección al

grito y a la jaula de barrotes de metal, solo entonces le prestó otra vez atención al monitor de ordenador que estaba a la izquierda de la jaula.

RELOJ: 0:00.
SALVAR: 34 471.
EJECUTAR: 34 502.

—¡Oh Dios! No.

Corrió hacia la jaula, pero el proceso de EJECUTAR ya se había iniciado. El brazo mecánico al que estaba unida la máscara de alambre metálico había comenzado a presionar contra el rostro de la mujer. Los alambres filosos como el láser ya le estaban desgarrando la piel y la carne, cubriéndole el rostro con una máscara roja de sangre pringosa.

Hunter dio un paso hacia atrás, apuntó con el arma a la cerradura de la puerta de la jaula y disparó dos veces. Las balas no parecieron hacerle ni siquiera un rasguño. Disparó dos veces más. Nada.

Los alambres ahora habían traspasado el cartílago de la nariz de la mujer. Incapaz de escaparse de la reacción humana más básica ante el dolor, empezó a gritar. El movimiento de su mandíbula y de su cabeza solo sirvieron para restregar y triturar su rostro contra los alambres filosos que ya le habían penetrado la carne, haciendo que cortaran no solo de manera horizontal sino también vertical, como cortando en tiras, mutilando lo que quedaba.

Hunter dio un paso al costado y miró alrededor, desesperado por ayudar pero sin saber cómo. Necesitaba encontrar algo.

En ese momento de repente la máscara de alambre tejido dejó de hacer presión contra el rostro de la mujer y comenzó a retroceder, arrancando pedazos de piel, carne y cartílago. Hunter entonces oyó un zumbido fuerte, seguido del clic de una cerradura.

La puerta de la j aula se abrió.

Graham le había dicho a Hunter que si EJECUTAR tenía más votos cuando la cuenta regresiva llegaba a cero, el mecanismo de apertura automática abriría la puerta luego de cinco minutos, tiempo suficiente como para que la máscara de terror de Graham le hubiera hecho sufrir a la mujer el dolor más torturador y angustioso antes de matarla. Pero todo el proceso había durado menos de cincuenta

segundos.

Algo había fallado en el funcionamiento.

Hunter tiró de la puerta y rápidamente se dirigió hacia la mujer. Estaba temblando incontrolablemente, al borde de sufrir un colapso nervioso.

Hunter seguía teniendo el teléfono que le había dado el conductor de taxi. Llamó para pedir ayuda, desató a la mujer y, sosteniendo en sus brazos su sanguinolento rostro, se sentó en el suelo a esperar que la ayuda llegara.

Ciento dieciocho

Al día siguiente

Fuera del edificio de apartamentos de Carda
5:00 p.m.

Al aparcar el coche, Hunter vio a García saliendo del vestíbulo de entrada del edificio, cargando una maleta.

La capitana Blake les había dado la orden de tomarse un descanso de dos semanas, empezando a partir de ese mismo momento.

—¿Necesitas ayuda con eso?, —dijo Hunter, apeándose del coche.

García alzó la vista y sonrió:

—No, estoy bien. ¿Por qué las mujeres siempre llevan tantas cosas de más?

Hunter no supo qué responder.

García abrió el maletero, guardó la maleta adentro y se dio la vuelta para mirar a su compañero. Sabía que Hunter había pasado parte de la tarde en el Hospital Centro Médico de California en la avenida Grand Sur.

—¿Alguna novedad?, —preguntó.

—Los médicos acaban de operarla de nuevo —respondió Hunter —. La segunda cirugía en menos de veinticuatro horas. —Su ojo tenía un brillo triste—. Y creen que va a tener que someterse a algunas más en los próximos meses. Pero así y todo, la mayor parte de su desfiguración será irreversible.

García se pasó una mano por el cabello.

—No fue un desperfecto, Carlos —dijo Hunter.

García le miró.

—Que la máscara de alambre metálico se detuviera en el

momento en que se detuvo —aclaró Hunter—. Graham Fisher la programó de ese modo. Me mintió cuando me dijo que la puerta tardaría cinco minutos en abrirse, momento para el cual ella ya debería haber muerto.

—¿Cómo lo sabes? ¿Confesó?

—No —respondió Hunter—. No habla… por el momento. Pero sé que eso es lo que él quería. No quería matarla. Quería desfigurarla. —Hunter se apoyó en el coche que estaba junto al de García—. *Si yo tuviese la cara así de asquerosa, me habría matado hace ya mucho tiempo. Ahora Los Ángeles tiene un bicho raro horrible menos con el cual lidiar. Si todos los alumnos de instituto feos y arruinados que no pueden lidiar con sus propios problemas le siguieran el ejemplo y se mataran, Los Ángeles sería un lugar mucho mejor*.

García frunció la frente.

—Ella posteó esas palabras en internet con su alias de trol —confirmó Hunter—. Haciendo referencia al hijo de Graham Fisher.

—Joder —susurró García.

—Graham quería desfigurarla porque quería que ella sufriera todo lo que había sufrido su hijo. Quería que aprendiera lo que se siente cuando otros se pasan toda la vida mirándote, riéndose de ti, cotilleando a tus espaldas, poniéndote apodos y tratándote como a un monstruo. Esa fue su venganza final, no matarla. —Hunter desvió la mirada, negando con la cabeza—. Aunque le atrapamos, él ganó. Al final, consiguió lo que quería.

—No, no lo consiguió —le respondió firmemente García—. Su venganza final implicaba que tú murieras, ¿recuerdas? Y eso no sucedió. Graham Fisher ahora se pudrirá en la cárcel. No saldrá nunca más. —Desvió la mirada por un momento, recobrando el aliento—. Pero eso no puede deshacer el hecho de que la gente votó, Robert. —Parecía casi asqueado—. La gente normal, sentados en sus casas, en sus oficinas, en cafeterías, en escuelas… —Negó con la cabeza—. *Votaron. A* diferencia de las dos veces anteriores, Graham les dio la posibilidad y el poder de *salvarle* la vida a alguien, y una gran cantidad decidió no hacerlo. Eligieron sentenciar a muerte a una completa desconocida, solo para poder ver esa muerte como un entretenimiento. Una vida humana a cambio de unas cuantas risas… ¿qué tal funciona ese acuerdo?

Hunter suspiró.

—No hay dos maneras de interpretar eso, Robert. Es sencillamente una mierda. Hay personas dando vueltas por las calles que perdieron la noción de las cosas. Especialmente de lo valiosa que es una vida.

El largo silencio de Hunter le hizo saber a García que estaba de acuerdo con él.

—¿Cómo está Anna?, —preguntó Hunter finalmente.

—Con vida gracias a ti.

Hunter no dijo nada.

García respiró hondo:

—Está muy movilizada, y todavía un poco aturdida por las drogas que le administró Graham. Pero en cierto sentido eso fue una bendición. No recuerda nada de lo que sucedió después de que la drogó. Si hubiese estado consciente ayer a lo largo de toda esa terrible experiencia, el daño psicológico que estaría enfrentando sería mucho peor de lo que le toca superar así como fueron las cosas. Tú lo sabes mejor que cualquiera.

Los siguientes segundos fueron los segundos más incómodos que hubieran pasado juntos.

—¿Y adónde estáis yendo?, —preguntó Hunter, señalando la maleta.

—Estamos yendo a visitar a unos familiares en las montañas de Oregón —respondió García—. Sencillamente alejarnos de todo durante un tiempo, ¿sabes? Será bueno sacar a Anna de esta ciudad por un rato. Será bueno estar los dos solos durante dos semanas… Sin interrupciones… Sin llamadas en medio de la noche…

Otro silencio incómodo.

—¿Regresarás?, —preguntó Hunter.

García sabía que Hunter se estaba refiriendo a la Sección Especial de Homicidios. Se quedó pensativo durante un largo rato:

—Regresaré a la fuerza policial —dijo finalmente—. Aún tengo que decidir si puedo regresar al Especial de Homicidios.

Hunter no dijo nada.

—Seré sincero contigo —dijo García, mirando a Hunter a los ojos—. Nunca tuve tanto miedo como el que sentí ayer, Robert. Anna siempre ha sido todo para mí. Sin ella, no soy nada. Siempre he temido perderla. Pero sabes del miedo que estoy hablando, ¿no

es así? La clase de miedo que tiene cualquier pareja de enamorados. —García negó con la cabeza—. No ayer. Ver a Anna atada a esa silla con un arma apuntándole a la cabeza lo tornó todo real. Me hizo caer totalmente en la cuenta de lo frágil y vulnerable que ella es en realidad. Y tú sabes tan bien como yo que la única razón por la cual su vida estuvo en peligro fue porque yo soy un detective de la Sección Especial de Homicidios. En otras palabras, puse su vida en peligro por hacer el trabajo que hago.

Hunter miró a su compañero en silencio.

—Tú sabes que no me asusta que mi vida se vea amenazada. Ni siquiera me importa que me claven a una cruz de tamaño humano, como bien sabes. Pero esta es la primera vez que una amenaza se ramifica hasta llegar a Anna, y no te mentiré, Robert. Me forzó a repensar las cosas. A repensar mis prioridades.

Hunter sabía que sucedería eso.

—Sentí tanto miedo, que no estaba pensando con claridad —admitió García—. Si ayer en esa sala hubiese estado yo en lugar de ti, no creo que hubiese podido ver la oportunidad que tú sí viste, e incluso si lo hubiese hecho no creo que habría tenido el coraje para aprovecharla. Simplemente me habría matado para salvar a Anna.

Hunter no dijo nada, y el silencio se estiró por varios segundos.

—Pero ahora mismo no voy a tomar ninguna decisión —dijo García—. Las cosas siguen estando demasiado frescas y vividas en mi cabeza, y por lo tanto no estoy pensando cien por cien como corresponde. —García sonrió de manera valiente—. El descanso me hará bien. Me dará tiempo para ordenar mis ideas. También te hará bien a ti. ¿Vas a algún lado?

Hunter se encogió de hombros:

—Aún no lo he decidido, pero estaba pensando en irme quizás a Hawái.

García sonrió:

—Eso te haría *realmente* bien.

Hunter le devolvió la sonrisa:

—Sí, realmente necesito un descanso.

—Tome la decisión que tome —dijo García al fin—, serás el primero en saberlo, compañero.

Hunter asintió.

Sin ningún tipo de advertencia, García dio un paso en dirección

a Hunter y le abrazó como si no lo fuera a ver nunca más:

—Gracias por lo que hiciste ayer, Robert. Gracias por salvar a Anna.

Hunter sonrió incómodamente.

—¿Y ahora por qué no subes?, —dijo García—. Sé que a Anna le encantaría verte.

—Dame un minuto —dijo Hunter y rápidamente regresó a su coche. Del asiento del acompañante, cogió un ramo de rosas blancas y amarillas antes de entrar el edificio con García.

De una cosa Hunter estaba seguro. Fuera cual fuera la decisión que tomara García en las siguientes dos semanas, sería la correcta.

Agradecimientos

Muchas personas han contribuido con esta obra de muchas maneras distintas y generosas y, aunque una sola página de agradecimiento no puede expresar plenamente mi gratitud, me gustaría que supieran que esta novela nunca habría sido posible sin ellos.

Mi amigo, y el mejor agente que un autor puede llegar a tener, Darley Anderson. Camilla Wray, Clare Wallace, Mary Darby, y a todas las personas que forman parte de la Agencia Literaria Darley Anderson por su incansable lucha para promover y vender mi obra en todos los lugares posibles e imaginables.

Mi fantástica editora personal en Simon & Schuster, Maxine Hitchcock, cuyos comentarios, sugerencias, sabiduría y amistad me resultan imprescindibles. Emma Lowth por editar y corregir por partida doble, y por asegurarse de que todo tenga sentido (porque por lo general nunca lo tiene). Mis editores, Ian Chapman y Suzanne Baboneau, por el tremendo apoyo y la confianza. El equipo fantástico de Simon & Schuster por hacer siempre lo mejor, e ir mucho más allá de lo estrictamente requerido.

Samantha Johnson por escuchar pacientemente todas mis ideas locas, y por estar.

Y sobre todo, gracias a todos los lectores y a todas las personas que andan por allí y que nos han apoyado tan fantásticamente a mí y a mis novelas desde el comienzo. Esta y todas mis novelas están escritas para vosotros.

CHRIS CARTER: (Brasilia, Distrito Federal, Brasil, 1965) Nací en Brasilia, Brasil, donde pasé mi infancia y adolescencia. Después de graduarme de la escuela secundaria, me mudé a los EE. UU, donde estudié psicología con especialización en comportamiento criminal. Durante mis años universitarios tuve una variedad de trabajos extraños, que iban desde voltear hamburguesas hasta ser parte de un grupo de baile exótico exclusivamente masculino.

Trabajé como psicóloga criminal durante varios años antes de mudarme a Los Ángeles, donde cambié los trajes y maletines por *jeans* rotos, pañuelos y una guitarra eléctrica. Después de un período tocando para varias bandas conocidas de *glam rock*, decidí probar suerte en Londres, donde tuve la suerte de haber tocado para varios artistas famosos. Recorrí el mundo varias veces como músico profesional.

Hace unos años lo dejé todo para convertirme en escritor a

tiempo completo.